



WOLVER
da creder

ELIZABETH BERMÚDEZ

VOLVER

a creer

ELIZABETH BERMÚDEZ

Título: *Volver a creer*

Marzo 2020

©2020, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: bbccreative_1

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

Sinopsis

Cuando las cicatrices no solo están en el alma, cuesta creer de nuevo en la vida, en el amor y en un futuro feliz.

Eva Quiroga lucha día a día para ser la mujer que fue años atrás, pero las consecuencias de un grave accidente, que casi terminó con ella, pesan demasiado. A sus treinta años se siente acomplexada con su cuerpo, y es algo que no puede superar.

Víctor Ferrer acaba de llegar de Estados Unidos cuando su camino se cruza con el de Eva por casualidad. De inmediato reconoce que es la mujer de su vida, aunque ella no es la persona que él piensa que es. Sin dudarlo, ni importarle nada, está decidido a enamorarla, pero Eva se lo va a poner muy difícil.

¿Crees en el amor a primera vista, cuando entre dos personas salta esa chispa y al instante sabes que es el amor de tu vida? Víctor Ferrer, sí. Pero a la misma vez, tiene una complicada situación familiar. Vuelve a España para hacerse cargo de la empresa de su padre y de su sobrina huérfana.

Dos corazones que comienzan a latir de forma diferente tras la primera mirada, dos personas con un pasado que puede impedirles avanzar en el futuro. Un mismo amor con fuerza para rebasar todos los obstáculos del camino. Dos enamorados que vuelven a creer, pero no lo tendrán nada fácil.

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente. Licenciada en Derecho, ejerce su profesión y la compagina con lo que más le gusta; escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Volver a creer es su sexta novela, anteriormente publicó: *Deseos del destino*, *Secretos*, *Tus huellas en mi corazón*, *La sombra de su pasado* y *Volver a nacer*.

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez
- Twitter: @bethberm

Nota de la autora

La autora recomienda que si no has leído con anterioridad *Volver a nacer* lo hagas antes de comenzar esta historia. Considera que el lector disfrutará más y entenderá mejor las circunstancias y personajes del libro que tienes en tus manos.

Volver a nacer y *Volver a creer* son dos novelas autoconclusivas, con protagonistas diferentes, pero relacionados entre sí.

*A mis grandes amigas, Bea y Ro.
Siento que Volver a creer es muy especial para las tres.
Gracias por vuestro apoyo incondicional siempre
en estos treinta años de amistad.*

ÍNDICE

[Sobre la autora](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros libros de la autora](#)

Prólogo

Madrid, 2019.

La noche de la gala de presentación de la nueva temporada de la cadena de televisión perteneciente al Grupo Quiroga, era uno de los actos a los que Elena Galván y Martín Quiroga no dejaron de acudir tras los años. Ambos eran personas reconocidas y los invitaban a muchos sitios, pero siempre declinaban la asistencia. Tenían claro que lo principal en sus vidas eran sus hijas y el hogar familiar, pasar tiempo juntos, por ello, ver a la pareja en un evento como el de esa noche formaba tanto revuelo.

Tras la gala y posterior cena, Martín y Elena decidieron marcharse a casa, habían dejado a las niñas con los abuelos, pero ellos estaban cansados. Sin embargo, el resto de los asistentes, Virginia, Miguel, Eva, Tony y Carla, estos dos últimos, sus entrenadores personales, seguían siendo muy amigos de la familia, decidieron continuar la noche en una discoteca.

Sebastián y Begoña, al igual que Elena y Martín, también se marcharon a casa. Sebastián asistía cada año a aquel acontecimiento acompañado de su mujer y orgulloso de Martín y Eva, su hijo y su nieta. Ambos dirigían el Grupo Quiroga con éxito, Martín era el presidente de la cadena y Eva se había convertido en la vicepresidenta. Tras pasar demasiado tiempo recuperándose de una lesión en su espalda, su abuelo comenzó a contarle e introducirla en el negocio y poco a poco Sebastián le fue enseñando muchas cosas. Un día ayudó a su cuñado y desde ese momento, casi sin querer, se vio como vicepresidenta de la cadena de televisión. Le gustaba su trabajo y se sentía feliz y realizada.

Antes de marcharse del cóctel tras la gala, Eva tropezó con un camarero y le cayeron un par de copas de vino sobre el vestido. Tenía ganas de ir con los demás y continuar la fiesta, pero no pensaba llegar a ningún lado así, manchada.

A Elena no le importó intercambiarse el vestido con su gemela para que pudiese continuar disfrutando de la noche.

A altas horas de la madrugada, Eva se lo estaba pasando de lujo en la discoteca. Hacía años que no se divertía tanto. Se hizo muy amiga de Carla y Virginia. Aquella noche, las tres estaban algo achispadas. Carla se había divorciado hacía poco, Virginia llevaba años detrás de Miguel, pero al parecer era invisible para ese hombre, y Eva no encontraba al amor de su vida. Estaban decididas a buscar a unos hombres que acabase con la soltería de las tres, anhelaban una vida tan plena y feliz como la de Elena y Martín.

Desde la posición en la que se encontraban, Virginia divisó a un hombre alto, moreno y de buen cuerpo, con unos magníficos ojos grises. Estaba en la barra pidiendo una copa, iba acompañado de otro que tampoco estaba nada mal.

—Mirad a esos dos —les indicó a Eva y Carla para llamar su atención—. Los he observado

durante un rato y están solos. Creo que deberíamos ir a presentarnos —comentó con una sonrisa traviesa. Eva desvió la mirada hacia otro lado—. ¿Cuánto hace que no le das una alegría al cuerpo? —le preguntó en forma de burla—. El moreno me gusta para ti y el amigo, para Carla. Yo lo intentaré de nuevo con Miguel —comentó resignada y con pocas esperanzas.

Eva no le contestó, ya ni se acordaba de la última vez que estuvo con un hombre en la cama. Desde el accidente y las posteriores operaciones se avergonzaba del cuerpo marcado de cicatrices que tenía.

En un arranque, Virginia tiró de la mano de Eva con ganas. Carla las siguió con una sonrisa. De camino, esta última se encontró con alguien que conocía y se paró a saludar. Virginia no la esperó.

—Hola, guapos. Os veo muy solitos. Soy Virginia y ella...

De repente, apareció Miguel, la cogió en brazos y se la llevó a la pista a bailar. Virginia no lo paró. Solo la buscaba cuando tenía unas copas demás, y ella no pensaba desaprovechar la ocasión.

Eva se vio sola ante dos hombres que la observaban con atención. Miró hacia el lugar donde había desaparecido Virginia, intentó buscar a Carla, pero no supo cómo salir de aquella encerrona.

Al amigo que acompañaba al moreno de ojos grises le sonó el teléfono, se marchó y se quedaron los dos solos.

—Victor Ferrer —se presentó. Se acercó a Eva y le dio dos besos, con confianza—. ¿Cómo te llamas? —preguntó con una sonrisa cuando vio que lo miraba al detalle.

Era un hombre muy guapo, tanto que cortaba la respiración. Muy alto, de hombros extremadamente anchos y con unos ojos impresionantes.

—Lo siento, creo que no me encuentro bien. Necesito respirar aire fresco.

Con paso ligero se encaminó hacia la salida mientras se reprochaba haber bebido más de la cuenta. Sentía que le costaba respirar.

Victor no la dejó sola, fue tras ella. Aquella mujer había logrado captar toda su atención.

—¿Mejor? —preguntó él una vez en la puerta. La sobresaltó cuando lo sintió detrás de ella. Le tenía una mano puesta en el hombro.

Eva se dio media vuelta y lo miró. Con timidez, asintió. Las palabras se la atascaban en la garganta. Ella no era así, no entendía qué le pasaba esa noche con aquel hombre.

Victor se acercó peligrosamente, le mostró una sonrisa arrebatadora y clavó la mirada en sus ojos azules y, sin mediar palabra, la besó.

Eva sintió aquel gran cuerpo, duro como el acero, contra el suyo y se dejó llevar. El desconocido sabía besar muy bien.

Cuando tomó conciencia de lo que estaba haciendo, se separó de él y lo miró con la respiración alterada.

Victor la observaba con una enorme sonrisa. Eva apreció que era un hombre seguro de sí mismo.

Carla apareció en ese momento, había presenciado lo ocurrido mientras varias personas los miraban con atención, cogió a Eva del brazo y se la llevó casi a rastras. Entraron en un taxi y se marcharon.

Victor se quedó con las ganas de saber el nombre de aquella mujer, y muchas más cosas. Le habría gustado terminar la noche con ella, en su cama.

Inmerso en estos pensamientos y con la vista clavada en las luces del coche donde se alejaba, sintió que alguien le daba una sonora palmada en la espalda que le hizo volver a la realidad.

—Amigo, aún no has empezado en tu nuevo trabajo y mañana estarás de patitas en la calle con

una buena patada en el culo. —Víctor lo miró preguntándose qué había hecho. Fue aquella mujer la que vino a él—. Acabas de besar a la mujer del jefe. Ella era Elena Galván, la esposa de Martín Quiroga —le aclaró.

El vuelo de Víctor se había retrasado y no pudo llegar a tiempo a la gala que también estaba invitado. No tenía el gusto de conocer a la mujer de Martín Quiroga. Javier no la conocía en persona, pero sabía quién era.

—¡Joder! —maldijo con los dientes apretados. No lamentaba haber besado a la mujer de su jefe, sino que ella estuviese casada.

—¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre besarte con ese hombre en medio de la calle con toda la gente que había en la puerta de la discoteca? —reprendió Carla a Eva con los ojos desencajados.

—No me importa la gente. No le debo explicaciones a nadie. Quizás ha sido un error, pero nada grave que lamentar —intentó quitarle hierro al asunto. Le dolía la cabeza y todo comenzaba a darle vueltas.

—Creo que no has reparado en que vas vestida de Elena Galván. Esta noche tu hermana ha llevado ese mismo vestido y la han fotografiado todos los medios y, resulta que, por casualidades de la vida —ironizó—, tienes su mismo rostro.

—¡Dios! —Eva se tapó la cara con ambas manos. No lo podía creer. No le importaba aquel hombre, pero le agobió de inmediato lo que le podría acarrear aquello a su hermana y Martín.

Al día siguiente, Eva se presentó en el despacho de su cuñado y le contó todo lo sucedido la noche anterior con aquel extraño, con lujo de detalles. Lo último que deseaba era que su hermana tuviese un problema con su marido.

—Nunca volvería a desconfiar de mi mujer, puedes estar segura de ello —afirmó Martín con una amplia sonrisa, tras escucharla con atención y diversión—. Aún no ha llegado nada a mis oídos —La tranquilizó—, pero pararé esas fotos. Estoy seguro de que querrán sacarlas por morbo. Y dime, ¿quién es él? O tendré que descubrirlo cuando localice si alguien quiere publicarlas.

—No le veo la gracia. —Eva estaba muy preocupada y Martín se tomaba aquello como un chiste—. Me dijo que se llamaba Víctor Ferrer, pero no te preocupes, no me suena de nada.

Martín volvió a soltar una sonora carcajada que molestó a Eva. No había dormido en toda la noche, le dolía la cabeza y estaba preocupada, y su cuñado parecía que estaba pasándoselo en grande.

—¿Lo conoces? —preguntó alterada. Por su actitud algo le decía que sí.

—Sí, pronto lo harás tú también, querida cuñada —reveló sonriente.

Eva lo miró con los ojos muy abiertos, el teléfono sonó y Martín no le dio más explicaciones.

Capítulo 1

Eva recibió la visita apresurada, en su despacho de vicepresidencia de la cadena de televisión, de Virginia. Su amiga, y a la que consideraba como a una hermana, entró con prisa. Acababa de presentar los informativos, trabajaba desde hacía un par de años en el Grupo Quiroga y era una estependa comunicadora, la cámara y los telespectadores la adoraban.

Durante la mañana, Eva le había dejado varios mensajes para que se pasase a verla, pero a Virginia le fue imposible. Entre ambas mujeres, junto con Elena, no tenían secretos, y a Eva ya le quemaba por dentro no desahogarse con alguien sobre lo sucedido la noche anterior. De su amiga Carla solo recibió una reprimenda y necesitaba, más que nunca, la comprensión y la forma de ver las cosas de Virginia.

—No te vas a creer lo que me pasó anoche —anunció Eva más que Virginia cerró la puerta de su despacho.

—Me tienes en ascuas. He presentado el telediario con la mente puesta en ti. ¿Qué ocurre? —preguntó sentada frente a ella, preocupada.

—Resulta que cuando me quedé sola con ese tío, el de la discoteca, me faltó el aire. Salí a la calle a respirar y me acompañó sin pedírselo. Fue muy atento y caballeroso —tranquilizó a Virginia en ese aspecto, veía sus ojos y no quiso asustarla—, pero me besó allí y muchas personas nos vieron. Y yo llevaba el vestido de Elena —apuntilló agobiada, con un grito ahogado.

Virginia abrió mucho los ojos y soltó una sonora carcajada. Se llevó ambas manos a la boca y miró a Eva. No lo estaba pasando nada bien con todo ese asunto.

—¿Se lo has contado a Elena? —preguntó con media sonrisa que trataba de disimular.

—No. Solo a Martín. Es lo primero que he hecho esta mañana nada más poner un pie aquí. No podría soportar que volviesen a tener otro problema en su matrimonio por mi culpa.

Años atrás, Martín y Elena se separaron por unas fotografías de Eva con otro hombre donde él creyó que era Elena. Pero por aquellos entonces, no tenía conocimiento de que su mujer tenía una gemela.

—¿Cómo ha reaccionado? —se interesó.

—Ha soltado una carcajada. Me dijo que nunca volvería a dudar de Elena y que pararía esas fotos si alguien intentaba sacarlas a la luz.

—¡Joder! A mis oídos no ha llegado nada, por si te tranquiliza.

—Fui una estúpida —lamentó apenada.

—Tú no tuviste la culpa de nada. Ese hombre te besó. Por cierto, ¿quién es él? ¿Lo conoce Martín? A pesar de que acudió a la fiesta organizada por la cadena en la discoteca, no me suena. Y todo el que estaba allí debía tener acreditación para entrar y alguna relación con esta empresa que diriges con Martín.

—Sí, él lo conoce. Su nombre no le resultó indiferente, pero no me dijo de qué. Solo me anunció que pronto lo conocería. Se llama Víctor Ferrer.

—No me suena de nada. Era la primera vez que lo veía. La verdad, que debe ser nuevo. Está

como un tren, y te besó. ¿Qué tal? —preguntó con una amplia sonrisa dibujada en el rostro. Deseaba sacarle toda la información.

—Fue un beso espectacular. Hacía años que no me besaban así. —Tras un breve silencio entre ambas, le reveló aquello. A Virginia no le podía mentir. Con solo mirarla, tenía el don de saber qué le ocurría.

—Me alegro de que por fin alguien haya calado en ese frío corazón que tienes para los hombres. Por el brillo en tu mirada cuando me has hablado del beso, algo me dice que ese tal Víctor Ferrer ha logrado traspasar la coraza que llevas desde hace años.

—Solo fue un beso. Y, aparte de su nombre, no sé nada más de él. ¿Qué tal tú anoche con Miguel? —se interesó, y de paso cambiaba de tema. Aquella mirada socarrona de Virginia la ponía nerviosa.

—Con él siempre es lo mismo. No me deja traspasar esa línea que yo deseo desde hace años. Estoy cansada. No lo intento más, me doy por vencida.

Eva sintió pena por ella. Sabía de los sentimientos de Virginia por aquel hombre, pero él no terminaba de dar el paso.

—Por lo menos, a ver si una de las dos acaba con esta soltería que nos persigue... Te deseo toda la suerte del mundo. Voy a sacarle información a mi cuñado sobre ese tal Víctor Ferrer — anunció decidida mientras se levantaba de la silla.

—¡Ni se te ocurra! —le advirtió Eva—. Te lo prohíbo. ¡A trabajar! —ordenó.

Virginia soltó una carcajada. No estaba acostumbrada a verla en aquella faceta.

—Sí, jefa. —Se marchó con una sonrisa.

Al día siguiente, por la tarde, Elena entró en el despacho de su hermana por sorpresa. Eva no la esperaba. Apreció que tenía ojeras y se veía agotada.

—¿Qué te ocurre? No tienes buena cara. —Se levantó del sillón, preocupada, y fue hasta ella.

—Tengo el estómago revuelto. Este embarazo me tiene fatal. —Estaba embarazada de casi cuatro meses—. He venido a buscar a Martín, pero se está demorando en una reunión por teléfono y me cansé de esperarlo.

Eva le apartó el pelo de la cara y le pasó la mano por la frente. La tenía sudorosa.

—¿Te llevo yo a casa? —se ofreció. No la veía nada bien—. Seguro que cuando te des una ducha y te metas en la cama consigues mejorarte.

—Eso quisiera yo, pero no puedo. Esta noche tengo una cena en la Asociación de Celiacos. Me han nombrado su representante por este año y no puedo fallarles —lamentó agobiada. Últimamente sentía que no llegaba a nada. Este embarazo la tenía muy cansada y le costaba hacer su vida diaria.

Eva sintió pena por su hermana. Sentada a su lado, le acariciaba el rostro. Cada vez la veía más blanca.

De repente, Elena se levantó y echó a correr hacia el baño que estaba dentro del despacho de su hermana. Eva fue tras ella y la sostuvo mientras vaciaba el estómago. Ya era la quinta vez aquel día.

—Me parece que vas a tener que quedarte en casa. Estás fatal —aventuró Eva mientras la ayuda a volver de nuevo al sofá. Elena se tumbó en él y tomó un poco de agua de la botella que le llevó su gemela—. ¿Nos vamos a casa y me quedo con las niñas esta noche para que puedas descansar? Verte así y no poder hacer nada me agobia —lamentó preocupada.

Las gemelas de Elena tenían cinco años, y pese a que el matrimonio contaba con Dora para que les echase una mano con ellas y la casa, en ocasiones les resultaba insuficiente.

—En realidad sí puedes hacer algo por mí. —Elena la miraba al detalle y un atisbo de sonrisa le apareció en los labios—. Acude a la cena por mí. Nadie se dará cuenta —le propuso como si nada.

Eva la miró con los ojos muy abiertos, se dio cuenta de que no bromeaba.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que me haga pasar por ti? —preguntó escandalizada, con los ojos muy abiertos.

—Solo es una cena, una de tantas como a las que acudes con Martín de negocios. Solo será un rato. No puedo quedar mal, es importante. Y aún no quiero dar la noticia de mi embarazo. Si llamo para no asistir, tendré que decir el verdadero motivo de mi ausencia.

—¿Me estás pidiendo que vaya con Martín haciéndome pasar por ti, su mujer? —Eva no daba crédito a lo que le proponía.

—Sí.

—Tú estás peor de lo que me pensaba. —Eva puso los ojos en blanco y se llevó la mano a la cabeza.

—Por favor... —Elena la miró con cara de pena—. Hazle ese gran favor a tu hermana.

—Pero, Elena... —le reprendió.

—No me mires así, no es nada tan descabellado. Te lo pido por las circunstancias —intentaba convencerla con cara de pena.

Eva la miraba en silencio.

—Pero ¿cómo se te ocurre... —No daba crédito a su propuesta.

—Anoche mis hijas me la jugaron por primera vez, se intercambiaron y no las reconocí. Tú y yo nunca lo hemos hecho. Es cierto que nos hemos reencontrado con veinticinco años y no vivimos una niñez juntas. Solo se me ocurrió la idea —justificó—. Por favor, estoy desesperada —volvió a rogarle—. Es por una buena causa.

—Está bien. Iré —cedió finalmente—. Creo que te aprovechas de mí. Sabes que no hay nada en este mundo que no hiciese por mi hermana.

—Gracias. —Elena la abrazó, sonriente y feliz—. Yo también te quiero.

—Voy a decirle a mi secretaria que avise a Martín cuando termine. Te llevo a casa.

En el coche, mientras Eva conducía, Elena la notó más tranquila que el día anterior cuando fue a cenar a su casa y le contó lo sucedido con aquel desconocido mientras llevaba su vestido.

—En estos dos días no ha saltado nada a la prensa. Martín me dijo que no tuvo que interceder en ningún asunto relacionado con tu beso. Igual nadie os hizo fotos en ese momento.

—Pero sí nos vieron. La salida estaba llena de gente. No lo lamento por mí, sino por Martín y por ti.

—No le des más vueltas.

—¿Le has preguntado a tu marido de qué conoce a Víctor Ferrer? —Aún no había podido averiguar quién era.

La noche anterior, cuando ambas hermanas cenaron a solas, Martín llegó tarde. Eva le pidió a Elena que le sacase información cuando pudiese.

—No. Hace una semana que apenas lo veo. Tiene mucho trabajo y llega muy tarde.

—Sí, el inicio de la nueva temporada en la cadena nos trae locos.

Cuando llegaron a casa de Elena, esta se metió en la cama de inmediato. Eva se quedó jugando con sus sobrinas y luego fue a la habitación de su hermana para ver qué tal continuaba.

—¿Qué tenías pensado ponerte esta noche? —preguntó al abrir el gran vestidor, mientras suspiraba. Siempre le abrumaba ver toda la ropa que tenía su hermana.

—Lo que me estuviese bueno, pero al ser tú, puedes elegir lo que quieras. —Le mostró una

somrisa.

Ambas eran como dos gotas de agua. No solo el rostro, también el cuerpo, la altura y el cabello, que lo llevaban cortado igual.

—Muy graciosa. ¿Le has comunicado ya a Martín tu descabellado plan?

—No, pero no le importará.

—Ya, se me olvidaba que él también haría cualquier cosa por ti. —Puso los ojos en blanco, le sonrió y su hermana le devolvió el gesto.

—Por supuesto que haría cualquier cosa por mi mujer —resonó la voz de Martín. Solo había alcanzado a oír aquella última frase. Entró en la habitación, fue hasta Elena y le dio un beso. Se sentó a su lado y la tomó de la mano—. ¿Qué tal te encuentras? —preguntó preocupado.

La secretaria de Eva lo había puesto al tanto de que su mujer se marchó con su hermana.

—Un poco mejor. Hoy he tenido un día horrible.

Martín volvió a besarla en el cabello.

—Así no podremos ir a la cena de esta noche. —No le apetecía nada. Estaba cansado de eventos. Necesitaba estar en casa con su familia.

—Tú sí irás, mi amor —replicó Elena con tono mandón.

—¿Sin ti? ¿Y qué pinto yo allí?

—Mucho si vas acompañado de mí haciéndome pasar por tu mujer —reveló Eva con las manos en la cintura, resignada a hacerlo.

Martín miró a su esposa para que le explicase aquello mejor.

—No puedo dejar de asistir esta noche a esa cena, pero al mismo tiempo me encuentro fatal y no podría probar bocado. El simple olor de la comida me haría vomitar. Debes ir con Eva. No será mucho tiempo, a lo sumo tres horas. Llegar, saludar, que Eva dé el discurso y cenar.

—¿Tengo que dar un discurso? —preguntó asombrada—. No me habías dicho eso —le recriminó.

—Decir unas palabras —le quitó hierro al asunto—. Mira, te lo acabo de escribir.

Cogió una nota de la mesita de noche y se la entregó.

—Me debes una y muy gorda —murmuró Eva cogiendo el papel.

—¿Mi opinión no cuenta? —preguntó Martín mirando a ambas hermanas, sorprendido de que estuviesen de acuerdo en aquello y lo llevasen con toda la naturalidad.

—Tómalo como si fuese trabajo, mi vida. —Elena lo miró con aquella sonrisa que lo desarmaba y su preciosa mirada con la que sabía que su marido no la cuestionaría.

Resopló con fuerza y se metió en la ducha, resignado. Sabía que aquel acto era importante para Elena y por ello no discutió.

—Puedes coger el vestido color caldera que tanto te gustó de mi última colección. Era uno de los que pensaba ponerme hoy si entraba en él —aconsejó Elena a Eva cuando la vio indecisa en su vestidor.

—Pero no es largo, y seguro que no tienes unos zapatos planos acorde.

Debido a su accidente y sus problemas de espalda, Eva llevaba años sin usar zapatos de tacón altos, como lo que acostumbraba Elena en los eventos.

—Ya estás recuperada por completo. Creo que es hora de que te decidas a volver a llevarlos. Hoy es una buena ocasión. Irás todo el tiempo al lado de Martín, de su brazo, y estarás sentada en la cena —argumentó para convencerla.

Eva lo meditó por unos segundos. Si iba a representar el papel de Elena Galván lo tendría que hacer en todos los sentidos. Debía vestir como iría su hermana, lo que menos deseaba es que alguien descubriese en plena cena el intercambio de ambas, y llevar zapatos de tacón iba en el

lote. No escogió unos muy altos y le advirtió a su cuñado que no se separase de su lado en toda la noche.

Cuando llegaron a la cena, Eva y Martín lo hicieron cogidos del brazo y sonrientes. Aparentaban ser la pareja perfecta que eran Elena y Martín desde hacía años. Saludaron a varias personas, Eva dio gracias a que Martín los conocía a todos, y permanecieron durante un buen rato en la antesala. Cuando los asistentes estuviesen sentados en las mesas, Eva debía dar el discurso de bienvenida y luego se serviría la cena.

De repente, Martín vio entrar a alguien que no esperaban aquella noche. Miró a su cuñada, pero no le dio tiempo de decirle nada. La tomó por la cintura y le sonrió. Eva lo miró y no entendió muy bien la expresión de su rostro.

—Estás muy guapa esta noche. Tranquila que todo va a ir muy bien. Recuerda que eres Elena por esta noche —le susurró, a modo de advertencia, Martín en el oído en un gesto cómplice.

Eva no entendió muy bien sus palabras, lo miró para que se las explicase mejor, pero él se centró en otras personas que se acercaban. Saludó a dos hombres que se presentaron ante ellos, entonces Eva comprendió las palabras anteriores de su cuñado. Tragó con dificultad y trató de dominar la situación.

—¡Qué gran sorpresa, señores! —Martín le extendió la mano a Víctor y luego a su amigo, que era el mismo que lo acompañaba la noche que Eva lo conoció en la discoteca, ella lo reconoció al instante—. Os presento a mi mujer, Elena. —Los dos hombres se quedaron mirándola fijamente—. Víctor Ferrer —lo presentó Martín—. Él estará ahora al frente del bufete jurídico que lleva todos los asuntos legales de la cadena y Javier Quintana, el mejor abogado penalista de su bufete. —Eva les dio la mano a ambos. Trató de dominar el nerviosismo que la presencia de Víctor le había provocado. Cuando la estrechó con la de Víctor, notó que él se la acarició y se demoró un poco más. Luego, miró a su cuñado con una sonrisa fingida mientras lo reprendía con la mirada. Martín sonrió—. ¿Qué hacéis vosotros por aquí? —preguntó interesado.

—Mi hermana es la encargada de organizar esta cena —contestó Javier—. No sabía que tú mujer era la elegida para dar el discurso de este año. —Se había enterado en la entrada, donde había un cartel con el rostro de Elena Galván, la nombraban embajadora de la Asociación de Celiacos. Cada año, un personaje conocido de la sociedad y celiaco, era el elegido para representar a las personas con esta intolerancia.

Sin dejar de mirar a la mujer de su jefe, Víctor maldecía la hora en la que aceptó acompañar a Javier aquella noche. Necesitaba distracción y el plan de su amigo no le pareció mal, pero se arrepintió en el instante en el que vio a Martín con su mujer del brazo.

De repente, indicaron por megafonía que todos debían ocupar sus mesas, el acto iba a comenzar, y Eva debía dar el discurso que le correspondía en nombre de su hermana.

De camino al salón, Javier reprendió a Víctor con la mirada. Eran amigos desde la universidad, nunca lo veía como su jefe y dueño del bufete ahora que Rodrigo había fallecido. Javier llevaba años trabajando para el padre de su amigo. Ambos entraron en el bufete a hacer las prácticas en el último año de carrera, pero cuando Víctor se fue por las diferencias con su padre, este le pidió a Javier que se quedase. Desde entonces lo había tratado como a un hijo.

—Aún conservamos la cuenta con el Grupo Quiroga. Es la más importante con la que contamos en estos momentos. Deja de mirar a la mujer de Martín de esa forma si no quieres que te parta la cara esta noche y cancele el contrato que tenemos con ellos —le advirtió en tono bajo.

—¡Joder, con todas las mujeres que hay y tenía que ser la suya! ¡Maldita sea mi suerte! — Nunca había envidiado a nadie, pero en aquellos momentos Víctor lo hacía con Martín Quiroga. Él

deseaba a esa mujer desde que sus miradas se cruzaron.

Cuando llegaron a la mesa que la hermana de Javier les había asignado, descubrieron que estaban sentados con Martín y su mujer.

Javier maldijo, pero no pudo hacer nada. Martín Quiroga llegó solo y se sentó, saludó al resto de comensales y posó la mirada en la mujer que estaba en el escenario y se disponía a decir unas palabras. Víctor clavó la vista en ella y la admiró.

Durante el discurso, Víctor no le quitó ojo. Martín advirtió el gran interés del hombre por su cuñada.

Eva descubrió, durante su intervención pública, que Víctor estaba sentado junto a Martín. Tuvo que refrenar los nervios que esto le provocó y centrarse en las palabras que su hermana le había escrito.

Cuando Eva se dirigió a la mesa, Martín, siempre caballeroso, se levantó para recibirla, le dio un beso en la mejilla, en señal de felicitación, y le susurró en el oído;

—Lo has hecho muy bien.

Este simple gesto de complicidad molestó a Víctor, que se revolvió en la silla, incómodo, como si aquella mujer le perteneciese.

Para sorpresa de Víctor y Eva, Martín no se sentó en el lugar que ocupaba, se lo cedió a ella, quedando al lado de Víctor a la derecha y Martín a su izquierda.

Eva reprendió a su cuñado con la mirada por esto, él solo le dedicó una sonrisa triunfante y entabló conversación con las demás personas de la mesa.

Tras finalizar la comida, en la que Eva evitó mirar a Víctor, mientras esperaban los postres, se disculpó para ir al baño.

Martín charlaba con una pareja que tenía al lado, pero no le pasó desapercibido que Víctor abandonó la mesa al poco de hacerlo su cuñada. Con disimulo, echó un vistazo y comprobó que también se dirigía a los servicios.

Cuando Eva salió del cubículo del baño, se encontró con Víctor de frente. La esperaba allí, por suerte para él, no había nadie más.

Eva lo miró con el rostro desencajado, sin saber cómo reaccionar. En el estado de nerviosismo que se apoderaba de ella en esos instantes, dejó caer la cartera que llevaba en las manos al suelo. Con agilidad, Víctor se la recogió y se la entregó en un gesto caballeroso.

—Siento lo del beso de la pasada noche, señora Quiroga. No sabía quién eras —se disculpó, educado.

—Yo... yo... nunca me he besado con usted —contestó nerviosa—. Creo que me confunde. —Lo hizo a un lado y comenzó a lavarse las manos. A través del espejo veía la mirada de Víctor clavada en ella.

—Creo que la que se confunde eres tú —rebatió, decidido y serio, con calma—. Dudo mucho que hayas olvidado el beso que nos dimos, yo aún recuerdo con la entrega que me lo devolviste.

La miraba con los ojos ardientes y media sonrisa en la boca. Verla alterada y sin saber cómo reaccionar ante aquello lo divertía. Era una mujer casada, pero también había sentido su disposición cuando la besó, y ello le hizo insistir.

Eva se volvió sin decir nada, solo quería marcharse de allí, y comenzó a encaminarse hacia la salida. Víctor no lo permitió. La tomó del brazo e hizo que quedase frente a él.

—Suéltame —ordenó en un susurro. Intentó irse, en lo que Víctor la tomó por la cintura con fuerza y la pegó más él—. Por favor, si alguien nos ve aquí... —Lo miraba con el rostro desencajado.

—¿Tienes miedo a la reacción de tu marido? ¿A que descubra que me has besado de una forma

tan apasionada que es imposible que estés enamorada de él? —preguntó tranquilo, confiado. Era un hombre que sabía lo que hacía en todo momento.

—Soy una mujer casada, y con dos hijas —murmuró en un ataque de desesperación. A ver si se apiadaba de ella y la dejaba ir.

—Y yo soy un hombre que ha reconocido a la mujer que desea en su vida para siempre —contraatacó sin piedad.

Eva pudo ver la decisión en el rostro de Víctor, esto la alarmó. Intentó huir de allí, de él, pero no se lo permitió. La tomó con más fuerza entre sus brazos y la besó sin importarle nada más. Deseaba comprobar si lo volvía a besar con la misma entrega de la vez anterior.

En un principio, ella se resistió, pero Víctor no permitió que se le escapase. La besó a conciencia y Eva no pudo oponerse. Terminó correspondiéndole. Completamente entregada a aquellos labios pecadores.

De repente, tomó conciencia de lo que estaba haciendo. Si alguien entraba y los veía sería mucho peor que la vez anterior cuando se besaron en la calle. Ella había acudido aquella noche como Elena Galván. Se zafó de sus brazos en un descuido de Víctor y salió con prisa de aquel lugar.

De camino a la mesa, se recompuso y tomó aire. Iba demasiado alterada.

Víctor no la siguió, salió del servicio de señoras y entró en el de caballeros. Necesitaba unos minutos a solas para poner en orden los sentimientos que aquella mujer casada y con hijos acababa de revolverle.

Cuando Eva llegó a la mesa y se sentó, su cuñado se inclinó hacia su oído, y a modo de confidencia le preguntó:

—¿Tengo que ir a ponerle las cosas claras a ese tío? —La miró con una sonrisa relajada en los labios que la puso muy nerviosa. Pudo leer en los ojos de Martín que presagiaba un encuentro entre ella y Víctor en el aseo.

Sin saber cómo dominar aquella situación, Eva lo miró suplicándole que se fuesen ya y terminasen con aquel asunto.

Martín observó el gesto contrariado y serio que Víctor traía reflejado en la cara cuando se sentó de nuevo en la mesa. Eva le puso una mano sobre el antebrazo para llamar su atención. Lo último que necesitaba era que ambos hombres se encarasen allí. Sabía que Martín era capaz de todo por Elena, y ella esa noche suplantaba a su hermana.

En su fuero interno, Martín se lo estaba pasando bien. Pero decidió que era hora de volver a casa y poner fin a aquel juego. Se puso en pie, tomó a Eva de la mano, y se despidió de todas las personas que los acompañaban.

—Señores, mi mujer y yo debemos irnos. Tenemos a dos hijas en casa y no nos podemos quedar más tiempo. Un placer compartir la velada. Hasta la próxima.

Les dirigió una mirada a Víctor y Javier, a ellos los vería muy pronto, tomó a Eva de la mano, y se marcharon.

Víctor no dejó de observar a la pareja en todo momento. Algo en su interior bullía y no sabía cómo calmarlo. Ver a la mujer que deseaba cerca de otro hombre lo hacía arder de rabia.

—Cuidado dónde te metes —advirtió Javier a Víctor en un susurró, a modo de consejo. Saltaba a la vista el encuentro que había tenido con la mujer del jefe—. Si perdemos la cuenta Quiroga, más del cuarenta por ciento de los beneficios del bufete se van a pique.

—Me importa una mierda ese bufete. —Arrastró la silla con ganas y abandonó el lugar sin despedirse de nadie.

Los demás comensales se quedaron mirando a Javier, a la espera de una explicación. Era

evidente que Víctor se había marchado enfadado.

De camino a casa, Martín conducía, Eva sintió que era el momento adecuado para interrogarlo como tenía ganas desde hacía días.

—Antes, cuando me has presentado a Víctor, has dicho que él se va a encargar de los asuntos del bufete de abogados, es hijo...

—Sí —afirmó sin dejarla terminar—. Se marchó a Nueva York hace muchos años, pero ha vuelto para hacerse cargo del bufete y de su sobrina huérfana.

Eva era conocedora de la tragedia que se produjo en la familia Ferrer meses atrás, Rodrigo, su hija y su yerno, iban en un tren de camino a un juicio importante en Galicia y un aparatoso accidente terminó con la vida de ellos y veinte personas más.

—Siempre pensé que Almudena era hija única. —Eva había sentido su muerte, ambas mujeres se conocían y habían trabajado juntas.

—Víctor es algo así como la oveja negra de la familia. No se llevaba bien con su padre.

—Y también es abogado —afirmó.

—Sí.

—¿Os conocíais de antes? —No le había pasado desapercibido que entre ambos hombres existía cierta confianza.

—Desde la universidad. Teníamos algunas asignaturas comunes. Jugábamos al paddle con frecuencia. El muy cabrón siempre me ganaba.

—¿Se encargará de ese bufete para siempre o solo está aquí de forma temporal? —se interesó en saber.

—Por lo que sé, se ha venido de Nueva York por un tiempo. Pero algo me dice que no volverá más. Te mira con gran interés, cuñada. Víctor no es un hombre de rodeos, siempre va por lo que desea —la previno mientras disfrutaba de ello.

—Me ha besado en dos ocasiones, y en ambas pensaba que era Elena —reveló agobiada. Algo le decía que aquello les iba a acarrear problemas a todos.

—Vaya, cuñada, lo vuestro avanza. ¿Ya van dos besos? ¿Hoy ha sido el segundo? —preguntó con una enorme sonrisa. A Eva le molestó que un asunto tan serio se lo tomase a broma.

—Cuidado —le advirtió con una ceja alzada—, él cree que ha besado siempre a tu mujer— apostilló—. Y ya sabes... no hay dos sin tres —con el comentario, logró ponerlo tenso y que desapareciese de su cara bonita aquella sonrisa burlona que tenía segundos antes.

Capítulo 2

Al día siguiente, Eva fue al atelier de su hermana. Elena trabajaba duro en su próxima colección. Tras los años, se había consagrado como una gran diseñadora de vestidos de novia.

Eva cruzó la tienda, saludó a las dependientas que atendían a varias clientas con una sonrisa y entró en el despacho de Elena. Le llevaba el vestido que había usado la noche anterior.

—¿Qué tal fue todo? Cuando Martín llegó estaba dormida, y esta mañana apenas hemos tenido tiempo de hablar.

Las hermanas habían quedado para desayunar, como Elena tenía tanto trabajo, le pidió que lo hiciesen en su despacho.

—¿No te ha contado que anoche nos encontramos con Víctor Ferrer, el hombre con el que me besé en la puerta de la discoteca? —lamentó.

Elena lo ignoraba, Martín no le había dicho nada. Se llevó una mano a la boca y sonrió.

—¿Qué pasó? Cuéntamelo todo —la animó ansiosa.

—Estamos en un buen lío. —Se llevó la mano al pelo y se lo revolvió, incómoda.

—¿Estamos? —preguntó Elena descolocada.

—Sí, las dos. O los tres. Martín también. Víctor Ferrer cree que soy tú. Me volvió a besar anoche cuando fui al servicio. Y claro, no le podía decir que no era tú, que era yo... ¡Joder, qué lío! Ya sabía que no era buena idea que acudiese a esa cena haciéndome pasar por ti.

Elena la miró asombrada, sin dar crédito.

—¿Qué mala suerte! O buena, según se mire. Al parecer ese hombre está muy interesado en ti. No pierdes ocasión de besarte.

—Hay que aclarar todo esto antes de que Martín y tú salgáis perjudicados. —Era la única preocupación que Eva tenía.

—Habla con él, llámalo y se lo explicas todo —le dijo sin agobio alguno ante la situación.

—Siempre tienes el don de hacer todo muy fácil —le reprochó crispada.

La calma con la que Elena se toma aquel asunto la superaba.

De repente, una dependienta de la tienda las interrumpió.

—Perdona, Elena. Estas flores acaban de llegar para ti —anunció al mismo tiempo que se las entregaba.

La mujer entró y las dejó sobre la mesa.

—Martín nunca dejará de sorprenderme. —Con una sonrisa, Elena comenzó a abrir la nota que había entre las rosas rojas.

Leyó en silencio:

Quando algo o alguien me interesa, voy a por ello sin medir las consecuencias. Tú has despertado en mí un claro interés, tus besos me han hecho sentir algo muy especial y sé que tú has sentido lo mismo. No soy de los que dejan pasar las cosas. Todo lo contrario: lucho por lo que quiero hasta conseguirlo.

Victor Ferrer.

—Me parece que estas flores y esta nota no son para mí. —Le extendió el papel a su hermana para que la leyese.

Cuando Eva lo hizo, la miró con los ojos muy abiertos. Elena le mostraba una enorme sonrisa. Desde hacía años deseaba que su hermana encontrase a un hombre como Martín, y algo le decía que Víctor era el indicado.

—¿Cómo sabe esta dirección? —preguntó casi con pánico en la voz.

—Se ve que es un hombre que se mueve con rapidez.

—A ti y a Martín toda esta situación os divierte, pero yo no le encuentro la gracia —le recriminó—. ¿Y si en vez de enviar estas flores se hubiese presentado aquí? —Trató de borrarle la sonrisa que le mostraba.

—Lo hubiese mandado directo al despacho de vicepresidencia del Grupo Quiroga, que te hubiese dado otro beso y así comprobaba quién eres —resolvió Elena con sentido el humor.

—Muy graciosa.

De nuevo, unos toques a la puerta las distrajerón.

—Perdón, Elena. Hay un hombre que insiste en verte. Ya le dije que hoy no atiendes al público, pero dice que no se irá hasta que hable contigo. —Elena frunció el ceño, extrañada, sus clientas eran mujeres y, por lo general, trataba con los proveedores y representantes vía email o citas concertadas—. ¿Te ha dicho su nombre? —preguntó extrañada.

—Se llama Víctor Ferrer.

Ambas hermanas se miraron, sorprendidas. Eva sintió un sudor frío en la frente y cierta sensación de ahogo.

—Está bien, Adela. Dile al señor que en unos minutos voy. Por favor, ofrécele un café —dijo Elena para sorpresa de su hermana.

Eva la miraba con los ojos desencajados y moviendo la cabeza.

—Estás loca. ¿Qué piensas decirle? —le exigió.

—¿Yo? Nada —zanjó con pasmosa tranquilidad—. Vas a ir tú y de una vez terminas con esto.

—¿Se puede saber por qué no le has dicho a Adela que le dijese que no estabas? —le reprochó alterada.

—Porque volverá a insistir, y no quiero vérmelas a solas con él. —Le hizo un gesto con la mirada para que saliese del despacho y se reuniese con Víctor.

Con mala cara, resoplando y sin ganas, se levantó de la silla y abrió la puerta. Elena fijó la mirada en ella y sonrió. En estos últimos cinco años había llegado a conocer muy bien a Eva y sabía que Víctor era especial para ella. Solo había que mirarla a los ojos para ver la inquietud que le producía su nombre. Pero algo le decía a Elena que era el hombre que terminaría con los miedos de su hermana.

—No te olvides de agradecerle el detalle de las flores —le recordó Elena antes de que desapareciese.

Cuando Eva llegó hasta Víctor, lo encontró sentado en un sofá con una taza de café humeante en las manos. Adela y otras dos dependientas continuaban atendiendo a unas clientas. La tienda estaba llena de gente, no le pareció el lugar más adecuado para revelar a Víctor todo aquel lío que se había formado casi sin querer.

—¿Qué haces aquí? —preguntó a modo de reproche, con poca delicadeza. Lo miraba desafiante y seria.

De inmediato soltó el café sobre una mesa y se puso en pie.

—¿Has recibido mis flores? —preguntó con una sonrisa inmejorable.

—No has estado muy acertado —murmuró con evidente enfado.

Víctor no se lo tomó en cuenta, se acercó un poco más a ella y tuvo el descaro de saludarla con dos besos.

—Parece que no te han gustado mucho. Ignoro cuáles son tus flores preferidas. Escogí las rosas rojas por intuición. Creo que van contigo.

—Víctor... tenemos que hablar. —Estaba nerviosa.

—Sí, yo también lo creo —afirmó tranquilo, sin dejar de taladrarla con aquella mirada gris. Tenía ambas manos en los bolsillos del elegante pantalón del traje de chaqueta hecho a medida que llevaba.

De repente, entraron más clientas en la tienda, y un repartidor a dejar unos paquetes. Eva no estaba centrada, solo pendiente a que en todo momento la saludaban pensando que era Elena.

—Tengo que explicarte algunas cosas. Yo... no soy quien tú crees —reveló intranquila, retorciéndose las manos sudorosas.

—No te juzgo. Una mujer casada y con hijos puede volver a enamorarse de otro hombre.

Eva suspiró, cansada de la situación. Víctor no la entendía.

—¿Podemos hablar en otro lugar? —sugirió agobiada. Necesitaba que se marchase de allí de inmediato antes de que todo empeorase.

—Por supuesto. ¿No me invitas a tu despacho? —Le hizo un gesto con la cabeza para que se dirigiesen al fondo de la tienda.

Eva se negó.

—¿Podemos cenar esta noche? Como verás, tengo mucho trabajo. No es un buen momento. —Ambos pasearon la vista por el lugar y lo vieron lleno de clientas y dependientas sacando vestidos y complementos.

—Por supuesto —accedió con una mirada triunfante. Había conseguido más de lo que esperaba en un principio—. ¿Te recojo?

—No —negó rotunda—. ¿Conoces San Mauro? —Era un restaurante en el que había comido en varias ocasiones. Asintió con un gesto—. Bien, nos vemos allí a las diez. Ahora, vete —lo apremió Eva.

—Yo me encargo de la reserva. Que tengas una buena mañana.

Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla antes de marcharse. Eva, incómoda, se dio media vuelta de inmediato y se dirigió al despacho de su hermana.

—¿Todo aclarado? —preguntó Elena, expectante, más que Eva entró.

—No. He quedado con él para cenar esta noche. Allí le contaré todo con calma.

—Me parece bien. Salir con hombres como Víctor Ferrer es lo que necesitas desde hace tiempo.

Eva la miró reprendiéndola por el comentario.

—Me voy, tengo una reunión importante en dos horas —dijo consultando el reloj.

—Te quiero, hermana —la animó cuando vio que se marchaba un poco enfadada.

—Yo también, pero a veces me sacas de mis casillas —le contestó Eva antes de cerrar la puerta.

Mientras repasaba en su despacho el dossier con la información de la reunión que tendrían en diez minutos, Eva recibió una llamada.

—Me ha informado Javier Quintana que va saliendo de los juzgados. El juicio de esta mañana se ha alargado más de lo esperado. En una hora estará por aquí —le comunicó Martín a su cuñada.

Tenían una importante charla por delante con el bufete de abogados de la cadena. En uno de los programas de televisión un invitado había vertido información muy delicada y el Grupo Quiroga resultó demandado. Tenían que responder a la demanda y resolver qué argumentos y pruebas estaban dispuestos a llevar frente a un juez.

Por otro lado, Eva se tranquilizó un poco cuando Martín le confirmó que Javier era la persona con la que se reunirían. En su agenda de aquella mañana solo encontró una reunión con el bufete de abogados Ferrer, por lo general siempre trataba aquellos asuntos, que no eran muy frecuentes, con Rodrigo o Almudena, pero desde que murieron no habían tenido problemas legales de aquella índole y desconocía quiénes fuesen sus sustitutos.

—Eva, la sala de reuniones está lista —le informó Rita, su secretaria, antes de marcharse. Era la hora del almuerzo.

—Gracias. —Le mostró una sonrisa y la envidió mientras consultaba la hora. Era casi las dos de la tarde, tenía una reunión importante por delante, estaba cansada y tenía hambre.

Cuando la mujer se marchó, sonó el teléfono de mesa, Eva lo cogió al pensar que sería Martín, pero se encontró con una llamada desde Francia. Maldijo que su cuñado se la hubiese desviado a esas horas. Al conocer el idioma a la perfección, era la encargada de tratar con los socios del país vecino.

Metida de lleno en la conversación, le envió un mensaje a Martín para informarle de que se iba a retrasar un poco.

Javier Quintana llegó al Grupo Quiroga acompañado de su jefe, Víctor Ferrer. A este último no le apetecía nada ir, pero su amigo insistió en que no debían descuidar la cuenta más fuerte del bufete. Ahora más que nunca debían mostrar a sus clientes que *Ferrer Abogados* continuaba siendo el mismo bufete de siempre.

De camino al despacho de Martín, por el pasillo que enfilaba hacia él, Víctor recibió una importante llamada. Al pasar por la sala de reuniones, estaba abierta y vacía, necesitaba privacidad y, sin pensarlo, entró en ella. Como si se tratase de un lugar que conocía a la perfección, le indicó a Javier que continuase sin él. Cerró la puerta y se centró en la conversación.

Aquella mañana se había hecho público el informe que aclaraba las causas del accidente ferroviario que terminó con la vida de su padre, su hermana y su cuñado. Concluía que había sido un fallo en las vías tal como se temía desde un principio. Ellos y veinte personas más perdieron la vida a causa de que hacía años que no pasaban una revisión exhaustiva.

Víctor cortó la llamada y se quedó pensativo. En su mente ya se trazaban las responsabilidades que debía exigir.

De repente, la puerta de la sala de reuniones se abrió y Eva entró con decisión. Al encontrarse de frente con Víctor Ferrer se quedó paralizada. No lo esperaba allí.

Él la miró con media sonrisa en los labios. Su día acababa de mejorar. Siempre era un placer volverla a ver antes de lo esperado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Eva, a la defensiva. Lo miraba de forma acusadora.

—He venido a hablar con tu marido —afirmó contundente.

Ella se llevó la mano a la cabeza y lamentó la situación. La volvía a confundir con Elena.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó, casi con miedo. Sin sacarlo de su error.

El aparente nerviosismo en ella le causaba gracia. Con paso seguro y apariencias tranquilas, se acercó.

—Le voy a exigir que te dé el divorcio. Si me besas como lo haces, no puedes estar enamorada de tu marido ni desear estar con él —afirmó mientras le susurraba muy cerca del oído.

Eva lo miró escandalizada. Lo creía muy capaz.

Víctor disfrutaba de la broma mientras la observaba sonriente.

—Vete de aquí, por favor —le rogó, alterada, volviendo la vista hacia la puerta entreabierta—. Ahora tengo una reunión muy importante. Esta noche te lo explicaré todo.

—No hay nada que explicar. Me queda muy claro que no quieres a tu marido, de lo contrario no me responderías como lo haces cada vez que te he besado —confirmó seguro de sí mismo.

—Vete o llamo a seguridad para que te acompañe a la salida —lo retó, altiva, con la mirada al frente y sintiéndose vencedora.

—Hazlo. Monta un escándalo —la desafió sin miedo—. Estoy seguro de que me divertiré. Tú vas a tener que dar muchas más explicaciones que yo. Me encantará ganar este partido. —Le sonreía sintiéndose ganador.

—¿Estás seguro? —Le devolvió la sonrisa a la misma vez que desbloqueaba el móvil para realizar la llamada.

En una zancada, Víctor se acercó a ella como un ave a su presa, le arrebató el teléfono, lo tiró sin miramientos sobre la mesa, la tomó con fuerza por la cintura, la fundió contra su cuerpo y la besó. Le pensaba demostrar que él no tenía nada que perder ni le temía a nadie.

Sumergida en una vorágine de sentimientos, Eva se dejó arrastrar por aquel beso y todos los sentimientos que se despertaban en ella cada vez que tenía cerca a Víctor.

De repente, un leve carraspeo de garganta hizo que ambos tocasen la realidad y fuesen conscientes de dónde se encontraban realmente. Eva se volvió de inmediato y se encontró con su cuñado y Javier Quintana, quienes los miraban sorprendidos.

Víctor no se inmutó, esperaba una reacción por parte de Martín. Estaba decidido a enfrentarlo.

Javier taladraba con los ojos a su amigo. Se preparó para, de un momento a otro, frenar a Martín y Víctor. Estaba seguro de que se liarían a golpes. Eran dos hombres correctos y educados, pero muy temperamentales.

Para sorpresa de todos, Martín se mostró relajado, se adentró en la sala con paso seguro y se dispuso a sentarse a la cabecera de la mesa.

—Solo si tú me lo pides, le partiré la cara a este tío y lo despediré —le dijo a Eva. Luego, fijó la mirada en Víctor y lo retó.

—Martín, por favor. Dejemos las cosas como están —suplicó mientras se interponía delante de Víctor. Había dado un paso para acercarse a su cuñado. Este comprobó que no mostraba arrepentimiento ni confusión por lo que había pasado.

—Tienes huevos, tío. Eso me gusta. —Finalmente, Martín sonrió. Abrió la carpeta que tenía delante y le hizo un gesto a Javier para que tomase asiento. Se había quedado como un pasmarote allí de pie, sin saber cómo reaccionar.

Eva se sentó a la derecha de su cuñado, no pudo evitar esbozar una sonrisa mientras leía la confusión en el rostro de Víctor.

—Creo que el partido lo he ganado yo señor Ferrer. Por favor, tome asiento —le indicó más relajada, tenía ventaja sobre la situación y se aprovechó.

Eva y Martín sonreían, no era la primera vez que la confundía con Elena, pero había sido la mejor de todas. Ver las caras de desconcierto de Víctor y Javier no tenía precio.

Con cautela, Víctor arrastró la silla y se sentó, sin dejar de mirar a Martín. En su fuero interno se preguntaba qué clase de relación tenía con su mujer o si le corría sangre por las venas.

—Bien, señores. Comencemos con la reunión que bastante nos hemos retrasado —anunció Martín—. Creo que no he tenido la ocasión de presentaros formalmente a la vicepresidenta del Grupo Quiroga. —Miró hacia Eva, le sonrió y ella le correspondió con complicidad—. Eva Quiroga, mi cuñada.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó Víctor en tensión, al tratar de comprender la situación.

Eva no necesitó que le explicase que la reunión con los abogados que tenían para aquel día era con ellos. Solo lamentó que no la hubiesen informado antes o haber pensado en la posibilidad de que Víctor asistiese.

—Yo nunca bromeo en una reunión de trabajo, señor Ferrer —resonó la voz seria y distante de Martín—. Creo que ignoraban que mi mujer tiene una gemela, Eva. —La miró y ella asintió.

Por primera vez en su vida, Víctor sintió un sudor frío en la frente que casi le hizo perder la visión. Bebió agua de inmediato, del vaso que tenía delante, miró a Eva y luego a Javier. Le reprochaba no haberle informado de aquello. El hombre se encogió de hombros, en señal de que no sabía nada de aquello. Estaba tan sorprendido como Víctor.

Sin más dilación, Martín dio comienzo a la reunión. Prácticamente, entre él y Javier resolvieron todo y tomaron las decisiones que debían. Eva y Víctor apenas abrieron la boca. Él la miraba sin prestar atención a la conversación que allí tenía lugar. Sabía que era importante, pero no le interesaba. En su cabeza había otros asuntos prioritarios.

Cuando se dio por concluida la reunión, Eva salió de la sala antes de que Víctor pudiese interceptarla. Durante todo el tiempo le decía con la mirada que le debía una explicación.

Eva no pensaba hablar con él delante de Martín ni de Javier, por lo que se marchó. Le contaría todo, aquella noche, como habían quedado.

Cuando Martín se despidió y Javier y Víctor se quedaron a solas, se miraron desconcertados. Ninguno se había levantado del lugar que ocupaba.

—Hemos tenido suerte. Casi lo jodes todo —se atrevió a decirle Javier.

—Me importa un carajo perder esta empresa entre nuestros clientes. ¿Tú sabías que eran gemelas? —En aquellos instantes solo le importaba una cosa; Eva.

—No tenía ni idea. Sabía que la cuñada de Martín era la vicepresidenta, pero no que era gemela de su mujer. Me muevo en los juzgados, no en las fiestas de la alta sociedad —se defendió ante su mirada acusadora.

Con ímpetu, Víctor arrastró la silla y se levantó. Estaba decidido a ir tras Eva. Aquella mujer no se le iba a escapar más como agua entre las manos.

Cuando salió de la sala de reuniones, se encontró de golpe con dos mujeres iguales. Verlas a ambas juntas lo impactó. Sin saber qué decir ni cómo reaccionar, se quedó en silencio, observándolas al detalle.

De inmediato, Martín hizo aparición. Tomó a su mujer con posesión por la cintura y le dio un beso en la mejilla.

—Ella sí es mi mujer —anunció—. Procura no confundirte o te daré tal paliza que no podrás poner un pie en el suelo en una semana —le advirtió con una sonrisa.

Elena lo miró reprimiéndolo por aquellas palabras.

—Soy Elena Galván —se presentó extendiéndole la mano. Víctor se la tomó de inmediato.

—Víctor Ferrer. No sabía que erais gemelas —intentó excusar la situación.

—Víctor llegó de Estados Unidos hace poco. Es el hermano de Almudena, y el hijo de Rodrigo —informó Martín a su mujer.

Elena conocía a su hermana. Le diseñó el vestido de novia y estuvo en su boda, pero Víctor no asistió a ella.

—Siento mucho lo de tu hermana y tu cuñado, los conocía bien, con tu padre nunca tuve relación. Ha sido una verdadera tragedia —lamentó Elena.

—Yo tampoco tenía relación con mi padre —reveló sin sentimiento alguno—. No he vuelto por

el bufete, sino para ayudar a mi madre con todo lo que mi hermana y su marido han dejado.

Emocionada, Elena asintió. Fue incapaz de nombrar a la pequeña Daniela. Se le partía el corazón solo de pensar en una niña huérfana de dos años.

—¿Nos vamos, mi amor? —preguntó Martín a su mujer. Ella asintió. El estómago le rugía desde hacía más de una hora.

—¿Vienes con nosotros? —Elena esperó la respuesta de su hermana.

—Eva, necesito hablar contigo —resonó la voz grave y seria de Víctor.

Lo miró de soslayo y asintió tras pensarlo unos segundos. Sabía que no le quedaba más remedio que hablar con él a solas y darle algunas explicaciones. Saltaba a la vista que Víctor Ferrer era un hombre que emanaba seguridad, decisión, entereza y prepotencia por los cuatro costados de su gran cuerpo.

Elena y Martín se marcharon sin insistir.

Una vez se quedaron a solas, Eva se negaba a tener ninguna conversación con él en el pasillo. Segura de sí misma, se dio la vuelta, convencida de que Víctor iría tras ella, y se encaminó hacia su despacho. Mientras escuchaba los pasos detrás, cierta sensación de vértigo se despertaba en su interior. Le producía inquietud y nerviosismo estar a solas con él.

En cuanto Víctor entró, cerró con un sonoro portazo. Esto hizo que Eva no llegase a ocupar su sillón, pues, al volverse, se topó con él muy de cerca. Alterada, clavó sus ojos azules en los intensos grises de él. Sin darle margen de reacción, la tomó con fuerza por la cintura y la besó.

Eva le correspondió casi sin ser consciente, ese hombre besaba como un verdadero dios, deshacerse de sus besos era casi un pecado. Sin embargo, se armó de valor, colocó las manos sobre el amplio y duro pecho y lo empujó. Lo miró con los ojos cargados de reproches, ¿es que ese hombre solo sabía besarla cuando estaban a solas? Se deshizo de sus brazos y tomó asiento tras la mesa, en silencio, mientras su corazón se calmaba.

Paseándose los dedos por los labios, relamiéndose aún el sabor de ella, sin dejar de mirarla, se acercó, colocó ambas manos sobre la mesa y la taladró con la mirada. Esperaba una explicación, pero Eva no articulaba palabra. Se sintió como un monigote en sus manos. Había jugado con él a su antojo, y no le gustaba ser la diversión de nadie.

—Dime qué está pasando aquí —exigió saber—. Me queda muy claro que siempre he besado a la misma mujer, tú —afirmó contundente—. Pero en la cena de la Asociación de Celiacos eras Elena para todos. ¿Qué clase de juego es este? —Se le había acabado la paciencia.

—Siéntate, por favor —le pidió sintiendo aún sus piernas temblar mientras se preguntaba si a él no le afectaban los besos como a ella.

Posicionó ambas manos sobre la mesa y jugó con los dedos, mientras intentaba disimular el nerviosismo provocado por tenerlo tan cerca y que la mirase de aquella forma tan intensa.

—Estoy bien de pie. —Continuó en la misma posición intimidante. A la espera de una explicación.

—Siempre he sido yo —confirmó, mirándolo a los ojos.

—Es algo que no dudo. Me hubiese dado cuenta si beso a otra mujer, pese a que tengáis el mismo rostro. No soy tan estúpido. —Esperaba una explicación más extensa y coherente.

—La noche que nos conocimos, me intercambié el vestido con mi hermana antes de ella marcharse a casa, el mío se manchó por un accidente. En la cena que acudí junto con Martín, ella se encontraba indispueta a última hora y me pidió que fuese en su lugar, y esta mañana Elena me obligó a que saliese a recibirte —resumió algo nerviosa.

—Ya veo que os gustan esos jueguecitos de gemelas adolescentes. No sé cómo un hombre como Martín se presta a ello. Está claro que su mujer lo maneja a su antojo.

Eva había sido muy escueta en su explicación, y él necesitaba saber más. Como buen abogado que era, atacó con agudeza para sacar más información.

—Elena está embarazada, su presencia aquella noche era fundamental, se encontraba mal, vomitando, y me pidió que fuese en su lugar por una buena causa. Tras sus ruegos, Martín y yo accedimos. Y esta mañana, pensaba contarte la verdad, pero la tienda estaba llena de gente. No me pareció el lugar adecuado, por ello te cité para esta noche. Nunca fue mi intención jugar contigo ni burlarme de ti. Las circunstancias nos rodearon y se dieron varios mal entendidos. Yo no sabía que tú ibas a estar en aquella cena, ni en la reunión de hoy —explicó a la defensiva.

—Un poco sí te has burlado de mí. Te lo has pasado en grande cuando Martín nos descubrió besándonos. —Se relajó un poco y le sonrió. La miró de nuevo a los ojos y dio gracias de que no fuese la mujer de Martín Quiroga, aquello le facilitaba las cosas con ella. Tenía muy claro que deseaba a Eva en su vida, y no solo para una aventura.

—Te lo merecías. —Le devolvió la sonrisa, allí, sentada en el sillón de la vicepresidencia del Grupo Quiroga—. Ahora ya sabes que soy tu jefa. —Se sintió superior al decirle aquello—. Si vuelves a besarme, te despido.

—Ya veremos. —Consultó la hora y maldijo. Tenía que marcharse, su madre lo esperaba para que le contase con lujo de detalles todo sobre el informe del accidente de su hija—. Debo marcharme. —Tenía mil preguntas más que hacerle, pero no contaba tiempo suficiente. Necesitaba hablar con ella con tranquilidad—. Nos vemos esta noche —le recordó al despedirse.

—¿Esta noche? —preguntó confundida.

—Sí, quedamos para cenar. ¿No lo recuerdas?

—Te iba a explicar quién era realmente en la cena. Ya lo sabes. No creo que tenga sentido que mantengamos esa cita.

—Sí lo tiene. ¿No crees que me lo debes después de todo?

—No te debo nada. Todo este lío se formó porque me besaste. No haberlo hecho —le reprochó.

—Eso ha sido lo mejor que he hecho en toda mi vida. —La admiró con auténtica adoración—. Y, déjame decirte, tengo todas las intenciones de seguir haciéndolo —le anunció alegre—. Por favor, cena conmigo. —Le tomó una mano entre las suyas y se la besó.

Eva lo observó, mientras le rogaba, y suspiró. Sabía que no podría pararlo con facilidad. Era un hombre decidido y arriesgado, se lo había demostrado en la nota que le envió con las flores aquella mañana pensando que era Elena.

—Está bien —accedió.

No supo qué le llevó a aceptar, pero algo en su interior la impulsaba a conocer mejor a Víctor. Lo que había despertado en ella desde que la besó, nunca lo había sentido antes por nadie.

—Nos vemos a las diez en San Mauro. —Víctor se marchó sonriente y feliz. Sintió que por fin la vida comenzaba a sonreírle.

Una vez a solas, Eva se reclinó en el asiento, abandonó la postura rígida que había mantenido mientras hablaba con él y cerró los ojos. Sus pensamientos volaron al beso que le había dado hacía unos minutos. El corazón se le volvió a acelerar y suspiró sin ser consciente de ello.

Capítulo 3

Con todo lo que le había sucedido en las últimas horas, Eva necesitaba hablarlo con alguien. Cuando llegó a casa de Virginia eran casi las cinco de la tarde.

—¿Me invitas a merendar y te cuento lo que me ha pasado? —dijo cuando Virginia le abrió la puerta.

—Por supuesto, pasa.

Ambas se adentraron en el salón de la casa y tomaron asiento.

—¡Todo me pasa a mí! —lamentó Eva mientras se revolvía el pelo. Llevaba una melena larga, a la altura de media espalda.

—Traes pintado en la cara el nombre de Víctor Ferrer —murmuró Virginia—. Mejor primero hago café y ahora me explicas qué ha sucedido.

Eva suspiró. Virginia la conocía bien. En los últimos cinco años se habían convertido en casi hermanas. Tenían muchas cosas en común, trabajaban en el mismo lugar, ambas estaban solteras y tenían los mismos gustos y aficiones.

—Anoche acudí a la cena de celiacos haciéndome pasar por Elena —reveló.

—Lo sé, hablé con ella cuando te marchaste con Martín. Se sentía un poco mal por casi haberte obligado a asistir, dar el discurso y llevar tacones.

—Todo eso es lo de menos. —Hizo un aspaviento con la mano para quitarle importancia—. Con lo que no contaba era con encontrarme con Víctor y su amigo allí.

—¿Qué?! —Virginia desconocía aquello. La miraba muy sorprendida.

—Me siguió al baño de mujeres y me besó. Y esta mañana mientras desayunaba con Elena en su despacho llegó un gran ramo de rosas rojas con una nota. Eran de él.

—¡Madre mía! —Virginia se llevó las manos a la boca, sorprendida y alucinada al mismo tiempo.

—Eso no es todo —anunció. Virginia abrió los ojos más—. Se presentó en la tienda de Elena al poco de recibir las flores y nuestra hermana me obligó a salir a recibirlo. Iba a contarle la verdad, pero había demasiadas clientas por medio. Le propuse cenar esta noche juntos.

—Cree que eres Elena y no le importa que estés felizmente casada y con hijos —resolvió mientras la miraba perpleja.

—Ya sabe la verdad.

—¿No se lo ibas a decir esta noche? —preguntó confusa.

—Resulta que Víctor ha llegado de Estados Unidos para hacerse cargo del bufete jurídico de su familia, y este no es otro que el que tenemos contratado para los asuntos legales de la cadena. ¿Te acuerdas de Almudena y Rodrigo? —Virginia asintió. Ella tuvo que dar la fatal noticia en los informativos de la cadena—. Pues es su hijo, y ella su hermana.

—Joder, qué pequeño es el mundo.

—Hoy tenía una reunión con Martín y los abogados, no sabía quién iba a asistir del bufete, pero ni se me pasó por la cabeza que pudiese ser Víctor —continuó con la explicación.

—Se presentó él —dedujo Virginia, sonriente.

—Sí. Y como ese hombre no tiene límites, me besó y Martín nos interrumpió.

—No lo puedo creer. ¿Qué pasó? —preguntó con interés.

—Martín y yo nos lo pasamos bien —anunció con una sonrisa, rememorando el momento—. Luego, mi cuñado me presentó como tal y le dijo que era la vicepresidenta del Grupo Quiroga.

—¿Cómo me hubiese gustado estar allí! ¿Y ahora qué? —deseó saber más—. Es obvio que le gustas, y mucho.

—Nuestra cita de esta noche sigue en pie —anunció algo nerviosa. Virginia observó cómo se retorció las manos, intranquila.

—Victor te gusta —afirmó convencida de ello.

—¿A quién no le gusta un hombre como él? Es guapísimo.

—Tienes miedo. —La miró bien y lo pudo leer en sus ojos—. Pero esta vez es miedo de verdad, no la inseguridad de ocasiones anteriores.

Eva la miró con sentimiento de culpabilidad. No sabía por qué se sentía de aquella forma, pero lo cierto era que le daba verdadero pavor lo que Víctor Ferrer había despertado en ella.

—Es un hombre decidido y yo soy una cobarde desde mi accidente. Me da miedo desnudarme ante un hombre y que vea mis cicatrices.

Virginia la tomó de las manos y la abrazó. En todo ese tiempo, hacía ya cinco años de lo sucedido, nunca se había mostrado sido tan sincera.

Como consecuencia del brutal atropello que sufrió Eva, cinco años atrás, esto provocó una lesión en su espalda y varias operaciones posteriores para que pudiese caminar bien. Tenía dos grandes cicatrices en su cuerpo de las que se avergonzaba cuando estaba desnuda y, hasta la noche anterior, no se sintió segura de volver a usar tacones. Estas cicatrices estaban en su columna vertebral y en su cadera izquierda, las cuales, de vez en cuando, les producían dolores y pinchazos al caminar.

—Algo me dice que Víctor Ferrer no tendrá problema alguno en derrumbar todas esas barreras que tú misma te has impuesto. Creo que es el hombre indicado para ti. Estoy segura de que él te hará volver a creer en el amor y que crezca en ti la ilusión —murmuró mientras le masajeaba la espalda, el lugar donde tenía la cicatriz más grande.

Cuando Eva llegó al restaurante, el encargado le indicó que el señor Ferrer la esperaba en la barra. Con paso firme, se acercó a él. Víctor era inconfundible hasta de espaldas. Fijó la vista en la chaqueta azul que llevaba y, como si él la hubiese presentado, se giró. Sus ojos grises se posaron en los de ella, le sonrió como solo él sabía hacerlo y se acercó para saludarla con dos besos en la mejilla.

—Estás muy guapa esta noche —la elogió embobado en ella. Eva desprendía un aura especial.

—Gracias —respondió mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja, sintiéndose una adolescente de nuevo. Hacía años que no notaba aquellas inquietantes mariposas en el estómago.

—No me canso de agradecerle al destino que no seas la mujer de Martín Quiroga —reveló—. Eso lo facilita todo —anunció mientras la admiraba.

Una vez más, Eva admiró su descaro.

—Debió de ser muy impactante descubrir que había dos mujeres iguales.

—Lo fue —afirmó perdido en ella.

—Perdón, señor Ferrer, su mesa está lista. Pueden pasar cuando lo deseen —los interrumpió un

camarero.

Víctor realizó un asentimiento de cabeza, posó la mano, con suavidad, en la espalda de Eva, le cedió el paso y se encaminaron hacia el lugar.

—Para haber estado fuera de España, veo que tienes mucha mano por aquí —murmuró Eva mientras tomaban asiento. Sabía lo difícil que era disponer de un reservado en San Mauro de un día para otro.

Descubrir que iban a cenar a solas, sin gente alrededor, la puso nerviosa.

—Conservo buenos amigos. ¿Vino blanco? —preguntó mientras consultaba la carta.

—Sí.

Le encargó una botella al camarero y se quedaron a solas.

—Quiero conocerte, saber más de ti. Hasta hace unas horas te cría una mujer casada y con hijos. Me alegro de esta cita, será todo un placer descubrirte.

Eva le sonrió, aquello le daba ventaja.

—Siempre directo, señor Ferrer. Usted también es un desconocido para mí.

—Tenemos una larga noche por delante para descubrirnos. —Alzó su copa para que brindase con él.

Eva lo imitó. Víctor Ferrer le causaba intriga.

Luego, se centraron en la carta.

—¿Eres celiaca como tu hermana? —preguntó desconcertado.

—No. El hecho de que seamos gemelas no significa que tengamos lo mismo.

—No sabes cómo lo celebro. —Alzó la copa de nuevo y bebió, bajo la atenta mirada de ella—
—Que estés soltera y no tengas hijos es lo mejor de todo.

Eva lo miró desconcertada, lo había afirmado muy seguro.

—¿Cómo sabes eso de mí?

—No pensaba arriesgarme de nuevo.

Cuando iba a replicarle, apareció el camarero para tomarles nota de la comida.

Una vez se retiró, Víctor se le quedó mirando. Era evidente que deseaba hacerle mil preguntas.

—¿Qué tal llevas el regreso a España? Martín me dijo que vivías en Nueva York.

—Sí, he pasado diez años en aquella ciudad, pero mi madre me necesitaba y decidí volver de forma indefinida.

—Tu vida debe de haber cambiado mucho. —Sintió pena por el duro trago que debía estar pasando: su hermana, su cuñado y su padre habían muerto de golpe y él dejó todo para volver a su ciudad natal.

—Sí —afirmó convencido de ello, sin dejar de taladrarla con la mirada—. Sobre todo, desde que te conocí. —Sintió que la incomodaba con aquellos comentarios y decidió darle una tregua—. ¿Cómo es tener una persona exacta a ti? Os deben confundir mucho. Sois como dos gotas de agua.

—Si te soy sincera, me hace muy feliz. Siempre deseé tener una hermana, pero encontrarme con una gemela fue maravilloso. Y dentro de poco, Elena se diferenciará de mí, como te dije, está embarazada.

—Un momento. Siempre me das demasiada información de golpe y me bloqueas. —Sacudió la cabeza y la miró confundido.

—Elena y yo no nos criamos juntas, nos reencontramos hace cinco años. Hasta entonces ninguna sabíamos de la otra.

—¿Por ello lleváis apellidos diferentes? Pero tú tienes el de tu abuelo y Martín. ¿Y Martín no es algo así como vuestro tío? Vaya lío de familia que tenéis —murmuró sonriente.

—Martín no es hijo biológico de mi abuelo, lo adoptó hace años. Elena lleva el apellido del

hombre que la crio, no se lo quiso cambiar cuando conoció sus verdaderos orígenes y yo decidí cambiarme el apellido y llevar el de mi abuelo, sé que eso lo hizo muy feliz.

—¿Puedo preguntar por qué tú y tu hermana os criasteis separadas? —preguntó extrañado.

—Mi madre murió en el parto y mi padre decidió que Elena se criase con su mejor amigo y yo con mi abuela materna, por aquellos entonces ella estaba separada de Sebastián y él nunca supo de nuestra existencia hasta hace cinco años —resumió algo incómoda, no le gustaba hablar de aquello.

—Vaya. —Había logrado dejarlo sin palabras. No se atrevió a preguntar más. Tenía todas las intenciones de que Eva confiase en él en un futuro, tanto como para contarle su vida sin necesidad de someterla a un interrogatorio.

En aquellos momentos solo le importaba que estaba con ella y era una mujer libre.

Tras la cena, Víctor le propuso ir a otro lugar a tomarse una copa, pero Eva lo declinó. Al día siguiente tenía una importante reunión a las nueve de la mañana.

Como todo un caballero, no insistió, tan solo se empeñó en llevarla a casa, algo a lo que Eva no se pudo negar. No llevaba coche y había comenzado a caer una leve llovizna.

Una vez llegaron a la dirección que ella le indicó, continuaba viviendo con sus abuelos, Víctor estacionó en la puerta del edificio.

—¿No me invitas a subir? —preguntó con una sonrisa burlona. La provocaba.

—No vivo sola —la respuesta lo noqueó.

Ella sonrió para sí. Disfrutaba como una niña cuando lo descolocaba.

—Eva —llamó su atención antes de que se bajase del coche. Era consciente de que no pensaba darle más explicaciones—. Me gustó cenar contigo y conocerte un poco más.

—Buenas noches, Víctor —se despidió de forma educada.

—Espera. —La tomó por el brazo, la hizo que se girase hacia él antes de salir y la besó en los labios. No profundizó el beso como deseaba, fue un simple roce, quedando ambos con ganas de más. Ella lo reprendió con la mirada. Él la miró sonriente—. No me pude resistir —se excusó—. Hasta la próxima.

Eva bajó del coche sin decirle nada más. Se encaminó hacia el portal, el portero acudió a abrirle la puerta y Víctor se marchó preguntándose con quién viviría. Sabía que aquella no era la casa de Martín y dudaba que compartiese piso con alguna amiga a su edad y con su nivel económico.

Al día siguiente, Eva había quedado con Elena y Virginia para cenar. Una vez a la semana se reunían las tres, solas. En esta ocasión, lo habían dejado para el viernes por la noche. Todo el día estuvo lloviendo, y decidieron verse en casa de Virginia. Por otra parte, allí tendrían más intimidad.

—¿Qué tal mis sobrinas? —preguntó Virginia a Elena tras darle dos besos de bienvenida.

—Muy bien. Te reclaman una visita este fin de semana —le advirtió sonriente. Eva y Carolina adoraban a sus tías—. Se han quedado viendo una película con Martín.

—De princesas, seguro —dijo Eva. Había llegado junto con Elena.

—El pobre no ve la hora de tener un varón. Se queja de que se sabe todos los dibujos, series y películas de niñas. Está cansado de jugar a las casitas y con muñecas.

Martín se crio sin hermanos y nunca tuvo niños alrededor. Cuando se vio con dos hijas gemelas, su mundo cambió por completo.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Virginia a Elena, mientras le masajeara el vientre—. Apenas hemos hablado esta semana, pero sé todo lo sucedido por Eva.

—Ya estoy mejor. Parece que las náuseas van de paso.

—La que habéis liado con vuestros cambios. Pobre Víctor —comentó Virginia con una sonrisa, a modo de abrir la conversación en el tema que le interesaba.

Elena le devolvió la sonrisa con complicidad, Eva suspiró.

—¿Encargamos algo para cenar? —sugirió Eva.

A Virginia y a Elena les pareció bien. Pidieron de inmediato a un restaurante que servía a domicilio y contaba con comida sin gluten para Elena. Mientras esperaban, tomaron un vino blanco y Elena un refresco.

—¿Qué tal fue anoche con Víctor? —preguntó impaciente Virginia. Aquella mañana no se habían visto en la cadena.

—Bien, nos conocimos un poco más. Fue una cena relajada y cordial.

—E íntima —apuntilló Elena. De camino a casa de Virginia, le había contado que cenaron en un reservado privado.

—Elena, ¿qué sabes de ese hombre por tu marido? —preguntó Virginia con interés.

—No mucho. Fueron amigos de jóvenes y que ha vuelto de Nueva York tras el accidente de su padre y su hermana. Bueno, y que es abogado —añadió.

—¿Te reveló algo más anoche? —preguntó Elena a su gemela.

—No mucho más. Hablamos de las costumbres y la vida en Estados Unidos, y de cómo es tener una hermana gemela —apuntilló.

—¿Te volvió a besar? —se interesó Virginia con una sonrisa pícaro mientras bebía de su copa.

—Sí. —Eva se tomó su tiempo antes de responder. A ellas no les podía mentir.

—Me gusta Víctor para ti —comentó Elena, con la mirada fija en su hermana—. Creo que es el hombre que necesitas en tu vida.

—Estoy de acuerdo —confirmó Virginia—. Debes de darle una oportunidad. Yo creo que sientes por él algo más que atracción —aventuró segura de ello.

—Es complicado —comentó inquieta.

—Tú lo haces así. Déjate llevar —la instó Virginia mientras Elena observaba al detalle a su hermana.

—Yo creo que Víctor es el hombre que necesitas —afirmó Elena, segura de ello—. Está interesado en ti a más no poder. Algo me dice que no cesará hasta que llegue a enamorarte.

—Me gusta —aceptó al fin Eva—. ¿A quién no le gusta un hombre como él? Pero al mismo tiempo siento miedo. Mi cuerpo, mis cicatrices... —confesó con recelo.

—Si te ama, las amaré —dijo Elena.

—Lo de aquel tío no va a pasar de nuevo. —Virginia y Elena era conocedoras de aquella breve relación de Eva que apenas duró.

Hacia un año, se decidió a tener de nuevo pareja, cuando se desnudó y el hombre vio la gran cicatriz de su espalda y su cadera quedó tan impresionado que se marchó y nunca tuvo más noticias de él.

—Era un gilipollas —apuntilló Elena—, pero Víctor es diferente.

—Eso me da más miedo aún. Me cuesta creer que un hombre como él esté libre.

—Una mujer como tú lo está —le hizo ver su hermana.

—Sois el uno para el otro. Lo veo claro. Brindemos por Víctor y Eva. —Virginia alzó la copa y Elena la siguió. Eva no tuvo más remedio que seguirles el juego.

—Este fin de semana intentaré sacarle más información a Martín.

—¿Habéis quedado para este fin de semana? —se interesó Virginia.

—No —respondió Eva.

—¿Y no tienes su teléfono? —preguntó Elena.

—No.

—El teléfono es fácil de conseguir, llama al bufete, te lo darán. Pero me temo que hasta el lunes no volverás a saber nada de ese bombón. —Virginia bebió de la copa y se quedaron pensativas.

Luego, sonó el timbre y llegó la comida. Mientras cenaban, el tema de conversación fue Víctor Ferrer y todos los encuentros y besos que se había dado con Eva desde que la conocía.

En los postres, un rico helado de vainilla con nueces, sin gluten, para que Elena lo pudiese comer, Eva les comunicó algo.

—Chicas, ya está lista mi casa. En unos días me mudo.

Virginia y Elena lo celebraron con alegría. Hacía casi dos años que Sebastián le había regalado aquella casa a su nieta. En ese tiempo, Eva se dedicó a decorarla con mimo. Deseaba convertirla en su hogar definitivo para siempre.

—Estoy deseando verla acabada. En los últimos meses no nos has dejado aparecer por allí. — Virginia se mostró un poco molesta.

—Quiero que sea una sorpresa. La veréis todos al mismo tiempo, en la inauguración — confirmó contenta.

—¿Cuándo será? —preguntó Elena con interés.

—En la próxima semana. Antes quiero mudarme. Este fin de semana voy a llevar toda mi ropa, mis libros. —Virginia y Elena lo ignoraban.

—Me alegro mucho de que por fin hayas dado el paso hacia la independencia —comentó Virginia. Ella vivía sola desde hacía tres años.

—Yo también. Mi nueva casa me gusta mucho, es muy acogedora —afirmó feliz—. Y ya es hora de que deje a mis abuelos solos. Han cuidado de mí durante estos cinco años, me siento muy bien con ellos, pero ha llegado el momento de tomar mi camino.

—¿Vas a invitar a Víctor a la fiesta de inauguración de tu casa? Estaría bien —propuso Elena.

—No. Eso sería demasiado. Ni siquiera somos amigos.

—Yo creo que sois mucho más —comentó Virginia, risueña—. Quizás tengáis una relación de pocas palabras, lo admito. Pero no pierde ocasión de besarte. —Le guiñó un ojo y le sacó la lengua.

Eva le tiró un cojín a la cabeza. Luego, las tres estallaron en carcajadas.

Capítulo 4

El sábado por la mañana, casi al mediodía, Eva decidió ir a su casa. Un ático situado en el centro de la ciudad, con unas vistas maravillosas y un gran jacuzzi en la terraza. Su nuevo hogar era espacioso y luminoso, lo que siempre deseó. Contaba con dos habitaciones, tres baños, un amplio salón, comedor y cocina.

Entró en el garaje del edificio, aparcó en su plaza de garaje y sacó dos maletas y una bolsa llena de zapatos. Estaba decidida a pasar el día ordenando su nuevo vestidor.

De camino a la puerta del ascensor, la bolsa de los zapatos se cayó de encima de la maleta y volcó todo en medio del garaje. Eva maldijo, se agachó y comenzó a recogerlos. Sabía que iba demasiado cargada, pero no quería dar otro viaje.

—Deje que la ayude. —La sobresaltó una voz masculina a su espalda. El hombre salía de la puerta del ascensor del edificio.

Cuando Eva alzó la mirada y lo vio bien, aún estaba en cuclillas, casi se cayó de espalda.

—¡Víctor! —Lo miró con los ojos muy abiertos.

Con agilidad, él se agachó y comenzó a ayudarla con los zapatos esparcidos por el suelo. Observó las dos maletas y luego se centró en ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás de mudanza? —preguntó con media sonrisa.

—Sí —afirmó casi con miedo.

—¿Vas a vivir aquí? —preguntó sin poder creerlo. Eva asintió—. Creo que la suerte me acompaña de nuevo con respecto a ti. Me gusta tenerte cerca. Vivo en este edificio —le informó sonriente. Terminó de meter todo en la bolsa y ambos se pusieron de pie.

—¿Aquí? —preguntó asombrada.

Víctor asintió sonriente.

—Siento no poder ayudarte con todo hasta tu casa, pero llego tarde. Llama al portero, es muy amable, te ayudará —comentó de camino hacia su coche.

Eva se quedó mirándolo hasta que llegó a un deportivo negro y subió a él. Al pasar cerca, bajó la ventanilla del copiloto, la observó allí plantada con las maletas al lado y la bolsa en la mano, y le lanzó un beso. Ella echó a caminar sin ser consciente de la sonrisa que se dibujaba en sus labios. Cada vez que se cruzaba con Víctor Ferrer su mundo se desestabilizaba por completo. Se sintió como una adolescente cuando salía de clase, de ahora en adelante esperaría cruzárselo en el ascensor, en el portal o en el garaje.

Eva pasó toda la tarde en su casa, ordenó la ropa de las dos maletas y colocó todos los zapatos. Al terminar, echó un vistazo general al vestidor y se dio cuenta de que le faltaban zapatos de tacón. Estaba tan habituada a verlos en el de su hermana y en el de Virginia que se le hizo raro que la mayoría de sus zapatos fuesen casi planos. Determinó que con el cambio a su nuevo hogar debería de realizar un cambio en ella. Intentar de nuevo volver a ser la Eva de cinco años atrás. Sin miedos, sin reservas. A la que le gustaba vivir la vida con intensidad y divertirse. Se había

vuelto adicta al trabajo, ya que ello le alejaba de reprocharse no ser la mujer de antes. Hacía casi un año que el médico le había dado el alta por completo, le indicó que podía hacer una vida normal, sin embargo, sentía que las cicatrices que tenía en su cuerpo nunca la dejarían vivir con normalidad. En ocasiones, los días grises o de lluvia, le dolían. Y había cierto dolor en su cadera izquierda que cuando aparecía, tardaba horas en desaparecer. A veces, ningún analgésico lograba calmar la incesante molestia que le hacía caminar casi arrastrando la pierna.

Tras dejar todo ordenado en su cuarto fue al que estaba al lado, en un principio pensó poner un despacho con un sofá cama para sus sobrinas, pero finalmente decidió convertir aquella estancia en una auténtica habitación para las sobrinas que adoraba como hijas. Les había prometido que serían las primeras en dormir en su casa y pasar una noche de chicas juntas. Estaban muy ilusionadas.

Luego, se dirigió al amplio salón y paseó las manos por un gran piano blanco. Había sido un regalo de Elena y Martín. Llegó hacía varios días y estaba encantada de tenerlo en su nueva casa. Siempre deseó uno de esas dimensiones. Se sentó y comenzó a tocar una melodía con la mirada centrada en las estanterías llenas de libros que tenía enfrente. Desvió un poco sus ojos, y los clavó en las vistas que les ofrecía las amplias cristaleras que conectaban con la gran terraza y el exterior.

Mientras continuaba tocando, se sintió en un verdadero hogar. Aquel había sido su principal objetivo, que su casa desprendiese el calor que encontraba en la de su hermana y la de sus abuelos. Todo estaba decorado en tonos claros, con mucha luz y espacio, pero al mismo tiempo acogedor.

De repente, el tono del móvil hizo que parase de tocar y atendiese la llamada. Era Virginia y le proponía ir a cenar con unos amigos, pero Eva declinó la invitación, estaba cansada. Solo le apetecía darse una ducha y meterse en la cama con un buen libro. Al día siguiente tenía pensado mudarse por completo. Solo le faltaban algunas cosas personales por trasladar.

Cuando apagó todas las luces y cerró la puerta para marcharse, mientras metía las llaves en el bolso, y enfilaba el pasillo hacia el ascensor, se topó de frente con una imagen que la dejó paralizada. Víctor caminaba con paso seguro en su dirección e iba centrado en una niña pequeña que llevaba en brazos.

—¡Vaya, qué sorpresa! —comentó él cuando casi choca con Eva. Se quedó en silencio unos segundos y miró hacia la puerta de enfrente—. ¿No me digas que tú eres mi nueva vecina? —recordó que en los meses que llevaba allí, había visto movimientos de mudanza en el ático de al lado.

—¿Tú vives aquí? —Eva desvió la mirada, asombrada, hacia la puerta que estaba frente a la suya.

Víctor le mostraba una enorme sonrisa.

—Sí. Al parecer vamos a ser vecinos. ¿Cuándo te mudas? —preguntó con sumo interés. De repente, la niña que tenía en brazos, con la carita pegada a su pecho, se giró y se quedó embobada en Eva—. Le has gustado. —Le acarició el pelo y le dio un beso—. Te presento a Daniela.

—Hola, pequeña. Eres muy guapa. —Eva le tomó una manita y le dio un beso en ella.

Como si la conociese desde siempre, alzó los brazos para que Eva la cogiese.

Víctor se la entró y Eva la cogió asombrada. Daniela se abrazó a ella, algo que la emocionó. Nunca había sentido especial predilección por los niños ni ser madre, pero desde que tenía a sus sobrinas, los adoraba.

—Le has gustado. Venía enfadada —reveló Víctor mientras admiraba a ambas.

Eva evidenció los ojos llorosos de la pequeña.

—¿Por qué estás enfadada, Daniela? —preguntó con cariño, mientras le mesaba el cabello y le acariciaba la mejilla, sin soltarla de sus brazos.

—No quería venir conmigo. Mi madre ha caído enferma con un resfriado y no puede cuidar de ella, y yo no le gusto demasiado. En parte la comprendo, apenas me conoce.

Eva lo miró sin comprender la situación.

—Es mi sobrina, no te hagas una idea equivocada, no tengo hijos —aclaró con una sonrisa. Vio en su rostro que pensaba que era su padre—. Tampoco me manejo muy bien con ellos. —Admiró a las dos, embobado en ellas—. Vivía en Nueva York desde hacía unos años, cuando nació vine a conocerla y luego no la he visto más. Cuando sus padres murieron, hace tres meses, decidí venirme a vivir a España por un tiempo, me conoce desde hace poco, se puede decir.

—¿Es la hija de Almudena? —Víctor asintió mientras Eva miraba a la pequeña con pena—. Conocí a Daniela cuando nació. Cómo has crecido, preciosa.

Le dio un beso en la mejilla y la instó a que se lo devolviese, la niña lo hizo para sorpresa de su tío.

—Se te dan bien los niños —afirmó sin dejarles de prestar atención. Daniela siempre era reacia a dar besos y a Eva se lo dio a la primera.

—Tengo práctica con dos sobrinas.

—Se nota. ¡Joder! —maldijo cuando se dio cuenta de que no había cogido el peluche favorito de Daniela—. Me he dejado el monito de Daniela en el coche. ¿Te importa quedarte con ella mientras bajo en un momento? Mi madre me dijo que sin él no se duerme —comentó alterado.

—Claro, ve. No me importa quedarme con ella.

Víctor abrió la puerta de su casa y la invitó a pasar. Eva no lo esperaba. Encendió las luces del salón y soltó la bolsa de la niña en el sofá.

—Como si estuvieses en tu casa. Ponte cómoda. Vuelvo enseguida.

Eva se sentó con la pequeña en el sofá, sin soltarla de sus brazos. Daniela permanecía aferrada a ella. Admiró la casa de Víctor y comprobó, a simple vista, que era más grande que la suya. Todo estaba decorado en tonos blancos y negros, muy masculino. Saltaba a la vista que era la casa de un hombre soltero. No encontró detalles femeninos ni fotografías familiares.

Sumida en este recorrido de la casa, mientras admiraba la gran chimenea que presidía el salón, notó que Daniela se estaba quedando dormida en sus brazos. La acunó y la niña se durmió por completo. Mientras la observaba, se decía que se parecía a su madre. No pudo evitar sentir pena por ambas.

Con energía, Víctor abrió la puerta. De inmediato, Eva le hizo un gesto para que no hiciese ruido. Le indicó que su sobrina estaba dormida.

Le enterneció verla en los brazos de Eva, tranquila y relajada.

—Mi madre me dijo que debía bañarla y darle la cena antes de que se durmiese, ¿ahora qué hago? —preguntó agobiado, revolviéndose el pelo.

Se movía de un lado para otro en el salón, bajo la atenta mirada de Eva. Le divertía verlo así, él siempre tan seguro de todo. Hasta ese preciso instante, nunca lo había visto titubear en nada.

—Solo son las siete. Deja que duerma un rato, luego la despiertas, la bañas y le das de comer. Se volverá a dormir, te lo aseguro.

—La cena y lo yogures —enumeró a modo de recordatorio. Fue a sacarlos de la bolsa y a meterlos en el frigorífico.

De nuevo, Eva lo miraba con una sonrisa. Le divertía aquella situación que lo desbordaba y angustiaba al mismo tiempo.

—Dame a Daniela, la llevo a la cama para que estés más cómoda.

—Yo la llevo.

Víctor asintió y se encaminó delante, entró en una habitación y encendió la luz.

—No tengo un cuarto adecuado para ella. Espero que en la habitación de invitados esté bien.

—Puedes dormir con ella, estarás más tranquilo teniéndola vigilada durante la noche —le aconsejó—. A mí me encanta dormir con mis sobrinas —reveló mientras arropaba a la niña con delicadeza.

Víctor le lanzó una mirada de deseo que Eva interpretó sin necesidad de palabras. Salió de la habitación con la vista clavada en el suelo y él la siguió.

—Tienes una sobrina preciosa.

Daniela era morena con los ojos verdes, no se parecía en nada a su tío.

—No le caigo demasiado bien. Apenas me conoce y no sé cómo entretener a una niña —reveló con misterio—. Me queda un duro fin de semana por delante. Espero que no se ponga a llorar sin remedio y no se calle con nada, porque te juro que no sabré qué hacer.

—Si eso ocurre, llévala al parque con los demás niños, le gustará verlos y jugar con ellos. Y si es tarde, ponle una película de princesas, a todas las niñas les gusta. Pero debes verla con ella y hacer como que te interesa —le advirtió con una sonrisa. Estaba segura de que no había visto dibujos animados desde su infancia.

—Gracias, aunque también puedo llamar a mi vecina de enfrente y pedirle que me eche una mano —sugirió.

—Puedes tocar a la puerta todo lo que desees, aún no vivo ahí.

La miró decepcionado.

—Podrías darme tu teléfono, por si necesito unos consejos urgentes. Mi pobre madre está enferma, con un constipado horrible, no la voy molestar —argumentó mientras trataba de darle pena.

—En ese caso, puedes llamar a Martín. Tiene dos hijas y te aseguro que es un padre entregado. Sabrá aconsejarte. Seguro que tienes su teléfono —contestó de inmediato.

Víctor la retó con la mirada. Algo le decía a Eva que no necesitaría mucho tiempo para averiguar su teléfono. Saltaba a la vista que era un hombre de recursos.

—Si te invito mañana a comer conmigo y con mi sobrina, ¿me dirás que no? —Eva sonrió de forma involuntaria. No perdía ocasión—. Si temes que te vuelva a besar, tienes mi palabra de que no lo haré delante de la niña. Acepta por ella, no por mí —le rogó con cara de pena.

—Está bien —dijo tras unos largos segundos en los que lo meditó—. Pero solo lo hago porque me ha encantado tu sobrina —le dejó claro.

—Debes de admitir que mis besos también te encantan, siento la pasión y la entrega con la que me correspondes. Puedo oír los latidos de tu corazón, cuando me tienes cerca se aceleran.

—Si me vuelves a besar, te despido —lo retó sintiéndose ganadora. Le mostró una amplia sonrisa.

Desafiándola, Víctor se acercó peligrosamente, le tomó la boca y la besó de forma desenfadada, demostrándole que no le importaba nada de lo que le dijese.

En un principio, Eva se resistió, pero supo retenerla como el buen conquistador que era. Cedió ante sus besos y se perdió en ellos.

—Con respecto a ti, no me retes nunca, Eva. Ten por seguro que jamás te haré caso. El lunes tendrás mi carta de renuncia encima de la mesa, si te sientes más segura sin una relación laboral entre nosotros... —Le sonrió sintiéndose ganador—. No me importa ese bufete ni que el Grupo Quiroga sea su principal cliente, es herencia de mi padre y todo lo que venga de él no me interesa demasiado.

No supo qué responderle ni cómo contraatacar, y era algo a lo que no estaba acostumbrada. Pensó con rapidez y sonrió. La táctica con Víctor era descolocarlo.

—¿A qué hora quedamos mañana para ir a comer con Daniela? —preguntó segura de sí misma.

Víctor la observó con media sonrisa burlona. No esperaba que aceptase y menos que aquella fuese su respuesta.

—¿Nos vemos a la una aquí? También puedo recogerte donde me digas —sugirió.

—Aquí está bien. Debo marcharme. —Consultó la hora y vio que era tarde. Deseaba llegar y cenar con sus abuelos. Hacía varios días que solo los veía de pasada.

—¿Has quedado? —se interesó él.

—No. Bueno, sí. Es algo informal en casa.

—¿Vives sola? —insistió. Le reconcomía el hecho de con quién vivía.

—No.

—¿Compañeras de piso a tu edad y con tu sueldo de alta ejecutiva? —preguntó en tono burlón.

Eva no cayó en la trampa. Sabía que estaba intentando sonsacarla.

—No.

—¿No me digas que vives con tu hermana y tu cuñado? —preguntó asombrado.

Ante esto, Eva no pudo evitar una sonora carcajada.

—Hasta mañana.

Se dirigió a la puerta y se marchó con una sonrisa de satisfacción. Dejarlo con la duda y desconcertado la hacía sentir vencedora.

Capítulo 5

Mientras cenaba con sus abuelos, cierta sensación de nostalgia embargaba a Eva. Llevaba conviviendo con ambos cinco años, le habían ayudado muchísimo en ese tiempo, tras su recuperación del accidente y las secuelas del mismo. Se sentía afortunada de contar con ellos. Sabía que los iba a extrañar mucho en su nuevo día a día, pero había llegado la hora de su ansiada independencia.

—Cariño, estoy muy contenta de que tu casa esté lista y como siempre la deseaste, pero por otro lado me da pena de que te vayas —comentó Begoña con cierta tristeza.

—Lo sé abuela. —Ya les había comunicado que en los próximos días se marcharía a su nuevo hogar.

—¿Cuándo será la inauguración? Estoy deseando ver cómo quedó. Lo has llevado con mucho misterio —se interesó su abuelo.

A ellos tampoco les había dejado ver nada de su nueva casa. Deseaba que fuese una gran sorpresa para todos cuando acudiesen a la fiesta que pensaba dar nada más que se marchase. Iba a ser algo íntimo y familiar, pero tenía la gran ilusión de que toda su familia la descubriese al mismo tiempo.

—En unos días. Concreto con Virginia y Elena para que puedan ambas y os aviso.

—¿Estás feliz, mi niña? —preguntó Begoña, la conocía bien y advirtió en su rostro cierta sensación de tristeza.

—Muy feliz, abuela. Desde que desperté de aquel accidente soy otra. Volví a nacer por completo. Estos cinco años han sido duros, pero al mismo tiempo no los cambiaría por nada. Me encanta mi familia.

—Ahora solo te queda volver a creer, mi vida. No sabes lo que me gustaría verte casada y con hijos como Elena —manifestó Begoña.

Si bien su abuela no conocía del todo los miedos de su nieta con respecto a su cuerpo y volver a ilusionarse con el amor, sí sabía que algo le pasaba, pese a Eva decirle hasta el cansancio que no encontraba al verdadero hombre de su vida.

—Estoy seguro de que el hombre adecuado para mi nieta llegará. Es una gran mujer y bellísima, solo que hasta ahora no se ha cruzado en su camino ninguno que sepa valorarla de verdad —comentó Sebastián. Estaba muy orgulloso de Eva.

Tras los años, había pasado muchas horas con Eva, le había enseñado casi todo lo que sabía para llevar las riendas del Grupo Quiroga junto con Martín, y, mejor que nadie, conocía la gran persona que era su nieta, por dentro y por fuera.

Por otro lado, como un gran abuelo protector, siempre se interesaba con quién andaba ella. No pensaba permitir que jugasen con su nieta ni que le rompiesen el corazón como pasó años atrás con aquel profesor de la universidad. Eva se merecía a un hombre de verdad, que ella fuese su

única prioridad en la vida. No iba a permitir menos para ella, consideraba que ya había sufrido demasiado en la vida.

Cuando el timbre de su casa sonó, Víctor ya esperaba a Eva. Tenía todo listo. Con Daniela en brazos, su carita pegada a su pecho, abrió la puerta y la recibió. Aquella tierna imagen conmovió a Eva. Tras ser tía, había descubierto una faceta que no conocía en ella. Le encantaban los niños.

—Hola —los saludó a ambos con una sonrisa. Al ver que la niña no le correspondió, se dedicó a ella en exclusiva—. ¿Cómo estás hoy, preciosa? —preguntó mientras le tomaba los deditos entre su mano—. ¿Me das un beso? —Estaba un poco seria.

Daniela la miró y se quedó con la mirada fija en ella. Tras unos segundos, esbozó una medio sonrisa, se tiró a sus brazos, Eva la recogió de inmediato, y la niña le dio un beso tímido.

—Me gusta mucho tu vestido. Y estas coletas las podemos hacer mejores. —Miró a Víctor y él se encogió de hombros—. Ven, preciosa. Solo tardaremos dos minutos.

Se dirigió hacia el sofá con la niña en brazos y Víctor la siguió.

—¿Me puedes traer su cepillo del pelo? —le pidió antes de que él se sentase junto a ella.

De inmediato, Víctor se lo entregó. Eva le deshizo las dos coletas que llevaba a ambos lados de la cabeza y comenzó a cepillarle el cabello con cuidado.

—Si te doy algún tirón y te duele me lo dices, pequeña.

La niña no le respondió.

Víctor puso la televisión y esperó unos minutos hasta que Daniela centrase la atención en los dibujos.

—Ella... no habla —confesó en un susurro Víctor, estaba sentado al lado de Eva.

—Bueno, aún es pequeña, algunos niños tardan en hablar. La situación se puede hacer preocupante si llega a los tres años sin decir nada.

—No es el caso. Era una niña muy charlatana, pero desde que ocurrió el accidente de sus padres y no los vio más, dejó de hablar.

—¿Cómo?! —preguntó asombrada.

—Nunca ha preguntado por sus padres directamente, ni ha llorado por no verlos más. Dejó de hablar. Entiende lo que se le dice y asiente o niega, pero nada más. Así lleva casi tres meses. Mi madre la ha llevado a un médico y está muy preocupada, pero no podemos hacer nada más, tan solo darle mucho cariño.

Había dejado de peinarla. El relato la estremeció. Sintió pena por aquella niña, la abrazó y le dio un beso, transmitiéndole todo el cariño del mundo.

—Pobre, dicen que los niños se dan cuenta de todo —murmuró sobre el cabello de la pequeña—. Dale tiempo, seguro que vuelve a ser la niña que era. Estará pasando su propio duelo.

—Me parte el corazón verla así. Es muy pequeña, se ha quedado sin los dos pilares fundamentales de su vida. Mi madre se hizo cargo de ella, no le va a faltar de nada, pero su vida ya no será igual nunca más. Se va a criar en el campo con personas mayores.

Eva solo asintió. No deseaba profundizar aquella conversación en presencia de Daniela. Continuó peinándola.

—Preciosa, ¿tú quieres ir al parque a jugar un ratito? —llamó la atención de la pequeña.

De inmediato, los ojos de la niña se iluminaron, asintió y sonrió. La había entendido perfectamente.

Víctor hizo memoria y recordó que su hermana le decía que la llevaba al parque a jugar con

más niños con frecuencia. Desde que sus padres habían fallecido, Daniela no pisó ningún lugar para niños ni se relacionó con ninguno.

—¡En marcha! —Víctor se levantó con energía, cogió a su sobrina en brazos y le agradeció con una mirada a Eva que estuviese allí. Tenía que reconocer que nunca había sentido el agobio que le producía cuidar de su sobrina y hacerlo bien.

Cuando llegaron al garaje, Víctor no entendía el sistema de seguridad de la sillita de la niña en el coche. Eva, con destreza y una sonrisa, la sentó y le puso los tirantes y el cinturón ajustado.

—¡Listo! —anunció mientras él metía la bolsa de la niña en el maletero.

—Luego me lo explicas. Ayer la sentó mi madre y no presté atención.

Eva ocupó el lugar del copiloto y salieron del edificio en silencio.

Había algo de tráfico.

—¿A qué parque vamos? Si te digo la verdad, no sé dónde hay uno o cual sea el más adecuado para ella.

—Al final de la avenida, gira a la derecha. Aparcamos y por ahí. Es el parque al que suelo llevar a mis sobrinas.

—Lo sé, me queda mucho por aprender —comentó Víctor al sentir cómo lo miraba—. Todo esto me ha venido de golpe. Mi abuelo y mi madre han cogido la gripe y están en cama, no pueden hacerse cargo de Daniela. Me pidió que la cuidase yo por unos días. Creo que te voy a necesitar. Como ya has apreciado, soy un desastre en la faceta de tío —anunció sonriente—. He observado que se te dan muy bien los niños. Daniela ha dejado que la cojas y te ha dado un beso, yo no lo conseguí hasta días después de verme de forma continuada en casa de mi madre —reveló con pesar.

Eva sintió que se sentía impotente ante la situación. Saltaba a la vista que era un hombre acostumbrado a librar grandes batallas, y ganarlas, pero esta lo superaba por completo. Estaba desorientado y sin saber por dónde seguir el camino correcto.

—Te ayudaré en lo que necesites. —Le mostró una sonrisa deslumbrante—. Pero lo hago por Daniela, conste —aclaró. Él solo asintió—. Me queda claro que no tienes hijos ni sobrinos.

—Almudena era mi única hermana. Los niños nunca me gustaron demasiado. El ritmo de mi vida no me permitía pensar en ellos.

—¿Te vas a quedar aquí para siempre? ¿No has dejado nada en Nueva York? —se atrevió a preguntar.

—Mi madre me necesita, y, por otro lado, debo arreglar muchos problemas legales que se han originado tras la muerte de mi hermana, mi cuñado y mi padre. En Estados Unidos solo he dejado un buen puesto de trabajo, pero no me arrepiento. Aquí he encontrado lo que deseo para el resto de mi vida. —La miró con tal intensidad que hizo que el corazón le diese un vuelco.

Eva lanzó un suspiro inconsciente y se apartó el pelo, comenzaba a sentir calor. Los intensos ojos grises de Víctor le decían que si no fuese porque Daniela iba en el asiento de atrás la besaría. Podía sentir el deseo de aquel hombre, se veía tan relajado y tranquilo mientras buscaba aparcamiento que lo envidió, ella tenía ambas manos entrelazadas para disimular el nerviosismo que él siempre le provocaba.

—Ya casi estamos llegando, preciosa. —Eva se giró hacia detrás y se centró en Daniela. La niña tocó las palmas, contenta.

Víctor terminó de aparcar y miró a su sobrina sin acabar de creérselo.

—Sin duda, sabes arreglártelas con los niños. Has conseguido que sonría y haga algo que no hizo en meses.

—Me alegro de contribuir en su mejoría.

—Y yo de que estés en mi vida. —La miró con intensidad, le tomó una mano entre las suyas y se la acarició—. Nunca voy a dejar que te alejes de mí —le dejó claro.

Eva se deshizo de su contacto, abrió la puerta y se dirigió a sacar a Daniela del coche.

La llevaron al parque, la montaron en los columpios, al principio le daba miedo, pero Eva la animó y se montó con ella. Finalmente, la niña disfrutó y sonrió. Víctor no perdió ocasión de sacar unas fotos para enviárselas a su madre, sabía que ver a su nieta así le haría muy bien.

Daniela terminó corriendo y tirándose por los toboganes como los demás niños. Víctor disfrutó como nunca junto a Eva y Daniela. Lo que presagiaba ser un fin de semana lleno de agobios, pasó a ser el mejor día de su vida que recordaba en mucho tiempo. Se dio cuenta de que siempre estaba metido de lleno en el trabajo o almuerzos y cenas relacionados con él. No tenía momentos como el que disfrutaba en aquellos instantes. Comer pizza con su sobrina y Eva le resultó maravilloso. Supo que deseaba hacerlo más veces en su vida, y también fue consciente de que tenía que cambiar muchas otras.

Para finalizar el día, Eva tuvo la idea de llevarla a un castillo hinchable. La experiencia le encantó a la niña. Saltaba y jugaba con otros niños bajo la atenta mirada de su tío y Eva. En ningún momento soltó ni una sola palabra, ni con ambos ni con los otros niños, solo asentía o negaba, sonreía o se cruzaba de brazos en señal de enfado, pero saltaba a la vista que estaba contenta.

Cuando volvieron a casa de Víctor, Eva se ofreció para bañarla y darle la cena. Víctor se lo agradeció, sabía que su sobrina estaba más cómoda y confiada con la presencia de Eva.

—Creo que te ve como a su madre —murmuró Víctor cuando Eva la acunaba en el sofá tras darle el yogurt—. Gracias por el día de hoy. Todo ha sido más fácil contigo a nuestro lado.

—Ha sido un verdadero placer. Daniela es una niña muy especial que se ha ganado mi cariño apenas conocerla.

Víctor la cogió en brazos y la llevó a la cama, se había quedado dormida.

Eva lo esperó en el salón, mientras se colocaba la chaqueta y el bolso.

Cuando él salió, no esperaba que se fuese tan pronto. Le apetecía charlar un rato a solas con ella.

—¿Ya te marchas? —Eva asintió—. Podemos tomarnos algo —le propuso.

—Mañana es lunes, debo levantarme temprano.

—¿Aún no te has mudado definitivamente?

—No, lo haré en los próximos días.

—Estoy deseando tenerte como vecina. Que me falte sal o cualquier cosa en la cocina e ir a pedírtelo —bromeó.

—No paso mucho tiempo en casa, y odio la cocina. Todo lo que hago es precocinado —le advirtió.

—Yo me defiendo bien, te puedo enseñar muchas cosas. —Eva captó la doble intención del comentario.

—No necesito un maestro. No me interesa la cocina.

—¿Qué te interesa, Eva? —La miró y se cruzó de brazos sobre el pecho, a la espera de una respuesta.

—Ser feliz —contestó con seguridad y la cabeza alta.

—Buena respuesta —la admiró.

—Me marchó, buenas noches.

Antes de que llegase a abrir la puerta, la tomó por el brazo, la paró y la besó. Llevaba deseándolo todo el día, pero prometió no hacerlo delante de su sobrina.

Como en ocasiones anteriores, Eva le devolvió el beso. Luego, se separó de él y lo miró con

cara de reproche.

—En lo que a ti respecta, no tengo palabra —confesó Víctor—. Es muy difícil para mí tenerte cerca y no besarte.

—¿No te cansas? —le reprochó alejándose un poco de él.

—¿De tus maravillosos labios? Jamás. Pasaría la vida pegado a ellos.

—Eres imposible —bramó—. Tras el día de hoy pensé que podríamos ser amigos.

—No me interesa una amistad. Creo que te lo he dejado bien claro.

—No soy mujer de una sola noche —soltó nerviosa, retorciéndose las manos.

—Mi intención es tenerte toda y cada una de las noches de mi vida —lo pronunció con tal seriedad que hizo que Eva sintiese un gran escalofrío por todo el cuerpo.

Al ver que sus intenciones eran reales, comenzó a negar con la cabeza.

—Víctor... no te hagas ilusiones conmigo. Yo... yo no puedo.

Intentó retenerla, pero Eva fue más ágil y salió corriendo. Confiada, esperó el ascensor tras cerrar la puerta. Sabía que no la iba a seguir. La niña dormía en la cama y no la iba a dejar sola.

Confundido, aquella mujer le correspondía como ninguna otra, no supo qué le pasaba a Eva, por qué no se llegaba a relajar entre sus brazos y se dejaba llevar como él sabía que deseaba.

Al día siguiente, Eva trabajaba en su despacho. Había dormido poco la noche anterior. Las emociones y sentimientos que Víctor despertaba en ella la tenían en vilo y suspirando sin casi ser consciente de ello. Ese hombre se había metido en su cabeza y en su corazón desde que cruzaron la primera mirada y cada día le ganaba más terreno. Sin saber cómo, lo tenía en el pensamiento a todas horas, y era incapaz de sacarlo de ahí. La imaginación volaba sola y comenzaba a soñar algo con él, una pareja estable y con hijos como la que tenía su hermana, pero luego tocaba las cicatrices de su cuerpo y todas sus ilusiones se convertían en humo.

Cuando Eva consultó el mail, encontró uno de Víctor Ferrer. Le llegó desde la cuenta del bufete de abogados, pero en el asunto se identificaba como él.

Sin poder resistirse, abrió el correo.

Buenos días,

Espero que tu mañana vaya mejor que la mía. Trabajo en mi despacho del bufete mientras mi sobrina dibuja y rompe papeles a mi alrededor.

Como aún no tengo tu teléfono personal, y sé que si llamo a tu secretaria me darás largas, he recurrido al mail del trabajo para contactarte. Quería preguntarte si te envió por correo electrónico mi carta de renuncia o prefieres que te la lleve personalmente.

P.D. No me retes, prefiero renunciar a una cuenta millonaria con tu cadena antes de dejar de besarte. Tus labios son demasiado adictivos.

Victor Ferrer.

Con una enorme sonrisa en la boca, releyó el mensaje varias veces.

Tras unos segundos, pensó bien la respuesta, y se la envió.

“No voy a aceptar ninguna renuncia de tu parte. Si te empeñas en ello, trátalo con Martín.

P.D. ¿Nunca se te ha pasado por la cabeza que pueda tener un novio que te parta la cara por besarme cuando te da la gana?

*Besos para Daniela de mi parte.
Eva Quiroga, Vicepresidenta del Grupo Quiroga.*

Víctor esperaba una respuesta. Lo leyó y de inmediato escribió:

Recuerda que no me paró el hecho de creerte Elena, a sabiendas de que eras una mujer casada, con hijos y la esposa del jefe. ¿Crees que me va a frenar una renuncia o un novio lejano? Porque está claro que muy cerca no se encuentra. Te sentí muy necesitada de besos como los que nos hemos dado.

Debes de saber que tengo todas las intenciones de que te enamores de mí. Puedes estar segura de que pondré todo mi empeño en ello. No soy de los que se rinden fácilmente.

P.D. ¿Para mí no hay besos, solo para mi sobrina? Vas a hacer que me sienta celoso.

P.D. No seas mentirosa, sé que no tienes relación seria alguna. Me ofrezco de candidato, ¿te interesa? Dime que sí.

Víctor Ferrer.

Eva no tardó en leer el mail. De nuevo, en su rostro se le dibujó una sonrisa de boba que no pudo remediar. No le contestó más. Víctor Ferrer tenía el gran don de hacerla soñar. ¿Cómo no le iba a interesar un hombre como él? Estaba segura de que todas las mujeres que lo rodeasen caerían rendidas ante él. No solo por su impresionante físico, sino por su forma de ser. Siempre tenía una gran sonrisa en el rostro, y ello enamoraba. Emanaba simpatía y amabilidad por los cuatro costados.

La Eva de cinco años atrás habría reaccionado de otra forma a las constantes insinuaciones de Víctor. Pero ahora era una mujer insegura consigo misma y muy consciente de que por fuera era atractiva, guapa, se veía reflejada en su hermana a diario, era algo que no podía negar, y tenía una figura estilizada, pero su piel, su cuerpo desnudo y ella misma eran otra persona. Sabía que debía superar esos complejos, pero le costaba. Durante aquellos años, solo ella supo el suplicio que le conllevó no usar zapatos de tacón, no se lo dijo nunca a su hermana ni a Virginia, lo llevó en silencio, pero cada vez que las veía con unos la envidiaba. Por otro lado, daba gracias a la vida por estar viva. El accidente que tuvo pudo haber terminado con ella para siempre, los médicos mantenían que su salvación fue casi un milagro.

Capítulo 6

La semana llegó a su fin y Víctor y Eva no se volvieron a ver ni a hablar más. Ambos estuvieron muy liados en el trabajo. Él, a mediados de semana, tuvo que ir a casa de su madre que vivía en una finca cerca de Badajoz. La familia de Víctor tenía viñedos y se dedicaba a ello desde siempre.

Entre ponerse al día con los todos pendientes del bufete, su sobrina, su madre que le pedía que le echase una mano en los viñedos, los asuntos de la herencia que le correspondía, y las indemnizaciones del accidente donde fallecieron su padre, su cuñado y Almudena, no tenía tiempo de nada. Apenas había parado por casa.

Por otro lado, para Eva, también habían sido unos días intensos. Aquel viernes por la noche tenía previsto dormir ya en su nuevo hogar, y el sábado hacer la inauguración de la casa. Deseaba que su familia y amigos más íntimos la conociesen y pasasen una velada agradable.

Hacia tiempo que soñaba con aquel cambio de vida. Decidida a llevarlo a cabo en todos los aspectos, el sábado por la mañana fue a la peluquería y se cortó el pelo. Tenía un bonito cabello oscuro a la altura de media espalda, que siempre lo llevaba lacio, decidió darse un corte midi que le favoreció mucho. Cuando salió del salón de belleza, se realizó varios tratamientos de estética y se fue de compras. Lo primero que hizo fue entrar en una zapatería y probarse varios pares de tacones. Estaba decidida a comenzar a usarlos con frecuencia. Le había encargado a su hermana un vestido para aquella noche, era en tono turquesa, y encontró unas sandalias espectaculares en negras que la enamoraron nada más mirarlas. Deseaba recibir a sus invitados como una buena anfitriona.

Cuando fue a recoger el vestido a la tienda de Elena, su hermana estaba allí, al mirar a Eva, de inmediato, supo que todo el cambio en ella y aquel brillo especial en sus ojos se debía a que estaba enamorada. Nunca la había visto así, quizás hasta la misma Eva aún no supiese que había encontrado al hombre de su vida, pero Elena presentía que no tardaría en averiguarlo.

—Estás impresionante. Me encanta tu nuevo look. —Elena la miraba sonriente y feliz.

—Tenía ganas de cambiar desde hace tiempo, y creo que ha llegado el momento. ¿Te gusta?

—Estás guapísima. Igual hasta te copio y me corto el pelo como tú. —Elena lo llevaba más largo, como lo tenía antes Eva.

—¿Está preparado mi vestido para esta noche? —preguntó mientras tomaba asiento en el despacho de su hermana. Sentía que los masajes que le habían dado aquella mañana no sirvieron para nada tras dos intensas horas de compras en el centro comercial.

—Sí, aquí lo tengo. —Señaló una funda en color gris con el nombre de “Elena Galván, diseñadora” estampada en ella. Su especialidad eran los vestidos de novias, pero también diseñaba trajes elegantes para invitadas y fiestas—. Ha quedado precioso, no me lo he probado como en otras ocasiones —Ambas tenían la misma talla— porque esta barriga comienza a crecer. Ya perdí toda la cintura —lamentó con un fingido puchero.

Eva la miró con añoranza, desde hacía algún tiempo, se le había despertado el instinto maternal

y deseaba tener un bebé, pero a la misma vez era consciente de lo difícil que le resultaría encontrar al hombre ideal para ello. Sus miedos y reservas no los comprendería cualquier persona.

—Pronto podré tener a mi sobrino en brazos, seguro que vale la pena. Qué ganas.

—Sí, vuelta a los biberones, los pañales, noches sin dormir...

—No podías dejar a Martín sin el varón.

—No sabes lo que han sido estos cinco años. Me pedía a diario tener otro hijo. Pero yo necesitaba disfrutar de mis hijas, que fuesen más independientes y ahora, dedicarle a él —Se acarició el vientre— toda mi atención.

—Carolina y Eva están muy ilusionadas con la llegada del hermano.

—Por cierto, están enfadadas porque les he dicho que esta noche no pueden venir con nosotros a la inauguración de tu casa, que es solo para los mayores.

—Mis niñas. Ahora subo —Elena y Martín vivían en el mismo edificio donde se encontraba el negocio de Elena— y les digo que el domingo tendremos día de chicas. Las recojo, que pasen el día conmigo, se queden a dormir y las llevo al colegio el lunes por la mañana.

Elena asintió. No era la primera vez que hacían aquel plan con Eva, solo que en las ocasiones anteriores iban a casa de sus abuelos, donde vivía su tía hasta ahora.

Cuando Eva llegó a su casa, se probó el vestido y comprobó, delante del gran espejo que tenía en la habitación, que le quedaba como un guante. Aquel tono azul eléctrico con cierto toque de brillo le parecía espectacular. Era justo lo que necesitaba, brillar con luz propia. Hasta entonces, consideraba que, aunque había sido feliz, lo había hecho a medias, parte de su vida estaba apagada. Admiró el nuevo corte de pelo, se lo revolvió y se dijo a sí misma que estaba de muerte. Por último, se colocó los tacones que había comprado y se admiró al completo. Le gustó el resultado. Deseaba sorprender a su familia y amigos aquella noche, que encontrasen a una Eva renovada.

De repente, le sonó el móvil, vio que era Virginia y lo puso en manos libres mientras se desvestía y se quitaba los zapatos, aún faltaban unas horas para que comenzase la fiesta, apenas eran las cuatro de la tarde. El catering que había encargado llegaría sobre las seis y los invitados a las ocho.

—¿Preparando los últimos detalles? —preguntó Virginia sonriente.

—Está todo listo —contestó mientras se observaba a sí misma, en ropa interior en el espejo. No le gustaba su cuerpo desnudo, aquella fea cicatriz en su cadera izquierda y la de su espalda le hacían sentir escalofríos cada vez que las miraba. Eran pocas las ocasiones en las que se atrevía a tocarlas y sentir las. Cuando paseaba la yema de sus dedos por ellas sentía como si aquella gruesa piel, un costurón, no fuese de ella. Sin embargo, gracias a las operaciones que produjeron estas estaba viva y tenía una calidad de vida aceptable.

—¿Has invitado a Víctor Ferrer? —preguntó Virginia. En varias ocasiones le había insistido, pero Eva no la tomaba en serio.

—No —contestó con un suspiro mientras se colocaba una bata—. Pensé en hacerlo, pero no me lo he encontrado en estos días. Creo que no te dije que es mi vecino —comentó con naturalidad mientras pulsaba el botón para quitar el manos libres y llevarse el teléfono al oído.

—¿Cómo?! Pero... ¿cómo has podido ocultarme algo así? —Estaba alucinada.

—Ha sido una semana muy ajetreada. Apenas hemos tenido tiempo de hablar con calma.

—Pero, qué calma ni leches. Esa información debiste dármela en un mensaje nada más que la descubriste —se quejó—. ¿Cómo y cuándo fue? ¿Qué más sabes de él? No me digas que vive con

alguien.

—Hasta hace unos días vivía con su sobrina de dos años, pero ha debido marcharse porque no me lo he encontrado ni una sola vez de todas las que he venido a mi casa. Su madre tiene una finca en el campo, se habrá ido con ella.

—Dudo que tarde en regresar. Lo vas a tener muy cerca por todos lados. Creo que de Víctor Ferrer no te escapas. Además, te conozco, sé que te gusta más de lo que estás dispuesta a admitir.

—Me gusta —aceptó al fin—, pero también me da miedo tener algo con un hombre como él. Seguro que espera que sea perfecta, y no lo soy.

—Algo me dice que se va a encargar de demostrarte que ante su mirada sí lo eres.

Eva puso los ojos en blanco y se tendió en la cama.

Cansado, casi a media noche, Víctor conducía por la autopista en dirección a su casa. Ansiaba llegar, darse una ducha y tenderse en el sofá con una cerveza bien fría. Cuando se sentía tan agotado le era imposible conciliar el sueño.

Llevaba una semana insufrible, se levantaba al alba y llegaba a casa a altas horas de la madrugada. Había ido en dos ocasiones a la finca de su madre en aquellos días, casi había perdido la cuenta de los kilómetros que había hecho en la que le pareció la semana más larga de su vida.

Lamentaba no haber tenido tiempo de llamar a Eva ni de ponerle un email, solo sabía, por el portero del edificio, que no se había mudado de forma definitiva. Iba y venía casi a diario, pero no coincidió con ella.

Cuando Víctor se disponía a entrar su casa, escuchó alboroto y ruido en casa de Eva, se volvió y prestó atención. Parecía una fiesta, se escuchaba música y gente hablando.

De repente, la puerta de su vecina se abrió y salieron dos personas mayores, un hombre y una mujer. Los saludó de forma educada y continuó con su tarea. Cuando estos aún no habían llegado al ascensor, la puerta de la casa de Eva se volvió a abrir.

—Abuela, te dejas el bolso.

Elena ni siquiera reparó en Víctor, salió tan apresurada que no lo vio.

—Gracias, cariño. —Begoña y Sebastián volvieron a besarla y Elena se quedó en las puertas del ascensor hasta que se cerraron.

Al volverse para dirigirse a la casa de nuevo, se topó con Víctor. La observaba mientras permanecía delante de su portón con las llaves puestas.

—Hola, Víctor —lo saludó con una sonrisa mientras se acercaba.

—¿Tienes una fiesta en casa y no me has invitado? —preguntó haciéndose el ofendido.

De inmediato, Elena fue consciente de que la confundía con su hermana. Su embarazo aún no era muy evidente y llevaba un vestido holgado.

Victor se acercó a ella de forma peligrosa y Elena le posó una mano en el pecho a modo de pararlo.

—Cuidado, creo que me confundes. No te atrevas a besarme, no soy Eva —le advirtió.

Con gran confusión reflejada en sus ojos, Víctor la observó con recelo—. Mi hermana me ha contado que tienes por costumbre besarla cada vez que se te antoja —comentó risueña.

Víctor no se terminaba de creer que no fuese Eva. Ambas eran como dos gotas de agua y todavía no conseguía diferenciarlas.

Elena alzó la mano y le mostró el anillo de casada, luego se la llevó al vientre y se lo masajeó, haciendo notar su incipiente tripa.

Ante las evidencias, Víctor se dio por vencido y retrocedió un par de pasos.

—Lo siento —se disculpó mientras se llevaba las manos a la cabeza—. Siempre os confundo de una forma u otra, y como Eva suele huir de mí...

—Insiste. Te aseguro que mi hermana es una mujer por la que vale la pena luchar.

—Lo sé desde el momento en el que crucé la primera mirada con ella —confesó serio y sin tapujos. A Elena le gustó su sinceridad.

—¿Quieres pasar y saludas a mi hermana y a mi marido? —preguntó mientras le hacía un gesto con la mano. La puerta estaba medio abierta.

Víctor declinó la invitación con un gesto de la cabeza. Tenía aspecto de cansado y esto no le pasó por alto a Elena.

—¿Qué celebráis? —preguntó con curiosidad.

—La inauguración de la nueva casa de Eva. Ya se ha mudado definitivamente. ¿No quieres pasar? —insistió—. Solo estamos la familia y algunos amigos.

—Estoy muerto. Salúdalos de mi parte. En estos momentos solo deseo una ducha y relajarme. He tenido una semana horrible.

Elena lo entendió, su aspecto desaliñado hablaba por sí solo. Se despidieron de forma educada y cada cual entró en una casa.

En la intimidad de su hogar, Víctor se dio una larga y relajante ducha. Cuando salió de ella se sentía como nuevo, se colocó unos pantalones negros de chándal y una camiseta básica blanca. Se dirigió a la cocina, cogió un botellín de cerveza y unos ganchitos y se tumbó en el sofá con la televisión de fondo. A los pocos minutos, escuchó varias voces en el pasillo, la curiosidad le pudo y se levantó para ver tras la mirilla. Era algo que no había hecho nunca, pero todo lo relacionado con Eva lo inquietaba. Observó cómo un grupo de personas se despedían de ella, no alcanzó a verla, ya que no salió al pasillo. Por lo que pudo observar y el silencio posterior, dedujo que se había quedado sola.

Decidido, fue al frigorífico, sacó una botella de champán, cogió dos copas y, sin molestarse en ponerse unos zapatos, iba descalzo, llamó con los nudillos a la puerta de Eva. No obtuvo respuesta de forma inmediata, por lo que insistió sin importarle la hora y ser poco educado.

Al cabo de los minutos, la puerta se abrió. Eva no preguntó quién era, cuando escuchó que llamaban con repetidos toques dedujo que sería alguno de los invitados que acababan de salir. Cuando se encontró con Víctor de golpe, se le cortó la respiración. No lo espera allí, y menos de aquella forma, despeinado, con el pelo húmedo, en ropa de deporte y tan sumamente sexi. Fijó la mirada en la botella y las dos copas que llevaba en una mano y lo observó de forma interrogativa sin decir nada.

Víctor se tomó también unos segundos antes de decir nada. Recostado contra el marco de la puerta la repasó bien de arriba abajo. No le pasó por alto el nuevo corte de pelo, le gustó. Al igual que le gustó el vestido corto y ajustado que llevaba. Comprobó que Eva tenía unas piernas maravillosas. Estaba descalza y sonrió al comprobar que ambos iban igual.

—Ya que no has tenido la cortesía de invitarme a la inauguración de tu casa, he decidido venir y que brindemos por este nuevo comienzo como vecinos. —Alzó las copas y la botella a la altura de los ojos de Eva y le sonrió—. Por cierto, te sienta de maravilla el nuevo corte de pelo —añadió, seguido de un guiño en el ojo—. ¿No me vas a invitar a pasar? —preguntó con fingida molestia al ver que no se movía de donde estaba, pero sin dejar de sonreírle.

—¿Qué te hace pensar que estoy sola? —Le gustaba descolocarlo, que no diese por sentado cómo era ella o su vida.

Borrar aquella sonrisa de satisfacción de la cara le Víctor le provocó una gran victoria, se

apartó un poco de la puerta y le hizo un gesto con la mano para que pasase.

Entró como perro por su casa, admiró el salón y le dio su aprobación con un gesto de la cabeza. Luego, colocó las copas y la botella sobre la mesa y comenzó a descorcharla. Lo hizo con tal naturalidad que Eva pensó que lo hacía a diario.

—No tienes límites, ¿verdad? —preguntó al sentirse una intrusa en su propia casa. Víctor se movía como pez en el agua.

—Con respecto a ti, no. Pero creo que eso ya lo sabes —comentó con naturalidad sin dejar de llenar ambas copas. Las tomó en sus manos y le ofreció una a Eva—. Por la vecina más guapa que se puede tener —le ofreció un brindis.

—Por el vecino tan pesado que me tocó —brindó con una queja fingida mientras le mostraba un brillo especial en sus ojos azules—. La próxima vez no te abriré la puerta.

—Conozco al portero desde hace años y me debe varios favores. Le pediré una llave y te aseguro que no me la negará.

—¿Vivías aquí antes? Has pasado en Nueva York diez años...

—Compré este ático hace unos doce años, apenas lo disfruté, pero nunca me deshice de él. Fue una buena inversión y siempre me gustó.

—¿No piensas volver a Nueva York? —preguntó. Algo en su interior le gritaba la necesidad de saber qué planes de futuro tenía un hombre como Víctor.

—No te vas a deshacer de mí fácilmente. No pienso volver, mi sitio definitivo está aquí. Mi madre y mi sobrina me necesitan cerca —manifestó contundente—. Y tú, ¿dónde vivías antes? —Desde que la conoció, ese dato, lo tenía intrigado.

—Con mis abuelos —contestó de inmediato, sin pudor alguno. No le avergonzaba haber vivido con ellos hasta los treinta años.

—Mira que eres mentirosa. ¿Pretendes que me crea que una mujer como tú, a su edad, vivía con sus abuelos? —preguntó con sorna.

—Piensa lo que quieras, no me interesa lo más mínimo —respondió molesta. Le incomodaba la sonrisa burlona que le mostraba.

—¿Y me puedes explicar por qué vivías con tus abuelos, preciosa? —decidió seguirle el juego. La repasaba con la mirada mientras bebía de la segunda copa de champán que se había servido.

—Porque hace cinco años tuve un grave accidente en el que casi perdí la vida. En todo este tiempo he necesitado los cuidados de ellos. No podía vivir sola —le reveló de forma hiriente, con rabia y dolor.

De un plumazo borró la sonrisa del rostro de Víctor e hizo que se pusiese rígido y serio, comprendiendo que había metido la pata.

En la cara de Eva notó el dolor por el que habría pasado. Tenía los ojos vidriosos e intentaba controlar su agitada respiración. Revelarle aquello, de una forma tan brusca e inesperada, le afectó más de lo que hubiese imaginado.

En un impulso, Víctor se acercó a ella y la abrazó. La sintió temblar entre sus brazos y maldijo haberla llevado a aquel estado.

—Lo siento, Eva. Te juro que no sabía nada —se disculpó mientras le acariciaba el cabello.

Luego, la miró a los ojos, sin apartarla de sus brazos y le recorrió la mejilla izquierda con los nudillos, con mimo. Eva giró el rostro, no quería derrumbarse delante de él. Apretaba la barbilla para contener el llanto que pugnaba por romper.

—No pasa nada. Como podrás comprobar, desde que me conoces, no soy una mujer normal y corriente.

—Eso lo supe nada más que te vi —reveló perdido en ella. La miró con tal intensidad y brillo en sus ojos grises que Eva sintió cómo las piernas le temblaban—. ¿Cómo pasó ese accidente, qué te ocurrió? —Necesitaba saberlo. Eva lo miró reticente a contárselo. Recordar esa parte de su vida no le hacía bien—. Por favor —le rogó casi desesperado. La impotencia que sentía en esos momentos no la había sentido nunca antes. El hecho de pensar que había estado a punto de perder la vida hizo que todo lo que sentía por ella creciese aún más. Un gran sentimiento de protección se expandió en su interior.

Eva aparentaba ser una mujer fuerte y segura de sí misma, pero estaba comprobando que era muy frágil. Observaba cómo trataba de recomponerse a una simple revelación sin detalles.

—Mi vida ha sido muy complicada en los últimos años. —Con ello le dejó patente que no quería adentrarse en el tema.

Víctor no se dio por vencido, la tomó con delicadeza de la mano y la llevó hasta el sofá, allí tomaron asiento.

—Tenemos toda la noche por delante —la animó para que confiase en él—. Si necesitas cualquier tipo de ayuda, siempre me tendrás. No solo en la puerta de enfrente, también en todos los aspectos que desees.

La duda embargada el rostro de Eva, se debatía entre confiar en él, o no, la parte más dolorosa de su vida. Hacía años que no la recordaba en voz alta.

Con ternura y delicadeza, Víctor le tomó ambas manos entre las suyas y se las acarició, haciéndole llegar que estaba ahí junto a ella, sin condiciones.

—No me gusta hablar de esto, pero yo he abierto el baúl y ahora me toca zanjar el tema. —Se mostraba resignada y, al mismo tiempo, arrepentida por el impulso donde le reveló todo a Víctor. No tenía intenciones de que conociese tanto sobre ella en tan poco tiempo, pero él conseguía sacarla de sus casillas sin medir las consecuencias de lo que decía.

—Hazlo solo si estás preparada y deseas compartirlo conmigo. Si no es así, entenderé que es una parte muy reservada de tu vida que no estás dispuesta a mostrarme aún—le hizo saber con amabilidad.

Un poco más relajada, Eva asintió.

—Hace cinco años, sufrí un atropello brutal —comenzó a relatar con la mirada posada en la de Víctor, quien la escuchaba expectante—. En un principio, los médicos no creyeron que superase aquel accidente. Un coche, a gran velocidad, me llevó por delante y se dio a la fuga —explicó sin darle más detalles de la posterior captura del autor de los hechos. Nada más escuchar aquello, la piel de Víctor se puso de gallina. Deseó matar con sus propias manos a la persona que originó aquello, pero no la interrumpió—. Cuando desperté en el hospital mi vida cambió para siempre. Fue ahí cuando me enteré de que tenía una gemela y conocí a mi abuelo, Sebastián Quiroga. Yo me había criado en Marsella junto con mi abuela y su hermana. Luego, los médicos me revelaron mi verdadero estado de salud. Tuve que someterme a una complicada intervención para poder caminar, lo hice, y salió bien. Luego llegaron los largos e intensos meses de rehabilitación. Hace muy poco que me he recuperado casi por completo. Mi abuelo me regaló esta casa hace dos años, y no ha sido hasta ahora que he terminado de reformarla por completo. Como verás han sido unos años muy intensos, no solo por el accidente y los daños que sufrí, sino porque cambió mi vida entera. Descubrí muchas cosas que desconocía.

Tras el intenso relato, Víctor se quedó casi conmocionado. No atinaba a decir nada. Todo lo que le había manifestado estaba en su cabeza como piezas de puzles sueltas, era incapaz de encajarlo. Por primera vez en su vida, alguien lo había dejado sin la capacidad de hacer preguntas.

—Para haberte criado en Marsella, no tienes acento francés. —Fue lo primero que se le ocurrió. No deseaba que ella apreciara lo conmocionado que había quedado tras escucharla.

—En casa siempre hablábamos español. Mi abuela y mi tía me criaron en mis raíces. Siempre me hablaban de España y sus costumbres, a pesar de estar lejos, la conocía muy bien a través de ellas. Cuando decidí venir, me enamoré de este país, y supe que nunca más me iría de aquí.

Víctor la miró perdido en ella, incapaz de decir nada más. Se acercó más a Eva y la besó con suavidad y con mimo. Deseaba reparar todo lo que había sufrido en ese tiempo. Los ojos de aquella mujer le revelaron que había pasado por mucho, sin necesidad de que le contase todo.

El roce de aquellos exquisitos labios, aquel sabor que tenía impregnado en sus sentidos, hizo que Eva se entregase a ello. Deseaba a aquel hombre como nunca antes lo había hecho con otro.

La boca de Víctor invadió la suya sin piedad, ganando terreno, devorándola, y Eva se dejó llevar. Le correspondió con ganas. Sentía cómo su corazón latía cada vez más deprisa y una sensación extraña en el estómago, pero todo era exquisito y maravilloso. Las manos de Víctor paseándose por su cintura le hicieron despertar mil sensaciones que tenía dormidas desde hacía años. Colocó ambas manos sobre su amplio y duro pecho y, a través de la camiseta, notó los duros músculos. Bajó las manos hasta el abdomen y comprobó que cada vez era mejor. Luego, las llevó hasta sus brazos y se dio cuenta de que no los podría abarcar ni con ambas manos.

Víctor continuaba disfrutando del momento, nunca había sentido a Eva tan entregada y dispuesta como en aquellos instantes. Cuando llevó sus hábiles manos a la espalda de ella y comenzó a bajarle la cremallera del vestido, Eva reaccionó de inmediato. Se alejó de él con brusquedad y lo miró con la respiración alterada, mientras se sostenía parte del vestido para que no se le descubriese el pecho, Víctor había conseguido desabrocharlo hasta la mitad.

—Será mejor que lo dejemos, por favor —le pidió en un ruego desesperado que hizo que él se preocupase por ella.

Se acercó de nuevo a Eva y le acarició la mejilla con suavidad, mientras en su mirada se reflejaba un claro signo de preocupación. Ella le apartó el rostro y la mirada. Era incapaz de sostenérsela.

Confundido, Víctor se levantó y se paseó delante de Eva. Tomó una bocanada de aire y trató de serenarse, trataba de dominar una situación que se le escapaba entre las manos. Para su sorpresa, ella lo imitó y se levantó. Cuando la vio a su misma altura, se sorprendió.

—Será mejor que te marches, Víctor —le rogó apenada.

—¿Qué pasa, Eva? —Se acercó y la tomó por la cintura con posesión, pese a la reticencia que le mostró en un principio—. Puedo notar tu deseo, quieres lo mismo que yo en estos momentos, lo sé —afirmó contundente. Llevó una mano hasta su barbilla e hizo que lo mirase a los ojos. Le rehuía.

—Vete, por favor —le volvió a rogar—. Necesito estar sola.

Notó la desesperación con la que se lo pedía, sintiéndose atado de pies y manos, incapaz de hacer nada en aquellos momentos, asintió.

—Está bien. Veo que necesitas aclararte. —Se dio por vencido—. Te daré tiempo para que asimiles y aceptes todo lo que estás sintiendo en estos momentos. Ya no somos unos niños —le advirtió—. Eres una completa ingenua si piensas que porque hayas parado lo que estaba a punto de suceder todo va a cambiar. No sé si eres consciente de que ahora el deseo y las ganas, de ambos —recalcó bien—, han aumentado.

—Yo no puedo... —balbuceó.

—Buenas noches, Eva. Lo nuestro no termina aquí, creo que eso ya lo sabes —dijo contundente.

Sin dejarle margen para responderle, se dio media vuelta y se marchó.

Eva estuvo a punto de gritarle que era un arrogante y un prepotente, pero se derrumbó, abatida, en el sofá. Víctor era mucho más de lo que nunca llegó a imaginar, y eso la tenía desbordada.

Capítulo 7

Al día siguiente, domingo, Eva se levantó tarde y con dolor de cabeza. Apenas había pegado ojo en toda la noche. Lo sucedido con Víctor la tuvo inquieta hasta que logró conciliar el sueño casi al alba, cuando ya había perdido la cuenta de todas las vueltas que dio en su nueva cama. Maldijo un millón de veces el estreno que le había dado, una noche llena de lamentos, en vez de una cargada de lujuria y pasión junto a Víctor, pero sus miedos y reticencias eran los que eran y no podía cambiarlos por más que lo deseaba.

Mientras se hacía un café bien cargado, le vibró el teléfono. Comprobó que Víctor le acababa de enviar un email. Se tomó su tiempo para leerlo. Primero, terminó de preparar el desayuno y la mesa y, una vez sentada y relajada, lo leyó mientras tomaba el primer sorbo de café.

Buenos días, espero que hayas dormido mejor que yo. Me he levantado un poco constipado, y quiero que sepas que eres la única culpable de ello. Anoche tuve que darme una buena ducha fría después de regresar de tu casa.

¿Qué planes tiene para hoy? De antemano, sé que no me los vas a contar, pero recuerda que soy tu vecino y que te vigilo de cerca.

Víctor Ferrer.

Con una sonrisa, que no era consciente de ella, Eva leyó el email dos veces. Recordó los ardientes besos y las atrevidas caricias que se prodigaron y volvió a entrar en calor. Ya era hora de que admitiese, para sí misma, que estaba enamorada de Víctor, el cúmulo de esos nuevos sentimientos que se agolpaban en su pecho y la ahogaban, no podía ser otra cosa.

Muy a su pesar, no le contestó, ya tenía planes para ese día y no podía dejarlos atrás. Se vistió con prisa, iba tarde, y salió de su casa con mucho cuidado, para no alertar a su vecino. Lo último que necesitaba era que le saliese al encuentro.

Como quedó con su hermana, Eva fue a recoger a sus sobrinas para que conociesen su casa y pasar el día juntas. Fue con las niñas a comprar unas cosas para hacer una fiesta de chicas, sabía que ellas disfrutaban con eso, y luego regresaron a casa. Las gemelas estaban impacientes por conocer el nuevo hogar de su tía y pasar la noche allí.

Aquella mañana, Víctor recibió una llamada que lo dejó alterado. Hacerse cargo del bufete jurídico de su padre le estaba dando más dolores de cabeza de los que imaginó en un principio. Sabía que tratar con su madrastra no iba a ser fácil. Alexia era la clase de persona que nunca había tolerado; superficial, ambiciosa e interesada. Destruyó el matrimonio de sus padres para hacerse con el control de todo el poder y el dinero que tenía Rodrigo Ferrer.

Cuando Víctor terminó la carrera de Derecho, se incorporó al bufete familiar. Pero no duró allí ni un año como abogado ejerciente. De inmediato, descubrió que su padre llevaba una doble vida con Alexia, una abogada diez años menor que él. Tuvieron un gran enfrentamiento, Rodrigo se

separó de la madre de Víctor y este se marchó a Estados Unidos a realizar un máster. Necesitaba alejarse de todo y emprender su camino sin estar ligado al de su padre. A raíz de ahí, la relación entre Víctor y Rodrigo nunca volvió a ser buena, apenas se hablaban.

Tras la muerte de Rodrigo Ferrer, Alexia nunca imaginó que Víctor apareciese de nuevo en el despacho y le hiciese la vida imposible. El hijo de su difunto marido, hacía y deshacía a su antojo, no le consultaba nada y esto tenía a la mujer de los nervios. Estaba acostumbrada, pese a no ser la socia mayoritaria del bufete, a tomar decisiones y que Rodrigo las aceptase sin más. Tenía el don de manejarlo muy bien.

La llamada que Víctor recibió, era de un amigo e investigador que lo ayudaba con el tema del testamento de su padre. Le había encargado que averiguase los bienes que tenía Rodrigo Ferrer a su nombre. No pensaba permitir que una trepadora como Alexia se quedase con lo que le pertenecía a él y a Daniela por derecho. El bufete era uno de los mejores de Madrid, facturaba millones de euros cada año y pensaba descubrir dónde estaba cada céntimo ganado.

Víctor ya era conocedor, desde la lectura del testamento, de que la mansión donde su padre vivía con Alexia había sido puesta a nombre de ella dos años atrás, junto con los tres coches de alta gama que poseía. La casa en la sierra de Madrid fue vendida una semana antes de la muerte de Rodrigo, y el mismo día del terrible suceso Alexia hizo una importante transferencia de la cuenta conjunta con Rodrigo a la suya individual. En el reparto testamentario a Víctor solo le había tocado el 45% del bufete, que junto con el otro 45% de su sobrina, el cual manejaría hasta que la niña tuviese la mayoría de edad, lo hacían el accionista mayoritario frente a Alexia que solo poseía el 10%.

La sorpresa de Víctor fue mayúscula cuando el detective privado le confirmó que su padre era dueño una gran mansión en La Toscana, la cual había sido vendida recientemente, tras el fallecimiento de este.

Decidido a averiguar cómo fue la venta de la misma y comprobar con sus propios ojos los registros de propiedad y conocer al nuevo dueño, comenzó a comprar un billete de avión. Necesitaba viajar a Italia y traerse las pruebas necesarias para destruir a la ambiciosa de Alexia. Estaba seguro de que la mujer había vendido esta propiedad y la casa en la sierra de Madrid valiéndose de artimañas para que él no recibiese nada de ello, pero no estaba dispuesto a permitirlo. En cuanto reuniese todas las pruebas, la demandaría.

Eva y sus sobrinas salieron del ascensor, hacían bastante ruido, se reían y comentaban una anécdota que les había sucedido en el supermercado. Como Eva venía cargada, con las bolsas en las manos, no atinaba a encontrar las llaves de la casa dentro de la mochila. Mientras maldijo para sus adentros, les hizo una señal a las niñas para que guardasen silencio. Estaba segura de que con aquel revuelo, si Víctor andaba por casa, no tardaría en salir.

Víctor había pasado toda la mañana, inmerso delante del ordenador, reservando vuelos y hoteles. Le quedaba una semana intensa. Al escuchar voces en el pasillo, no pudo evitar salir a ver quién era. Quizás Eva había decidido montar otra fiesta y no lo había vuelto a invitar.

—¡Joder! ¿Gemelas? ¿Esto es una epidemia o qué? —No esperaba encontrarse con dos niñas rubias, de ojos azules, iguales, como dos gotas de agua.

—Esa boca, Víctor. Hay niñas delante —lo reprendió Eva.

—Últimamente veo doble —murmuró mientras se paseaba las manos por la cabeza y se revolvió el pelo. Se quedó mirando a ambas niñas, sorprendido.

—Son mis sobrinas, las hijas de Elena y Martín —las presentó, Víctor desconocía que tuviesen gemelas—. Niñas, él es Víctor, mi vecino.

Se agachó, para estar a la altura de ambas y les dedicó una maravillosa sonrisa.

Eva puso los ojos en blanco y se volvió para abrir la puerta mientras pensaba que Víctor trataba de conquistar a sus sobrinas.

—¿Cómo os llamáis, preciosas?

—Yo soy Eva.

—Y yo Carolina.

—Te llamas igual que tu tía —apreció Víctor—. Y tú, Carolina, tienes un nombre muy bonito.

—Gracias.

—¿Cuántos años tenéis? —se interesó, sin abandonar la posición en la que estaba.

—Cinco —contestaron a la vez.

—¿Y todas esas bolsas? —preguntó con curiosidad.

—Víctor, deja el interrogatorio para los juzgados —murmuró Eva, reprendiéndolo, mientras abría la puerta.

—Vais a hacer una fiesta de chicas —aventuró. Vio paquetes de chucherías y las gemelas traían unas mochilas con ropa.

—Vamos a hacer una fiesta de pijama —le rectificó Carolina—. Y nos vamos a quedar a dormir con la tita.

—Las tres juntas en su cama porque es muy grande —reveló la pequeña Eva muy ilusionada.

—¿Y... en esa cama no hay sitio para uno más? —preguntó mientras dirigía una mirada pícaro hacia su vecina.

—No, es una fiesta de chicas —contestó en tono mandón Carolina.

Esto provocó una sonrisa de satisfacción en su tía, había dejado a Víctor sin palabras.

—Otro día que vengáis os invito a mi casa, hago unas pizzas espectaculares, ¿os gustan?

—Sí, sí —contestaron las niñas, muy sonrientes y contentas.

Con ello Víctor se las había ganado. Miró hacia Eva, que no le mostraba tanta alegría.

—Niñas, vamos dentro.

Carolina y Eva se despidieron de Víctor con un gesto de la mano y se adentraron en el salón de la casa.

—Señorita Quiroga, ¿nadie le dijo que una persona educada siempre responde a los mensajes?

—Le había llegado la notificación de que el email enviado aquella mañana había sido leído.

Eva salió un poco para evitar que sus sobrinas escuchasen la respuesta.

—¿Qué te hace pensar que lo soy?

Cerró la puerta de golpe y lo dejó allí como un pasmarote, delante del elegante portón blanco.

Pese a la situación, Víctor no pudo evitar que apareciese una sonrisa en su rostro. Eva era única. Solo ella sabía hacer un desplante como el que acababa de darle y que la desease aún más.

En los tres días sucesivos Eva pensó mucho en Víctor, no tuvo más noticias de él y esto lo único que hizo fue tenerlo más tiempo presente en su mente. Cuando llegaba a casa, se demoraba en abrir la puerta por si escuchaba ruidos en la de su vecino, incluso dejó caer las llaves varias veces sobre el mármol del suelo para que él notase que estaba ahí, pero nada. Víctor no salió.

Aquella noche, Eva leía un libro en la cama cuando le sonó el teléfono, apenas era las diez de la noche, pero estaba cansada y necesitaba desconectar, la lectura siempre había sido su gran vía de escape. Le encantaba la novela romántica, leer historias de amor y soñar que algún día encontraría a un hombre como el que describían aquellas historias narradas.

No reconoció el número que aparecía en la pantalla iluminada del móvil, pero decidió atender la llamada.

—Hola, por fin he conseguido que tu hermética secretaria me facilite tu teléfono personal. —Eva reconoció la voz de Víctor al instante. Sonaba tranquila y con cierto deje de satisfacción—. A estas horas paseo por la Plaza de San Marcos —reveló con nostalgia en su voz—, admiro el bello paisaje desde la perspectiva de la noche, que también tiene su encanto. ¿Y sabes qué? —No la dejó interactuar—. No dejo de acordarme de ti, de lo mucho que me gustaría tenerte cogida de la mano en estos momentos y estuvieses aquí a mi lado. Que fueses mi guía para llegar al hotel esta noche. Te extraño, Eva. En todos estos días no he dejado ni un solo segundo de pensar en ti —reveló sin tapujos, con absoluta sinceridad. Se paró debajo de una farola y esperó a que ella dijese algo. Podía escuchar su respiración a través del teléfono.

Eva sintió que millones de mariposas la invadían a la vez. Él no estaba cerca, no la había tocado ni besado, ni siquiera le había dicho algo atrevido. Sin embargo, sentía su cuerpo como un volcán al mismo tiempo que su corazón latía muy deprisa.

—¿Qué haces en Venecia? —preguntó sin atinar a decir nada más. Un vacío enorme se produjo en ella al sentirlo tan lejos.

—He venido a arreglar unos asuntos que eran urgentes y requerían mi presencia.

Un breve silencio se hizo entre ambos. Víctor esperaba más de ella. Quería llevarla hasta lo que sentía por él, que confiase y se sincerase.

—La Plaza de San Marcos es preciosa. Hace años estuve ahí —reveló al recordar aquel viaje con unas amigas.

Víctor chasqueó la lengua y comenzó a caminar. Eva era una mujer difícil.

—¿No me has echado de menos? —insistió con una gran sonrisa, como si la tuviese enfrente.

—Espero que lo que sea que te haya llevado a Venecia se solucione pronto y no sea nada grave.

—Ya está solucionado, regreso mañana mismo. ¿Me recibirías con una cena? —No se pensaba dar por vencido.

—Odio cocinar.

—Me vale con algo precocinado. Lo importante es la compañía. Aunque si lo permites, te invito a un buen restaurante. ¿Tendré que rogarte mucho para nuestra próxima cita? No dejaré de insistir, Eva —le dejó muy claro.

—Está bien, acepto. —Le encantaba descolocarlo—. Pero que sea a un buen restaurante —exigió con una enorme sonrisa. Víctor supo que estaba bromeando, pero tenía pensado llevarla al mejor de todos.

—¿De verdad? ¿Así de simple? No juegues conmigo, por favor. —No terminaba de creer que hubiese sido tan fácil.

—En serio. No es mi estilo crear falsas ilusiones. ¿Mañana por la noche o estarás muy cansado del viaje? —propuso.

—Para ti jamás estaré cansado. No me perdería esa cena por nada del mundo. A las nueve y media en mi casa —comentó contento, casi eufórico. Se paró en medio de la calle y dio un salto de alegría. Se sentía como un adolescente en la primera cita.

—Hasta mañana entonces, que tengas un buen viaje —se despidió de forma educada.

—¿No me envías un beso? —preguntó juguetón, se había venido arriba—. Te aseguro que dormiré mejor, no te cuesta nada —rogó con una sonrisa mientras se decía que había conseguido más de lo esperado.

—Te envío un beso, Víctor —pronunció resignada—. Hoy te lo has ganado. Por cierto,

¿estamos coqueteando? —le siguió el juego. Aquello le divertía.

—Sabes que quiero mucho más de ti que un simple coqueteo, pero sí. Por algo se empieza. Yo también te envío un beso, mi reina. Te juro que esta noche no dejaré de pensar en ti. Hablar contigo me hace un hombre feliz.

—Buenas noches.

Ambos se despidieron con sonrisas en sus labios. No podían evitar lo que sentían al hablar con el otro.

Al día siguiente, Eva fue a comer a casa de su hermana, y de paso a que le prestase un vestido espectacular, de esos que formaban parte del guardarropa de Elena y de los que ella no tenía tantos. Deseaba sorprender a Víctor. Al mismo tiempo, se dijo que tenía que renovar su armario, el cual estaba lleno de ropa aburrida de ejecutiva eficiente.

Con una ilusión de la que no era consciente, pero su rostro lo revelaba todo, le contó a Elena que necesitaba aquel vestido azul marino que había escogido para cenar con Víctor Ferrer.

De inmediato, Elena supo que su gemela estaba perdidamente enamorada de ese hombre y quizás aún no fuese consciente de ello. Le sonrió y le hizo saber que Víctor tenía su aprobación. Era guapo, apuesto, trabajador, soltero y muy amable. Tenía las cualidades perfectas para hacer a Eva tan feliz como lo era ella con Martín.

—Déjate enamorar por ese hombre, hermana. —Fue el consejo que le dio Elena cuando se despidieron.

Eva no le dijo nada, solo asintió. Deseaba con todas sus fuerzas, pese a sus reticencias y sus miedos, que su relación con Víctor saliese adelante. Soñar era gratis y ella no paraba de hacerlo desde que él apareció en su vida. Solo tenía que armarse de valor y dejar a un lado sus complejos.

No se atrevió a decirle a Elena que ya estaba enamorada de ese hombre. Era su secreto y aún no estaba preparada para manifestarlo en voz alta.

Capítulo 8

Tal y como había quedado con Víctor aquella noche, Eva estaba lista a la hora acordada. Con cierto nerviosismo, como si fuese su primera cita, y ella una inexperta en el asunto, cogió el abrigo y salió de casa. No pensaba esperar a que Víctor tocara a su puerta. Era una mujer decidida y valiente, o eso se repetía a diario, y no necesitaba que la cortejasen como a las damas de siglos pasados.

Cuando Víctor le abrió la puerta faltaban dos minutos para las nueve y media. Tenía la camisa medio abierta, la corbata en la mano y la chaqueta mal colocada. Eva observó su cara, estaba tan descompuesta como la ropa que llevaba.

—Perdón, perdón. Se me hizo un poco tarde —se disculpó Víctor nada más verla. Ni siquiera intentó darle un beso. Deseaba estar perfecto y era consciente de que se había colocado toda la ropa, de prisa y corriendo, cuando escuchó el timbre.

—No te preocupes. No vamos tarde. Es la hora, pero... —Eva lo miró bien, el color sonrojado de sus mejillas y el brillo de sus ojos no le pasó por alto. Alarmada, le tocó la mejilla—. No estás bien —afirmó. Luego llevó la mano hasta su frente y comprobó que ardía en fiebre—. Estás enfermo —anunció con preocupación.

—No, no, me encuentro bien. En cuanto salga a la calle y me dé el aire me sentiré mejor. —Comenzó a buscar las llaves del coche.

—Vamos a dejarlo para otro día —propuso Eva con paciencia. Lo miraba desde la entrada mientras trataba de hacerse, inútilmente, el nudo de la corbata.

—Por nada del mundo renunciaría a esta cena contigo. Nos vamos —afirmó decidido.

—No vamos a ir a ningún sitio, al único lugar donde te voy a acompañar va a ser a la cama. ¿Tú te has visto?

Eva cerró la puerta con energía, soltó el bolso y se acercó a él. Lo tomó por el brazo y comenzó a dirigirlo a la habitación.

—He de admitir que me gusta más este cambio de plan. —La miró con media sonrisa traviesa, apenas podía sostenerse de pie. Hacía grandes esfuerzos.

—No te hagas ilusiones, hombretón. —Le palmeó el brazo y lo instó a que se tumbase en la cama mientras le quitaba los zapatos—. En el estado en el que te encuentras, dudo que puedas hacer algo más que dormir y descansar.

Con la cabeza ya sobre la almohada, Víctor se sentía morir. Le pesaba todo el cuerpo y tenía escalofríos, pero no dejaba de sentirse bien al mismo tiempo. Tener a Eva tan cerca de su cama era todo un sueño.

—Ven y te lo demostraré. —Se hizo el héroe mientras maldecía a aquel resfriado. Tomó a Eva de la mano y la miró muy de cerca, la tenía inclinada sobre él, podría haberla besado y arrastrado hasta su cama, pero se sentía sin fuerzas. Los parpados cada vez le pesaban más.

—Otro día, valiente. ¿Tienes algún medicamento en casa para tomarte? —preguntó mientras volvía a ponerle la mano en la frente. Comprobó que ardía. Tenía la camisa medio desabrochada y

apreció que tenía el pecho lleno de sudor.

—Nunca me enfermo, ni tomo pastillas. Cuando me duele la cabeza me acuesto.

—Voy a la farmacia por algunas cosas que vas a necesitar. Me temo que esta vez dormir no será suficiente. Vuelvo en un rato —comentó al salir de la habitación.

—Prométemelo —le pidió Víctor como si fuese un ruego desesperado. Nunca se había sentido tan solo y desamparado.

—Volveré y cuidaré de ti. Palabra de vecina y jefa. —Le guiñó un ojo, mientras trataba de ocultar su propia preocupación por él, y se fue de inmediato.

Cuando regresó, antes de marcharse cogió las llaves de Víctor y comprobó que eran las de la casa, él dormía profundamente. Estaba arropado hasta la cabeza, y agarraba el nórdico como si le fuese la vida en ello.

Eva se deshizo del abrigo y los tacones, tras deshacerse de ellos, los miró y lamentó que solo le hubiesen servido para tardar más en ir a la farmacia. Estaba una calle más abajo y fue andando. En el camino maldijo no haber pensado en ponerse unas zapatillas de deporte.

Fue a la cocina por una botella de agua mineral y cogió la bolsa de medicamentos que había traído. La llevó consigo a la habitación de Víctor, debía despertarlo y hacer que se los tomase como se lo había indicado el farmacéutico.

—Víctor —llamó su atención zarandeándolo con delicadeza—. Tienes que tomarte esto, quitarte esa ropa y darte una ducha. La fiebre bajará un poco y te sentirás mejor.

Eva observaba como tenía todo el rostro lleno de sudor y el pelo mojado.

Lo ayudó a destaparse e incorporarse un poco, le dio agua y luego unas pastillas. Víctor la miró interrogativo, esforzando media sonrisa.

—Tómatelas. Te puedes fiar de mí.

Decidido, las cogió de su mano y se las metió en la boca, bebió agua y la miró. Tenía los ojos entornados y con un brillo tan especial que Eva sintió ganas de besar aquellos labios apetecibles, pero se refrenó. Le tendió la mano y tiró de él para llevarlo hasta el baño. Una vez allí, lo ayudó a quitarse la camisa, le quitó el cinturón, y, con manos temblorosas y pensándose mucho, le desabrochó el pantalón. Era consciente del estado en el que se encontraba y que necesitaba ayuda.

Lo dejó ahí, se dio media vuelta y abrió el grifo de la ducha, la puso templada y cuando se volvió lo encontró igual que lo había dejado. Ella esperaba que, al menos, se hubiese deshecho de los pantalones y los calcetines.

—Desnúdate y métete en la ducha —le ordenó dirigiéndose a la puerta para abandonar el baño.

—Hazlo tú. Me gusta cómo lo haces. Debo admitir que no fue así como imaginé nuestra primera vez. Nunca dudé de que mi cuerpo ardería al mostrártelo por completo, pero he de admitir que no estoy en condiciones de... ya sabes. ¿Puedes ayudarme? Este puto resfriado me tiene más débil que a un niño. —Eva lo miró en silencio—. ¿No me digas que te vas a escandalizar por ver el cuerpo de un hombre desnudo? —preguntó con media sonrisa. Hacía grandes esfuerzos por sostenerse de pie.

Eva se dirigió hasta él, se agachó, le quitó los calcetines y luego le bajó los pantalones.

Cuando Víctor fue consciente de que había llegado al límite del juego, porque pese a sentirse morir, estaba jugando con ella, se dio media vuelta, se bajó los calzoncillos y entró en la ducha. A Eva solo le dio tiempo de divisar un magnífico culo prieto y una ancha espalda, donde no le pasó desapercibido un enorme tatuaje de un dragón sobre la parte izquierda.

Acalorada y con las pulsaciones a mil por hora, con el apetito sexual a flor de piel, salió del baño, cerró la puerta y se sentó en la cama, sofocada. Trató de tranquilizarse mientras se retorecía

las manos sudorosas y en su mente solo había una visión, el magnífico cuerpo de Víctor, dudaba de que alguna vez pudiese borrarlo de su mente.

Cuando él salió del baño, lo hizo envuelto en una toalla marrón de cintura para abajo. Al encontrarla allí sonrió.

De inmediato, Eva se puso en pie, pensaba abandonar la estancia para que tuviese la intimidad necesaria para vestirse, pero, sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta del tiempo.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó mientras observaba cómo las gotas de agua del pelo mojado caían sobre su pecho.

—Juegas con ventaja, ya has visto mucho más que yo —comentó sonriente. Era evidente que la ducha le había caído bien.

—Te dejo para que te vistas. Voy a la cocina a preparar algo de cena. —No quiso entrar en el juego, tenía unas ganas enormes de lanzarse a la boca de ese hombre y perderse en él en todos los sentidos.

Cuando Eva rebuscaba en el frigorífico de Víctor, él apareció tras ella. Se había colocado un chándal color gris que le sentaba de maravilla.

—Deberías estar en la cama. Necesitas reposo. Unas pastillas y una ducha no curan el resfriado tan grande que tienes, seguro vas a estar un par de días mal —aventuró reprendiéndolo con la mirada.

—Gracias por estar aquí, pero no deberías. Te voy a contagiar este maldito catarro.

—Métete en la cama. Te llevaré un caldo caliente en condiciones. —Cerró la nevera y varias puertas de la cocina que había abierto—. Tienes que hacer la compra o cocinas menos que yo —murmuró mientras pasaba por su lado y cogía el bolso.

Víctor la miró alertado cuando la vio abrir la puerta.

—No hace falta que vayas a comprar nada.

—No pensaba hacerlo. Voy a mi casa. Cuando vuelva te quiero en la cama —ordenó y le cerró la puerta en las narices.

Víctor sonrió, le gustaba demasiado cuando sacaba todo su carácter. Se dirigió a la habitación y se metió en la cama, sentía que todo el cuerpo le pesa y la fiebre comenzaba a subirle de nuevo. Se deshizo de la parte de arriba del chándal y se metió entre las sábanas.

Minutos después, Eva apareció en la habitación, se había cambiado de ropa, él lamentó no contemplarla más con aquel vestido que le quedaba como un guante, aunque aquellas mallas y el jersey amplio también le hicieron fantasear.

Le acercó un cuenco de sopa caliente, lo obligó a incorporarse y se la dio. Víctor se dejó mimar, tenerla así de entregada era todo un lujo del que se pensaba aprovechar.

—¿Has hecho tú esta sopa? Está de muerte —murmuró casi relamiéndose los labios.

—No. Odio cocinar. Todo lo que tengo en la nevera me lo ha preparado Marina, la cocinera de mis abuelos, o es precocinado.

—Está de escándalo.

—Le diré que te ha gustado. —Lo miró sonriente mientras le daba la última cucharada—. Ahora intenta dormir y descansar —le aconsejó mientras lo arropaba como si fuese un bebé—. Cualquier cosa que necesites, puedes llamarme, estaré ahí —le hizo un gesto con la cabeza y Víctor entendió que se quedaría en el sofá.

—¿No te vas a marchar a tú casa? Estás ahí mismo, te puedo hacer una llamada y vienes. No tienes porqué pasar una noche incómoda. Tampoco estoy tan grave. Me gusta tenerte cerca, pero al mismo tiempo me gusta saber que estás bien.

—Y lo estaré. No te preocupes por mí. Tienes un sofá muy confortable. —Él intentó replicarle

para convencerla, pero no lo dejó—. Nadie merece estar solo cuando está enfermo. Te lo dice alguien que ha pasado por esa experiencia. Tener a personas cerca ayuda a mejorar.

Víctor sintió que se enamoraba aún más de esa gran mujer.

—Gracias. Sabes que si no tuviese este tremendo catarro ya te habría besado e intentado algo más, ¿verdad? —le dejó claro. Se moría por arrastrarla junto a él, besarla y acariciarla.

—Es una ventaja de la que me aprovecharé —replicó sonriente, sintiéndose ganadora.

—Creo que también sabes que nada más que esté completamente recuperado te daré todos los besos que tengo guardados para ti.

Eva chasqueó la lengua, sonrió y se encaminó hacia la puerta.

—No cambias ni con fiebre. Duérmete —le ordenó sonriente.

—Soñaré con tus besos, preciosa.

Se marchó sin replicarle. Dejó la puerta abierta y se tumbó en el sofá. Estuvo un rato con el móvil, revisando mensajes y enviando otros, y luego se dispuso a dormir.

En mitad de la noche, Eva escuchó a Víctor quejarse. De inmediato acudió hasta él. Hablaba en sueños y se revolvía en la cama, inquieto. Tenía una especie de pesadilla, las palabras que decía eran incoherente. Eva le tocó la frente y comprobó que ardía en fiebre de nuevo. Fue al baño, mojó una toalla en agua fría y se la pasó por el rostro, mientras trataba de despertarlo.

Cuando Víctor la vio tan cerca, en medio de la semi inconsciencia, la reconoció y, sin Eva poder evitarlo, la atrajo hacia él y la besó. Preso del estado en el que se encontraba, no era consciente de la situación real, solo que deseaba a aquella mujer. Ella le respondió al beso, pero no tardó en deshacerse de él. Víctor casi deliraba. Lo ayudó a quitarse la camiseta y le dio agua. Se quedó dormido de nuevo y Eva se sentó en un sillón cercano. Lo observó durante horas hasta que amaneció.

—Buenos días —resonó la voz de Víctor mientras se revolvía en la cama, con la vista clavada en Eva, echa un ovillo en el sillón cercano—. Gracias por quedarte a cuidarme. —Se incorporó y tomó un vaso de agua de la mesita de noche, se lo bebió entero de un tirón. Sentía la boca pastosa —. ¿Por qué estás ahí? —preguntó confuso. Hasta donde recordaba, ella se fue al sofá.

—Has pasado una noche intranquila. Te subió la fiebre y tuve que ponerte toallas mojadas. ¿No lo recuerdas?

Víctor negó con un gesto de la cabeza mientras intentaba recordarlo.

—¿Cuida usted así a todos sus empleados cuando se enferman? —preguntó sonriente, era evidente que se había despertado mejor.

—No, solo lo hago con los más atrevidos, los que besan a su jefa. —Le gustaba provocarlo, aquella guerra verbal que lo dejaba descolocado y sin saber qué más decirle.

—Anoche soñé contigo y tus besos. —A Víctor le encantaba ver aquel rubor que aparecía en sus mejillas cada vez que le confesaba su interés por ella.

Eva no le aclaró que la pasada noche fueron reales.

—¿Desayunamos? —Fue otra pregunta que lo dejó descolocado, no esperaba que se quedase. Eva tenía que ir a trabajar. No esperaba que pasase con él el resto del día.

Tras dos días en cama en los que Eva estuvo pendiente de Víctor y él se aprovechó de ello para tenerla más cerca, la complicidad entre ambos creció.

El primer día que Víctor se incorporó al trabajo vio en su agenda que tenía una reunión con Martín Quiroga que no podía eludir. Lo llamó y le propuso verse en el despacho de Martín, le

venía mejor de camino que hacía unas gestiones en los juzgados. Cuando terminó la reunión con el presidente del Grupo Quiroga se pasó a saludar a Eva, pero su secretaria le informó de que ya se había marchado y no regresaría hasta después de comer.

Cuando Víctor ya se marchaba, la secretaria se despistó y él aprovechó para entrar en el despacho de Eva. Escribió unas palabras en un papel y se lo pegó en la pantalla del portátil, para que lo viese al abrirlo.

Cuando Eva regresó en el despacho, al abrir el portátil, era lo primero que hacía nada más sentarse delante de la mesa, vio la nota.

Te debo una cena.

Gracias por cuidarme.

V. Ferrer.

Durante unos segundos se recreó en su letra. Le gustó, luego cogió el móvil y le escribió un mensaje como respuesta.

Acepto esa cena, señor Ferrer. Espero que ya esté totalmente recuperado.

Victor le respondió de inmediato:

Esta noche lo comprobarás por ti misma. Llamaré a tu puerta a las nueve y media.

Capítulo 9

Con la puntualidad que lo caracterizaba siempre, Víctor tocó el timbre de la casa de Eva a la hora acordada. Para aquella noche escogió un traje de chaqueta de invierno en tono oscuro. El lugar donde había reservado era el mejor de toda la ciudad. Deseaba sorprender a Eva, conquistar por completo a aquella mujer era el mayor reto de su vida.

Cuando ella abrió la puerta, Víctor se quedó impresionado. Llevaba el pelo recogido, con un toque informal, y un vestido color morado que le quedaba como un guante. Elegante y sencillo a la vez, por debajo de las rodillas, le hacía una figura espectacular.

Se acercó a ella, despacio, y le dio un beso en la mejilla. Se demoró unos segundos en impregnarse del olor de su perfume.

Eva le correspondió al gesto al mismo tiempo que se sintió un poco decepcionada. Esperaba que le robase un beso en los labios.

—Estás maravillosa. ¿Lista? —Asintió. Cogió el abrigo y el bolso, y se marcharon.

—¿Recuperado por completo? —preguntó Eva una vez dentro del ascensor del edificio, que los llevaría hasta el garaje.

—He tenido a la mejor de todas las enfermeras. —Le guiñó un ojo y le sonrió. Luego, para sorpresa de ella, la tomó de la mano y se dirigieron hasta el coche.

Una vez llegaron al restaurante, antes de pasar al reservado, Víctor propuso que se tomaran un vino en la barra. Observó cómo varios hombres miraban a Eva con atención. Se sintió muy afortunado de ser su acompañante y el único que captase toda su atención. Aquella noche no la encontró tan distante, estaba relajada y a gusto. El brillo que tenía en su mirada era especial.

De repente, un hombre se acercó a ellos.

—Eva, qué alegría volver a coincidir contigo. —Le dio dos besos para sorpresa de ella.

Víctor advirtió de inmediato como la repasaba de arriba abajo y luego lo miraba a él con interés. Trataba de averiguar con quién estaba.

—Diego, ¿qué tal? —preguntó de forma educada, pero en su rostro no apareció alegría alguna por verlo. Todo lo contrario. Víctor notó cierta incomodidad y tensión en el cuerpo de Eva.

Aunque habían pasado cinco años, Eva siempre lo recordaría a Diego como el hombre que jugó con ella y le creó falsas ilusiones. El matrimonio de Diego nunca pasó por mal momento ni jamás se planteó abandonar a su mujer y a su hijo, aunque a ella le hiciese creer durante un tiempo que era así. Hasta que recibió cierta información y una grabación donde pudo ver que los meses que pasó con él fueron un completo engaño durante los que él llevó una doble vida.

—Aún sigo esperando a que contestes a mis llamadas —le recordó con amabilidad y una sonrisa inmejorable.

Un mes atrás coincidió con él en un evento, le hizo saber que se había divorciado y le pidió perdón por lo sucedido en el pasado. Le confesó que se enamoró de ella, que nunca tuvo la intención de hacerla, pero que le faltó la valentía para abandonar a su mujer y a un hijo de dos años.

—He estado muy ocupada últimamente —contestó de forma cortante. No le interesaba retomar una relación con él ni volver a ser amigos, como Diego le había sugerido en el anterior encuentro.

—Seguiré insistiendo. Creo que nos debemos un café y una charla tras años sin vernos —comentó con sinceridad.

Diego siempre fue un hombre educado y detallista. A pesar de haber jugado con ella, tenía que admitir que no era el típico profesor que se enamoraba de sus alumnas. Lo de ellos surgió sin más, solo que él no apostó por aquello como debió y para Eva ya era tarde. Tenía claro que jamás volvería con él.

—Eva, cariño, nuestra mesa ya está lista, ¿pasamos dentro? —preguntó Víctor colocándole una mano en la parte baja de la espalda, con posesión.

Con la dura y seria mirada que le dirigía a Diego le hizo saber que aquella mujer era suya.

Eva no se despidió apenas del hombre, le hizo un gesto con la cabeza y se encaminó dentro del local junto a Víctor.

—Perdona que no os haya presentado, no esperaba encontrármelo aquí —se disculpó por aquella falta de educación.

Víctor supo que aquel encuentro fortuito la había descolocado.

—¿Un admirador? —preguntó con la mirada al frente, detrás del camarero que los guiaba hasta el reservado, y sin quitarle la mano de la parte baja de la espalda.

—Un ex —respondió mirándolo, sin romper el paso. Deseaba ver qué cara ponía al revelarles aquello.

Él sintió la bilis en su garganta, unos celos terribles se apoderaron de su persona. Imaginar a Eva en los brazos de aquel tío lo hizo hervir por dentro.

—Por lo que se ve, tiene toda la intención de volver contigo. —Había apreciado cómo aquel hombre la miraba—. ¿Lo dejaste tú? —No pudo evitar la pregunta.

Ella lo notó algo crispado y rígido. Había perdido la sonrisa y la amabilidad desde que se sentaron a la mesa.

—Sí —respondió de forma escueta, pero Víctor se quedó callado, esperaba más información—. Lo conocí cuando llegué a Madrid, era mi profesor en una de las asignaturas del máster que vine a realizar. Nos enamoramos, o eso creí yo. Me dijo que se iba a separar, pero descubrí que no era así. Hace unos meses volvimos a vernos por casualidad e insiste en que seamos amigos. No me interesa nada con él, lo nuestro está enterrado.

Mientras le relataba aquello, Eva era consciente de cómo Víctor apretaba la mandíbula y sostenía con fuerza el cabo del cuchillo en la mesa. No tenía pensado revelarles tanta información, pero algo dentro de ella necesitaba decirle que no sentía nada por Diego.

Tras escuchar que no tenía intenciones de volver con aquel ex, Víctor encajó el cuerpo de nuevo. Tomó una bocanada de aire y le hizo un gesto al camarero para que dejase la botella encima de la mesa. Él mismo serviría el vino. En aquellos momentos, necesitaba intimidad con Eva. La sentía más cerca que nunca tras haberle revelado todo aquello que no esperaba.

Víctor llenó ambas copas y brindó con Eva, en silencio.

—No me digas que el encuentro con Diego nos va a arruinar la noche —aventuró Eva sonriente. Intentó relajar el ambiente entre ambos.

Mientras trataba de recomponerse, Víctor se dio cuenta de que ella disfrutaba de la situación.

—Disculpa, no entraba en mis planes que esta noche te reencontrases con un antiguo amor —comentó con cierto deje de ironía.

—¿Celoso? —preguntó Eva acercándose más a él. Apoyó ambos brazos en la mesa y lo observó al detalle.

—No lo voy a negar. Me gustaría ser el único hombre en tu vida, pero es obvio que tienes un pasado. ¿Le has roto el corazón a muchos tíos? —preguntó de forma abrupta, pero Eva no lo llevó a mal.

—Siempre me lo han roto a mí. No he sido muy afortunada en el amor —reveló con cierta nostalgia.

—Yo nunca te partiría el corazón. Déjame demostrarte que podemos tener algo realmente bueno. —Le tomó una mano entre la suya y se la acarició mientras la miraba de una forma tan intensa que Eva sintió un gran vértigo por todo lo que le hizo sentir.

—¿Cómo estás tan seguro? —se atrevió a preguntar, casi con miedo en la voz.

—Porque he sentido cada reacción de tu cuerpo y besado tus labios. Ellos no mienten. Tú lo sabes. Sientes algo muy fuerte por mí. No es prepotencia por mi parte afirmarlo, sería valentía por la tuya reconocerlo.

Víctor le sostuvo la mirada, Eva no la apartó ni retiró la mano de su contacto.

—Sí, reconozco que siento algo por ti que jamás he sentido por nadie —Tras escuchar esta confesión, en la boca de Víctor se dibujó una sonrisa enorme—, pero esto no fácil para mí —comentó incómoda.

—¿Por qué luchas contra ello en vez de dejarte llevar? —preguntó con dulzura y paciencia. Trataba de entenderla.

Aquella noche se había propuesto ir despacio, que Eva confiase en él por completo.

—Porque he pasado por mucho y mucho ha pasado por mí. Tengo miedo —terminó por confesar, pero esto fue incapaz de decírselo mirándolo a los ojos. Desvió la mirada hacia un lado y luego agradeció que llegase el camarero con las cartas.

Víctor comprendió que algo importante le abrumaba, pero estaba decidido a que perdiese todos sus miedos. No tocaron más el tema, se centraron en la comida y Víctor sacó el tema de las sobrinas de Eva. El brillo volvió a sus ojos y le encantó descubrir que sería una excelente madre.

De vuelta a casa, ambos sentían que había sido una excelente noche. Víctor no la había besado, pese a morirse de ganas durante toda la cena y cuando entraron en el coche, pero se contuvo. No quería presionarla, intentaba que ella lo deseara tanto con él.

Mientras esperaban el ascensor, ya habían aparcado en el garaje del edificio, Víctor leyó en los ojos de Eva el deseo. Sin poder remediarlo por más tiempo, se acercó y la besó. Ambos estaban hambrientos. Subieron sin romper el contacto entre sus labios, se acariciaban y se besaban con desenfreno.

Una vez llegaron delante de la puerta de ambos, situada una frente a la otra, se miraron con intensidad.

—Entra conmigo a mi casa. —Fue más un ruego que una proposición. Nunca antes había deseado tanto a una mujer.

De inmediato, Eva asintió con una sonrisa. Segura de lo que estaba haciendo. Lo que Víctor despertaba en ella era demasiado fuerte.

Víctor le dio un breve beso, eufórico, rebuscó las llaves en el bolsillo del pantalón y abrió la puerta. La hizo pasar con galantería y Eva agradeció el gesto.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció una vez en el salón. Le ayudó a quitarse el abrigo y la invitó a ponerse cómoda en el sofá mientras él se deshacía de la chaqueta y la corbata bajo la atenta mirada de Eva.

Ella negó con un gesto de la cabeza, mientras le sonreía. Se moría de sed, pero él era su único alivio.

Nervioso, como si fuese su primera vez, Víctor se echó una copa, fue hasta ella, se sentó a su

lado y le dio un trago bajo su atenta mirada. Luego le ofreció el vaso y Eva dio otro trago.

—Estás nerviosa —apreció mientras le recorría la mejilla con las manos. Pudo notar que en sus dedos aún conservaba la frialdad que transmitían los hielos del vaso que segundos antes había estado en sus manos—. No te voy a negar que yo también lo estoy. —Le dio un beso en el cuello mientras le apartaba unos mechones de pelo—. Me muero por hacerte el amor —confesó con la voz ronca, perdido en ella y en su aroma.

Eva suspiró, lo miró a los ojos y le mostró una sonrisa tímida y cargada de miedos. Víctor no necesitó más, estaba decidido a derrumbar todas sus barreras y demostrarle lo maravilloso que podía ser todo entre ellos. La besó con intensidad, con toda la pasión y desenfreno que tuvo retenido desde que conoció a Eva Quiroga, porque lo cierto era que había deseado llevarla a su cama desde el mismo instante en el que cruzó su mirada con la de ella.

Entre los brazos de Víctor, Eva se sintió libre y plena. Lo tomó con decisión por la nuca y profundizó el beso, lo necesitaba. Víctor sonrió sobre sus labios tras sentirla tan decidida.

Con las respiraciones alteradas, jadeantes, Víctor la llevó hasta su habitación. No quería hacer el amor con Eva en el sofá. Deseaba que fuese algo muy especial su primera vez juntos.

Eva se dejó guiar en todo momento, correspondía con creces a cada beso y caricia. Ambos pudieron experimentar, casi a la misma vez, la intensidad de lo que estaba naciendo en esos momentos entre ellos.

Cuando Víctor comenzó a bajarle la cremallera del vestido, Eva se tensó sobre sus labios. Él continuó con la labor, hasta llevarla al final del todo mientras no dejaba de besarla, pero al mismo tiempo era consciente de que algo en ella había cambiado. No estaba centrada en el beso, sino en sus manos.

Por su parte, Eva hacía grandes esfuerzos por no parar aquello como su mente le gritaba. Víctor comenzó a besarla por el cuello, continuó por su clavícula, le bajó el hombro del vestido y llevó sus labios hasta ahí, luego dirigió sus labios hacia la nuca de Eva, y cuando intentó que se diese la vuelta ella reaccionó y lo paró en seco. Se compuso el vestido y lo miró con la respiración alterada.

Víctor pudo leer el miedo en sus ojos, la miró asustado. Se acercó a ella, pero Eva dio un paso atrás, aterrada.

—Será mejor que lo dejemos aquí. Lo siento, pero no puedo.

Eva se agachó, recogió los zapatos de tacón que se había quitado momentos antes y los cogió con una mano. Con la otra trataba de que no se le abriese el vestido, y así, huyendo, salió de la habitación, mientras Víctor era incapaz de comprender qué había pasado allí.

Avergonzada como nunca antes, recogió el bolso y el abrigo con intenciones de marcharse a su casa, pero, para su sorpresa, Víctor no lo permitió. Se plantó delante de la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho y le sostuvo la mirada. No le reprochaba nada, todo lo contrario. En silencio, le rogaba que confiase en él. Le pedía una explicación, sentía que había hecho algo mal, pero no alcanzaba a saber qué. Necesitaba que ella se lo explicase o se iba a volver loco.

De repente, Eva se estremeció y comenzó a llorar. Millones de lágrimas rodaron sin control por sus mejillas. Una gran impotencia la embargaba y no sabía qué hacer.

Decidido, Víctor le arrancó todo lo que llevaba en las manos, lo tiró al suelo y la estrechó contra su pecho. No la entendía en aquellos momentos, pero sabía que lo necesitaba más que nunca.

—No pasa nada, cariño. Dime qué pasa. Te juro que haré lo que me pidas —la animó con calma y paciencia. Trató de deshacerse de sus brazos, pero él no lo permitió—. No, Eva. No pienso dejarte marchar así. Te vas a tranquilizar y vamos a hablar. No te vas a ir sin darme una

explicación. —No fue una exigencia, sino más bien una súplica. Estaba desesperado.

Con la respiración agitada y casi temblando, Eva se atrevió a mirarlo a los ojos. Vio la mirada de un hombre bueno, cargada de amor y esto le valió para armarse de valor. Tomó una bocanada de aire mientras se dejaba guiar por Víctor hacia el salón de nuevo.

Él la invitó a tomar asiento y le ofreció agua, pero Eva la rechazó. Se refugió de nuevo en sus brazos y Víctor la acogió sin hacer preguntas en voz alta. Todas estaban en su mente.

Pasados unos minutos, en los cuales ninguno dijo nada, Eva se deshizo de sus brazos, lo miró y apartó el resto de lágrimas que aún rodaban por su rostro. Se separó un poco de él, se puso en pie, y, cuando Víctor pensó que se iba a marchar, Eva, dándole la espalda, dejó caer su vestido al suelo y le mostró todos sus miedos y su mayor secreto.

Con los ojos muy abiertos, Víctor observó la enorme cicatriz que tenía en la columna vertebral, comprendió que debía haber sido operada a raíz del accidente que le contó. Girándose un poco, sin llegar a ponerse de frente, Eva le mostró otra gran cicatriz que tenía en la cadera izquierda.

Con valentía, lo miró a la cara, sin importarle estar en ropa interior frente a él. Pudo sentir cómo tragaba con dificultad, al mismo tiempo que la miraba perplejo e incapaz de decir nada.

—No eres tú, Víctor. Soy yo. ¿Ves bien mi cuerpo? No puedo obligarte a amar algo así cuando yo misma soy incapaz de tocarlas.

Víctor expulsó todo el aire que contenía en sus pulmones. Por fin comprendía los miedos y reticencias de Eva. Se levantó y la estrechó contra sus brazos.

—Yo te enseñaré a amarlas. No me apartes de ti, por favor. Me hago una idea de todo por lo que debes de haber pasado, pero yo te amo. No me importan estas cicatrices, amo todo lo que forme parte de ti.

Sin saber cómo ella iba a reaccionar, se atrevió a pasear sus dedos, con delicadeza, por su espalda. Notando cada centímetro de aquella larga cicatriz en su piel.

Mientras, Eva lloraba de emoción. Acababa de decirle que la amaba y la acariciaba con la mayor dulzura que jamás hubiese sentido. Era incapaz de articular palabra. Solo deseaba cerrar los ojos y continuar en los brazos de Víctor por mucho tiempo, sintiendo que la sostenía y estaba ahí para ayudarla.

Tras varios minutos abrazados, Eva rompió el silencio:

—¿Podemos dormir juntos? —preguntó sin atreverse a mirarlo a los ojos—. Solo dormir, por favor —le rogó como una niña asustada.

Con delicadeza, Víctor le alzó la mejilla para lo que lo mirase. Eva vio unos maravillosos ojos grises que rebosaban amor.

—Podemos hacer lo que tú quieras, cariño. Soy todo tuyo.

Eva le dio un breve beso. Víctor la cargó en brazos y la llevó hasta la cama.

Con la cabeza reposada sobre su fuerte pecho, se sintió una mujer muy afortunada. Él la depositó en el colchón, la arropó y luego se colocó a su lado. Ella se abrazó a él y se sintió como nunca antes.

Víctor le acarició el cabello y le dio un beso en la frente.

—Descansa, princesa. Lo necesitas. No me apartaré de tu lado, a menos que me lo pidas.

La generosidad y comprensión de aquel hombre logró emocionarla. Le hubiese gustado decirle que también lo amaba, pero algo le decía que Víctor lo sabía incluso antes que ella misma.

A la mañana siguiente, cuando Eva despertó, hacía años que no dormía tan bien, se encontró entre los brazos de Víctor. Él la miraba con una sonrisa en sus labios. No supo en qué momento se desvistió, pero sentirlo a su lado, con solo los calzoncillos le hizo sentir mucho calor. Ella recordó que iba a ropa interior. Se revolvió, se acomodó mejor y lo miró a los ojos con un

profundo agradecimiento.

—Hacía mucho que no dormía con nadie —reveló—. Gracias por esta noche y tu infinita paciencia conmigo. —Le dio un beso en el pecho mientras Víctor le acariciaba el cabello.

—Me alegro de ser yo. ¿Estás bien? —preguntó casi con miedo. Eva asintió con timidez, sin saber qué hacer o qué decir—. ¿Cuánto hace que no estás con un hombre? —preguntó de forma directa.

Ella se apartó de su lado y se incorporó un poco, para mirarlo directamente a los ojos.

—Casi cinco años —reveló sin tapujos. Había llegado la hora de confiar en Víctor. Él la miró sorprendido. Nunca habría esperado algo así, que una mujer como ella y a su edad llevase tanto tiempo sin vida sexual—. Después del accidente donde me atropellaron, tarde más de dos años en recuperarme casi por completo. Luego me refugié en el trabajo y me convertí en una adicta a él. Hace un año me permití la licencia de volver a creer en el amor y buscarlo, confiar en una pareja, pero no resultó fácil. Mis miedos son más fuertes que yo, como has podido comprobar. No soy lo que esperas de mí.

Comenzó a alejarse de él, para levantarse y marcharse para siempre. Daba por finalizada su intento de relación con Víctor. Pero él no lo permitió. La acercó de nuevo a su lado, la besó con infinita ternura y le acarició la mejilla, perdido en ella.

—No me importa el tiempo que necesites. Estaré ahí, Eva. Te juro que a mi lado vas a volver a creer, y ten por seguro que seré yo el hombre que te hará sentir tu primer orgasmo después tanto tiempo, y superar todos los miedos que te azotan. Ya te lo dije en una ocasión, no te vas a deshacer de mí con facilidad.

Volvió a besarla y Eva le correspondió mientras varias lágrimas rodaban por sus mejillas. Víctor era especial y diferente a todos los hombres con los que se había cruzado en la vida.

—Tu prepotencia no tiene límites, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa, mientras se apartaba las lágrimas de las mejillas. Se sentía feliz.

—Con respecto a ti, ya lo sabes. —Volvió a besarla, y ella le correspondió con creces.

Luego, Víctor la invitó a desayunar en una cafetería cercana. No hablaron de cuál sería su relación a partir de aquel momento, pero estaba claro que habían dado un gran paso y estaban mucho más unidos. Él no pensaba dejarla marchar, y Eva comenzaba a volver a creer de nuevo.

Aquella tarde, Eva recibió un mensaje de Víctor en su teléfono.

He tenido que viajar con urgencia a los viñedos de mi abuelo, donde también están mi madre y mi sobrina. En un par de días estaré de regreso.

No pienses, ni por un solo segundo, que he huido de ti.

Te quiero, Eva Quiroga, desde el mismo instante en el que te vi.

Después de leerlo, se sintió en una nube. Le encantó ver por escrito aquella declaración de amor. El corazón le latía con fuerza y miles de mariposas revoloteaban en su estómago mientras le respondía:

Espero que no sea nada grave. Te estaré esperando. Un beso.

En su fuero interno había admitido que amaba a Víctor Ferrer, pero esperaba una ocasión especial para manifestárselo. No podía hacerlo sin mirarlo a los ojos, por ello no le correspondió con las mismas palabras y el mismo amor que él le mostraba en su mensaje.

Capítulo 10

Sentado al lado de la chimenea, con su abuelo enfrente y Dorian, el perro más fiel que había conocido a sus pies, Víctor tenía el pensamiento puesto en Eva. Maldijo la situación que lo había llevado a alejarlo de ella en aquellos momentos y deseó tenerla entre sus brazos y besarla pronto.

—Víctor, ¿te ocurre algo, hijo? Quizás no debí haberte llamado —lamentó Gloria.

Aquella mañana había recibido una llamada desesperada de su madre. Su marido había tenido que viajar por asuntos de negocios, el abuelo de Víctor estaba enfermo y la situación con Daniela cada día tenía más intranquila a su abuela. Desde que se había hecho cargo de la pequeña sentía que no podía con todo. A Félix, el marido de Gloria, no le gustaban los niños y no le hacía nada de gracia que la nieta de su mujer fuese a vivir con ellos de manera indefinida.

Ante aquella situación, Gloria llamó a su hijo, su única tabla de salvación. Sabía que Víctor tenía mil asuntos pendientes en Madrid y mucho trabajo, pero ella sentía que todo lo que había a su alrededor se derrumbaba. Su vida había cambiado de forma radical en cuestión de meses y había perdido a una hija. Víctor comprendía los malos momentos por lo que pasaba su madre, pese a hacerse la fuerte.

—Mamá, puedes llamarme siempre que me necesites.

—Hijo, cuando regresaste de Nueva York me dijiste que te harías cargo de parte de los viñedos, junto con Félix. De esa forma yo me podría dedicar a Daniela y al abuelo en exclusiva, pero no ha sido así. Los negocios de tu padre te retienen demasiado en Madrid, yo te necesito aquí. —No fue un reproche, estaba desesperada y solo lo tenía a él. Había escuchado a Víctor decir mil veces que no quería nada de Rodrigo Ferrer, que arreglaría el tema de la herencia y se dedicaría a montar su propio bufete y ayudarla en los viñedos.

—Creo que mi presencia es más necesaria en Madrid que aquí —argumentó—. No pienso dejar el bufete en manos de Alexia. He descubierto ciertas cosas que lo más probable es que me lleven a enfrentarme con esa mujer en los tribunales —anunció seguro de ello.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada.

El abuelo de Víctor permanecía con los ojos cerrados, pero estaba atento a la conversación.

—Alexia ha jugado sucio y lo voy a demostrar. Resulta que la única herencia que tenemos Daniela y yo es el bufete, al parecer mi padre no tenía más bienes a su nombre —le informó.

—¿Cómo? ¿El bufete iba mal últimamente?

—No. Todo lo contrario. Facturaba varios millones de euros al año. Desde que papá se divorció de ti creció y se hizo más rico.

—¿Dónde está todo ese dinero? —preguntó preocupada. A ella no le interesaba nada de su exmarido, pero sí lo que le correspondería a su hijo y a su nieta por derecho.

—El chalet donde vivía en Madrid está a nombre de Alexia, la casa en la sierra y el chalet en la Toscana resulta que fueron vendidos unos días antes del accidente de papá. Y la cuenta bancaria de él fue vaciada por medio de una transferencia apenas dos horas después de conocerse el terrible accidente. Como comprenderás, voy a averiguar todo. No pienso permitir que Alexia se

quede con lo que no le pertenece. Estoy seguro de que ha falsificado documentación y ha pagado a sus cómplices para quedarse con todo lo de papá. Tú y yo sabemos que solo estaba con él por su dinero y la posición social que le proporcionaba ser su mujer.

—Rodrigo estaba ciego con ella. Solo veía su belleza y juventud. No me extraña que le diese todo.

—La semana pasada viajé a Italia. He hablado con el comprador de la casa. He descubierto que Alexia la vendió después de la muerte de mi padre, le pagó un extra para alterar la fecha de venta.

—Esa mujer no tiene límites.

—Estoy reuniendo toda la información, con discreción. No quiero que sospeche que sé nada, deseo que todo le caiga encima como un jarro de agua fría. Tengo a gente averiguando cómo se realizó la compra de la casa en la sierra y dónde fue a parar el dinero que falta en la cuenta de papá. En las de Alexia y en las del bufete no está.

—Ve con cuidado, hijo —le advirtió.

Si esa mujer había hecho todo aquello apenas quedarse viuda, era peor de lo que Gloria pensaba. Cuando la ambición en una persona no tiene límites, es capaz de todo.

—Lo tendré, madre. Hago todas las gestiones fuera del bufete, para que nada llegue a sus oídos y crea que todo continúa tal y como lo planeó. En cuanto tenga todas las pruebas la demandaré.

Al día siguiente, un mensajero le entregó a Eva la caja más grande que jamás hubiese recibido. Sorprendida, la recibió en su despacho, casi no cabía por la puerta.

Una vez a solas, la abrió, intrigada. No esperaba nada de tal tamaño, no recordaba haber pedido un frigorífico para la oficina. Deshizo el gran lazo rojo del envoltorio y la caja se abrió de inmediato, dentro había un gran oso de peluche, casi tan grande como ella. En una mano llevaba atados tres globos y en la otra una nota.

Con la ilusión de una niña, admiraba aquel regalo. Con manos temblorosas y emocionada comenzó a leer:

Voy a tener que pasar unos días más en casa de mi madre, junto a ella, mi sobrina y mi abuelo. Me necesitan.

Te envío este peluche para que lo abras por las noches y no me echés de menos a tu lado. Creo que de él no sentiré celos, tan solo lo envidiaré por estar más cerca que yo.

No veo la hora de tenerte cerca y volver a besarte.

Recuerda que seré todo lo paciente que necesites, aceptaré lo que me puedas dar. Para mí el hecho de estar a tu lado ya es pura felicidad.

Un beso, mi reina. Nos vemos pronto.

Te quiero, Víctor.

Con lágrimas en los ojos, miró bien el peluche y soltó una sonora carcajada. Víctor era increíble. ¿Cómo se le había ocurrido enviarle algo así? Lo cierto era que le había encantado. Nunca le habían regalado nada igual.

Se abrazó al peluche y sintió que Víctor Ferrer estaba ya muy dentro de su corazón, de un lugar del que no lo podría sacar. La sensación de felicidad que tenía en esos momentos la hizo sentirse más viva que nunca.

De inmediato, cogió el teléfono y lo llamó. Deseaba escuchar su voz.

—Escogiste el más grande, ¿verdad? —dijo nada más que él le descolgó.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado. No esperaba algo así de ti.

—Fui a comprar unos juguetes para Daniela y lo vi en la tienda, me acordé de ti y pensé que te gustaría. Creo que he acertado.

—Sí, gracias.

—No me las des, es un simple detalle.

—Yo no lo calificaría de simple. No sé cómo llevármelo a casa. Mi imagen de ejecutiva sería se va a ir al traste cuando me pasee por todo el Grupo Quiroga cargada con el oso y los globos.

Víctor soltó una enorme carcajada, imaginándola.

—Me encantaría estar ahí para verte.

—¿Todo bien por los viñedos? —No se atrevió a preguntar más.

—Sí, nada de gravedad.

—Bien. Me marcho a casa. Hoy ha sido un día duro. Dormiré abrazada a mi oso esta noche. Es muy blandito y suave. —Lo abrazó y sintió a Víctor muy cerca de ella.

—Cuando regrese ocuparé su lugar.

Eva sonrió para sí misma. Le gustaba la idea de dormir con Víctor, pero no se lo manifestó.

—Hasta mañana. Dale un beso a Daniela, y otro para ti —dijo, antes de que él se lo pidiese.

—Hasta mañana. Eva —llamó su atención antes de que le colgase.

—¿Qué?

—Te quiero.

No esperó respuesta, le cortó de inmediato. Sabía que ella necesitaba un tiempo para pronunciar aquellas palabras, y se lo pensaba conceder.

Con la mejor de sus sonrisas y como una niña con un juguete nuevo, se paseó, cargada con el gran oso, bajo la atenta mirada de todos los trabajadores del Grupo Quiroga que se encontraba de camino a su coche. Se sentía feliz. Víctor Ferrer sabía sacar lo mejor de ella.

La estancia de Víctor en casa de su madre se demoró unos días más de lo esperado. Le hubiese gustado estar de regreso en Madrid para el fin de semana, pero el marido de su madre no volvió del viaje como tenía previsto y Víctor decidió quedarse y poner en orden todo el retraso que llevaban con la nueva cosecha y la contabilidad del lugar.

A mediados de semana regresó a casa, pero no le dijo nada a Eva, quería darle una sorpresa. Durante esos días habían hablado por teléfono casi dos veces al día y se enviaban miles de mensajes, ambos reconocían que nunca antes habían estado así con otra pareja anterior. Todo entre ellos era muy nuevo y deseaban vivirlo.

La tarde-noche del jueves Eva llegó a casa reventada. La última reunión del día se había extendido más de lo esperado. Soñaba con un baño caliente y tumbarse en la cama. Cuando abrió la puerta de su casa, Víctor la sorprendió por detrás. La envolvió entre sus brazos y le dio un beso en el cuello. Deseaba con todas sus fuerzas aspirar el aroma de Eva, solo ella conseguía nublarle todos los sentidos como nadie.

—Ya has regresado —murmuró sobre sus labios, feliz de tenerlo allí junto a ella.

—Hace un par de horas. Quería sorprenderte.

—Lo has logrado. Acabas de mejorar mi día. —Le acarició la mejilla y lo besó de nuevo.

Con maestría, Víctor la llevó hasta su casa. Cuando Eva se dio cuenta, se encontraba tumbada en el sofá de su atractivo vecino, llena de caricias y besos a los que correspondía con ganas.

—¿Una copa de vino? —propuso Víctor. Si continuaba besándola de aquella forma terminaría por llevarla a la cama.

—Sí, por favor. He tenido un día de locos. Necesito relajarme.

—Estás en las mejores manos. Déjate mimar.

Mientras Víctor fue a buscar la botella y unas copas a la cocina, ella aprovechó para deshacerse de las botas. Había comenzado a usarlas con un poco de tacón y al final del día siempre sentía que no podía más.

Se puso cómoda en el sofá y colocó los pies en alto. Se permitió cerrar los ojos por unos segundos y percibir que Víctor estaba cerca. Lo escuchaba en la cocina, abrir y cerrar puertas.

—He traído uno de los mejores vinos de mi abuelo. De la cosecha del año 2010. —Le mostró la botella y Eva fijó la mirada en el nombre.

—No lo puedo creer, uno de mis vinos preferidos y es de los viñedos de tu abuelo. —Tomó la botella entre sus manos y la observó al detalle antes de que Víctor llegase a descorcharla.

—Mi abuelo heredó los viñedos de su padre, continuó con el negocio y ahora lo lleva mi madre, su única hija. Tiene la gran pena de que yo no me dedique a ello al completo. Cada vez que lo visito trata de que deje el mundo del derecho y me meta en el campo.

—¿Lo conseguirá algún día? —preguntó en actitud curiosa. Estaba descubriendo que cada día necesitaba saber más de él.

—No lo sé. El día que mi madre no pueda hacerse cargo, lo haré yo. No voy a permitir que se vaya al traste todo por lo que trabajó mi familia durante años. A día de hoy solo tengo claro una cosa. —La miró en silencio y su respuesta se hizo de rogar unos segundos—. Estaré donde tú estés y desees estar.

Eva le devolvió la botella junto con una gran sonrisa. Solo Víctor Ferrer sabía acelerarle el corazón de aquella forma con sus inesperadas confesiones.

—Un día me gustaría conocer las tierras donde nace este gran vino. —Lo observó vertido en la copa mientras movía esta.

—Deseo concedido. Este fin de semana te llevaré a conocer los viñedos de mi familia, y de paso vuelves a ver a Daniela. —Eva asintió algo incómoda. La vía de escape al comentario de Víctor le había salido mal—. Por un futuro juntos —brindó él.

Eva chocó la copa con la de Víctor y bebió de ella.

—Un *Garza* espectacular. El mejor que he probado nunca. —Eva saboreó el vino y le dio otro trago.

—Ya tendrás excusa para tocar a mi puerta todas las noches. Tengo el mejor vino.

—Hay algo más importante —rebatía ella. Víctor se le quedó mirando, expectante—. Eres la mejor compañía. —Volvió a brindar con él y luego lo besó.

Víctor le propuso salir a cenar, pero en realidad a ninguno de los dos les apetecía marcharse del ambiente tan relajado que habían creado. Optaron por pedir comida a domicilio. Ni se molestaron en comer con formalidad. Lo hicieron entre el sofá y la mesa baja que tenían delante.

Tras la cena, el cansancio y el vino comenzaron a hacer mella en Eva, mientras Víctor le relataba con entusiasmo todo el proceso de elaboración de *Garza*, el vino de su familia, ella bostezó sin ser consciente de ello. Los párpados cada vez le pesaban más.

—Tienes sueño. Es hora de ir a la cama y descansar —la animó él—. Vamos, te acompaño a casa. —Le tendió una mano y Eva le mostró una enorme sonrisa. Lo había dicho como si tuviesen que recorrer varios kilómetros.

Aceptó su mano y se dejó guiar.

—Eva, no quiero presionarte. Te deseo cada día más, pero todo entre nosotros será cuando tú

estés lista —le dejó claro. Se mostraba paciente.

—Gracias, hoy ha sido perfecto. —Le acarició la mejilla y le dio un breve beso en los labios —. Me gustaría dormir contigo —confesó en un murmullo antes de que Víctor se marchase—, pero soy consciente de que ello supone un enorme esfuerzo para ti. Tenerme y no tenerme. Necesito un poco más de tiempo —le suplicó con la frente apoyada sobre la suya y ambas manos sobre sus mejillas.

Víctor suspiró con pesar. Haría cualquier cosa por Eva. Se separó de ella, volvió hacia su casa, y cuando Eva pensó que iba a entrar, cerrar la puerta y ella quedarse allí como una tonta, él echó la llave por la parte de fuera, la tomó de la mano, le besó el cuello y le susurró:

—Vamos a la cama. Estás muy equivocada si piensas que el hecho de solo dormir contigo no es un placer para mí.

Abrazada a Víctor, sintiendo su calor y su pecho contra su espalda, Eva pasó la segunda mejor noche de su vida. Jamás olvidaría la primera vez que durmió con él.

Al día siguiente, durante la mañana, mientras trabajaba, Eva recibió un mensaje de Víctor. Cuando se despertaron no tuvieron apenas tiempo de hablar. Se habían quedado dormidos y llegaban tarde a la oficina.

¿Qué planes tiene para hoy? Te invito a almorzar y luego al cine.

Eva le respondió casi al instante. La tarde de los viernes nunca trabajaba.

Acepto, pero a las ocho tengo un compromiso. Les prometí a mis sobrinas que me quedaría con ellas a dormir en su casa. Martín y Elena tienen una cena.

Víctor había pensado pasar el resto del día con ella, hasta el sábado por la mañana que la llevase a los viñedos de su familia. Tenía organizado ir con Eva a los viñedos aquel fin de semana.

No te preocupes, a las ocho en punto te dejaré en libertad. Bromeó.

Comieron juntos, fueron a tomar café a una terraza en la que estuvieron muy a gusto. Charlaron sobre la infancia de cada uno y sus vidas. Eva cada vez se sentía más relajada junto a Víctor. Le gustaba su compañía, que siempre estuviese pendiente de ella, y sobre todo que cada vez que lo mirase él le respondiese con aquel brillo tan especial en los ojos y la bonita sonrisa de su rostro que hacía que se derritiese. No solo era un tío guapo, era el mejor que había conocido jamás, y estaba dispuesta a no dejarlo escapar.

Sentados en el cine, mientras esperaban el comienzo de la película, Eva lo miró y se armó de valor.

—Gracias por tu paciencia. Creo que estoy preparada para volver a creer —confesó aferrada a su mano con fuerza. Le mostró una sonrisa tímida cuando él la miró.

Víctor no esperaba aquella confesión, si bien no le decía que lo amaba, para él resultó lo mismo. Le asaltó la boca y la besó con ganas, sin importarle estar rodeados de gente.

—No te arrepentirás —le susurró en el oído.

Eva lo miró y suspiró. Dormir dos noches junto a él le había devuelto la confianza que le faltaba al lado de un hombre. Víctor le había demostrado que le importaba ella, no su cuerpo. El mimo y la delicadeza con la que la trataba la hacía sentirse única y especial. Se prometió

devolverle todo lo que le había dado sin él ser consciente de ello. Se sentía una mujer nueva y era gracias a Víctor Ferrer.

Cuando Víctor dejó a Eva en la puerta del edificio de su hermana, se despidió de ella hasta la mañana siguiente, quedaron en pasar el fin de semana en los viñedos de la familia de él. En un principio Eva fue reticente a pasar la noche allí, pero finalmente Víctor la convenció. Le explicó que el lugar era enorme y sobraban habitaciones y espacio, además harían muy feliz a la pequeña Daniela con su visita. Esto último fue lo que le hizo decidirse por completo. Víctor ya la conocía bien y sabía que amaba a los niños, haría cualquier cosa por ellos.

Aquella noche, después de las pequeñas gemelas caer rendidas en la cama, Eva llamó a Virginia. Necesitaba contarle todo lo que le estaba sucediendo entre ella y Víctor. Con Elena apenas tuvo tiempo de hablar del tema, apenas llegó a su casa Carolina y Eva se apoderaron de su tía y la llevaron al cuarto para jugar con todo lo que tenían preparado.

En el salón, con la luz medio encendida, hablaba con Virginia. Sabía que Martín y Elena llegarían entrada la noche, y las niñas cuando cogían el sueño, no las despertaba nada.

—¿Te vas con él a pasar el fin de semana? —preguntó Virginia, sorprendida. Eva le había relatado todo lo sucedido con Víctor, con ella y con Elena no tenía secretos. Ambas eran conocedoras de sus miedos y límites tras el accidente. En más de una ocasión intentaron ayudarla, pero Eva se empeñaba en ponerse barreras que no conseguía traspasar.

—Vamos a casa de su madre. Va a enseñarme el negocio familiar. No me voy con él sola.

—¡Vas a conocer a tu suegra! Este Víctor sí que va rápido, pero me encanta para ti.

Eva no lo había pensado desde aquella perspectiva, cómo la iba a presentar Víctor. Ni siquiera habían definido su relación.

—Voy de invitada, quizás me presente como a una amiga. No lo sé. Lo cierto, es que no lo hablamos.

—Disfruta del momento y de todo lo que ese hombre te hace sentir. Te lo mereces. A tu vuelta quiero que prepares una comida y me lo presentes. —Virginia solo lo recordaba de pasada, la noche de la discoteca.

—Víctor es especial.

—Me alegro de que por fin lo hayas encontrado. Te aseguro que no te dejaré escapar. Tiene pinta de saber enamorar muy bien a una mujer.

—Se las sabe arreglar —comentó con una sonrisa boba, mientras recordaba todas las cosas por las que habían pasado desde que se conocieron.

—Has caído. Estás enamorada hasta la médula de él, aunque no lo digas en voz alta. —Virginia la conocía bien, sin mirarla a los ojos, con solo escuchar la felicidad que emanaba su voz, supo que pasaba por el mejor momento de su vida.

—Por ahora es un secreto que solo mi corazón y yo sabemos.

—Pues no tardes en decírselo, ni en irte a la cama con él —le aconsejó—. Hombres como Víctor Ferrer ya no quedan y a ti te ha tocado la lotería. Yo que tú, comenzaría a disfrutar del premio.

Eva sonrió. Virginia era más decidida en las relaciones. A pesar de llevar demasiado tiempo enamorada de un hombre para el que era invisible, disfrutaba de la vida. Hacía años que no tenía una relación estable, pero no era una monja como Eva. Le gustaba disfrutar, salir y vivir la vida.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, fue Eva quién sorprendió a Víctor, no habían quedado en una hora en concreto para marcharse a los viñedos. A las nueve de la mañana tocó a su puerta y traía churros para desayunar.

Víctor salía de la ducha, envuelto en un albornoz blanco, cuando fue a abrir. Al verla frente suya, con aquel aire tan juvenil, se le cortó la respiración. En vaqueros, con unas zapatillas de deporte y el pelo recogido en una coleta alta, le pareció la mujer más apetecible.

—Buenos días, desayuno a domicilio, señor Ferrer. —Eva se mostraba sonriente y de buen humor.

En un impulso, Víctor la arrastró hacia él y la abrazó.

—Déjame saludarte como te mereces. —La besó como llevaba deseándolo toda la noche.

Eva se perdió en sus labios y sus brazos. Fue Víctor quien interrumpió el beso, cerró la puerta y la llevó dentro, la volvió a besar y la sintió más suya que nunca.

—Si sigo besándote, te aseguro que lo más lejos que vamos a ir hoy es a mi cama. Y no es el plan. Dejémoslo para la vuelta —propuso. Necesitaba aquel fin de semana en familia y relax con Eva para que terminase de confiar en él por completo. No la deseaba insegura ni con miedos, la quería decidida y convencida de estar con él en todos los sentidos.

Desayunaron y luego tomaron rumbo a los viñedos de la familia de Víctor. Se encontraban en Badajoz y tenían unas horas de carretera por delante.

Mientras Víctor conducía, Eva lo observaba de vez en cuando en silencio. A él no le pasó desapercibido el nerviosismo que mostraba. Para tranquilizarla, le tomó una mano, se la acarició y la llevó hasta sus labios. Depositó un beso en sus nudillos y le transmitió seguridad.

—No me voy a apartar de tu lado en todo el fin de semana.

Eva solo le devolvió una sonrisa tímida, no se atrevió a decirle que eso era precisamente lo que le causaba más intranquilidad. Estar junto a él y rodeada de su familia le pareció una auténtica locura que no debió haber aceptado, pero ya no había marcha atrás.

—Aquí comienza la finca de mi familia —indicó Víctor cuando se apartaron de la carretera principal y entraron en un camino de tierra.

Con la cabeza pegada al cristal tintado del vehículo, Eva observó todo el paisaje. El trayecto en coche se prolongó durante más de quince minutos. Al final del camino, Eva divisó una entrada con un gran arco en el que estaba grabado “*Viñedos Garza*”. Luego, una enorme casa, con toda la fachada de piedra, llamó su atención. Tenía dos plantas y calculó que por dentro debía de tener como mínimo diez habitaciones.

—En la parte de detrás hay una piscina, pista de tenis y una zona para hacer barbacoa.

—Vaya, es impresionante. —No esperaba una gran mansión llena de lujos.

—También tenemos caballos. El establo está a la derecha de la casa, por aquel camino —le indicó con la mano una vez que estacionaron delante de las escaleras que llevaban hasta la entrada

de la mansión.

—Esto es maravilloso. Aquí se debe de vivir muy bien, lejos de la contaminación, el ruido y el estrés de Madrid.

—Sí, para pasar unos días o una temporada está bien, pero no me veo viviendo aquí como lo hizo mi abuelo siempre.

—Eres un hombre de mundo.

—Era un hombre al que le gustaba moverse en la gran ciudad, ahora tengo muy claro lo que quiero. —La miró con tal intensidad que Eva sintió cómo sus mejillas ardían.

Víctor desvió la mirada y vio que su madre y su sobrina venían de camino para recibirlos. Con agilidad, se bajó del coche, fue hasta el lado de Eva y la tomó de la mano, con fuerza, para sorpresa de ella. Dieron unos pasos, juntos, y se encontraron con Gloria y Daniela al pie de la escalera.

—Preciosa, mira quién ha venido a verte. —Víctor cogió a su sobrina de los brazos de su madre, la besó y la niña se agarró a su cuello—. Mamá, te presento a Eva Quiroga.

Gloria desconocía que su hijo tuviese pareja formal, pero le bastó ver cómo Víctor miraba a aquella mujer para saber que estaba loco por ella.

—Hola, hija. Soy Gloria. —Le dio dos afectuosos besos y le mostró una sonrisa encantadora.

—Un gusto conocerla. Es usted muy guapa, y joven.

La madre de Víctor tenía el cabello rojizo y rizado, cortado a la altura del hombro. Era delgada y tenía los mismos ojos de su hijo. No tenía pinta de abuela.

—Tú sí que eres muy guapa. Víctor me ha hablado mucho de ti. —Eva lo miró con desconcierto. Desconocía aquella información.

Para aplacarla, Víctor le brindó a Daniela. Eva la recibió en sus brazos y le dio un beso. Para sorpresa de su abuela y de su tío, la niña le correspondió con entusiasmo, como si la conociese de toda la vida.

En los ojos de Gloria, Eva pudo apreciar la emoción que sintió al ver el gesto.

—Te quiere, desde que llegó no nos ha besado a ninguno, solo nos da abrazos —reveló Gloria, emocionada.

—Eva tiene un don especial para los niños, se maneja bien con ellos. Tiene dos sobrinas, gemelas, de cinco años. Me consta que la adoran.

—No quiero imaginar lo que deben de ser dos niñas de la misma edad e iguales, a su edad comenzaran con las travesuras de intercambiarse—comentó Gloria.

—Tienen en quién inspirarse, su madre y su tía lo hacen y ya son mayorcitas —murmuró Víctor mientras subían las escaleras para entrar a la casa. Gloria los miró sin entender muy bien el comentario—. Eva, dile a mi madre que tienes una gemela. No vaya a ser que te confunda algún día con Elena como lo hice yo.

—¿¡Cómo?! Eso no me lo has contado. —En los días que Víctor pasó en casa de su madre le habló de Eva, su vecina y nueva jefa, pero no le contó aquella parte—. ¿Qué pasó? —preguntó interesada en la historia.

—Ya te lo contaremos con calma, seguro que lo encuentras muy divertido, madre —aventuró con una sonrisa.

Eva, centrada en Daniela en sus brazos, solo le dirigió una sonrisa tímida a Gloria, que captó la gran complicidad que existía entre la pareja.

—Papá, ya ha llegado Víctor —anunció Gloria, alzando la voz, nada más entraron en la casa.

—Abuelo, ¿cómo te encuentras hoy? —Víctor fue hasta el sillón donde estaba sentado, cerca de la chimenea, con una manta de cuadros sobre las piernas y su bastón al lado, le dio dos besos.

—Mejor, hijo. Ya pasó ese resfriado que casi termina conmigo.

—Tú eres fuerte como un roble. Te presento a Eva Quiroga, la nieta de Sebastián.

Gloria cogió a su nieta de los brazos de Eva, para que esta estuviese más cómoda. Eva se acercó a Anselmo y le dio dos cariñosos besos.

—Disculpa que no me levante, pero tengo la maldita ciática y me tiene casi postrado.

—No se preocupe. Víctor me ha hablado mucho de su abuelo, tenía ganas de conocerlo. —Lo observó con una sonrisa cálida, aquel hombre transmitía ternura con solo mirarlo. Tenía los mismos ojos que su nieto.

—Y yo a ti. Eres muy guapa.

—Gracias.

—Y tu abuelo, ¿qué tal está? Llevo años sin verlo. Desde que se volvió a casar no quiere saber nada de los amigos de toda la vida —comentó animado.

—Creo que no te he dicho —Víctor se dirigió a Eva—, que nuestros abuelos son viejos conocidos.

—Oh, no lo sabía. La verdad, es que no se volvió a casar, él y mi abuela se reencontraron de nuevo —explicó a Anselmo.

—No sabes cuánto me alegro. La última vez que hablé con él por teléfono me dijo que estaba feliz con sus dos nietas y con el hecho de que una de ellas se hubiese casado con Martín.

—Sí, Elena.

—Su gemela —apostilló Víctor.

—No lo sabía —comentó Anselmo asombrado—. Dos mujeres iguales. ¡Qué afortunados sois Martín y tú! —Se la quedó mirando, sonriente.

Tras el comentario, Eva se sintió un poco incómoda. No sabía en calidad de qué la había llevado Víctor a su casa, no lo habían hablado, pero apreciaba que la madre y el abuelo de Víctor daban por hecho que eran pareja.

—Cuando conocí a Eva no sabía de la existencia de dos mujeres iguales. Envidié a Martín Quiroga por tener a una mujer como ella. —La miró de una forma tan intensa que Eva sintió mil mariposas en el estómago—. Pasado algún tiempo, descubrí que eran iguales y que Eva había jugado conmigo, pero sin mala intención —lo comentó risueño, con un toque de humor. La tomó por la cintura en actitud cariñosa, y le dio un beso en el cabello.

—Hacéis una bonita pareja. —La voz de Anselmo resonó mientras los miraba embobado.

Gloria sintió la incomodidad del momento en el rostro de Eva.

—Eva, cariño, ¿vienes conmigo y con Daniela y te enseñamos el resto de la casa y tu habitación?

Daniela le extendió la mano a Eva. Se la tomó de inmediato y aceptó la propuesta de la madre de Víctor. Él no las acompañó. Se sentó en el sillón vacío, al lado de su abuelo, y contempló las llamas de la chimenea mientras acariciaba a Dorian, el perro de su abuelo era mayor y casi siempre estaba recostado en sus pies.

—Me da la impresión de que por fin has conocido a la mujer de tu vida —comentó Anselmo—. Ella no es como las demás —apreció con sinceridad.

—No lo es —afirmó contundente—. Fue verla y saber que la quería para mí. Siempre me dijiste que cuando llegase la mujer ideal la reconocería nada más verla, yo nunca lo creí, pero te aseguro que lo supe al cruzar la primera mirada con ella.

—Brindemos entonces, ve por la mejor botella, la ocasión lo merece. —Víctor se levantó, fue a un mueble cercano y echó dos copas de vino.

—Salud. —Brindó Anselmo—. Ponte las pilas con ella, querido nieto. A este viejo no le queda

mucho y no quiero marcharme sin ver a tus hijos correr por esta casa y estas tierras.

Víctor asintió con una sonrisa. Casarse con Eva y formar una familia era su propósito más inmediato.

Aquella noche, en la cena familiar, Eva conoció a Félix, el marido de Gloria. Le pareció una persona educada, pero seca y poco cercana. Estuvo casi todo el tiempo en silencio. Se retiró pronto a su habitación tras alegar que estaba muy cansado. Él supervisaba el trabajo de los hombres en el campo y aquel día, al faltar unos cuantos de jornaleros tuvo que hacer más trabajo del habitual.

Aquella noche, Eva y Víctor durmieron en habitaciones separadas. Él no quería abrumarla, deseaba darle su espacio, que se acostumbrase a aceptarlo poco a poco. Tras dejarla en su cuarto, se despidió de ella con un beso en el pasillo. Luego, como no tenía sueño, bajó de nuevo a la planta baja y se echó una copa. Su abuelo ya se había ido a la cama, pero su madre aún deambulaba por la casa. Había ido a ver cómo estaba Daniela y se encontró con su hijo por el pasillo, decidió hacerle compañía y tomar una copa con él.

—Estás enamorado de ella. Solo hay que ver cómo la miras —apreció Gloria mientras miraba a su hijo.

Sentado a su derecha, en el sillón del abuelo, con una copa de licor en la mano, asintió ante las palabras de su madre.

—Sí.

—Me gusta para ti, no la dejes marchar —manifestó con orgullo.

—Es la intención. Hacerla mi mujer —confesó sin miedos—. Vamos poco a poco. Eva es diferente.

—Salta a la vista. Por esa misma razón no la alojé en tu habitación.

Víctor le sonrió a su madre, siempre la consideró una mujer muy sabia.

Al día siguiente, Víctor llevó a Eva a recorrer los viñedos. Le enseñó las tierras y cómo elaboraban el vino. Fue una mañana de lo más productiva. Le encantó todo lo que aprendió, un mundo totalmente desconocido para ella y que le resultó fascinante. Descubrió que Víctor sabía muchísimo sobre el negocio, le explicó todo al detalle, desde la plantación de la vid hasta el proceso de embotellado.

Por otro lado, le gustó conocer al Víctor informal, con botas de campo, vaqueros y moviéndose en un ambiente muy diferente donde que lo conocía.

—Me gusta mucho sin traje de chaqueta, señor Ferrer —lo admiró de arriba abajo, acababan de bajarse del todoterreno en la parte trasera de la casa.

Víctor fue hasta ella, la abrazó y la besó.

—Los vaqueros le quedan de muerte, jefa. Me ponen más que esas faldas y vestidos de ejecutiva que sueles usar —le confesó mientras la retenía en sus brazos y le besaba el cuello.

Víctor volvió a besarla y se demoró en ello.

—Tengo que recordarte que tu madre nos espera, y ya vamos tarde —lo interrumpió Eva.

Él gruñó sobre sus labios, se separó a duras penas, suspiró, la tomó de la mano y se encaminaron hacia la casa.

Desde la ventana de la cocina, mientras terminaba de hacer una ensalada, Gloria vio cómo su hijo y Eva se prodigaban besos y arrumacos. Sonrió y dio gracias al cielo porque Víctor hubiese encontrado a alguien como ella. Últimamente en su familia solo había malas noticias, ya era hora de que llegase un poco de felicidad.

En la gran mesa de la cocina, almorzaron unas migas estupendas. El abuelo de Víctor no paraba

de decir que eran su especialidad. Félix, el marido de Gloria, no los pudo acompañar. Tuvo que salir de viaje de forma inesperada. Daniela, sentada a la mesa, sonrió y le gustó que Eva la ayudase con la comida. La visita de su tío y Eva aquel fin de semana le había caído muy bien. Estaba más integrada con los mayores, sonreía más y no paró de jugar con ellos. La pena que Gloria llevaba por dentro era que seguía sin decir ni una sola palabra.

La tarde pasó muy deprisa, junto con Daniela, Víctor le enseñó a Eva los maravillosos caballos que tenían. Montaron a la niña en un poni y pasearon con ella. Cansada de un ajetreado día, Daniela cayó rendida en la cama antes de las nueve de la noche. Entre su abuela y Eva se encargaron de bañarla y de que comiese algo antes de dormir.

Después de la cena, Eva estaba agotada. Se retiró a su habitación, necesitaba una ducha y tumbarse en la cama. Víctor, Gloria y Anselmo se quedaron un poco más en el salón.

Cuando Eva estaba por meterse en la cama, la puerta de su cuarto se abrió con cuidado. Alarmada, descubrió que era Víctor. Le mostraba una sonrisa de niño travieso en sus labios. Se metió ambas manos en los bolsillos del pantalón y se acercó a ella mientras caminaba con paso lento.

—No podía irme a la cama sin darte las buenas noches como deseo. —Sus ojos tenían un brillo especial y el susurro de su voz consiguió ponerle el vello de punta a Eva.

Se acercó más a ella, la tomó por la cintura, la miró risueño, como un niño cuando está a punto de cometer una travesura, y la besó. Se tomó la libertad de profundizar aquel beso y demostrarle todo lo que le podía hacer sentir. Necesitaba que Eva confiase en él por completo.

Por su parte, ella se dejó llevar. Entrelazó sus manos detrás de la nuca de Víctor, se puso de puntillas para tener mejor acceso a su boca y se entregó por completo a todos los sentimientos que ese hombre despertaba en ella cuando lo tenía así de cerca.

Con maestría y mucho tacto, Víctor introdujo las manos dentro de la camiseta de pijama que llevaba Eva. Le agradó comprobar que no tenía nada más debajo. Le acarició los pechos y le rodeó la cintura con ambas manos. Se atrevió a rozar la cicatriz de su espalda, pero lo hizo con tal mimo que ella no se apartó, todo lo contrario, se entregó más a él.

Decidido como nunca antes, Víctor paseó sus dedos por la columna de Eva mientras la besaba, le recorrió el cuello con besos húmedos mientras le susurraba sin descanso que la amaba.

El ambiente entre ambos estaba más que encendido, ambos deseaban lo mismo en aquellos instantes. Eva, a través de los pantalones de Víctor pudo sentir su abultado deseo.

—Estamos en casa de tu madre —murmuró, presa de la pasión, sobre sus labios. Sentía que no podía parar aquello. Deseaba a Víctor como nunca había deseado a otro hombre. Si ella no tenía las fuerzas ni el juicio de parar aquello, se lo suplicaba a él.

—Y qué importa. Esta casa es muy grande. Ella duerme al otro lado del pasillo, y mi abuelo en la planta baja. —Víctor estaba decidido, la deseaba con todas sus fuerzas y la tenía entre sus brazos más entregada que nunca.

Dieron unos pasos juntos, sin dejar de besarse ni acariciarse, hasta que sus piernas toparon con la cama y cayeron en ella.

Eva se sentía perdida, no podía parar aquello.

—Que vayamos a hacerlo por primera vez en casa de tu madre, como dos adolescentes... —murmuró sobre sus labios, sonriente y decidida.

—Mañana lo repetiremos en tu casa o en la mía. Te dejaré gritar todo lo que quieras, hoy debemos hacerlo en silencio —le advirtió con una mirada traviesa.

Eva suspiró, Víctor volvió a besarla mientras le acariciaba los pechos desnudos. Ella comenzó a subirle la camiseta para deshacerse de ella. De repente, cuando se incorporó un poco para

sacársela por la cabeza vio que la puerta estaba abierta, había luz en el pasillo y Daniela estaba ahí, casi al lado de ellos, mirándolos con su peluche agarrado entre las manos. No se habían dado cuenta de que había entrado.

De golpe, Eva apartó a Víctor de su lado, se incorporó de la cama y fue hasta la niña mientras se colocaba bien la camiseta, para tapar su desnudez.

—¿Qué te ocurre, preciosa? ¿No puedes dormir? —le preguntó agachada a su lado, tratando de comprenderla.

Daniela no dijo nada, soltó el peluche y se abrazó a ella, que la recibió de inmediato en sus brazos y sintió cómo temblaba.

Víctor estaba sentado en la cama, intentando recomponerse de la interrupción. Miraba a ambas mientras se revolvía el pelo.

Eva llevó a Daniela hasta la cama, se sentó con ella en sus brazos. Víctor intentó coger a la niña, pero no la quiso deshacer de la protección que sentía con Eva.

Ambos se miraron sin saber qué hacer o cómo actuar en esos momentos con Daniela. Era complicado.

—¿Quieres dormir conmigo? —le preguntó Eva mientras le apartaba el pelo de la cara.

La niña asintió de inmediato y se abrazó más fuerte a ella.

Víctor suspiró y se llevó de nuevo las manos a la cabeza y se la masajeó. Miró a Eva y la vio con una sonrisa en los labios. Su noche de pasión había tocado a su fin.

—Esta era la habitación de su madre —explicó Víctor a Eva mientras le acariciaba el pelo a su sobrina—. Supongo que se despertó asustada y vino aquí.

—Pobre Daniela, es tan pequeña... —La estrechó más fuerte contra su pecho, le dio un beso en la mejilla y miró a Víctor transmitiéndole que sobraba.

—Me voy a mi cama, ¡qué remedio! —lamentó un poco crispado.

—Lo siento, lo deseaba de verdad después de mucho tiempo —confesó Eva con sinceridad.

Víctor asintió maldiciendo la situación.

—Buenas noches. Ni me acerco a darte un beso porque te juro que no podría separarme de ti. Dios, qué oportuna ha sido Daniela.

—Podría haber llegado en un momento más comprometido aún. —Lo miró mientras se mordía el labio.

—Debí haber cerrado la puerta con llave. Ahora ella estaría en la cama de mi madre y yo en la tuya.

Se despidió lanzándole un beso con la mano. Eva lo sintió real. Luego, se acomodó en la cama con la pequeña hasta que ambas cogieron el sueño.

Capítulo 12

De vuelta a casa, en la intimidad del coche que los llevaría hasta Madrid, Víctor agradeció no estar más rodeado de gente.

Había adelantado la salida de casa de su madre antes del mediodía. Necesitaba a Eva sola para él, no compartirla con el resto de su familia.

—¿Impaciente? —preguntó Eva nada más que Víctor arrancó el coche y se alejaron de la casa de su madre.

—Mucho, llámame egoísta, pero te necesito solo para mí. Anoche mi sobrina te robó de mis brazos y no estaba dispuesto a permitirlo durante más horas.

Cuando Víctor se levantó y vio que Daniela desayunaba aferrada a Eva, supo de inmediato que tenía que poner tierra de por medio. Tenía pensado marcharse de la finca después de la sobremesa, pero adelantó los planes. Mintió y le dijo a su madre que tenía que estar en Madrid cuanto antes.

—Te has levantado un poco gruñón, creo que no has dormido muy bien —bromeó Eva con una sonrisa. Podía ver en sus ojos el deseo más puro por ella.

—Cierta incomodidad me lo impidió, pero tranquila, pronto le pondremos remedio. Creo que eres consciente de lo que anoche dejamos a medias, ¿dónde lo continuamos, en tu casa o la mía? —preguntó con un brillo especial en sus ojos grises.

—La mía —contestó Eva de inmediato. Sus ojos también desprendían fuego. Lo deseaba con todo su ser.

Antes de bajar del coche, ya aparcado en la plaza de garaje del edificio, Víctor la besó con intensidad, era una promesa de lo que vendría después.

Subieron en el ascensor entre besos y arrumacos, el ambiente entre ambos estaba más que caldeado. Cuando llegaron ante la puerta de Eva, ella miró hacia la de Víctor.

—¿Necesitas algo de tu casa?

—Nada. Todo lo que deseo eres tú, desnuda y completamente a mi merced. —La besó, se perdieron en sus bocas mientras apoyaba a Eva contra la pared y le recorría el cuerpo con sus manos, tomándose su tiempo.

—Será mejor que entremos. —Eva comenzó a buscar las llaves dentro del bolso.

—Te aseguro que tu vecino no se va a escandalizar por lo que vea aquí fuera —comentó abrazándola por detrás mientras sacaba las llaves.

Hizo que se le cayesen al suelo, Eva lo reprendió con una mirada y él la besó sin importarle nada, demorándose de nuevo en besarla.

De repente, un carraspeo de garganta los alertó. No estaban solos. Se separaron de inmediato y se quedaron con la vista clavada a la sofisticada mujer que tenían delante, que comenzó a aplaudir para sorpresa de ambos.

—Vaya, vaya. Cruzo el Atlántico para ver a mi pareja y darle la feliz noticia de que vamos a ser padres y me encuentro con esto. Víctor, creo que me debes una explicación. —Los ojos de la

mujer echaban chispas.

Él miró a Dana sin creer que realmente estuviese allí. Mientras, Eva creía que se mareaba. Observaba a aquella mujer y rezaba al mismo tiempo para que todo formase parte de una broma de mal gusto.

—Dana... —pronunció Víctor con los dientes y los puños apretados.

Cuando Eva comprobó que la conocía y no desmentía lo que había dicho, admitió que ella sobraba en aquella escena. Introdujo las llaves en la cerradura y abrió la puerta con manos temblorosas.

—Yo aquí estoy demás. —Miró a Víctor con la decepción reflejada en sus ojos y le cerró de golpe en la cara cuando él intentó ir tras ella.

—¡Eva! —Aporreó la puerta con los puños—. Déjame que te lo explique —gritó con la voz desgarrada.

—Creo que la explicación me la debes a mí. —La voz estridente de Dana hizo que reparase en ella—. ¿Te has liado con tu vecina? —preguntó con las manos en la cintura, enfadada, exigiéndole una explicación.

Dana conocía aquella casa de Víctor, habían viajado juntos en un par de ocasiones a aquel lugar.

Contrariado y enfurecido como nunca antes, Víctor miró de mala forma a Dana, allí parada con dos grandes maletas, un vestido muy poco apropiado para viajar y sus zapatos de tacón de vértigo. Comenzó a abrir la puerta de su casa y ella lo siguió cargando con las maletas y el bolso.

—Podrías echarme una mano. Soy una mujer embarazada. No debo hacer esfuerzos —le recriminó, pero Víctor hizo oídos sordos.

Se adentró en el salón de su casa, tiró las llaves de malas formas sobre la mesa, se sentó en el sofá y trató de calmarse mientras se masajeara la cabeza.

—¿Qué coño haces aquí, Dana? —exigió con los dientes apretados—. Explícame qué ha sido eso de decir que eres mi pareja y estás embarazada —gruñó, desafiante, luego dio un sonoro golpe sobre la mesa, incapaz de controlarse—. Entre nosotros todo quedó muy claro cuando me vine de Nueva York.

Ella se sobresaltó, lo conocía bien cuando se cabreaba, y sabía que había llegado al límite de Víctor Ferrer.

—¿No me has oído? Estoy embarazada, ¿así es como recibes la noticia? He querido dártela en persona. —Con coquetería y fingida decepción, se sentó a su lado y trató de acariciarlo.

—No has elegido un momento muy acertado. ¿Me puedes explicar qué coño es eso de que estás embarazada? —Volvió a preguntar. Necesitaba oír que era una broma de mal gusto—. Siempre tuvimos muy claro que no queríamos hijos. Además, nosotros no somos nada, rompimos cuando yo decidí quedarme en España, ¿no lo recuerdas? —Estaba furioso.

Se levantó con ímpetu y comenzó a caminar por el salón de la casa como un león enjaulado. Nunca se había sentido tan acorralado.

—Hace tres meses que lo dejamos. Sí, tienes razón. Pero debes admitir que lo hicimos por teléfono, las nuevas circunstancias nos obligaron a ello. Yo no estaba dispuesta a mudarme aquí ni tú a regresar por un largo tiempo, pero he descubierto que estoy embarazada. Decidí venir a comunicarte la noticia y ver si nos dábamos otra oportunidad. Este hijo lo merece, Víctor. Sé que no lo buscamos, pero ha llegado. El destino lo ha puesto en nuestro camino. —La observó llevarse la mano al vientre, masajearlo y se le revolvió el estómago. No estaba preparado para tener un hijo con Dana.

Había compartido seis años de su vida con aquella mujer. Tuvieron una relación cómoda para

ambos, compartían los mismos intereses, trabajaban juntos y tenían un círculo de amigos muy selectos en los que encajaban bien. Nunca tenían tiempo de aburrirse como pareja, siempre había un acto, una inauguración o una comida a la que acudir. Era un mundo que a Dana le fascinaba, pero Víctor ya estaba cansado. Ahora, teniéndola frente a él comprendía que nunca la había amado de verdad. La conoció cuando llegó a Nueva York y ella le abrió muchas puertas, tras años de amistad se hicieron pareja, pero tenía que admitir que nunca se había enamorado de verdad hasta que conoció a Eva Quiroga.

—¿Con qué propósito has venido? —La conocía muy bien. Dana era una mujer que tenía toda su vida calculada al milímetro. No le gustaba dejar nada al azar.

—Por mi parte deseo que nos demos otra oportunidad, regrese conmigo a Nueva York, sigamos con nuestras vidas como antes y le demos a este hijo un hogar, con sus padres juntos.

—¿Y si no acepto? —Quería ver hasta donde llegaba—. Sabes que en mis planes no está volver. Tengo muchos asuntos pendientes aquí que requieren de mi presencia.

—Lo sé, lo sé. —Le quitó importancia con un gesto de la mano—. Pero ahora vas a tener un hijo, debes replantearte todo.

—No has contestado a mi pregunta —la instó a ello, parado enfrente, en actitud amenazante.

—España no es para mí. No voy a dejar mi trabajo ni Nueva York, y mi hijo estará donde esté su madre. Tienes en tus manos que nuestro bebé se críe en un hogar con sus padres juntos o que vivas en otro continente y te vea una vez al año.

—¿Me estás dando un ultimátum? —La miró desafiante—. Tú mejor que nadie sabes que esto no va conmigo —le advirtió.

—Podemos arreglarlo, Víctor. —Trató de aplacarlo—. Hemos tenido una relación de seis años, nos conocemos bien. Llevamos tres meses separados, en los que siempre albergué la posibilidad de que volviésemos, no te lo voy a negar.

—¿El hecho de que no hayamos hablado en esos meses no te hizo desistir de esa posibilidad? —preguntó en tono burlón. No se creía el papel que estaba representando. Dana no hacía nada si no tenía un claro interés en ello.

—Estoy ilusionada y feliz con este bebé, por favor, ¿es que tú no sientes nada? —le reprochó cambiando de tema. Sabía que a Víctor solo se le podía ganar por el lado humano de los sentimientos, era un gran negociador, y cuando ejercía de tal se colocaba una coraza que no dejaba traspasar nada. Intentaba llegar a él antes de que se la colocase.

—Disculpa si no me he puesto a dar botes de alegría al recibir la noticia —comentó mordaz—. Tengo que asimilarlo. Ahora, que ya me has dado la buena nueva, te agradecería que me dejases solo.

Clavó la vista en ella y luego en sus maletas, estaban cerca de la puerta.

—¿Me estás echando de esta casa? —Lo miró escandalizada, con la mano en el pecho.

—Esta casa es mía, Dana —le recordó de forma indiferente—. Te ruego que te marches a un hotel.

—¡No puedo creerlo! —gritó fuera de sí, no se esperaba que la echase—. ¿Te estorbo en esta casa para tus líos con la vecinita? —preguntó de forma hiriente.

—No metas a Eva en esto —le advirtió serio.

—¿Ha sido ella quién te ha secado las lágrimas por tu padre y tu hermana y luego se ha metido en tu cama? —le gritó fuera de sí, que la echase de su casa la había descolocado. No lo esperaba.

—Vete antes de que te saque yo mismo. No sé cómo pude estar tanto años a tu lado, hasta ahora no te veo como realmente eres, mezquina y manipuladora.

Ofendida, cogió el bolso y las maletas, dispuesta a marcharse.

—Me pedirás perdón por esto. Soy la madre de tu hijo y me estás echando a la calle —le reprochó dolida.

—Tienes dinero suficiente para pagarte un buen hotel, donde seguro te podrán atender como te gusta.

—Tienes mi número, estaré unos días en Madrid, espero que reflexiones y hablemos con calma.

Enfurecida, cerró la puerta. No dio un portazo como le hubiese gustado, ello alertaría a su vecina, y le convenía que pensase que estaba ahí con Víctor. Había venido decidida a recuperarlo y pensaba jugar todas sus cartas.

Al cabo del rato de marcharse Dana, Víctor tocó a la puerta de Eva, necesitaba hablar con ella, darle una explicación, pero no le abrió por más que le rogó, entre gritos desesperados, que lo hiciese.

Tumbada en la cama, con el corazón roto y llorando como no recordaba haberlo hecho nunca, Eva maldecía el día en el que se cruzó con Víctor y se dio la oportunidad de volver a creer. Había jugado con ella, no le había contado que tenía una pareja, si bien era cierto que ella nunca le preguntó, lo dio por hecho. Nunca advirtió indicios de que estuviese comprometido.

Arrepentida, dolida y abatida, apagó el teléfono. Víctor había optado por dejar de aporrear la puerta y llamarla por teléfono, no quería hablar con él, no quería más mentiras. Él, al igual que Diego años atrás, había jugado con ella sin remordimiento alguno.

Cansado, sin saber cómo hacer para que Eva lo escuchase, se recostó en el sofá de su casa, se echó una copa y lamentó todo lo que tenía encima en esos momentos. Sufría por Eva, no se merecía aquello y lo peor de todo era que no sabía cómo arreglarlo. Dana le iba a dar un hijo, su vida se había hundido en un momento y no tenía ni idea de cómo sacarla a flote.

Víctor no se marchó a la cama en toda la noche, estuvo pendiente por si oía la puerta de Eva, no iba a dejar que se le escapase.

Casi al mediodía aún no había escuchado que saliese, decidió llamar de nuevo a su puerta, pero no le abrió. Tenía el teléfono apagado, no quería dejarle ningún mensaje, quería hablar con ella, mirarla a los ojos y que lo creyese. Decidido, bajó y le pidió al portero que lo conocía desde hacía años, la llave del piso de Eva. El hombre, en un principio fue reticente a dársela, pero Víctor lo convenció. Le dijo que sospechaba que la señorita Quiroga se encontraba mal y quizás necesitase ayuda.

Cuando entró en casa de Eva, encontró el salón vacío, fue a su habitación y la cama estaba hecha, no se encontraba en el baño, en la terraza ni en las demás estancias de la casa. Se había marchado y no se había dado cuenta. Maldijo haberse quedado un poco traspuesto en mitad de la noche, debió haberse ido a esa hora. Desde las siete de la mañana hacía guardia detrás de su puerta y no escuchó la de ella ni pasos en el pasillo.

Para quedarse tranquilo fue al garaje, el coche de Eva no estaba allí, pidió las cámaras de seguridad y vio que se marchó con dos maletas. No esperaba que se fuese con tanto equipaje, eso lo cambiaba todo. Estaba huyendo de él.

Sintiendo que ya no podía más, Eva decidió alejarse de todo y de todos por un tiempo, necesitaba estar sola, pensar y decidir qué rumbo iba a tomar su vida después de la traición de Víctor. Estaba enamorada de él, por eso dolía tanto. No recordaba haberse sentido así tras la decepción de Diego. En esos momentos sabía que todo era diferente, de Víctor no podría olvidarse jamás. Había llegado hasta un lugar de su corazón que ni ella misma conocía.

Fue en su coche hasta la estación del AVE, no se sentía con fuerzas para conducir tantas horas, ya en el tren, le contó todo a Virginia y le comunicó que iba camino de la casa que su abuelo tenía en la sierra de Huelva, en Aracena. También le escribió un email a su cuñado, le explicaba que estaba un poco estresada y necesitaba desconectar unos días. Le comunicó que se tomaba dos semanas de vacaciones y se ofreció a trabajar desde la distancia si surgía algo importante. No le dijo dónde iba ni con quién, pero sabía que tarde o temprano se enteraría de los motivos de su marcha y dónde estaba.

A sus abuelos los avisó un poco más tarde, cuando cogió el autobús que la llevaría hasta Aracena. A ellos les dio la misma versión que a Martín, necesitaba descansar. El trabajo y la mudanza le habían agotado.

De inmediato, Virginia llamó a Elena y le hizo partícipe de lo que le ocurría a Eva. Si bien su gemela no quería preocuparla debido a su estado de gestación, Virginia supo que en esos difíciles momentos las necesitaba más que nunca.

Ambas arreglaron todo y pusieron rumbo a Aracena, junto a Eva, no pensaban permitir que estuviese allí sola. Si tenía que llorar y lamentarse, que lo hiciese en compañía. Iban dispuestas a secarle las lágrimas y sacarla a flote.

Sin tan siquiera dar los buenos días a la secretaria de Martín Quiroga, ni molestarse en pedir permiso para pasar a su despacho, Víctor entró como alma que se lleva el diablo. Estaba desesperado. Eva no lo cogía el teléfono ni le devolvía las llamadas. Necesitaba saber dónde estaba, hablar con ella y contarle cómo eran las cosas realmente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martín ante la abrupta intromisión.

—¿Dónde está Eva? —No dio rodeos, estaba seguro de que Martín estaría al tanto de lo sucedido. Su cuñada no había ido a trabajar y por su mujer sabría todo.

—Está de vacaciones —respondió de forma relajada, reclinándose en el asiento y mirándolo al detalle. Nunca había visto a Víctor Ferrer tan descolocado y nervioso.

—Necesito hablar con ella —exigió.

—Llámala —contestó impasible.

—No me coge el teléfono. Supongo que, a estas alturas, ya sabes lo que sucede entre ella y yo, es la gemela de tu mujer y dudo que entre hermanas tengan secretos.

Martín se tomó su tiempo para responder. Asintió, se llevó la mano al mentón, pensativo, y sonrió un poco.

—No puedo darte más información. No sé hasta dónde eres culpable o si debo levantarme de esta silla y partirte la cara por jugar con Eva. Tú me dirás. —Le concedió el beneficio de la duda. Con un gesto calmado lo invitó a sentarse y esperó una explicación con paciencia.

Exasperado, Víctor hizo lo que le pedía Martín. De malas formas, se sentó delante de él y lo miró desafiante.

—No he jugado con Eva en ningún momento. La quiero. —A Martín le sorprendió su sinceridad y valentía—. Todo ha sido un mal entendido que le tengo que explicar.

—Hasta donde sé hay una mujer que dice ser tu pareja y está embarazada de ti, ¿qué hay de cierto en todo eso? —preguntó en tono acusatorio.

—Dana y yo rompimos cuando me vine a España, teníamos intereses diferentes. Es cierto que ha llegado para decirme que está esperando un hijo mío, pero nunca engañé a Eva. Dana y yo nunca quisimos niños, debió de ser un descuido —justificó.

—Te creo, solo hay que verte —manifestó Martín sin cambiar la posición relajada desde la que

lo miraba.

—¿Puedo contar contigo? —preguntó casi desesperado.

—No sé qué quieres de mí exactamente.

—Que me digas dónde está Eva. Necesito hablar con ella personalmente.

—Solo sé lo sucedido contigo. Mi mujer me llamó esta mañana contándomelo, pero desconozco el paradero exacto de Eva. Te lo juro por mis hijas. Sé que Elena y Virginia han salido de viaje para ir tras Eva —especificó—, pero no sé cuál es el destino. Todo ha sido muy rápido y Elena me dijo que me llamaría cuando llegase. Estoy tranquilo porque viaja con Virginia.

—¡Llámalas y pregúntales dónde están! —le exigió algo alterado.

—¡No me des órdenes! —contraatacó Martín alzando la voz a la misma vez que se levantaba del sillón—. Estoy de tu parte, pero lo haremos a mi manera. Voy a esperar a que mi mujer me diga dónde se va a reunir con Eva, y luego te lo diré. Traicionaré a mi cuñada y a Elena, pero creo que te mereces el beneficio de la duda.

—Gracias —pronunció más calmado, casi abatido. No había dormido en casi toda la noche y la cabeza le iba a explotar de tanto pensar.

—Lo tienes difícil, tío —murmuró Martín.

—Lo sé. Necesito que me escuche y crea en mí. Nunca jugué con ella, joder. Ha sido y siempre será la mujer más importante que ha pasado por mi vida. Estoy dispuesto a todo.

—Míranos, dos hombres de negocios, enamorados hasta las trancas de dos hermanas gemelas. Te doy un consejo, lo mío con Elena no fue nada fácil, mucho peor que esto que pasáis tú y Eva, créeme que hay esperanzas —le aconsejó poniéndose en su piel.

Ambos hombres se despidieron con un apretón de manos, cómplices y más amigos que nunca.

Virginia y Elena llegaron a Aracena sobre las cuatro de la tarde, ellas hicieron el viaje en el coche de Virginia. Encontraron a Eva en la parte trasera de la gran casa, en el jardín. Estaba sentada en un sofá en el porche, acurrucada en una manta con la vista perdida en el bonito paisaje que tenía delante, pero sus ojos no lo admiraban. Estaban sumidos en la tristeza y desolación que le embargaban. Tenía los restos de una tila en la taza que estaba en la mesa de delante. Cuando Elena y Virginia apreciaron la tristeza que reflejaba su rostro, se alarmaron. Tenía un montón de pañuelos tirados por la mesa y el suelo, sus ojos hinchados delataban que se había hartado de llorar.

Elena abrazó a su hermana por detrás y le dio un beso en la mejilla, sorprendiéndola. Virginia se sentó a su lado y la abrazó, transmitiéndole todo su apoyo. Sintió a Eva temblar y notó que sus manos y su rostro estaban helados.

—Vamos dentro, vas a coger frío.

Entre ambas la ayudaron y la llevaron al salón. La chimenea estaba encendida. En una casa anexa a aquella vivía un matrimonio que se encargaba de tenerla lista y limpia para cuando acudiese alguien de la familia.

—¿Qué hacéis aquí las dos? —preguntó con lágrimas en los ojos, emocionada de verlas—. Las niñas... tú embarazo... y tú, Virginia, el telediario... —Se llevó una mano a la cabeza y lamentó la alteración que había producido en las vidas de ambas.

—En estos momentos nada es más importante que estar aquí, a tu lado —le dijo Elena dándole un beso y abrazándola—. De algo tenía que servir que mi marido fuese el presidente de la cadena. Virginia también se ha tomado unos días de descanso, y yo creo que a mi embarazo le vendrá genial unos días de relax por estas tierras que adoro. Tus sobrinas se han quedado encantadas de pasar unas mini vacaciones en casa de los bisabuelos.

—Os quiero, gracias por estar aquí. Sois las mejores hermanas —manifestó Eva con alivio.

Las tres se abrazaron y estuvieron así, en silencio unos minutos.

—¿Cómo te encuentras? —se atrevió a preguntar Virginia. Su aspecto visible era horrible, pero necesitaba saber cómo estaba su corazón.

—Bien —mintió, para no preocuparlas, pero lo cierto era que nunca se había sentido tan mal.

—Bien jodida, y no precisamente en el buen sentido de la palabra —comentó Virginia de pronto, con esos arranques que tenía cuando estaba cabreada—. Estamos aquí para que te desahogues, no para que nos mientas. Te conocemos bien.

Eva miró a Elena con cara de culpabilidad y se disculpó con ella:

—No te dije nada de todo esto porque tienes mil asuntos, la casa, las niñas, el negocio, tu marido, el embarazo... y lo último que necesitas es un disgusto más.

—Yo se lo conté todo. Hay circunstancias por la que tenemos que pasar juntas y apoyarnos, y esta es una de ellas —resolvió Virginia.

—¿Has hablado con Víctor? —preguntó Elena con cierto temor.

—Me ha llamado infinidad de veces, me ha enviado mensajes rogándome que le coja el teléfono, pero no le he hecho caso. Necesito pensar —argumentó sumida en su propio dolor.

—Yo creo que debes de darle la oportunidad de que se explique, a mí me parece que siempre ha tenido mucho interés en ti, creo que te quiere de verdad —le aconsejó Virginia.

—A mí me queda todo muy claro. Esa mujer va a tener un hijo suyo. Lo nuestro ha terminado. No quiero escuchar mentiras ni que me convenza de ellas —pronunció Eva con rabia.

—Creo que, en estos momentos, todo tan reciente, debes de estar muy confundida, pero date tiempo, quizás mañana o pasado lo veas de diferente manera —comentó Elena.

—Te llevó a casa de su madre y de su abuelo, te presentó a su familia, un tío que juega contigo no hace eso. Yo creo que debes de darle una oportunidad, que se explique —aventuró Virginia.

—Lo que comenzaba entre Víctor y yo ha tocado fin antes de empezar nada. Solo nos hemos besado y ni siquiera teníamos una relación seria, de cara a los demás. Es mejor así. Esa mujer va a tener un hijo suyo y yo no voy a ser un obstáculo.

—Estás enamorada de él —aseguró Elena.

—Sí —admitió mirándola a los ojos—. He sentido y siento cosas por él que nunca me ha despertado otro hombre, pero creo que debo dejarlo marchar. Lo último que necesito es complicarme la vida. Me he preguntado mucho, antes de atreverme a dar el paso, si una relación con Víctor me llevaría a algún lado, y el destino me ha dado la respuesta —lamentó.

Capítulo 13

A media tarde, cuando Víctor comenzaba a subirse por las paredes por no tener noticias de Eva, recibió un mensaje de Martín.

Eva está en Aracena, el pueblo donde se crio mi mujer. Su abuelo tiene una casa allí. Virginia y Elena ya están con ella.

Te aconsejo que no acudas de inmediato a buscarla. Dale unos días, que piense todo bien y pueda ver la situación con claridad cuando se la expongas.

Víctor le agradeció la información a Martín, pero no pensaba hacerle caso. Al día siguiente saldría a primera hora rumbo a Aracena. No iba a permitir que Eva sufriese ni un solo minuto más.

Aquella noche, a altas horas de la madrugada, Víctor ya no podía más. Si Eva no le cogía el teléfono como le había rogado en los mil mensajes que le dejó, decidió escribirle un email. No podía esperar más tiempo para manifestarle sus explicaciones y disculpas. Lo haría de nuevo al día siguiente en persona, pero si Eva se dignaba a leer el email y conseguía tocarle el corazón, cabía la posibilidad de que cuando llegase a su lado tuviese el camino un poco más allanado.

Casi al alba, Eva se despertó, ya no podía estar más en la cama, cogió el ordenador portátil y se marchó al salón. Cuando lo encendió, para mirar el trabajo pendiente en su correo, ya que el día antes no lo había hecho, se encontró con un email de Víctor. El asunto era; “Léelo, por favor”. Durante varios minutos Eva se debatió entre qué hacer, finalmente lo abrió y lo leyó:

Soy de los que dan la cara y no se esconden. Siempre voy de frente, Eva. Me hubiese gustado decirte todo esto y darte las explicaciones que me pidieses en la cara, que me mirases a los ojos y tú misma descubrieses la verdad en ellos, pero dadas las circunstancias me veo obligado a usar este medio.

Imagino cómo debes de sentirte en estos momentos, créeme que yo no estoy mucho mejor. Me gustaría dejarte muy claro que nunca jugué contigo ni te mentí. TE AMO CON LOCURA, eres lo más importante que tengo en mi vida en estos momentos y me estoy volviendo loco con solo pensar en que pueda perderte para siempre.

Dana fue mi pareja durante seis años en Nueva York. Cuando yo decidí no volver más y quedarme en España con mi familia, rompimos. Fue la mejor decisión. Nuestra relación no estaba bien desde hacía tiempo.

Lo de su inesperado embarazo ha sido toda una sorpresa para mí. Siempre tuvimos claro que no deseábamos hijos. No pienso renegar de mi paternidad, asumiré mi responsabilidad como padre y le daré a mi hijo todo lo que necesite, pero tengo muy claro que no voy a hipotecar mi vida al lado de una mujer que no amo. Intentaré arreglar esta situación lo mejor posible para todos, te pido que creas en mí y tengas paciencia.

Sé que esto es complicado, pero yo te quiero como nunca he querido a nadie antes. Tengo

claro que eres la mujer de mi vida y no sería honesto estar con ninguna otra cuando mi corazón te pertenece.

Siento que todo se haya complicado, por primera vez en la vida, a tu lado, he conocido el verdadero concepto de la felicidad, pero ahora, en estos instantes, te juro que he descendido al más profundo de los infiernos. He de confesar que en una ocasión en mi vida bajé hasta él, pero te aseguro que no dolió tanto.

Te amo, nunca jugué contigo ni con tus sentimientos, todo fue y es real. No puedo cambiarlo, aunque quisiera.

Víctor Ferrer.

Tras leer aquellas palabras, de los ojos de Eva manaban millones de lágrimas. Se sentía aliviada porque una parte de ella creyó en Víctor, pero la otra no podía permitir interponerse y alejarlo de su hijo. La situación era demasiado complicada.

Sin querer, sintió que lo amaba aún más, pese a estar rota por dentro, pero tuvo claro que no quería verlo. La distancia entre ambos sería lo mejor. Tras pensarlo durante una hora, decidió no responderle al email, no deseaba darle ningún tipo de esperanza.

Aquella mañana, cuando Víctor se disponía a salir de casa en busca de Eva, recibió una llamada que le hizo cambiar todos sus planes. El investigador que había contratado para averiguar el verdadero patrimonio de su padre antes de morir y los tejemanejes que Alexia hizo de prisa y corriendo nada más que enviudó, le tenía noticias muy jugosas. Debía reunirse con él, comprobar que todo lo que le había relatado por teléfono era real y dar el siguiente paso en contra de la viuda de su padre. Si se marchaba en busca de Eva corría el riesgo de que Alexia le ganase ventaja, y no lo iba a permitir.

Virginia y Elena se quedaron junto a Eva un par de días más, tiempo que les vino de lujo a las tres. Desconectaron del estresante día a día en el que vivían en la capital y se permitieron charlar, caminar y disfrutar de los paisajes y la pureza del aire de la sierra de Huelva.

Volvieron a la Peña de Arias Montano, ese lugar tan especial del que las tres estaban enamoradas, sus vistas y la paz que se respiraba allí les devolvió salud. Pasear por los senderos de la sierra, admirar la vida que había tras ellos, tan diferente a lo que estaban acostumbradas en Madrid, les hizo serenarse y tomar conciencia de la esencia de la vida. No todo eran reuniones, carreras, prisas y estrés. Las tres llegaron a la conclusión de que, al menos, una vez al mes se merecían pasar un fin de semana así, y lo pensaban cumplir.

Cuando Elena y Virginia le insistieron a Eva por la falta de delicadeza de Víctor al no darle una explicación, pese a ella no cogerle el teléfono, no tuvo más remedio que leerles el email que le envió. Desde ese instante, Víctor Ferrer se ganó a dos aliadas, motivo por el cual Eva no les habló de ello a sus hermanas antes. Sabía que Víctor era sincero, pero ella sentía que no podía estar con él como si nada. Una mujer iba a tener un hijo suyo y no deseaba estar en medio de aquella situación.

Después de pasar tres días junto a Eva, Elena y Virginia decidieron volver a Madrid, pero antes de hacerlo, Elena le confesó a su gemela que Víctor tenía intenciones de presentarse en Aracena en breve. Martín le había dado la dirección donde se encontraba.

—No quiero verlo, aún no me siento preparada —les confesó a Elena y Virginia.

—Martín me dijo que mañana a primera hora sale hacia aquí, ha tenido varios inconvenientes durante la semana y le han impedido venir a buscarte —reveló con detalle Elena.

—Pues ya no estaré aquí. Necesito reunir fuerzas suficientes para volver a mi trabajo, a mi casa y convertirme en la Eva que debí haber sido tras mi accidente, creo que he perdido años de juventud.

Durante los días que llevaba alejada de Madrid y de Víctor había pensado mucho, tenía claro que su vida iba a cambiar por completo. Estaba decidida a dejar sus miedos atrás y ser la mujer que una vez fue, antes del accidente que le cambió la vida.

—¿Dónde piensas ir? —preguntó Virginia. Decidió no interferir en los sentimientos de Eva, si su decisión era no ver a Víctor hasta el momento en el que se sintiese preparada, lo respetaría sin influenciarla.

—Elena, he pensado en la casa de Martín en Sierra Nevada. Comienzan a caer las primeras nevadas y me parece un lugar encantador para terminar estas mini vacaciones que yo misma me he impuesto. Os prometo que luego volveré totalmente renovada.

—Puedes ir, claro. La casa está a tu disposición. Me pondré en contacto con la persona que la mantiene limpia y en orden para que te abra y te entregue las llaves cuando desees.

—Gracias.

Al día siguiente, Eva se marchó con sus hermanas, la dejaron en Sevilla, alquiló un coche y de ahí se fue a Sierra Nevada.

Elena le comunicó a Martín que Eva ya no se encontraba en Aracena, le sabía muy mal que Víctor hiciese el viaje en vano, al mismo tiempo, le reveló a su marido dónde se había ido su hermana, pero le hizo jurar por sus hijas que no se lo diría a Víctor.

Cuando Víctor salía del garaje en su coche, dispuesto a enfrentarse a unas cuantas horas de carretera para reencontrarse con Eva, tras la intensa semana que había tenido, recibió una llamada de Martín. Le comunicó que su cuñada ya no se encontraba en Aracena y le dejó claro que había jurado no revelar su nuevo paradero.

En un principio Víctor pensó en la posibilidad de que lo que le decía Martín fuese mentira, pero razonó y analizó la actitud de él en todos esos días y llegó a la conclusión de que no tenía motivos para no decirle la verdad. Maldijo una y mil veces su mala suerte, llamó de nuevo a Eva, no había dejado de hacerlo todos los días desde que se marchó, pero le había bloqueado las llamadas y los mensajes. No le queda nada más que la paciencia, en algún momento tendría que regresar al trabajo, con su familia y a su casa.

De vuelta a su hogar, cuando soltó la pequeña bolsa de ropa que había preparado para reunirse con Eva, la tiró de malas formas en el sofá en cuanto entró en el salón, recibió un mensaje de Dana. Hacía días que intentaba ponerse en contacto con él, le pedía una cita, pero Víctor no tuvo tiempo ni de contestarle con una negativa. No tenía cabeza para pensar cómo afrontar lo que se le venía encima con Dana, en esos momentos tener un hijo con ella le suponía un problema.

Con el ceño fruncido, cabreado y con ganas de estrellar el teléfono contra la pared, leyó:

He intentado decírtelo en persona, pero como estás tan ocupado, no me has dejado otra vía. Quería comunicarte que estoy dispuesta a venirme a España, dejar mi trabajo y formemos una familia junto a nuestro hijo, pero yo voy en el lote. Si no estás dispuesto a ello, me marcharé en unos días a Nueva York y tu hijo crecerá a miles de kilómetros de su padre.

Quedo a la espera de una respuesta, me gustaría que me la comunicases en persona. Creo que el asunto requiere la importancia para ello.

Tras meditar el asunto por unos minutos, de malas ganas, le escribió:

Dime el nombre del hotel donde te alojas y el número de habitación. Hablaremos.

Ella le respondió de inmediato, esperanzada ante sus palabras.

Dos horas más tarde, Víctor tocó a la puerta de la habitación de Dana, mientras esperaba que ella le abriese, no pudo evitar pensar que debería estar tocando otra puerta y ser Eva quien estuviese tras ella. Maldijo cómo se había truncado todo con la mujer que amaba, cuadró los hombros y expulsó aire. Dana no era una persona fácil, nunca lo había sido. Se preguntó cómo había pasado tanto tiempo a su lado.

—Llevo días metidas en este maldito hotel sin relacionarme con nadie, días en los que ni te has dignado a preguntarme cómo me encontraba, ni interesarte por tú hijo —le reprochó apenas verlo.

De espalda a ella, Víctor puso los ojos en blanco. Trató de no perder la paciencia nada más llegar, pero le iba a resultar imposible. Últimamente en su vida nada salía bien y tenía los nervios a flor de piel.

—Nadie te ha retenido en este lugar, haber salido a pasear o de compras. No he tenido tiempo ni de rascarme en estos días, no empieces —le recriminó, enfadado—. Estoy aquí, hablemos.

—He sido muy clara en el mensaje que te envié. Espero tu respuesta. —Se sentó frente a él, permanecía en pie, y lo miró al detalle.

—No me quedó muy clara tu propuesta, ¿qué pretendes realmente? —la acusó con una mirada. Intentaba averiguar qué ganaba ella con todo aquel circo. Sabía que Dana amaba su trabajo, vivir en Nueva York y estar siempre rodeada de gente importante y famosa. Para ella venirse a vivir a Madrid sería como si cualquier persona se va a un convento.

—Casarnos y darle a nuestro hijo un hogar. Unos padres juntos, una vida en familia —argumentó retorciéndose las manos.

—¿Estarías dispuesta a no volver nunca más a Nueva York? —preguntó con sorpresa. Deseaba oír aquello de sus propios labios.

Dana solo asintió y desvió la mirada. Se puso en pie y le dio la espalda. Se dirigió a una mesa cercana, cogió una botella de agua y bebió de ella.

—¿Por qué me miras así? —La repasaba de arriba abajo en silencio, con una expresión dura en el rostro.

—Trato de reconocerte, no te pareces en nada a la mujer con la que conviví.

—Ser madre me ha cambiado, me he dado cuenta de que te quiero, deseo pasar el resto de mi vida a tu lado, y con nuestro hijo.

—Para mí lo nuestro ha terminado para siempre. No puedo crear una familia a tu lado cuando ya no siento nada por ti —le dejó muy claro.

—Estás encaprichado con tu vecinita —comentó de forma hiriente—. ¿Cuánto tiempo hace que la conoces, tres meses? Tú y yo llevábamos juntos seis años, seis —recalcó alzando la voz—. No es posible que lo tires todo por la borda por esa mujer.

—El problema es que creo que nunca te amé, Dana, ni tú a mí. Nos complementábamos muy bien, por eso duramos tanto tiempo, pero nunca hubo amor de verdad.

—¿Me vas a decir que eso lo has descubierto al acostarte con tu vecina? —le espetó furiosa, echaba chispas por los ojos.

—No voy a hablar de Eva contigo, así que no trates de provocarme. He venido a decirte que mi respuesta es no. No me voy a casar contigo ni a jugar a una familia feliz.

—Y tu hijo, ¿no te importa?

—Me haré cargo de él. No voy a renegar de mis responsabilidades.

—¿Y cómo lo piensas hacer? ¿Yo en Nueva York y tú aquí? ¿Así piensas ejercer de padre?

—Supongo que todo está en tus manos. No me voy a casar contigo ni voy a volver a Nueva York —le dejó claro de nuevo.

—Entonces no conocerás a tu hijo.

—Lo conoceré, de ello no te quepa la menor duda, solo que no podré estar con él como me gustaría. También supongo que tú no ayudarás con la situación, cuento con ello. —Dana lo miró furiosa, sabía que solo había una persona mucho mejor que ella para negociar, y ese era Víctor—. No me pongas contra la espada y la pared, me conoces muy bien —le advirtió serio y rotundo.

Dana lo miró altiva, en silencio, intentando pensar con rapidez en su siguiente maniobra, pero se quedó bloqueada, sin capacidad de reacción por primera vez en su vida. Estaba demasiado acostumbrada a adivinar el movimiento de su contrincante, y con Víctor, pese a conocerlo durante años, se equivocó. Maldijo a aquella vecina, no tanto por haberle robado su amor como por haberlo hecho cambiar tanto.

—Voy a quedarme un par de semanas más en España, tienes tiempo de reflexionar tu decisión.

Víctor pasó por su lado en silencio, se encaminó hasta la salida.

—Ya hablaremos antes de que te marches —murmuró antes de cerrar la puerta.

Dana tiró la botella de agua que tenía en la mano contra la pared, enfurecida. No soportaba perder. Juró que le ganaría aquella batalla a Víctor. Él era su objetivo y lo pensaba conseguir. Conocía todos sus puntos débiles y pensaba aprovecharse de cada uno de ellos.

Pese a ser sábado, Víctor tenía demasiadas cosas pendientes como para volver a su casa, se dirigió al bufete y decidió adelantar trabajo. El detective que llevaba la investigación de los bienes de su padre le había entregado un gran dossier con demasiada información, debía ponerla en orden, verificar algunas cosas que le faltaban y plantear la demanda contra Alexia, lo único bueno en aquellos momentos desastrosos de su vida era que iba a poder inculpar a aquella mujer.

Cuando llegó al bufete le sorprendió encontrarse con su amigo Javier.

—¿Qué haces aquí un sábado al mediodía? —preguntó asombrado.

—Tengo mucho trabajo, quise adelantarlo, el lunes tengo dos juicios importantes y me dejé la documentación aquí y me gusta repasarla con tiempo —argumentó—. Y tú, ¿qué haces aquí? Me dijiste que te ibas de viaje y regresarías el martes.

—Cambio de planes.

—¿Qué ha pasado con Eva?

Javier y Víctor volvieron a ser muy amigos desde que este último regresó de Nueva York, se conocían desde la universidad. Cuando Víctor comprobó que Javier le tenía la misma antipatía a Alexia que él, sirvió para unirlos aún más.

Le contó a Javier que iba a ir a recuperar a Eva, él había sido testigo del comienzo de ambos en aquella discoteca, cuando la confundió con la mujer de Martín Quiroga, y se había convertido en el confidente de Víctor tras estar a su lado en otras dos ocasiones más en encuentros con Eva cuando la creían Elena.

—Ha huido de mí —confesó. Se sentó en despacho de su amigo, necesitaba hablar con alguien—. La mujer a la que estuve unido durante seis años en Nueva York ha venido para decirme que va a tener un hijo mío, y Eva se ha enterado.

—Uf, lo tienes complicado, tío —comentó sorprendido.

—Lo sé. Tengo que encontrarla y hablar con ella, necesito explicarle la verdad y que me crea. No voy a volver con Dana, aunque vaya a tener un hijo mío. Eva es la mujer de mi vida y lucharé por estar con ella contra viento y marea.

—Siempre tuve claro que no es bueno mezclar trabajo y amor. ¿Peligra nuestra cuenta con el Grupo Quiroga? —se interesó, y esto molestó a Víctor. Lo que menos le importaba en aquellos momentos eran los negocios.

—Deja de preocuparte por eso, ni que fueses socio del bufete. Martín es el presidente de la cadena, es un gran tío y no mezcla el trabajo con las relaciones personales y sabe que somos el mejor bufete de la ciudad. Le hemos sacado las castañas del fuego en varias ocasiones donde llevaban las de perder. Además, mi abuelo y su abuelo son viejos amigos.

—Espero que Eva también sea de las que no mezcla trabajo y relaciones personales.

—Es una mujer muy profesional, y leal, como para caer en eso. Te lo puedo asegurar.

Javier solo asintió, pensativo. Víctor se marchó a su despacho y le encargó a su amigo que cerrase con llave al salir, iba a pasar allí el resto de la tarde. Guardaba la documentación que le había entregado el detective su caja fuerte personal, la abrió y comenzó a revisarla. Iba a desenmascarar a Alexia. Una sonrisa maléfica apareció en su rostro cuando la imaginó sentada en el bando contrario, en el banquillo de los acusados, ella, la prestigiosa abogada Alexia Dantés, la cual se paseaba por la sala de los juzgados como si fuese una pasarela de moda.

Capítulo 14

Una semana después.

Después de días de desconexión, en los que solo se permitía encender el móvil y mirar el correo electrónico en una hora establecida, Eva se dedicó a pensar qué hacer y dónde dirigir su vida. Tenía treinta años, un buen trabajo, una buena situación económica y una familia envidiable. Se refugió en ello y encaminó su nueva vida y sus pasos a lo único que le faltaba, encontrar el verdadero amor. Si con Víctor no había funcionado, estaba abierta a nuevas oportunidades. Conocer a otros hombres y perder el miedo. Necesitaba a un hombre que la abrazase por las noches, que le hiciese sentir viva, mujer. Deseaba una familia, con hijos, como la de su hermana, que todos los días se levantase ilusionada por hacer feliz a alguien.

Mientras esperaba al taxi que la llevaría al aeropuerto, de vuelta a Madrid, la mente de Eva la traicionó. Se permitió pensar en Víctor, en los momentos que había pasado con él y en todo lo que le hizo sentir, jamás experimentado antes. Ese hombre la hizo volver a creer en una relación, en sentirse mujer de nuevo, sin complejos y lo que más le pesaba en aquellos momentos era que se había enamorado de él como una loca. Una lágrima rodó por su mejilla y se la apartó de inmediato, se negaba a llorar más. Pese a sentirse una desgraciada en el amor, todas sus relaciones se truncaban, no estaba dispuesta a lamentarse de nuevo, todo lo contrario, tenía ganas de enfrentarse a la vida y de luchar por lo que deseaba, encontrar el verdadero amor y ser feliz.

En aquella semana, Víctor deseó parar el tiempo y huir de todo. Tenía demasiados frentes abiertos. Para colmo, Dana acudió al médico porque se sintió mal y este le ordenó reposo absoluto. Víctor se negó a llevarla a su casa, le explicó que igualmente estaría sola todo el día y contrató a una enfermera que la cuidase en el hotel donde se alojaba. La llamaba dos veces al día y procuraba visitarla casi a diario.

Dana continuaba empeñada en volver a retomar una relación, y Víctor cada vez la veía más lejos de él.

Una vez en Madrid, Eva regresó a su casa. No pensaba esconderse por más tiempo de Víctor. Tenía pensado hacer una vida normal, en el trabajo no tenía por qué tratar con él, los asuntos jurídicos siempre los había llevado Martín. Y como vecino, tampoco tenía que encontrarse con Víctor todos los días, y de hacerlo, serían solo unos minutos, luego cada cual en su casa. Convencida de que estaba preparada para afrontar verlo de nuevo, entró en el edificio, saludó al portero y se dirigió a su casa. Salió del ascensor y, con la llave en la mano preparada para introducirla en la cerradura, aligeró el paso hasta su puerta. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron en vano, cuando se disponía a abrir la puerta, de repente, su vecino apareció.

Víctor salía con aire despreocupado, pendiente del móvil, cuando alzó la vista y la vio allí se quedó de una pieza. No la esperaba.

—¡Eva! —Una luz se encendió en la mirada triste y gris que tenía desde hacía casi dos

semanas. El corazón le dio un vuelco cuando sus ojos se clavaron en los de ella.

Sintió ganas de abrazarla y besarla, pero se refrenó. Las yemas de los dedos le quemaban, cerró los puños e hizo un esfuerzo titánico por mantener las formas. No quería que huyese de él, necesitaban una conversación tranquila.

—Hola, Víctor —logró pronunciar de forma educada, con un nudo en la garganta. No tenía previsto verlo tan pronto.

Tuvo ganas de entrar en su casa, cerrar la puerta y refugiarse en la soledad, pero se dijo que no era una actitud muy valiente ni propia de la nueva Eva que se había propuesto ser. Le gustaba su hogar y no estaba dispuesta a marcharse, había asumido tener a Víctor como vecino.

—Eva... —Dio dos pasos hacia ella, acercándose—. Necesitamos hablar. Yo...

—Víctor —lo interrumpió alzando una mano—. Estoy llegando, como ves —Miró su equipaje—, me encuentro cansada, y tú ibas saliendo apurado. No creo que sea el momento más adecuado.

—Yo necesito...

—No me voy a marchar —lo interrumpió de nuevo—. He vuelto para continuar con mi vida. Soy consciente de que nos debemos una conversación, pero creo que estarás de acuerdo conmigo en que debemos mantenerla en otro instante —consiguió decirle aparentando serenidad pese a temblar por dentro.

Víctor suspiró, tomó aire y asintió en silencio.

—No huyas más de mí, por favor. —Tendió una mano y alcanzó a cogerle la de ella. Eva no lo rechazó—. ¿Por qué no me has contestado al email? —Estaba seguro de que lo había leído.

Sentir el contacto de Víctor le hizo temblar las piernas.

—He tenido mucho tiempo para pensar en estos días, y he llegado a la conclusión de que no tengo derecho a pedirte explicaciones. Tú y yo no éramos nada —manifestó con frialdad.

Víctor sintió aquello como un puñal frío directo en el corazón. Se acercó más y Eva pudo sentir su respiración.

—Puede que no llegásemos a hacer el amor ni le pusiéramos nombre a nuestra relación, pero te aseguro que para mí significas mucho más de lo que nunca lo hizo nadie. La conexión y la complicidad que he tenido contigo jamás la tuve con ninguna mujer. Te amo, Eva. La primera vez que nuestras miradas se cruzaron, supe con claridad que eras la mujer que quería en mi vida. Creo que siempre te dejé claro que no deseaba una sola noche en tu cama —le recordó—. No has sido una aventura, no se te pase por la cabeza siquiera pensarlo —le advirtió con los puños cerrados. Deseaba estrecharla contra su pecho, pero no lo hizo.

—Fue mejor no empezar nada serio —replicó altiva—, así ninguno sufrirá. Nos conocimos, salimos en un par de ocasiones y nos dimos algún que otro beso. Fin del asunto, nada importante ni que lamentar.

Tal y como expresó lo que hubo entre ambos hizo arder a Víctor por dentro, la miró contrariado, reprochándole cómo podía describir lo que tuvieron con aquella simpleza.

—Y una mierda —bramó. La tomó por ambos brazos, la acercó a él en un arrebato y se adueñó de su boca.

Iba a demostrarle lo simple que eran aquellos besos, lo que conseguían afectarle y todo lo que le hacían sentir.

Eva intentó forcejear con él y apartarlo, pero Víctor no lo permitió. Finalmente terminó sucumbiendo al beso, entregándose a él por completo.

Cuando la sintió suya en cuerpo y alma, dejó de besarla, pero sin apartarse de ella.

—¿Estás segura de que esto lo sientes con cualquier amigo? —le reprochó con dureza—. Porque a mí solo me pasa contigo.

Eva tomó aire, se compuso y se enfrentó a él.

—No vuelvas a besarme —le advirtió con la barbilla alta—. Si me amas como dices, no lo hagas más. Cada vez que me besas me haces daño, y estoy segura de que no es tu intención —lo retó con la mirada y esperó una respuesta. Lo había dejado descolocado.

El desafortunado sonido de una llamada entrante en el móvil de Víctor los interrumpió. Él hizo caso omiso a ello, mientras le mantenía la mirada en silencio. Volvió a sonar y lo sacó del bolsillo del pantalón. Eva lo vio chasquear la lengua.

—Atiende la llamada, por lo que se ve, es importante. —Se dio media vuelta y comenzó a abrir la puerta.

—Ya hablaremos —resonó la voz de Víctor a su espalda.

Atendió el teléfono mientras se dirigía hacia el ascensor.

Unos celos terribles aparecieron de repente en Eva al pensar que podía ser Dana quién lo llamaba, pero alcanzó a oír que decía:

—Adelante, quiero a Alexia fuera del bufete cuanto antes. Sé discreto.

En aquella semana, Víctor confió por completo en su amigo Javier y le contó todo lo que estaba descubriendo de la viuda de su padre. Este se ofreció a ayudarlo y poner a la mujer en su lugar, ambos tenían en común hacia ella la misma animadversión.

Aquella noche llegó a casa de nuevo a altas horas, se quedó en el bufete cuando los empleados se marcharon. De esa forma preparaba todo contra Alexia con más libertad. Casi a las dos de la madrugada no creía que fuesen horas para tocar en la puerta de su vecina, aunque ganas no le faltaron.

A la mañana siguiente, antes de marcharse a trabajar, llamó a la puerta de Eva sin importarle que estuviese despierta o no. Para su gran sorpresa, le abrió una chica joven de pelo castaño claro e intensos ojos marrones.

—Hola, soy Virginia Galván. La hermana de Eva —se presentó extendiéndole la mano. Lo vio vestido tan formal, con traje de chaqueta, que le dio reparo plantarle dos besos. Aunque no eran hermanas de sangre, se consideraban y trataban de tal—. Tú eres Víctor, quizás no me recuerdes, nos conocimos aquella noche en la discoteca.

Él hizo memoria mientras le estrechaba la mano y asintió.

—¿Puedo hablar con Eva? —preguntó en forma de ruego. Dedujo que Virginia estaría al tanto de la situación.

Virginia soltó una carcajada que dejó lo expectante.

—Sí señor, directo. Como a mí me gustan los hombres. Está en la ducha. Yo te invitaría a pasar y a desayunar con nosotras, pero no creo que me lo perdone.

De inmediato, Víctor entendió que estaba al corriente de todo entre ambos. Iba con prisas y tampoco le interesaba un desayuno de tres.

—Dile que me he pasado por aquí. Buenos días. —Se dio media vuelta y comenzó a alejarse.

En un gesto de atrevimiento, Virginia le siseó y él se volvió hacia ella.

—Si te sirve de algo, me gustas para mi hermana —le reveló con un guiño en el ojo.

Víctor le dedicó una sonrisa y le se lo agradeció con una mirada. Tener una aliada como ella siempre era bueno. Por lo menos, contaba con la tranquilidad de que la persona más cercana a Eva no la ponía en su contra.

Mientras desayunaban, Virginia le comentó a Eva que Víctor había estado allí.

—Dale una oportunidad. No estás metiéndote en ninguna relación, él ya había roto con esa mujer. Ella está embarazada ahora, bueno, cosas del destino, pero Víctor no la quiere ni tiene intenciones de volver con ella. Es un hombre con la cabeza sobre los hombros, se va a hacer cargo

de su hijo, pero no se va a responsabilizar de ella —argumentó casi con orgullo mientras Eva la miraba seria.

—¿Víctor te ha pagado para que estés de su parte? —comentó con ironía, molesta.

—Solo veo la realidad. Un hombre que te ama con locura. Será que aún no se cruzó ninguno así en mi camino... —comentó con melancolía.

Eva puso los ojos en blanco, se levantó, cogió el bolso y el abrigo.

—Vamos, llegamos tarde —le ordenó mientras abría la puerta.

—Odio los lunes —se quejó Virginia levantándose casi a rastras.

Pese a tener una agenda repleta aquella mañana, Víctor llamó a Martín y se cercioró de que Eva había vuelto al trabajo y de que estaba en su despacho.

Con una montaña de trabajo sobre la mesa, que le causaba ansiedad, Eva se enfrentó a su vuelta de las vacaciones. Le ordenó a su secretaria que no le pasase llamadas ni visitas, necesitaba organizarse y ponerse al día.

De repente, la puerta del despacho se abrió sin previo aviso, exaltada, levantó la mirada y se encontró con Víctor de frente.

—Lo siento, señorita Quiroga, no lo pude detener —se excusó la secretaria, apurada.

—No te preocupes, todo está bien. Déjanos solos —ordenó poniéndose de pie, mientras lo taladraba con la mirada por aquel atrevimiento.

Víctor se quedó parado frente a ella, en silencio, esperaba a que aquella mujer desapareciese y cerrase la puerta.

—Hubiese ido hasta el fin del mundo a buscarte de haber sabido donde te encontrabas. Ahora que sé dónde estás, no puedo esperar más para tener una conversación contigo. Te amo, Eva. No estoy dispuesto a renunciar a ti. Eres mucho más de lo que siempre deseé. No voy a volver con Dana, ella ya no significa nada para mí.

—¿Cómo puedes decir eso si es la madre de tu hijo? —le reprochó.

—No voy a hipotecar mi vida al lado de una mujer que no amo, porque finalmente el niño no viviría en una familia feliz, sino en un matrimonio sin amor y sufriría las consecuencias.

Ante su argumento, Eva se quedó sin réplica. Pensativa, en silencio, volvió a tomar asiento, apoyó las manos sobre la mesa y miró a Víctor en actitud desafiante.

—Has estado unido a esa mujer seis años, demasiado tiempo como para olvidarlo todo tan rápido.

—Desde hacía un par de años la relación entre Dana y yo no iba bien, pero ni siquiera teníamos tiempo en nuestras vidas para pararnos y analizar que ya no había nada entre nosotros, todo era mecánico: trabajo, comidas con clientes e invitaciones a fiestas. A ella le encanta ser la abogada de personajes famosos, yo trabajaba en el despacho en temas financieros mientras Dana se relacionaba con los clientes. Ella conocía bien las leyes de aquel país y a mí los números, la contabilidad y las inversiones siempre se me dieron de lujo. Te puedo asegurar que si me echa de menos en algún aspecto, no es precisamente en el sentimental. Cuando pasó el accidente de mi hermana y de mi padre, decidí volver. En cierto aspecto sentía que nada me ataba ya a Nueva York. Dana ni siquiera me acompañó a España para el funeral de mi familia, tenía demasiado trabajo. Cuando le comuniqué que no pensaba regresar y que lo nuestro había llegado a su fin lo aceptó sin más. En todos estos meses no hemos mantenido contacto. Su embarazo me coge tan de sorpresa como a ti.

Con un suspiro, Eva se reclinó en el asiento. Lo creía, veía en su mirada la honestidad.

—Todo esto es muy complicado, Víctor —lamentó sin saber cómo abordar la situación.

—Lo sé, pero dame tiempo. Déjame ver de qué forma lo soluciono y luego podremos hablar de un nosotros —le rogó, de pie, intranquilo, paseándose ante ella.

—No hay un nosotros, ni nunca lo habrá —anunció decidida.

Había tenido mucho tiempo para pensar y tenía muy claro que no iba a interponerse entre Víctor y su hijo. Sabía que si ella estaba cerca o le daba esperanzas, Víctor no actuaría igual. Su conciencia estaría más tranquila si no interfería para nada en la decisión que tomase, además, también sabía que sufriría al estar cerca de él cuando otra mujer tuviese un hijo suyo. Prefería dejarlo marchar y emprender un nuevo camino.

—Eva...

—Por mi parte lo único que vas a obtener es una relación de amistad —le dejó claro, sin dejar que continuase en el argumento que pensaba darle.

—No me interesa ser tu amigo. Quiero mucho más —confesó de frente, decidido y sin miedos.

—A veces, lo que queremos no se corresponde con lo que tenemos —replicó segura de ello.

—Nunca he sido un conformista.

—Estoy decidida a ser feliz y estoy segura de que a tu lado, en estas circunstancias, sufriría más que disfrutaría. Y ahora, ya hemos hablado y cada cual ha expuesto su postura, te ruego que te marches. Tengo mucho trabajo.

El teléfono de la mesa de Eva sonó y ella aprovechó la oportunidad para dejarle claro que la conversación había concluido.

Cuando Víctor dedujo que la llamada que atendía Eva iba para largo, decidió marcharse, pero antes se tomó la libertad de ir hasta ella, acariciarle la mejilla y darle un beso en el cabello. Cuando Eva pensaba que se iba a marchar, se dio media vuelta, le cogió el taco de *pos-it* de la mesa y escribió algo. Se lo entregó antes de marcharse en silencio.

Eva lo cogió entre sus dedos de inmediato, sin dejar de escuchar a su interlocutor, lo leyó:

Te juro que te voy a devolver las ganas de volver a creer en un “nosotros”.

Te amo.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Eva mientras trataba de concentrarse en la importante llamada de teléfono que tenía entre manos.

El resto de la semana, por más que Víctor intentó cruzarse de forma casual con Eva, no lo consiguió. Decidió darle un tiempo, no quería agobiarla. Él también tenía demasiados problemas en su vida y necesitaba espacio para resolverlos.

En más de una ocasión Eva estuvo tentada de llamar a la puerta de Víctor y saber de él, extrañaba su voz, sus mensajes y sus besos, pero se resistió convenciéndose a sí misma de que hacía lo mejor.

El viernes por la noche, Eva decidió salir con Virginia, las habían invitado a una fiesta y asistieron juntas. Era en una de las discotecas de moda de la ciudad. Eva había perdido la práctica en salir cada semana, pero Virginia conocía cada rincón de Madrid donde se celebraban buenas fiestas.

En un principio, Eva casi se obligó a ir a aquel evento, había decidido cambiar su forma de vida y tenía que ponerse manos a la obra. Virginia la animaba, tenía un grupo de amigos a los cuales Eva conocía bien, casi la mitad trabajaban en la cadena, y les caían bien.

Para su sorpresa, pasó una noche muy divertida, donde no paró de reírse, bailar y beber. Hacía años que no estaba tan a gusto en una discoteca, si bien tenían un reservado, pero rodeada de

mucha más gente de la que estaba acostumbrada en su vida normal.

Aquella noche llegó a casa a altas horas de la madrugada, el tiempo se le había pasado muy deprisa. Lo pasó tan bien que, al día siguiente, cuando Virginia le propuso salir de nuevo con sus amigos aceptó.

Cuando estaba a punto de montarse en su coche para marcharse, se encontró con Víctor en el garaje. Él la miró de arriba abajo y advirtió que iba muy arreglada, y sexi. Sus perfectas piernas, enfundadas en unas medias negras de cristal, eran visibles a los ojos de cualquier hombre pese a que la mini falda de cuero negra que llevaba no era demasiado corta. Se fijó en los botines de tacón que estilizaban más su figura y en el abrigo corto que apenas le llegaba a la cintura.

Sus ojos se posaron en los labios, pintados de color rojo. El corazón le dio un vuelco y maldijo no ser su compañía aquella noche, estaba claro que iba a salir.

—Vas a coger frío. —Víctor no pudo evitar el comentario. El mes de noviembre había llegado con temperaturas muy bajas, sobre todo por las noches.

—No te preocupes, voy a cenar a casa de unos amigos.

—Que lo pases bien. ¿Algún día podremos quedar para tomar algo, como amigos? —sugirió sintiendo unos celos tremendos por las personas que la acompañarían aquella noche.

—Algún día —dijo de forma retórica, para deshacerse de él.

—¿Qué tal ha ido tu semana? No hemos coincidido. —Trató de entablar conversación con ella.

—Con mucho trabajo —respondió de forma escueta, no quería darle charla y que se produjese un acercamiento entre ellos.

—No he querido agobiarte ni presionarte, pero necesito que sepas que mis sentimientos no han cambiado, todo lo contrario, cada día eres más importante para mí.

Eva asintió, incómoda. Comenzó a abrir la puerta de su coche y lanzó la cartera dentro.

—Llego tarde, nos vemos.

—Conduce con cuidado.

Se metió en el coche y arrancó. Víctor se quedó allí parado, observando cada maniobra que hizo hasta que salió del garaje.

Por el espejo retrovisor, Eva no dejó de mirarlo. Le hubiese gustado parar el vehículo y correr hasta él para refugiarse en sus brazos y deleitarse con sus maravillosos besos, era lo que más necesitaba, pero continuó su camino.

Durante el resto de la noche, intranquilo, Víctor estuvo pendiente del regreso de ella. La escuchó llegar casi al alba, pero no salió a su encuentro. No tenía derecho a pedirle explicaciones, como bien ella le dejó claro, entre ambos no existía un *nosotros*.

Capítulo 15

La semana siguiente, Víctor también la pasó sin ver a Eva. Estaba sumido en echar a Alexia para siempre del bufete de abogados y no tenerla que ver a diario. Deseaba desenmascararla ante un juez y que pagase por las artimañas que había realizado con el fin de quedarse con casi todo el patrimonio de Rodrigo Ferrer.

Por otro lado, su sobrina y su madre también necesitaban de su atención y Dana no paraba de llamarlo y reprocharle que la tenía abandonada en una habitación de hotel con una enfermera y, encima, hacía días que solo se limitaba a llamarla. En determinados momentos sentía que iba a explotar. Necesitaba a Eva más que nunca en su vida, pero el destino se empeñaba en alejarla.

Eva ansiaba que llegase el fin de semana, el viernes por la tarde lo pasó con su gemela y sus sobrinas, de compras, y el sábado volvió a salir de fiesta junto con Virginia.

Víctor llamó aquella noche a la puerta de su vecina, pero no le abrió. La llamó por teléfono, pero no lo atendió. Tampoco respondió a los mensajes que le dejó. Finalmente, bajó y le preguntó al portero del edificio si sabía algo de la señorita Quiroga, ya que hacía días que no se cruzaba con ella. El hombre le indicó que un coche la había recogido aquella noche, pero no llevaba maletas.

Sentado en el sofá de su casa, con una copa de licor en la mano y el móvil en la otra, por si Eva se dignaba a responderle, Víctor decidió esperarla despierto hasta que apareciese. Necesitaba verla, hablar de nuevo con ella, comprobar si los sentimientos de la mujer que amaba habían cambiado hacia él. No le hacía falta que ella se lo manifestase con palabras, con mirarla a los ojos le sería suficiente para adivinar en aquellos profundos ojos azules lo que sentía por él.

Cuando ya había perdido las esperanzas de que Eva regresase a casa aquella noche, escuchó ruidos en el pasillo. De inmediato, acudió tras su puerta para ver tras la mirilla si se trataba de Eva o si llegaba sola.

Comprobó que no la acompañaba nadie, pero observó que su vecina daba pasos poco seguros, se tambaleaba un poco, llevaba los zapatos de tacón en la mano y le costaba encontrar las llaves de casa en su cartera.

Malhumorado, Víctor salió a su encuentro. Abrió la puerta y se dejó caer sobre el marco de esta. Se permitió observarla en silencio durante unos segundos sin que Eva no se diese cuenta de su presencia mientras continuaba con la tarea de encontrar las llaves.

—¿No crees que es un poco tarde para volver a casa? —Sobresaltada por la voz seria, Eva se volvió hacia él—. Y mira en qué estado. —La repasó de arriba abajo. Descalza, con una randa en la media, con el pelo alborotado y maquillaje un poco corrido.

—No es tan tarde, aún no ha amanecido. —Sonrió, sacó las llaves e hizo un gesto de alegría por tenerla al fin en sus manos.

—Olvidaba que la semana anterior llegaste al alba. ¿Qué te pasa? —preguntó preocupado, acercándose a ella.

—No creo que haga nada malo, solo me divierto. —Le dedicó una sonrisa traviesa, entró en

casa, pero no se molestó en cerrar la puerta, fue decidida hacia su habitación. Víctor la siguió.

—¿Con quién has estado? —preguntó con tono de exigencia, como si le debiese explicaciones, mientras iba tras ella.

Después de verla en aquel estado, se le pasaron por la cabeza mil posibilidades que lo estaban matando. Era una mujer joven, con un buen cuerpo, bellísima y soltera. ¿Qué hombre no intentaría llevársela a la cama?

—Con unos amigos —contestó cansada. Se sentó en los pies de la cama y lo miró—. Me lo he pasado muy bien —murmuró sonriente, arrastrando las palabras.

De repente, toda la habitación comenzó a darle vueltas en la cabeza.

—Has bebido —afirmó Víctor en tono acusatorio. La miraba como un padre cuando su hija adolescente llega en aquel estado.

Tenía ambas manos en la cintura y la miraba serio y desafiante.

—Solo un poco —confirmó mientras se tumbaba en la cama—. Yo antes bebía, ¿sabes? De vez en cuando, como una persona normal y corriente —especificó con los ojos medio cerrados—. Pero desde el accidente me volví una aburrída, lo medicamentos, los fuertes dolores, mis dos horribles cicatrices...

—Creo que lo mejor es te acuestes. —Víctor tiró de ella, consiguió ponerla en pie y la ayudó, como todo un caballero. Le destapó la cama y la metió en ella.

Ambos quedaron muy cerca, Víctor se sentó en la cama y la observó con atención.

—Será mejor que te vayas, porque si sigues ahí, mirándome de esa forma, terminaré por besarte. Y mañana me arrepentiré y tú también, porque te habrás aprovechado de una pobre borracha que no sabe lo que hace.

Víctor suspiró y se revolvió el pelo. La deseaba más que nunca, pero era plenamente consciente de que no era el momento. Asintió y se levantó decidido a marcharse.

—Hasta mañana, Eva.

Cuando salió, varias lágrimas rodaron por el rostro de ella. Estaba un poco achispada y cansada, aquella noche los tacones la habían matado, pero muy lejos de estar ebria.

Al escuchar el sonido de la puerta, señal de que Víctor se había marchado, lloró aún más. Le dolía demasiado tenerlo cerca, desearlo y no poder tenerlo porque sus propios principios se lo impedían.

Cuando se volvió de lado en la cama y se acurrucó en posición fetal, sintió que no estaba sola, miró a la puerta entreabierta de la habitación y vio a Víctor aparecer de nuevo. Decidido, fue hasta ella y se sentó en la cama, a su lado. La observó bien, en silencio, mientras sus ojos le decían lo que no salían de sus labios. Le limpió con la yema de los dedos, con delicadeza, las lágrimas que tenía en las mejillas y se atrevió a hacerle la gran pregunta que lo estaba matando por dentro:

—¿Has estado con algún hombre? Por favor, respóndeme sí o no. No necesito más, pero sácame de esta incertidumbre que está acabando conmigo, que me corroe por dentro y te juro que ya no puedo más.

—No me he acostado con nadie —respondió de inmediato, dejándolo bien claro mientras lo miraba a los ojos. Víctor la creyó, aquella mirada limpia decía la verdad.

Aliviado y feliz, la estrechó entre sus brazos.

Eva se refugió en ellos, sentir su calor y su protección le daba vida.

—Te quiero más que nunca —murmuró depositándole un beso en el cabello, con orgullo.

No obtuvo respuesta por parte de Eva, pero no la necesitaba. Sus actos hablaban por sí solos. Estaba seguro de que llegaría el día en el que le manifestaría todo lo que trataba de esconder

desde que lo conoció.

Permanecieron abrazados y en silencio un largo rato. Eva se quedó dormida junto a él. Luego, la acomodó mejor en la cama. Marcharse de aquella habitación y dejarla dormir sola fue difícil, pero quería hacer las cosas bien con Eva.

El domingo a mediodía Virginia llamó con insistencia al móvil de Eva. Le cogió el teléfono a la cuarta llamada.

—¿Aún estás dormida? —preguntó preocupada.

—¿A ti qué te parece? —La voz de Eva resonó molesta, estaba muy a gusto en la cama.

—Son las dos de la tarde. He reservado en un sitio donde se come de lujo y no has estado todavía —intentaba convencerla.

—¿Qué te hace pensar que hoy voy a salir de casa? Estoy muerta, a ti no hay quien te siga el ritmo. No sé cómo puedes darlo todo en tu trabajo, tener la maravillosa cara que muestras en la pantalla cuando presentas los informativos y no parar de salir —enumeró Eva a modo de queja. Sentía que no podía con el pellejo.

—Hoy tengo la reunión con mi socia, vamos a perfilar detalles mientras almorzamos, y tú eres buena en el tema de las inversiones y finanzas, has aprendido mucho de tu abuelo y Martín, quiero que me asesores.

Virginia iba a sacar, junto con otra presentadora de la cadena y Carla, una línea de pulseras de cuero de alta calidad. Serían una empresa de venta exclusiva por internet.

—¿Por qué no se lo pides a Elena?

—Ella también viene, pero deseo que las dos estéis para asesorarnos en los últimos pasos que tenemos que dar, por favor... —le rogó con ánimo de darle pena.

—Está bien —accedió. Eva la había animado mucho en aquel proyecto—. Pasadme a recoger, no tengo ganas de coger el coche.

—Perfecto, en media hora me tienes en la puerta de tu casa, antes paso por Elena. Con Sara y Carla nos vemos allí —comentó ilusionada.

Cuando Víctor vio aparecer en el restaurante donde almorzaba con Dana a Elena, le dio un vuelco el corazón, la confundió en un principio con Eva, pero luego se fijó en la incipiente barriga de embarazada que ya lucía con orgullo y dio gracias de que no fuese Eva.

Dana le había rogado que la sacase del hotel, el médico le había dicho que podía hacer vida normal, pero sin excesos ni esfuerzos, y convenció a Víctor para celebrarlo. Después de días pidiéndoselo, no se pudo negar. Sentía que tenía la obligación de hacer algo por la madre de su hijo después de ella haber pasado unos días tan mal.

El rostro de Víctor palideció por completo cuando vio que la última de las cinco mujeres que se dirigían a una mesa cercana a la suya era Eva. Ella iba distraída, charlando con una mujer que Víctor no conocía. Elena y Virginia iban a la cabeza del grupo. Ambas mujeres se toparon de frente con él y, de inmediato, sin poderlo remediar ninguno, Eva descubrió porqué sus hermanas se habían parado en seco, sin saber qué hacer.

Con un breve saludo, Elena y Virginia continuaron tras el camarero hasta la mesa que tenían reservada. Cuando Eva pasó por el lado de Víctor, ni siquiera lo miró a la cara. Sentía que si lo hacía no podría evitar las lágrimas que intentaba frenar debido a la tremenda decepción que sentía en aquellos instantes. Verlo junto a aquella mujer fue como si le clavasen un puñal en el pecho.

Sin importarle nada, solo Eva, cuando pasó por su lado, Víctor la agarró por la muñeca. Con gran agilidad se puso en pie y la miró a los ojos.

—Eva —pronunció a modo de saludo.

—Hola, Víctor. Espero que disfrutes de la comida.

De un tirón, se soltó de él y continuó su camino.

Él, por respeto a Dana, no fue tras Eva. Se sentó de nuevo en la mesa y se enfrentó a la mirada asesina que la madre de su hijo le dirigía.

—¡Esto es el colmo! —bramó Dana—. ¿No te cansas de humillarme? —le reprochó—. Soy la madre de tu hijo —le recordó ofendida.

—Recuérdalo siempre, porque nunca serás nada más que eso en mi vida —le dejó claro, de forma tajante.

Acto seguido, Víctor se levantó de la silla, arrastrando esta más de lo normal, tiró la servilleta de malas formas encima de la mesa y murmuró malhumorado;

—Voy al baño.

Dana lo miró sin creer que la dejase allí sola. Su dignidad le impedía coger el camino y marcharse sin él. Eso sería una victoria para Eva y no le pensaba dar el gusto.

Víctor fue al baño, pero de vuelta a la mesa que compartía con Dana, se paró en la de Eva. No le importó que estuviese acompañada, no pensaba dejar que se hiciese ideas raras en la cabeza después de verlo allí con Dana.

—Eva, solo he venido a comer con ella —le aclaró sin tapujos—. Nada ha cambiado entre Dana y yo.

—No me debes explicaciones, Víctor —lo cortó, exasperada. Le dirigía una mirada incómoda.

—Sí te las debo —afirmó convencido de ello—. Que te quede bien claro que la única mujer que ocupa mis pensamientos, mi corazón y mis noches solitarias, eres tú.

Tras escucharlo, Eva deseó que se la tragase la tierra. Elena, Virginia, Carla y Sara lo miraban con la boca abierta, aún no salían del asombro ante la valentía de aquel hombre.

Sin más, Víctor volvió a la mesa con Dana.

—¡Madre mía! —exclamó Virginia llevándose las manos a la boca—. ¿Por qué Miguel no me dice esas cosas? —se quejó envidiando a Eva.

—¡Eva! —le llamó la atención Elena—. ¿Cómo puedes quedarte así tras lo que te acaba de decir? ¿Eres de piedra o qué?

—Te aseguro que no. Me tiembla todo el cuerpo. Víctor no tiene límites —murmuró con una sonrisa en sus labios, la cual no pudo evitar.

Solo recordar la intensidad de la mirada de Víctor cuando le dijo todo aquello le ponía el vello de punta.

Aquella noche Eva no fue a dormir a su casa, sabía que Víctor la esperaría tras la puerta para hablar con ella y no estaba preparada. Le pidió a Virginia pasar un par de días con ella, de alguna forma, quería darle tiempo y margen a Víctor para que ordenase todo el caos que la vuelta de Dana había supuesto a su vida. Si estaba decidido a no volver con ella, Eva quería que fuese una decisión bien meditada e influir lo menos posible en ella. Sentía que estar lejos de él era lo acertado en aquellos momentos.

El jueves por la tarde, Eva decidió volver a su casa, necesitaba ropa y algunos objetos personales. Pero antes, Virginia la convenció de ir a tomar algo con unos amigos con los que había quedado. Tras mucha insistencia, Eva accedió. Consideró que era una forma de agradecerle a Virginia todo lo que había hecho por ella desde que Víctor apareció y las molestias ocasionadas aquellos días en su casa.

Después de terminar el horario laboral, Virginia se pasó por el despacho de Eva y la recogió, en el aparcamiento se encontraron con un par de amigos de la redacción de los informativos que también se unieron a tomar algo. Lo tenían por costumbre. Hasta ahora, Eva nunca se había unido a esas reuniones, la consideraban la jefa entre las jefas después de su cuñado, pero se integró muy bien. Se tomó un par de cervezas y charló con varias personas que trabajaban para ella y no había visto nunca. Le gustó conocerlos mejor y que le contasen de primera mano cómo eran sus trabajos y si estaban contentos con él.

Eva se encontraba en un lugar apartado del bar de copas, tenían unos sillones y sofás alrededor, pero la mayoría de la reunión estaba en pie. De repente, sus ojos se clavaron en dos hombres sentados en la barra y que tenían unas copas de vino en las manos. Notó como un fuerte nudo se le hizo en la garganta cuando comprobó que eran Víctor y su amigo Javier Quintana.

Cuando Víctor entró en el bar no reparó en Eva, estaba bastante lleno y fueron directos a la barra. No le apetecía ver a nadie, pero Javier lo convenció de salir un poco de las cuatro paredes de su despacho, donde llevaba metido toda la semana perfilando la gran demanda que pensaba interponer en contra de Alexia.

Mientras Eva lo observaba allí sentado y contemplaba su imponente espalda, se había quitado la chaqueta y llevaba una camisa blanca con el nudo de la corbata flojo, las piernas le temblaron cuando Virginia, que pasó por su lado al recoger una copa de la barra, lo saludó. Desde la distancia Eva vio que charlaron animadamente y finalmente Virginia señaló con el dedo hacia ella.

Eva deseó que la tierra se la tragase, pero, para su gran sorpresa, Víctor no fue a saludarla. Levantó la mano y le hizo un gesto al que ella correspondió mientras el corazón se le aceleraba hasta límites insospechados debido a la magnífica sonrisa que le dedicó.

Tras una hora, Víctor continuaba donde mismo, se había pedido otra copa y hablaba con Javier pese a no perderla de vista. Desde su posición tenía controlada la salida y no pensaba dejar que se marchase de allí sin hablar con ella, esperaba la ocasión perfecta. Le había concedido tiempo y dejar que se relajase, pero tenía claro que, después de cuatro días rehuyendo de él, era hora de que hablasen claro.

Eva necesitaba ir al servicio y la otra opción era marcharse a casa para no pasar por el lado de Víctor. Tras debatirse en ello, decidió ir al baño y continuar un rato más en el bar, apenas eran las nueve de la noche y no estaba cansada.

Junto con Sara, una gran amiga de Virginia, ambas se dirigieron hacia el aseo de señoras. Para su tranquilidad, Víctor solo le hizo un gesto con la cabeza cuando pasó por su lado, pero la esperaba para la vuelta. Cuando Eva lo vio de pie y decidido a ir hasta ella, se tensó, pero no aminoró el paso.

De repente, cuando ya veía a Víctor muy cerca, alguien se cruzó en su camino y la tomó por la cintura con un gesto de demasiada confianza.

—Nos volvemos a encontrar —le dijo el hombre y luego le plantó dos besos muy afectuosos.

—Diego... —Eva no lo esperaba—. ¿Qué tal? —preguntó de forma retórica, por educación.

Desde que se vieron la vez pasada cuando iba acompañaba de Víctor había intentado ponerse en contacto con ella de nuevo en un par de ocasiones, pero Eva nunca le contestó a los mensajes. Ignoraba cómo había conseguido su teléfono, desde que terminó la relación con él y pasó lo de su accidente, por cuestiones de seguridad, toda la familia cambió de número de teléfono.

Tenía muy claro que no le interesaba nada con Diego, por al parecer él tenía todas las intenciones de conquistarla de nuevo.

Con el ruido y la música del bar, él se acercó al oído de Eva para responderle a la pregunta.

—Ahora que te veo, estoy mucho mejor. Cada día estás más guapa, y eres una mujer más

inaccesible y ocupada —comentó a modo de reproche, pero con una gran sonrisa seductora.

A Eva comenzó a incomodarle su cercanía y esto no le pasó desapercibido a Víctor, que se había quedado parado muy cerca de ellos y los observaba al detalle con la mandíbula apretada y los puños cerrados.

—Te llamo un día de estos y quedamos, ¿vale? —le propuso para deshacerse de él con facilidad—. Unos amigos me esperan.

—Espero tu llamada. —Volvió a propinarle dos besos, demasiado cerca de la comisura de los labios para el gusto de Víctor, y Eva continuó su camino.

No pudo dar más de cinco pasos cuando se topó con Víctor, la miraba serio.

—¿Te estaba molestando? —preguntó de forma cortante mientras seguía a Diego con la mirada.

—No. Estábamos quedando para vernos otro día. —Aquello salió solo de su boca y de inmediato se arrepintió de haberlo dicho en voz alta.

—No estarás pensando en volver a tener algo con ese tío, ¿no? —preguntó a modo de reproche, con los dientes apretados, mientras la taladraba con la mirada y refrenaba las ganas de llevársela de allí a rastras, a un lugar donde estuviesen a solas.

—Yo no me meto en tu vida, haz tú lo mismo con la mía —le sugirió altiva y con descaro.

La respuesta de Eva no mejoró su humor. En un arranque, la tomó con fuerza por ambos brazos y la acercó a él de tal forma que ambos podían sentir sus respiraciones. Sin poderlo remediar, Víctor le tomó la boca y la besó con ganas. Estaba hambriento de ella, de su sabor y de su contacto.

Eva se vio atrapada entre sus brazos, la sostenía con fuerza, y sus arrebatadores besos le nublaron la capacidad de pensar.

Cuando Eva tomó conciencia, y fuerzas para separarse de él, se deshizo de sus manos y le propinó una sonora bofetada en la mejilla izquierda. Después de este acto, que hizo de forma automática, sin pensar, con la respiración alterada, se avergonzó cuando vio que todo el bar estaba con los ojos clavados en ellos mientras Víctor la miraba de forma impasible, como si estuviesen solos en aquel lugar.

De repente, alguien se interpuso en medio de ambos y estrelló su puño contra la mandíbula de Víctor. La reacción de este no se hizo de esperar y atacó a su contrincante.

Desde los brazos de Miguel, la tenía tomada por la cintura para que no se interpusiera en la pelea ocasionada en el bar, Eva pudo observar con dolor cómo Víctor y Diego se pegaban como dos animales. Javier intentaba separarlos, ayudado por varios hombres y acompañantes de Diego, pero ambos continuaban enzarzados. Partieron varias sillas y desplazaron el mobiliario del lugar. La mitad de los clientes salieron despavoridos a la calle.

Eva se soltó de Miguel e intentó parar a Diego y Víctor, Virginia salió en su ayuda y, en un intento de calmar la situación, salió lesionada.

Miguel, de inmediato, fue en su rescate.

Javier consiguió separar a Víctor y los acompañantes de Diego se lo llevaron del local.

Con el corazón en la boca, Eva observaba los desastres ocasionados a su alrededor. Javier sacó a Víctor de allí, mientras ella alcanzaba a ver que llevaba sangre en la mano. Contrariada y con las piernas temblando, sin saber qué hacer, si ir con Víctor o quedarse donde estaba y que la tierra se la tragase, comenzó a llorar. Un par de compañeras con las que estaba fueron en su auxilio, la sentaron, pidieron un vaso de agua y trataron de que se calmase.

Miguel se acercó a Eva y le comunicó que iba a llevar a Virginia al hospital del que era director. Había recibido un golpe en la mano y comenzaba a hinchársele y no le presagiaba buen diagnóstico.

Eva quiso acompañarlos, pero Virginia insistió en que se fuese a casa. Ella estaba en buenas manos y era innecesario que pasase horas en un hospital en su estado.

Cuando Eva llegó a la puerta de su casa, se debatió entre llamar o no en el timbre de su vecino. Se dirigió hacia él, pero se arrepintió y sacó las llaves para refugiarse en su hogar y llorar, era lo único de lo que tenía ganas. Sin embargo, finalmente, decidió hacerle caso al corazón en vez de la razón. En un impulso llamó a la puerta de Víctor, no podía estar más tiempo sin saber cómo se encontraba, todo aquello se había desatado por su culpa. Se arrepentía de haberle dado aquella bofetada.

Capítulo 16

—¿Estás bien? —preguntó preocupada nada más ver a Víctor. Él no tardó en abrirle. Tenía la camisa blanca manchada de sangre y una postilla en la comisura del labio. Observó que la mejilla izquierda la tenía un poco hinchada. No pudo evitar acercarse y acariciársela con mimo.

En los ojos de Eva, vidriosos, se reflejaban culpabilidad y miedo. Consciente de que era la causante de aquella situación le dolió verlo así.

Víctor la abrazó y ella agradeció ser arropada por sus brazos. Se refugió en ellos y consiguió calmarse un poco mientras él le acariciaba el cabello y la espalda, sintiendo cómo temblaba.

—Ahora sí estoy bien —confirmó tras expulsar el aire contenido desde que se marchó de aquel bar sin saber nada de Eva—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado, se separó un poco y la miró al detalle.

Ella solo asintió mientras trataba de refrenar las ganas de llorar.

Víctor volvió a abrazarla.

—Estás hecho un desastre —dijo Eva sin separarse de él. Tenía muy cerca las manchas de sangre impregnadas en su camisa, pero no le importaba, se sentía tan bien que deseaba continuar allí.

—Tranquila, tu exnovio quedó peor —murmuró sin soltarla. Ella lo miró en silencio, como reprochándole algo—. Yo no empecé la pelea —se excusó—. Solo me defendí. No debió haberse metido donde no lo llamaban.

—No debí darte aquella bofetada delante de todo el bar. Lo siento, me dejé llevar. De alguna forma yo propicié todo —se disculpó abatida. Sentía que ya no podía más con todo lo que la rodeaba. La situación con Víctor la tenía bastante mal, no recordaba días tan malos ni melancólicos, ni siquiera en sus peores momentos tras el brutal accidente y sus consecuencias.

—Tú estás bien, es lo importante —le quitó hierro al asunto.

—Ya, pero tú y Virginia habéis resultados heridos y Diego ni sé cómo está —lamentó.

—¿Virginia? —preguntó preocupado.

—Sí, intentó pararme a mí cuando os separaba a ti y a Diego. Tiene la muñeca hinchada. Fue con Miguel al hospital. Aún no sé su diagnóstico.

—¡Joder! —maldijo Víctor—. Lo siento, me dejé llevar por las ganas que le tengo a ese tío por lo que te hizo —confesó.

Eva le mostró una sonrisa y le dio un breve beso en los labios, orgullosa de él. Víctor protestó al sentir cierto pinchazo al contacto.

—¿Duele? —preguntó retirándose ante el murmullo de queja.

—Duelen más otras cosas. Esto no es nada en comparación con no poder besarte y abrazarte cuando más lo necesito. —Le estaba mostrando su alma desnuda. Aquella mirada limpia y sincera derribaron todas sus barreras.

Eva lo besó como deseaba hacerlo desde hacía mucho tiempo. Se enredaron en un beso profundo y Víctor la arrastró hasta el sofá de su salón, se tumbaron en él sin romper el contacto de

sus bocas y comenzaron a acariciarse. Necesitaban sentir piel con piel.

Víctor le desabrochó la camisa con prisas. En la tarea, saltaron varios botones por los aires, pero Eva no lo paró. Lo deseaba hasta límites insospechados. Ella también comenzó a desvestirlo. Necesitaba pasear las manos por su piel, sin barreras.

Inmersos en el deseo que los consumía en aquellos instantes, no escucharon unos pasos cercanos. Víctor había olvidado cerrar la puerta.

—¿Ves que tu hermana está perfectamente, mi amor? Y por lo que podemos apreciar, bien cuidada. Yo no diría que se queja de nada, todo lo contrario —comentó Martín de forma jocosa, con una amplia sonrisa.

Disfrutaba de la situación, todo lo contrario que su mujer.

Elena le propinó tal codazo a su marido en el que casi le cortó la respiración.

Eva y Víctor se incorporaron de inmediato, no los esperaban.

—¡Joder! ¿Qué hacéis aquí? —maldijo Víctor rascándose la cabeza, intentando recomponerse.

—Sentimos interrumpir, pero mi mujer se enteró del altercado en el bar. Virginia la llamó para que viniese a ver cómo se encontraba su hermana —reveló Martín con el don de palabras que lo caracterizaba en todas las situaciones.

Con el rostro rojo como un tomate, Eva trataba de cerrarse la camisa sin botones y acompasar la respiración.

—Estoy bien. —Consiguió decir, bajo la atenta mirada socarrona de su hermana y su cuñado.

—Tú no lo pareces tanto —advirtió Martín con los ojos clavados en Víctor—. ¿Qué pasó? —exigió saber—. Hasta donde sé, todo se desató porque besaste a Eva a la fuerza, y ahora os encontramos así. Y francamente, cuñada, no lo rechazabas.

Martín tenía toda la confianza del mundo con Eva para hacerle aquellos comentarios como si fuese un padre.

—¡Martín! —exclamó avergonzada Elena. Le reprochó con la mirada que se comportase de aquella manera. Parecía disfrutar del espectáculo mientras que a Eva estaba a punto de darle algo.

—¿Vamos a casa, Eva? —preguntó su gemela.

Ella asintió. Le dirigió una mirada a Víctor, él se la devolvió, pero no le dijo nada.

Elena tomó a Eva por la cintura, y bajo la atenta mirada de Martín y Víctor se marcharon. Las escucharon entrar y cerrar la puerta.

Una vez a solas, Martín se enfrentó a Víctor. Fue hasta él, le palmeó el hombro y le dijo:

—Anda tío, invítame a una copa mientras mi mujer y mi cuñada hablan.

Víctor le mostró una sonrisa tranquilizadora, comprendió de inmediato que tenía a un aliado en él. Cogió dos vasos y una botella del mejor vino de las bodegas de su familia.

—Me estoy volviendo loco —reveló a modo de confesión.

—Te entiendo. No solo son iguales por fuera. Yo las pasé canutas con Elena.

—No creo que sea peor que lo mío —murmuró apesadumbrado.

—Oh, sí. Te haré un breve resumen.

Martín le contó cuando dudó de Elena y la echó de su casa. Todo lo que le costó recuperarla luego.

—Joder —comentó Víctor asombrado.

—Superaréis esto —lo animó. Conocía bien la situación entre Víctor y Eva por su mujer. Entre Elena y él no existían secretos, se lo contaban todo. Era el gran pilar de su relación.

—Tu cuñada es la mujer de mi vida. No la voy a dejar escapar —confesó alto y claro, de frente—. Haré lo que sea por ella.

—Me tienes de tu lado. —Le tendió la mano y Víctor se la estrechó.

Al rato, Martín recibió una llamada de su mujer, lo enviaba solo a casa. Ella se iba a quedar a dormir con Eva, su hermana la necesitaba.

A la mañana siguiente, Víctor no despertó con buenas noticias. Su madre lo llamó muy temprano, llorando. Le comunicó nerviosa y sin entender nada que su marido se había marchado para siempre, la había dejado, y eso no era lo peor. Se había llevado una importante cantidad de dinero perteneciente a los viñedos.

Maldiciendo su mala suerte y todo lo que lo rodeaba, Víctor puso camino a los viñedos. Lo principal era consolar a su madre, brindarle todo su apoyo, y luego denunciar al mal nacido de Félix. Nunca le cayó especialmente bien. Siempre lo consideró un tipo frío, reservado y solitario.

Por otro lado, Dana comenzaba a impacientarse. Llevaba en España casi tres semanas y no había avanzado en nada con Víctor. Tan solo había conseguido negativas y rechazos. Echaba de menos su vida en Nueva York y el ambiente de lujo en el que se movía a diario. Estaba más decidida que nunca a poner a Víctor entre la espada y la pared. No pensaba esperar más tiempo para llevar su plan a cabo. La paciencia nunca había sido su fuerte, ella era más de negociar y atacar sin piedad, estaba acostumbrada a conseguir casi todo lo que deseaba.

El día casi pasó y Eva extrañó que Víctor tocara a su puerta o la llamara por teléfono. Su hermana se marchó antes del almuerzo y Eva se negó a acompañarla. Le apetecía la soledad de su casa y Elena lo entendió.

A media tarde Eva recibió un mensaje de Víctor.

He tenido que viajar de forma precipitada hasta los viñedos. Félix ha abandonado a mi madre repentinamente y se ha llevado mucho dinero del negocio. Tengo que poner en orden muchas cosas por aquí y encontrar a ese desgraciado.

Nos vemos y hablamos a mi vuelta.

Te quiero, aún perturban mis recuerdos lo que estuvo a punto de pasar anoche. Tu sabor está impregnado en todos mis sentidos.

Lamentando toda la situación, por Víctor y más aún por Gloria, le respondió:

Siento mucho todo lo sucedido. Dale un beso fuerte a tu madre de mi parte. Cuidate, te estaré esperando.

Cuando Víctor leyó aquel breve mensaje, sintió tal ilusión que le dieron ganas de pegar un brinco y tocar el techo. El hecho de que Eva le confirmara que lo esperaría significaba mucho para él.

Resolver los problemas en los viñedos, el dinero que se llevó Félix, los pagos que no había realizado y la denuncia contra él, le llevó a Víctor toda una semana. La policía comenzó a buscar al marido de su madre, pero pasó toda otra semana y tampoco dieron con él.

Víctor sentía que no podía más. Llevaba el bufete desde la distancia, delegaba casi todo en su buen amigo Javier, mientras intentaba salvar el negocio de su familia. Al cual casi había llevado a la ruina el marido de su madre.

En aquellas dos semanas, se dedicó a revisar a fondo toda la contabilidad. Descubrió que

llevaba dos años quedándose con dinero y se las había ingeniado muy bien para que Gloria firmase una documentación donde lo autorizaba en todas las cuentas de la empresa. Anselmo siempre fue reticente a esto, decía que la familia es la familia y un yerno siempre era alguien ajeno. Tras el chasco con Rodrigo, al que llegó a querer como a un hijo, nunca más confiaría en otro más. Pero Gloria estaba enamorada de su marido y confiaba en él, hasta que comprobó que solo la quería por su dinero.

En esas dos semanas, Eva se concentró de lleno en el trabajo. Pese a tener a Víctor lejos, pasaron muy rápido. Casi todas las noches intercambiaban breves mensajes que se limitaban a hablar de lo estresados que estaban por sus trabajos. Eva no quería profundizar en el tema de lo que sentía por él, y Víctor deseaba darle espacio. Prefería abordar el tema de ellos de frente. Aquel tiempo separado de la mujer que amaba le había servido para darse cuenta de que la necesitaba como respirar.

Virginia resultó ser una mala paciente. Cuando se lesionó la muñeca en la pelea del bar, no consintió cogerse en una baja. Para ella, su trabajo era siempre lo primordial. Se quitó el vendaje que Miguel ordenó que le colocasen ya que no pensaba presentar los informativos así, y su lesión no mejoró.

Obligada por el dolor que sentía, fue al hospital. Cuando subía en el ascensor, este se paró y vio salir a Dana de una consulta de ginecología. Solo había visto a aquella mujer la vez que se la encontraron con Víctor en el restaurante, pero alguien como ella era difícil de olvidar y que pasase desapercibida en cualquier lugar. Era rubia, con una voluminosa melena a media espalda con ondas muy cuidadas, alta y lucía ropa de marca ajustada a su perfecto cuerpo. Virginia se fijó en los zapatos de tacón tan poco apropiados que lucía para ser una mujer en estado y acudir a un hospital, pero así era Dana. Llevaba el letrero de mujer sofisticada y de negocios escrito en la frente.

Las puertas del ascensor se cerraron y Virginia continuó su camino, centrándose en el malestar que le había llevado hasta allí.

Contrariada, con la cabeza gancha y gran dolor en la mano, se presentó en el despacho de Miguel.

—Tienes que recetarme algo. La mano no mejora —anunció nada más aparecer por la puerta. Ella no necesitaba cita para acudir a verlo. Saludaba a su secretaria y, si no estaba reunido, pasaba directamente.

—No has hecho lo que te indiqué, ahora no te quejes —contestó levantándose del sillón, yendo hasta ella y tomando su mano entre las de él para examinarla.

—Ah —se quejó de inmediato Virginia.

—Está inflamada y necesitaba el vendaje que te pusieron durante más días.

—Ponme un analgésico —casi le rogó.

—No será suficiente.

—Pues una venda que pueda poner y quitarme o que sea discreta para presentar los informativos —argumentó.

Miguel puso los ojos en blanco, sabía lo cabezona que era.

—Voy por algo, espérame aquí. A ver cómo solucionamos esto —comentó a modo de queja y salió del despacho.

Virginia suspiró e inspeccionó el lugar. Hacía algún tiempo que no iba por allí. Cada día se obligaba a mantener una relación más lejana con Miguel, pero era inevitable. Era el mejor amigo de Martín y estaba muy ligado a su familia. Compartían muchas amistades, pero cansada de llevar años tras él y ser algo más que amigos, decidió romper con aquello de raíz. Pero el resultado no estaba siendo efectivo, siempre había algún motivo que los llevaba a pasar tiempo juntos.

Ambos tenían una vida similar, eran apasionados de sus trabajos, pero fuera de ellos les encantaba divertirse. Siempre estaban de fiestas y reuniones con amigos y, por lo general, coincidían. Les gustaban sus vidas de solteros, o eso era lo que Virginia se encargaba de pregonar, la realidad era que estaba enamorada de Miguel desde que lo conoció y era incapaz de mantener una relación seria con nadie. Miguel se describía como un espíritu libre. Después de un matrimonio fallido, juró no volver a tener ninguna relación seria ni convivir con otra mujer, había quedado muy escarmentado. Virginia llevaba cinco años tratando de que aquello cambiase, pero era imposible.

Paseó la mano por la espalda del sillón de Miguel y se sentó en él. Aún permanecía allí su calor, se refugió en él y cerró los ojos, podía sentir su olor en el ambiente. De repente, el teléfono sonó y se sobresaltó. Movi6 el rat6n del ordenador sin querer y la pantalla cobró vida donde trabajaba 6l antes de marcharse. Observ6, mientras hacfa caso omiso al tel6fono, que repasaba unas historias de pacientes. 6l era cirujano, pero al ser el director del centro Virginia imagin6 que tendrfa acceso ilimitado a todos los pacientes del mismo. Algo se cruz6 por su cabeza, rechaz6 la idea, se levant6 y volvi6 al lugar que ocupaba cuando Miguel se fue, pero ella no era asf, se caracterizaba por ser valiente, decidida y, a veces, rebasar ciertos l6mites, aunque con aquella acci6n iba a saltarse unos cuantos. No le import6.

Desde que vio a Dana salir de la consulta del ginec6logo, algo se activ6 en su mente. No sabfa el apellido de aquella mujer, pero ¿cuántas Dana podrfa haber en aquel hospital? Y ya si reducfa la b6squeda al 6rea de ginecologfa, la lista no serfa muy extensa. Volvi6 al sill6n de Miguel y puso su plan en marcha. De nuevo volvi6 a sonar el tel6fono, pero no le hizo caso. Tacle6 con rapidez lo que deseaba averiguar y esper6 a que en la pantalla apareciese el resultado.

De pronto, Virginia di6 un respingo en la silla cuando la puerta se abri6 de golpe, sin previo aviso.

—Te he estado llamando —dijo Miguel sin llegar a pasar—. Ha surgido un problema y tardar6 unos veinte minutos m6s en venir, si tienes prisa puedo enviar a alguien.

—No te preocupes, prefiero que seas t6. —6l se qued6 mir6ndola sentada en su silla—. Es m6s c6moda que esas —coment6 girando el asiento y reposando la cabeza.

Miguel asinti6 con una gran sonrisa y volvi6 a cerrar la puerta.

Virginia suspir6 y sonri6 mientras trataba de serenarse. El coraz6n le galopaba a mil por hora tras la interrupci6n de Miguel.

Cuando se centr6 de nuevo en la pantalla sus ojos se agrandaron, solo habfa una Dana en todo el hospital y su apellido era Taylor. Tenfa que ser ella. Con cierta culpabilidad por la invasi6n a la intimidad que estaba por cometer, comenz6 a leer la historia clfnica de la mujer.

Descubri6 que aquella era su primera visita y se sorprendi6 a6n m6s cuando ley6 que lo habfa hecho para retirarse un DIU. Virginia sacudi6 la cabeza y comenz6 a leer de nuevo. En ning6n lado se reflejaba que aquella mujer estuviese embarazada. Adem6s, era imposible que lo estuviese y llevando aquel aparato. Sin embargo, Dana llevaba casi un mes en Madrid alardeando estar embarazada de V6ctor.

Pensativa y sin saber c6mo tomar aquello, suspir6. Fue hasta su bolso, cogi6 el m6vil e hizo varias fotos a la pantalla del ordenador. Sabfa que estaba sobrepasando todos los l6mites, pero

aquella mujer también lo había hecho y Eva sufría las consecuencias de ello y no pensaba permitirlo por más tiempo.

Cuando Miguel volvió, encontró a Virginia con los ojos cerrados y la cabeza reposada sobre el sillón, ella lo había escuchado hablar por el pasillo e interpretó su papel para que no sospechase nada de haberla visto ahí con anterioridad.

—Te has quedado dormida —murmuró al entrar, en un tono bajo de voz.

—No, solo pensaba. Me ha venido bien este tiempo aquí sola. Hay días en los que no tengo ni un solo minuto de paz.

—Vamos al lío —anunció Miguel, traía en sus manos una caja y movió esta.

Virginia extendió el brazo de forma cómica y cerró los ojos, como si fuese a sufrir con lo que él le iba a hacer.

Dana había tomado una decisión. Sabía que a Víctor no le iba a gustar nada, pero estaba cansada de esperarlo y solo encontrar indiferencia. Con el carácter que le caracterizaba, se presentó en los viñedos. Cuando Víctor la vio descender de aquel coche rojo, alquilado, pero que tan bien se ajustaba a ella, con sus zapatos de tacón como si fuese a una de las reuniones a las que estaba acostumbrada, tuvo que refrenar las ganas de gritarle y echarla de allí. En aquellos momentos lo que menos necesitaba era a Dana cerca.

La mujer se acercó a él, mirando a su alrededor como si en algún momento fuese a aparecer un lobo.

—Si Mahoma no va a la montaña... Estoy cansada de que huyas de mí. Me he enterado por la difícil situación por la que pasas aquí y he venido a echarte una mano.

—No te necesito, Dana. Puedes irte por donde mismo has venido.

Víctor no se preocupó en preguntarle cómo sabía la difícil situación por la que pasaba. No entendía cómo, pero Alexia se había enterado de lo sucedido con Félix y trató de filtrarlo a la prensa para hundir los viñedos. Gracias a que Anselmo era amigo de Sebastián, el abuelo de Eva, pudo paralizar que esto saltase a los medios. Ese habría sido el fin de los viñedos Garza. Sin embargo, era conocedor de que muchos empresarios y cierto círculo financiero conocía la noticia y Dana estaba muy bien relacionada en el mundo de los negocios y temas como aquel no tardaban en llegar.

—Dana —pronunció Gloria al verla allí. Se acercó a ella y le dio dos besos secos, mientras miraba a su hijo preguntándose qué hacía ella allí.

Víctor no le había contado nada de la presencia de su ex en España.

—Pensé que me recibirías de una forma más afectuosa al llevar a tu nieto dentro de mí —le reprochó a la que consideraba su suegra, mientras se acariciaba el vientre.

Gloria sintió que se mareaba. Miró a su hijo en busca de una confirmación y le leve tic apareció en la mandíbula de Víctor, junto con los puños apretados, le dijo que no estaba muy contento de ser padre.

—¡Oh! Víctor... no... no me dijo nada —consiguió decir. Sentía que no le salía las palabras. Estaban atascadas en su garganta.

—No lo planeamos, pero vas a tener un nieto. He venido para arreglar las cosas. Tengo todas las intenciones de brindarle a mi bebé un verdadero hogar —anunció haciendo su mejor interpretación.

Víctor la miraba serio y distante, reprochándose no haberla visto como realmente era en todos los años que pasó con ella.

—Por favor, pasa, Dana. —Gloria hizo acopio de su educación e intentó relajar el ambiente.

Conocía a su hijo y sabía que estaba a punto de explotar.

Capítulo 17

Cuando entraron en la casa estaba desierta. Era la hora de la siesta. Anselmo dormía junto con Daniela en su habitación.

Gloria se disculpó y fue por unas bebidas.

—Mi madre no sabía nada, y con todos los problemas que tiene en estos momentos no necesita otro. No debiste presentarte aquí —le reprochó enfadado, taladrándola con la mirada.

—Me ves como un problema —le recriminó sin importarle alzar la voz—. ¿Cuándo vas a darme mi lugar? Soy la madre de tu hijo.

—¡No empieces! —le advirtió con los dientes apretados. Trataba de calmarse.

—Déjame ayudarte, estoy aquí para eso. Me enteré por lo que estás pasando. No he venido para presionarte por el tema del niño —intentó relajar el ambiente. Llevaba un guion estudiado.

Víctor expulsó todo el aire que contenía y se sentó en el sillón de mala gana. Dana lo imitó y le dedicó una sonrisa.

—No me mires como a una enemiga. Te ves agotado. —Lo repasó de arriba abajo y llegó a sentir compasión por él. Le habían pasado demasiadas cosas en los últimos meses, pero ella era una mujer que siempre se movía por sus propios intereses y por dinero, y en esta ocasión no se iba a apiadar de él. Hacer que Víctor Ferrer regresase de nuevo Nueva York sería el mayor negocio de su vida, y pensaba usar todas sus armas para conseguirlo.

—He traído unos zumos y unas pastas —interrumpió la madre de Víctor—. Dana, cuéntame, cómo estás llevando el embarazo. Si necesitas algo...

Gloria se sentó a su lado y Dana la miró sonriente, se dijo que ya la tenía de su parte.

Víctor puso los ojos en blanco, se levantó y se marchó. Necesitaba respirar aire fresco, sentía que iba a explotar.

Como si fuese un huracán, así fue como entró Virginia en el despacho de Eva. La llamó nada más salir del hospital, rechazó tomar algo con Miguel, y le dijo que no se moviese de su despacho, tenían que hablar de un tema muy importante.

—No te vas a creer lo que acabo de descubrir —anunció Virginia en cuanto abrió la puerta. Venía con el corazón en la boca, como si hubiese corrido una carrera.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada Eva, levantándose hasta ella—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —afirmó con una sonrisa. Sentía una gran alegría de poder proporcionarle aquella información. Sabía que era el pasaje de Eva hacia la felicidad con Víctor.

Eva frunció el ceño y miró el vendaje de su mano.

Virginia le quitó hierro al asunto con un gesto de su otra mano. Llevó a Eva hasta el sofá que estaba en la parte derecha de su despacho y se sentaron.

—Me estás preocupando —murmuró. La miraba con atención.

—He descubierto que Dana no está embarazada —lanzó de pronto. No sabía por dónde comenzar y decidió hacerlo por el final.

—¿Qué?! —Eva la miraba con los ojos muy abiertos.

—Como lo oyes, ahora déjame que te cuente todo desde el principio —le relató desde que entró en el hospital y vio a Dana desde el ascensor hasta que descubrió su falso embarazo—. Mira, aquí tienes las pruebas. —Le enseñó las fotos de su historial médico.

—Dime que no has hecho algo así.

—Lo he hecho —afirmó sin cargo de conciencia alguno—. Tu felicidad bien lo valía. Esa mujer es una arpía y pretende destrozarle la vida a Víctor, no sé con qué fin se ha presentado aquí, pero queda claro que se vale de un engaño.

Eva suspiró y volvió a releer el informe que aparecía en la pantalla del móvil de Virginia.

—¿Y ahora qué hago? —preguntó agobiada. Esperaba que Virginia le diese la solución.

—Ir en busca de Víctor, contarle todo y ser muy felices. Ah, y poner a esa bruja de Dana en su lugar. Desenmascararla.

—Víctor no está aquí, aún está en los viñedos de su madre solucionando todo lo que la huida de Félix provocó.

Virginia estaba al tanto de la situación, era el paño de lágrimas de Eva.

—Pues preséntate allí —sugirió. Virginia era una persona muy arriesgada.

—Creo que lo mejor será que espere a que vuelva a Madrid y hable con él en persona. El tema es delicado, no puedo decir que vi un informe médico de Dana, eso te pondría en una difícil situación. Diré que la escuché hablar con alguien y que le confirme que realmente espera un hijo. Víctor sabrá cómo moverse a partir de ahí.

—Yo en tu lugar iba a buscarlo —insistió—. No me importa que digas que accedí a esos informes, esa mujer no hará nada en contra de mí. Todo es una mentira, y con respecto a Miguel, me da igual que se enfade conmigo. Sabes que ya lo tengo todo perdido con él. Tiré la toalla. Si decide no volverme a hablar será lo mejor.

Tras meditarlo mucho aquella noche, no pegó ojo, dio mil vueltas en la cama, Eva decidió esperar a que Víctor regresase a Madrid. Dana estaba en la capital, Virginia la había visto aquella mañana, no suponía un peligro entre ella y Víctor, y prefería no cargarlo con otro problema.

Pasaron tres días y Eva no pudo hablar con Víctor ni siquiera por teléfono.

Dana continuaba en los viñedos, se había instalado allí y cada día se llevaba mejor con Gloria. Trataba de ganarse a Daniela y Anselmo, pero aquello iba a ser complicado. Con Víctor las cosas avanzaban bien, había accedido a que le ayudase a encontrar y encajar datos en la contabilidad que Félix había llevado durante años. Lo cierto era que con la ayuda de Dana avanzó bastante, ella era buena en aquello y lo demostró, sin embargo, Dana no consiguió su propósito, ablandar a Víctor y volver a tener una buena relación. Intentó meterse en su cama la segunda noche, pero él la rechazó de forma contundente y le advirtió que la próxima vez la echaría de los viñedos definitivamente.

Gloria y Anselmo estaban al tanto de que Víctor no pensaba unirse de ninguna de las maneras a Dana. Les explicó que la situación era y sería complicada de ahora en adelante con ella, pero que tan solo la trataría como la madre de su hijo, él amaba a Eva y pensaba luchar por ella. Solo consiguió el apoyo de su abuelo, Gloria era más tradicional y prefería que aquel niño se criase en

el seno de una familia, que por lo menos lo intentasen, pero Víctor se negó a escuchar sus argumentos.

Dos días después, la presencia de Víctor en Madrid fue necesaria. Debía firmar una documentación del bufete que solo podía hacer él. En esta ocasión no pudo delegar en Javier como hizo en los últimos días.

No le dijo a Dana que se marchaba, cuando ella bajó a desayunar y preguntó por él Gloria la informó. Pensó la posibilidad de ir tras Víctor a la capital, pero decidió quedarse y esperarlo. Quizás si se ganaba a toda su familia volvía a conquistarlo a él.

Eva, Virginia y Elena desayunaban juntas en una cafetería del centro a la que les gustaba acudir de vez en cuando. Eva las ponía al tanto de que aún no le había contado a Víctor la verdad sobre el embarazo de Dana cuando el móvil le sonó. Ella miró de quien era la llamada y no lo atendió, de nuevo sonó y cortó con un mal gesto en el rostro.

—¿Quién insiste tanto tan temprano? —preguntó Elena. Le quedaba claro que no era una llamada urgente ya que su hermana no la había atendido.

—Es Diego. Desde el incidente en el bar no deja de llamarme para que quedemos.

—Se ha propuesto reconquistarte —murmuró Elena.

—Lo tiene todo perdido —comentó Virginia acabándose el café—. Y si se le llegase a pasar por la cabeza volver con él la encierro. Ese tío ya te hizo sufrir bien, te engañó. ¿Y ahora qué pretende?

—Se ha divorciado, de verdad —apostilló—, y dice que solo quiere que seamos amigos, pero no me interesa nada con él. Con Víctor he descubierto lo que es el verdadero amor —confesó al fin.

Virginia comenzó a aplaudir tras escuchar aquello, sin importarle que media cafetería centrarse su atención en ellas. Elena sonreía mientras Eva las miraba escandalizada.

—¿Tienes claro comenzar algo serio con él? —preguntó Elena.

—Sí, más que nunca —confesó decidida, les mostró una sonrisa enorme. Estaba decidida a ser feliz con Víctor.

—¡Bravo! —alzó la voz Virginia, avergonzando de nuevo a Eva cuando toda la cafetería centró de nuevo sus miradas en ellas.

Eva deseaba que llegase el mediodía, pensaba comer tranquila en casa y llevarse toda la tarde del viernes tirada en el sofá sin hacer nada. Virginia le había propuesto salir de compras, pero declinó la invitación. Necesitaba estar sola y pensar muy bien en cómo hacer las cosas de ahora en adelante con Víctor.

Un coche la dejó en la puerta de su casa, fue a una panadería cercana a comprar pan y al quiosco por algunas revistas. Cuando le pagaba al hombre, se dio media vuelta y se chocó con Diego.

—¡Eva, qué sorpresa! —se alegró de verla. De inmediato le dio dos besos demasiado afectuosos para el gusto de ella.

—Hola, Diego. La sorpresa es mía, de verte por aquí. —Sabía que vivía en las afueras de Madrid, él se lo había dicho en un intento de sonsacarle su dirección, pero Eva no cayó en el juego.

—Vengo de casa de un amigo que vive por la zona. —Ella no lo creyó, eran casi las tres de la tarde y no consideraba que fuese hora de una visita. Estaba segura de que habría indagado entre

sus amistades comunes la dirección de su casa—. No has respondido a mis últimos mensajes —le reprochó paciente y con dulzura.

Cansado de que no le cogiese el teléfono, se decidió por enviarle mensajes. Eva solo le contestó el primero, donde le decía que estaba muy ocupada. Luego, no le hizo más caso, pero Diego no dejó de llamarla y enviarle mensajes. Estaba seguro de que tarde o temprano accedería a salir con él.

—He tenido muchísimo trabajo, perdona —contestó por educación, con una sonrisa fingida.

—¿Haces algo ahora? ¿Nos podemos tomar una cerveza? —señaló un bar cercano.

Entre la espada y la pared, Eva no pudo mentirle y aceptó el ofrecimiento. También lo consideró necesario para hablarle con claridad y que no continuase molestandola.

Se sentaron en una mesa pegada al cristal del local que daba a la calle y pidieron dos cervezas. Diego rebotaba alegría mientras Eva trataba de disimular su incomodidad. No le gustaba compartir nada con el hombre que jugó con ella en el pasado.

Para su sorpresa, Eva descubrió que el tiempo pasó muy deprisa. Diego le habló de su trabajo en la universidad, de sus alumnos y, como era un tema que le apasionaba, le prestó atención al mismo tiempo que disfrutaba de la charla. Desde que se dedicaba a llevar el Grupo Quiroga junto con su cuñado, echaba de menos la música y el mundo que la rodeaba. Tenía en casa el gran piano que Elena y Martín le habían regalado, lo tocaba a veces, pero aquella conversación con Diego le devolvió parte de unos recuerdos que estaban dormidos dentro de ella.

Cuando miró el reloj de forma distraída Eva comprobó que había pasado casi una hora.

—¿Me aceptas una invitación a comer? —Diego desvió la mirada hacia el restaurante que estaba en la acera de enfrente.

—Está bien —aceptó mientras se levantaban de la mesa. Él dejó un billete de diez euros sobre ella y se marcharon.

Durante el aperitivo Eva no había tenido ocasión de dejarle claro que no le interesaba nada con él, ni siquiera que fuesen amigos, pero le pareció mal educado soltarlo así, de pronto. Esperaba que él propiciase la situación. De ahí que aceptase la invitación a comer.

Cuando salieron del local, Diego se permitió el atrevimiento de tomarla de la mano para cruzar la acera corriendo, como dos niños. No esperaron en el paso de peatón la indicación del muñeco verde.

Con el corazón acelerado y entre risas, llegaron al otro lado. Antes de encaminarse hacia la entrada del restaurante, se tomaron unos minutos para calmarse. Diego le colocó el pelo bien a Eva detrás de la oreja y aprovechó el gesto para acariciarle la mejilla mientras la miraba con intensidad.

En un gesto rápido, que Eva no presagió, Diego se tomó la libertad de besarla. Deseaba aquello desde hacía mucho tiempo.

Desde dentro de su coche negro, con los cristales tintados, Víctor observó todo. Los vio salir sonrientes y de la mano de un bar, cruzar la carretera y besarse como una pareja enamorada.

Tras la intensa mañana de reuniones y toma de decisiones, antes de volver a los viñedos para reencontrarse con más problemas y con Dana, deseaba ver a Eva. La calma y la estabilidad que ella le hacía sentir era justo lo que necesitaba en aquellos momentos. Tras muchos años, había sentido que llegaba al límite.

Con un nudo en la garganta, con ambas manos apretando con todas sus fuerzas el volante que tenía delante, contempló aquella escena que le revolvió el estómago y le partió el corazón.

Aceleró el coche y salió casi derrapando. No podía ver aquello por más tiempo. Sentía que lo había perdido todo en la vida.

El sonido de unas ruedas rechinar sobre el asfalto hizo reaccionar a Eva. No se esperaba aquel beso. Se separó de Diego de forma abrupta y le propinó una sonora bofetada, ofendida.

—No confundas las cosas, una charla y unas risas no significan nada. ¡No vuelvas a besarme jamás! —le advirtió muy enfadada.

—Lo siento, Eva. Fue un impulso. Te sentí tan cercana... Sabes que te sigo queriendo —se justificó.

—Yo no, Diego —le dejó claro, soltándose de un manotazo de él—. Para que no vuelvas a confundir nunca nada más, lo mejor será no volver a vernos ni hablar. Hasta siempre.

Echó a caminar con rapidez y la vista al frente.

—¡Eva! —escuchó tras su espalda, pero no se volvió ni permitió que la siguiese.

Diego era su pasado, y tras aquel beso había comprobado que estaba más enterrado que nunca.

Capítulo 18

Como un loco, sin rumbo, a toda velocidad y sin importarle nada, así conducía Víctor por la ciudad. Ver a Eva en los brazos de Diego le había desquiciado por completo.

Era consciente de que no tenía una relación seria y formal con ella, pero de alguna forma la consideraba suya y lo que sus ojos acababan de ver lo tomó como una traición. No tenía derecho a reclamarle nada y quizás ese hecho, fuese el que lo tenía peor. Debía tragarse todo el veneno que llevaba por dentro. No tenía contra quién escupirlo.

Con el corazón igual de acelerado que el coche que conducía, Víctor sentía que no podía más con todos los problemas presentes en su vida. Hasta el momento había lidiado con la repentina muerte de su padre, su hermana y su cuñado, con la ambiciosa exmujer de su padre y las trampas que había realizado para quedarse con lo que no le pertenecía, con una sobrina traumatizada que no hablaba desde la muerte de sus padres, con la desaparición de Félix y todo el dinero que había robado en los viñedos y la aparición de Dana de nuevo en su vida, embarazada.

Encontrar a Eva, una mujer que había calado en su corazón nada más cruzar una primera mirada con ella, era lo único bueno que le había sucedido. Y ahora sentía que la había perdido para siempre. Encontrarla besándose con Diego fue la gota que colmó el vaso de su caótica y desorganizada vida.

En aquellos momentos, se sentía perdido. Necesitaba olvidar aquella imagen de Eva en los brazos de otro hombre, que le perturbaba por dentro como un aguijón que cada vez se clavaba más profundo. Si no la tenía en aquel caos ¿qué sentido tenía su vida? Estaba cansado de luchar e ir contra corriente, así llevaba más de tres meses, pero Eva era su gran motor. Tenerla y no tenerla suponía como una especie de juego que lo mantenía activo, pero saber que la había perdido formaba parte de una derrota, y no estaba acostumbrado a perder.

Parado en un semáforo, con la cabeza reposada en el reposacabezas del asiento y los ojos cerrados, buscó una imagen de la última vez que fue feliz. En aquellos instantes se sentía la persona más desgraciada del mundo. Era incapaz de ver la luz por ningún lado.

La oscuridad más profunda, aquella que hacía años no sentía, se cernió sobre él. Una profunda necesidad, dormida durante años, despertó sin ni siquiera ser consciente de ello. Siempre pensó que lo había superado y que no volvería a caer jamás, pero al mismo tiempo supo que era lo que necesitaba o terminaría por cometer una locura. No se paró a pensar, todo le daba igual, solo necesitaba algo muy concreto. Y sabía muy bien dónde conseguirlo con facilidad, ya lo había hecho años atrás.

Eva subió a su casa, cabreada por el beso que le había plantado Diego, se metió en la ducha y se tomó un café tras colocarse unas mallas y un amplio jersey. De repente, escuchó un sonoro portazo en el piso de Víctor. Se levantó, abrió su puerta y se quedó tras la de la casa de su vecino, escuchando.

Sonidos de golpes tras golpes se repetían de forma constante. Se asustó, parecía que estaban

desvalijando la casa. De no ser por la seguridad que tenían en aquel edificio, habría llamado a la policía de inmediato. Pegó la oreja más a la puerta y escuchó más ruidos, sin voces de nadie. Armada de valor, aporreó el portón con todas sus ganas.

—¡Víctor! ¿Estás ahí? ¿Qué sucede? —gritó presa del pánico. No obtuvo respuesta, los golpes continuaban sin cesar—. Abre, por favor. —Nada. Esperó un poco por si escuchaba alguna voz.

Decidida, bajó al portero y le pidió la llave de la casa de su vecino.

—Por favor, necesito la llave de la casa del señor Ferrer. Acaba de llegar y con tan mala suerte ha resbalado en la ducha, me ha pedido ayuda. —No se le ocurrió otra excusa.

—Claro, señorita, le acompaño.

—No...

—¿Pido una ambulancia? —preguntó el hombre levantando el teléfono de la portería.

—No, por ahora iré yo sola. Si es necesario le aviso.

—Como usted desee, señorita Quiroga. El señor ha llegado hace apenas diez minutos y venía solo. Lo he visto aparcar su coche por las cámaras de seguridad —le informó. Esto tranquilizó un poco a Eva, era él quién estaba dentro de la casa y estaba solo. Aquellos golpes no eran con nadie.

Impaciente, Eva subió en el ascensor. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era arriesgado, pero no le importó. Tenía que ver con sus propios ojos qué le ocurría a Víctor y el origen de aquellos ruidos.

Con decisión, metió la llave en la cerradura y abrió como si se tratase de su propia casa. Lo primero que vio fue todo tirado por medio y revuelto. Sillas rotas, estanterías arrancadas, cortinas rasgadas y cuadros por los suelos, hecho añicos.

Con el corazón encogido, se atrevió a entrar. Era incapaz de articular palabra. Víctor estaba sentado en el sofá, inclinado hacia delante, sobre una mesa baja de cristal. Lo observó con aspecto desaliñado y se acercó a él, cautelosa.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó casi con miedo.

Víctor no la esperaba. Estaba tan sumido en su dolor que no escuchó la puerta ni las llaves. Cuando levantó la mirada, sus ojos vidriosos se cruzaron con los de ella.

Con los ojos muy abiertos, Eva lo miraba sin entender nada. Tenía la chaqueta por el suelo, las mangas de la camisa remangadas y hasta la mitad del pecho abierta. No parecía él. Un fuerte escalofrío le recorrió el cuerpo. De forma involuntaria, mientras se acercaba más, se abrazó a sí misma, presa del pánico que sintió ante la situación.

—Vete de aquí, Eva. Déjame solo, es lo mejor en estos momentos —vociferó.

—¿Qué pasa?! —preguntó con un grito ahogado, sin dejar de mirarlo. Aquel rostro desencajado, que se le hacía desconocido, la alarmó. No obtuvo respuesta de Víctor. El movimiento de sus manos sobre la mesa hizo que desviase la mirada y la centrase en lo que tenía allí delante. Cuando asimiló lo que realmente era, casi se le salieron los ojos de las órbitas. Nunca lo hubiese imaginado de él—. ¡¿Tú te metes esa mierda?! —preguntó en tono acusatorio, con la mirada clavada en la raya de cocaína que tenía delante. Una tarjeta de crédito azul reposaba sobre la mesa.

—Eva... —arrastró su nombre con pesar al pronunciarlo—. Vete y déjame solo con mi mierda.

—No lo puedo creer. —Estaba atónita. Lo miraba casi sin reconocerlo mientras se preguntaba de qué clase de hombre se había enamorado.

Víctor agachó la cabeza, sin importarle que estuviese presente.

En un impulso, Eva se acercó y barrió de un manotazo todo el polvo blanco de la mesa.

—Tengo más. —La miró impassible—. No te molestes, déjame solo —la invitó a marcharse,

recostado sobre la espalda del sofá, con los ojos cerrados.

—Pero... ¿por qué todo esto? —Miró a su alrededor, trataba de comprender la situación—. ¿De verdad consumes eso? —preguntó sin creerlo.

—Te juro que ahora mismo es lo que más necesito —confesó sin ser capaz de mirarla a los ojos—. No puedo con mi vida. Llegué al límite. —Elevó la mirada y le confesó—: Llevo años sin probarla, pero hoy siento que es mi salvación.

Ella acudió hasta su lado y se sentó junto a él. Le tomó las manos entre las suyas y lo obligó a que la mirase.

—¿Por qué? —exigió saber presa del pánico, mientras intentaba comprenderlo. Víctor le había dado demasiada información con muy pocas palabras.

Los ojos de Eva, vidriosos y a punto de llorar, esperaban una explicación. Podía sentir el dolor que le transmitían los de Víctor. Aferrada a sus manos, sentía una angustia que le taladraba el pecho. El sufrimiento patente del hombre que amaba se acababa de convertir en suyo propio sin saber las verdaderas razones que lo tenían así.

—Porque me siento lo peor de este mundo en estos instantes, porque nada me sale bien y porque necesito más que nunca en toda mi vida perderme en algo. Créeme que en estos momentos la cocaína es lo más sencillo. Juré no volverlo a hacer cuando salí del centro de desintoxicación hace años, pero no puedo más. Hoy llegué al límite de mi resistencia —confesó completamente hundido.

Eva sentía las manos de Víctor temblar entre las suyas. Con el corazón en un puño entendió que debía hacer algo por él. No podía dejarlo caer, no lo iba a permitir. Ya habría tiempo de las explicaciones, ahora lo primordial era salvarlo.

—Si necesitas perderte en algo, piérdete conmigo. Deja que sea yo la vía escape en tu vida. Tu nueva adicción. Déjame ser yo y no esa mierda que terminará por destruirte. Yo te brindaré un mundo completo de felicidad —le ofreció de forma desesperada, pero consciente de lo que decía.

Víctor la miró con media sonrisa burlona en los labios. No la creía.

—Vete, Eva. Es lo mejor. Te aseguro que hoy soy un completo miserable, tomaré todo lo que me ofrezcas sin escrúpulo alguno —reveló con intención de espantarla.

No se acobardó. Le soltó las manos y las llevó hasta sus mejillas, armada de valor y con el corazón roto por verlo en aquella situación.

—Toma de mí todo lo que necesites, hoy y siempre —pronunció con desesperación—. Te amo, Víctor Ferrer. Si tienes que volverte adicto a algo, que ese algo sea yo —le propuso con una sonrisa sincera.

La transparencia que Víctor leyó en sus ojos azules lo dejó sin capacidad de reacción por unos segundos. Cuando lo consideraba todo perdido, Eva le confesaba que lo amaba. No entendía nada. Desde que la conoció esperaba aquella revelación, y jamás la hubiese imaginado en aquel momento. Con lo que había visto y él le había dicho, ella debería haber huido de su lado hacía tiempo, sin embargo, ahí estaba, a su lado, con aquella sonrisa que le tenía paralizado el corazón y la capacidad de reaccionar.

Decidida, Eva tomó la iniciativa. Colocó ambas manos en la nuca de Víctor y lo obligó a besarla. El dulce sabor de su boca impregnó todos sus sentidos. Estaba hambriento de ella, la necesitaba como respirar. Le devoró los labios y sumergió la lengua dentro de su boca. Fue un beso voraz al que Eva le correspondió de la misma forma. Se besaron con auténtica urgencia y desesperación. Víctor estaba como loco, apenas podía pensar con claridad. Tener a Eva sí de dispuesta entre sus brazos era todo un sueño.

En un breve amago de lucidez, entre besos, Víctor tomó a Eva con fuerza de la cintura y la

separó de él.

—Vete ahora, por favor —le rogó preso de la pasión—, o no respondo de mí. —No obtuvo respuesta alguna, ella se acercó de nuevo y lo besó mientras comenzaba a quitarle la camisa con prisa—. Eva... —Trató de parar aquello de nuevo—. No va a ser romántico ni delicado. Quizás no estás preparada para ello —le advirtió al darle una última oportunidad.

—Sé que contigo siempre será perfecto, sea como sea —confesó perdida en él, sin soltarlo—. Me quieres, no necesito más para decidirme.

De un tirón le sacó la camisa, Víctor se dejó hacer. La miró, asintió y le atrapó la boca mientras se levantaba del sofá con ella en brazos, con las piernas alrededor de su cintura, completamente entregada.

Cuando llegaron a la habitación de Víctor, de camino a ella sorteó con habilidad todo lo que había tirado por el suelo, ambos iban desnudos de cintura para arriba. Con delicadeza, perdido en el sabor de sus pechos, le recorrió la cicatriz de la espalda. Sentados en la cama, Eva a horcajadas encima de Víctor, se deshicieron del resto de la ropa hasta estar completamente desnudos. Sentir a Eva tan ardiente y dispuesta lo encendió como nunca. La piel le quemaba y se sentía como un completo adolescente inexperto.

Eva sentía un gran vértigo, pero al mismo tiempo era consciente de que pese a todo, Víctor intentaba hacer de aquello algo muy especial. La emocionaba con el mimo que le recorrió ambas cicatrices de su cuerpo, la de la espalda y la cadera. Sus manos sobre su cuerpo era verdadera música, la sintonía que escuchaba en su propia cabeza, producida por los gemidos de ambos, era la más espectacular que nunca hubiese presenciado. Deseaba que se repitiese todos los días de su vida junto a él.

Entre los fuertes y musculosos brazos de Víctor se sentía única y especial, invencible, algo que jamás le había pasado con otro hombre.

Víctor no fue delicado ni cuidadoso cuando la penetró. Lo hizo en una sola y rápida embestida. Eva estaba más que preparada para recibirlo en su cuerpo en todo su esplendor. Sentir como la llenaba y la volvía a hacer mujer fue algo casi mágico.

Con cada fuerte embestida, cargadas de un profundo placer donde la hacían gritar cada vez que se sentía colmada por completo, sentía que Víctor le devolvía los años perdidos. Cinco años sin sexo había sido demasiado tiempo.

Víctor la llevó con maestría a un final explosivo donde vieron juntos todas las estrellas del universo. Eva terminó derrotada y sudorosa contra su pecho. Lo abrazaba con fuerza y deseaba quedarse así para siempre.

Incapaz de articular palabra, el corazón le bombeaba demasiado deprisa, como nunca antes, Víctor le acariciaba el cabello y la espalda con delicadeza, sin salir de su interior. No deseaba romper la unión.

Ella le dio un beso en el pecho y luego en el cuello, se sentía amada, cuidada y protegida. Víctor Ferrer acababa de demostrarle lo que era el verdadero amor, y nunca se había sentido tan viva.

—No creas que hemos acabado —le advirtió en un susurro, con una sonrisa pícaro que Eva no vio, pero se imaginó. No tenía fuerzas ni para levantar la cabeza—. Esto tan solo ha sido el principio, dame unos minutos para que me recupere.

Víctor sintió la sonrisa que esbozó Eva sobre su cuello.

—Después de cinco años estoy un poco desentrenada —confesó, cohibida, sin atreverse a mirarlo a los ojos—. Espero cumplir con tus expectativas.

Con un gesto delicado, le alzó la barbilla para darse el gusto de admirarla bien.

—Gracias por permitirme ser yo —dijo con un profundo orgullo. Sentía que aquella mujer era completamente suya.

—Gracias a ti por aparecer en mi vida y hacerme sentir todo esto. Te amo.

—Yo también te amo, mi diosa.

La besó de nuevo, con auténtica devoción, y ambos se perdieron en el placer de la pasión que los embargaba.

Volvieron a hacer el amor, con más calma, tomándose su tiempo, disfrutando de los preliminares y grabando cada reacción en sus recuerdos para siempre.

A la mañana siguiente, Víctor y Eva amanecieron juntos y abrazados en la cama. Despiertos, perdido cada cual en los maravillosos recuerdos de lo que habían vivido horas atrás, ninguno dijo nada. Se miraban sonrientes y felices sin atreverse a romper aquel instante.

Eva acariciaba el amplio y musculoso pecho de Víctor con su mano izquierda al mismo tiempo que lo miraba embobada. El Víctor que tenía junto a ella sí era el hombre que había conocido, nada que ver con el que encontró sentado en el salón de su casa y una raya de cocaína delante.

—Necesito que me lo expliques. Necesito entenderte y conocer tu historia —le rogó de una forma dulce y paciente. Él sabía que le debía una larga y extensa explicación, y había llegado el momento.

Se incorporó un poco en la cama, para apoyar la espalda contra el cabecero, pero no rompió el contacto con Eva. Deseaba tenerla abrazada cuando le contase la parte más oscura de su vida y que muy pocas personas conocían.

—Antes que nada, quiero que te quede claro que ayer no llegué a probarla. Tú lo impediste. —Eva se sintió orgullosa de ello, le dedicó una amplia sonrisa y dejó que continuase—. Comencé a consumir a los diecisiete años, junto con más amigos. Nos la ofrecieron en una fiesta y lo que comenzó como algo ocasional, pronto se convirtió en una adicción. Siempre fui un adolescente que manejaba dinero, mi familia siempre tuvo una buena posición económica y por ese lado no tuve problemas, confiaban en mí y me daban lo que pedía. Estuve enganchado casi dos años. Un día mi abuelo me descubrió cuando me quedé en su casa porque mis padres estaban de viaje, me dio tal paliza que estuve tres días en un hospital. A mis padres les dijo que me había caído de un caballo. Me propuso un trato: me internaba en una clínica y salía de esa mierda y nadie se enteraba de nada o se lo contaba a mis padres y me cortaban todo el dinero que me daban. Tomé la decisión acertada. Hicimos creer a mis padres que comenzaba a estudiar en una universidad de Londres y la realidad fue que me ingresó en un centro donde estuve seis meses. Gracias a él soy el hombre que soy a día de hoy, y a ti. No he vuelto a probarla desde aquella paliza de mi abuelo —confesó, la abrazó más fuerte y le dio un beso en el cabello mientras suspiraba.

—Tu abuelo es un gran hombre —murmuró Eva. Se removió entre sus brazos y lo miró a los ojos, de frente—. ¿Qué pasó ayer para que casi volvieres a caer? —preguntó intrigada, con un leve hilo de voz. Tenía miedo a su respuesta.

—He podido con todo lo que ha sucedido en mi vida en los últimos meses, pero no pude con el hecho de verte en los brazos de otro hombre y cómo te besabas con él. En ese instante mi mundo se rompió por completo, me marché y ya no fui dueño de mí mismo. —Había llegado la hora de las confesiones y de pedir explicaciones de una forma indirecta.

Eva lo miró preocupada y alarmada. Le acarició la mejilla con una mano temblorosa.

—Entre Diego y yo no hay nada —aclaró de inmediato, mirándolo de frente, con el ceño fruncido—. ¿No alcanzaste a ver la bofetada que le di tras el beso? Nos encontramos por casualidad, me invitó a una caña y acepté por educación. Desde la pelea en el bar no lo había

visto más. No me interesa nada con él. Mi corazón es tuyo por completo, yo soy tuya —afirmó orgullosa de ello. Lo besó preocupada.

Con el alivio más grande que jamás hubiese sentido, Víctor la abrazó con fuerza.

—Dios, Eva —suspiró aliviado y orgulloso al mismo tiempo—. ¿Por qué eres tan maravillosa? —La besó con ganas y ella le respondió con entusiasmo—. ¡Cómo me hubiese gustado presenciar el momento en el que pusiste a ese idiota en su lugar! —La volvió a besar de nuevo. Eva lloraba, sin poder parar, mientras lo besaba—. ¿Por qué estas lágrimas, mi amor? —preguntó preocupado, separándose un poco y tomándola por la barbilla con delicadeza.

—Porque por mi culpa casi vuelves a caer en las drogas. No puedo dejar de sentirme culpable. La abrazó fuerte, sintiendo que tuviesen que pasar por aquel mal trago.

—Todo ha pasado, estamos bien. No hay nada que lamentar.

—Cuando te tiré la raya al suelo me dijiste que tenías más —reveló casi con miedo, deshaciéndose de su abrazo.

Para tranquilidad de Eva, Víctor se levantó de la cama, exhibiendo su cuerpo desnudo, sin pudor alguno, y salió de la habitación bajo la atenta mirada de ella, que se quedó en la cama cubierta por las sábanas, con la mirada fija en el enorme tatuaje de un dragón que Víctor tenía en la espalda. Era la segunda vez que se lo veía y le llamó la atención.

Cuando regresó, traía consigo, en la mano, la chaqueta que la noche anterior estaba tirada por el salón. Rebuscó, delante de ella, en los bolsillos de esta, y sacó una pequeña bolsa transparente con polvo blanco.

—Es todo —anunció alzándola ante su vista—. Ven —Le tendió una mano para que se acercase a él.

Capítulo 19

Sin saber qué pretendía, Eva se levantó de la cama, despacio. Al igual que Víctor, desnuda y sin preocuparse por colocarse nada encima, se acercó a él y le estrechó la mano, demostrándole que estaría ahí siempre que la necesitase, sin condiciones.

La hizo caminar junto a él y la llevó hasta el baño. Abrió la tapa del váter y arrojó todo el contenido de la bolsa en él. Luego, tiró de la cisterna.

—Ya está. Nunca más. Te lo juro. Confía en mí —le rogó.

Eva se abrazó a él con lágrimas en los ojos, emocionada y orgullosa del hombre del que se había enamorado. Lo besó y paseó sus manos por la amplia espalda del amor de su vida.

Cuando abrió los ojos para mirarlo a la cara, a través del espejo que tenía enfrente vio el tatuaje de Víctor. Con sus dedos, en silencio, repasó la forma de aquel dragón.

—¿Y esto? —preguntó intrigada. Deseaba saber si tenía algún significado especial.

—Me lo hice cuando salí del centro de desintoxicación curado. Este tatuaje me recuerda cada día que una vez en mi vida apareció un dragón que casi pudo conmigo, pero yo fui más fuerte. El haber estado en el mundo de las drogas es una carga que llevo en mi espalda y nunca lo olvidaré.

—Prométeme que nunca volverás a caer —le rogó con preocupación.

—Te lo prometo. —Le dio su palabra y a través de su mirada Eva pudo verlo en su alma.

—Si alguna vez vuelves a sentir la necesidad... —comentó angustiada.

—No volverá a ocurrir —le cortó de inmediato—. ¿Sabes por qué? —Ella negó con un gesto de la cabeza, centrada en él—. Porque he descubierto que perderme en tu cuerpo es lo mejor que me ha pasado en la vida. No necesito más. Eres mi única adicción, Eva Quiroga —confesó con una sonrisa cargada de felicidad.

—Te amo, Víctor Ferrer —manifestó con el orgullo más grande del mundo—. Te quiero tal y como te conocí; prepotente, creído y sano. —Lo besó y sus cuerpos desnudos se fundieron uno contra el otro.

Víctor la arrastró hasta la ducha y ahí volvieron a hacer el amor.

Bajaron a desayunar a una cafetería cercana para reponer fuerzas, pasearon juntos y felices, comieron en un restaurante y luego Víctor sugirió ir al supermercado. Le apetecía pasar el resto del fin de semana encerrado en casa con la mujer que amaba, sin preocupaciones, tan solo ellos dos.

Tras un breve debate, decidieron trasladarse a casa de Eva, la de Víctor estaba hecha un completo desastre. El lunes enviaría a alguien para que pusiese orden, él se iba a encargar de ponerlo también en su vida. Ahora con Eva a su lado todo era diferente, se sentía otro hombre, mucho mejor que el Víctor Ferrer de antes.

Después de pasar la tarde tirados en el sofá, abrazados, con una película de fondo a la que casi no le prestaron atención porque las caricias y los besos entre ellos cobraban protagonismo, todo era muy nuevo y estaban deseando vivirlo, Víctor propuso hacer la cena. Se le ocurrió hacer una pizza casera y a Eva le encantó la idea de verlo metido de lleno en la cocina.

Con la mirada fija en el hombre que amaba, y una sonrisa en sus labios, admiraba lo sexi que se veía amasando la base de la pizza. Acostumbrada a verlo con traje de chaqueta y en el mundo de los negocios, le pareció de lo más adorable conocerlo en aquella faceta tan tierna.

Sumida en la imagen de los músculos de su espalda a través de la camiseta blanca que llevaba, apareció en su mente la cruda realidad. Habían estado inmersos en una nube de felicidad y no había tenido ocasión de decirle la verdad sobre Dana.

Esperó a que metiese la pizza con todos los condimentos en el horno, se acercó por detrás de él, lo abrazó y le dio un beso en la espalda.

—Tenemos algo importante de lo que hablar —murmuró con los labios pegados en su nuca.

Por el tono de su voz, Víctor supo de inmediato a lo que se refería. Pensó que no le había contado que Dana estaba en los viñedos, pero no tenía ganas de romper la burbuja en la que estaban. Sentía que se merecían un poco más de felicidad sin empañarla con otros problemas que podían esperar un poco más.

—Dejémoslo para el lunes. Lo que queda del fin de semana seamos solo tú y yo, por favor —le rogó mientras la abrazaba y le besaba el lóbulo de la oreja, aspirando su dulce aroma.

—Está bien —accedió devolviéndole el beso.

Después de comerse la exquisita pizza, Eva la elogió en cada bocado, miró a Víctor y sintió que era ella quien debía dar el siguiente paso en aquella relación.

—Pasa la noche conmigo, en mi cama —le suplicó con dulzura mientras lo abrazaba.

—No pensaba ir a ninguna parte sin ti —murmuró sobre sus labios antes de profundizar el beso.

—Vamos. —Tiró de la mano de Víctor hasta que consiguió ponerlo en pie—. Tenemos que inaugurar mi colchón —le propuso con una sonrisa pícaro de camino a la habitación.

—Será un placer, señorita Quiroga —murmuró junto a su oído, mientras la abrazaba por detrás.

El día siguiente, pasaron un domingo de lo más relajado. No salieron de casa ni apenas de la cama. Desconectaron los móviles y se rindieron a su amor, a todos los momentos de intimidad que se debían y habían desperdiciado desde que se conocían.

—Víctor... —murmuró Eva sobre su pecho después de hacer el amor— Creo que ambos somos conscientes de que no estamos tomando precauciones hasta ahora —le alertó—. No hemos mantenido esta conversación, pero...

Él se removió en la cama y la miró a los ojos.

—Soy consciente de ello y feliz de tenerte así, sin barreras. No tienes de qué preocuparte, estoy sano. Hace meses que no me acuesto con nadie y siempre he tomado precauciones.

—Creo que debemos comenzar a cuidarnos. Ya nos hemos arriesgado suficiente, es pronto para un hijo —anunció con algo de miedo. Deseaba ir despacio en aquella relación.

—Como tú desees —lo dejó en sus manos. Él estaba dispuesto a todo con ella, un hijo de Eva era lo más maravilloso que podía soñar.

—Mañana iré al médico y le pediré que me recete la píldora. —Víctor asintió, tranquilo.

—No tengo miedo de nada, contigo a mi lado me siento con fuerzas para afrontar lo que venga.

—Siempre me tendrás, te amo —confesó mientras lo besaba.

Aquella semana comenzó como la mejor de toda su vida, Eva trabaja en su despacho con una enorme sonrisa y un brillo especial en la mirada, sumida en los maravillosos momentos que había pasado aquel fin de semana junto a Víctor. Era un sueño del que no quería despertar. Había vuelto a creer en el amor, a disfrutar de la intimidad con un hombre sin sentir vergüenza por sus

cicatrices. Solo recordar con el mimo que él las besó hacía que el vello se le erizase. Se sentía inmensamente feliz de tenerlo a su lado.

De repente, la puerta de su despacho se abrió y él apareció ante ella. Con aquella sonrisa en los labios que le cortaba la respiración. La miró con un brillo intenso en su mirada gris. Cerró la puerta como si estuviese en su propio espacio mientras Eva escuchó el leve sonido del pestillo. Se mordió el labio esbozando una sonrisa mientras su corazón se aceleraba sin poder remediarlo.

—¡Qué sorpresa más agradable! —No se levantó del sillón que ocupaba tras la amplia mesa. Víctor fue directo hasta ella y la besó.

—¿Tienes idea lo sexi que estás en este lugar? —murmuró sobre sus labios, con ambas manos apoyadas en los brazos del sillón.

Se sintió felizmente acorralada.

—Estaba pensando en ti, creo que te he llamado con el pensamiento. —Le tomó el rostro entre sus manos y le acarició las mejillas mientras lo besaba.

—He venido a traerle unos documentos a tu cuñado y no pude resistirme a hacerte una visita y robarte unos besos.

—¿Solo eso? —preguntó en actitud coqueta, desafiándolo.

—No. —Se alejó un poco de ella y la miró serio—. También he venido porque siento unas ganas tan grandes y un mono que no he sentido nunca antes —confesó serio. Eva se tensó con sus palabras y se puso en alerta. Se levantó del sillón y paseó las manos por las solapas de la chaqueta de Víctor, incómoda y asustada—. Me confieso adicto a ti. —Se inclinó hacia ella y se lo susurró en el oído—. Necesito volver a hacerte el amor.

Sin apenas tocarla, con la simple melodía de su voz, consiguió que sintiese un tirón en el vientre. Eva lo miró y las piernas le temblaron. Pudo leer en su mirada que había llegado a su despacho con un claro objetivo. Cierta calor la inundó y necesitó tomar una bocanada de aire profunda.

—Víctor... —protestó sobre sus labios cuando la acercó a su cuerpo y sintió su deseo.

Dio unos pasos con ella hasta que el trasero de Eva se topó con la mesa. Víctor la miró con una enorme sonrisa y ella leyó en su mirada las intenciones.

—¿Qué te parece hacerlo aquí, señorita vicepresidenta? —preguntó mientras paseaba sus manos por debajo de la falda de Eva en una clara dirección. Cuando llegó a su objetivo, ella ahogó un grito.

—Es mi lugar de trabajo. Alguien podría venir —argumentó presa de la pasión. Ya no era dueña de ella misma en aquellos instantes.

Cuando Víctor la tocaba con la maestría que lo hacía en aquellos momentos y la besaba degustando cada rincón de su boca, conseguía que perdiese todo el control que siempre había pensado que tenía sobre sí misma. A todo aquello debía unirle la adrenalina que le corría por las venas, iban a hacerlo allí, sobre su mesa de trabajo.

Sin miramientos, Víctor tiró del escritorio todo lo que le estorbaba. Tomó a Eva en brazos y la sentó en la mesa, con la mirada fija en la de ella. Le abrió la camisa con expertos dedos y le subió el sujetador. Degustó sus pechos, inclinado sobre ella, mientras le subía la falda y le quitaba las medias y el tanga.

Eva le rodeó la cintura con las piernas y lo atrajo hacia ella. Lo necesitaba dentro con urgencia.

Víctor se desabrochó el cinturón y los pantalones con prisa y se los bajó. Eva intentó tocarlo, devolverle las caricias que ella había recibido, pero, con una ardiente mirada, le suplicó que no podía aguantar más. Le llevó la mano hasta sus labios, se la besó y la penetró con urgencia. Estaba

completamente preparada para recibirlo, lloraba por él.

Nunca antes había sentido tal perfección cuando estaba dentro de una mujer. Encajaban como dos piezas hechas a medida. Eva era muy estrecha y conseguía que Víctor perdiese la razón cuando lo aprisionaba de aquella forma tan intensa.

Después de un polvo impresionante, que los dejó sin respiración por unos minutos, ambos se miraron y comenzaron a reírse. Eran conscientes de que se habían comportado como dos salvajes, pero, al mismo tiempo, se encontraban más satisfechos que nunca.

—Me encanta ser el culpable de esas mejillas sonrosadas y tu cuerpo acalorado —confesó Víctor admirándola sobre la mesa, semidesnuda, mientras se componía los pantalones.

—Creo que no volveré a concentrarme sobre esta mesa después de lo que acaba de pasar aquí —murmuró Eva abrochándose la camisa.

Víctor hizo que lo mirase y le dio un beso arrebatador.

—Me gusta estar presente en tus pensamientos siempre. Y si es de esta forma, más. —La admiró con el pelo desordenado y los labios hinchados y sintió ganas de perderse en ella de nuevo. Cerró los ojos, le dio un beso de despedida y se marchó dejándola con las mismas ganas que él de repetir aquello, pero debían trabajar. Les quedaba un largo día por delante.

Flotando en una nube y con una sonrisa boba, así fue como encontró Virginia a Eva cuando entró en su despacho media hora después.

—¿Y esa cara de felicidad se debe a...? —preguntó intrigada. Eva no le había contado nada de lo sucedido aquel fin de semana con Víctor.

—Víctor —confesó de inmediato—. Este fin de semana... Él y yo... Estamos muy bien. —No sabía cómo decírselo.

—¡Oh! —Virginia saltó de la silla que ocupaba y fue a abrazarla—. ¿Te has acostado con él? Dime que esa cara es consecuencia de lo satisfecha que te ha dejado —rogó entre risas—. Tiene pinta de ser un dios en la cama.

—¡Virginia! —reprendió escandalizada. Luego asintió y ambas se abrazaron.

—Me alegro tanto por ti... Te ves radiante y feliz.

—Hemos pasado todo el fin de semana juntos. Ha sido maravilloso —confesó con ilusión.

—Con razón apenas me contestabas al teléfono. ¿Todo arreglado entre vosotros? ¿Cómo reaccionó con lo de Dana? —preguntó con interés.

—Bueno... No hablamos de eso —respondió algo confusa. Ni ella misma se explicaba cómo no había aclarado ya con Víctor aquel asunto tan importante.

—¡¿Cómo?! —preguntó Virginia con los ojos muy abiertos.

—Pasaron muchas cosas —se excusó.

—Imagino —la reprendió con una mirada y una sonrisa socarrona.

—Cuando fui a sacar el tema Víctor me pidió un fin de semana solo para nosotros dos, sin problemas. Y se lo concedí —argumentó.

—Pues habla con él lo antes posible —le aconsejó a modo de reprimenda.

—Si... acaba de estar aquí, pero no encontré el momento —comentó algo confusa y nerviosa—. No es fácil ponerse seria cuando me mira con ganas de devorarme. Consigue que me olvide de todo.

Virginia soltó una sonora carcajada que dejó a Eva expectante.

—Tú cara lo dice todo, eres un libro abierto. Puedo leer de qué habéis hablado. —Soltó un par de carcajadas más y se tapó la boca.

—Virginia...

—Ya, ya. —Cuadró los hombros y guardó las formas—. Si al fin y al cabo te envidio. Ojalá Miguel me visitase un día en mi despacho y me dejase con la cara que tú tienes ahora mismo para el resto del día. Digo yo, así se debe trabajar con más ganas, ¿no?

Eva le lanzó una bola de papel y ambas rompieron en carcajadas.

—Las cosas llegan cuando menos lo esperas. Si no es Miguel será alguien que realmente merezcas.

Aquella tarde Eva llegó a casa, se puso cómoda y esperó a tener noticias de Víctor. No había sabido nada más de él desde que se fue de su despacho.

El timbre de la casa de Eva sonó y fue a abrir. Encontró a Víctor, recién duchado, aún tenía el pelo mojado, y con dos maletas delante de ella. Un escalofrío y sensación de pérdida le taladró el pecho.

—¿Te vas? —preguntó casi sin voz, con la mirada clavada en su equipaje.

—Vengo a pedirle asilo a mi guapa y sexi vecina. Mi casa está hecha un desastre y necesita una reforma. ¿Sería usted tan amable de ofrecerme un lugar en su cama para dormir? —rogó con cara de niño bueno, trataba de darle pena.

El rostro de Eva esbozó una enorme sonrisa, se relajó, tiró de su camiseta negra y lo acercó hasta ella.

—¿Cómo negarme? Cuando me miras de esa forma me dejas sin voluntad. Estaré encantada de recibirte en mi casa, y en mi cama. Te necesito siempre cerca. —Se puso de puntillas y lo besó.

Víctor se fundió junto a ella y sin dejar de besarla, con gran habilidad, arrastró ambas maletas, cerró la puerta y se adentraron en el salón como dos enamorados.

—Tendrás que acogerme por algún tiempo —murmuró sobre sus labios, previniéndola. Lo último que quería era que se viese forzada a algo.

—No te vayas nunca, quédate para siempre junto a mí —le rogó colgada de su cuello, con el corazón latiéndole fuerte contra el pecho por manifestar sus deseos en voz alta. Sentía que no quería perder el tiempo.

—Es lo único que deseo durante el resto de mi vida. Soy tuyo por completo. Te amo.

—Y yo a ti —reveló emocionada, mirándolo a los ojos mientras le paseaba los dedos por el pelo—. Hay algo importante que debo decirte. —Lo tomó de la mano, se puso seria y lo llevó hasta el sofá.

Víctor la siguió confiado, lo único que necesitaba era su amor y la disposición con la que lo había recibido.

El teléfono de Eva sonó, pero no le hizo caso. Cuando se terminó el tono volvió a entrar otra llamada.

—Cógelo —la animó Víctor al ver que no iba a atenderlo de nuevo—. Tenemos toda la vida para que me cuentes ese algo importante —comentó con una mueca y le guiñó un ojo—. No me pienso mover de tu lado.

Accedió y atendió el móvil, las dos llamadas eran de Elena.

—Hola, hermana —la saludó Eva.

—He estado toda la tarde esperándote, ¿Qué ha pasado que me has dado plantón?

Con gran esfuerzo, Eva intentó recordar para qué había quedado con su hermana. A los pocos segundos pasó por su mente que tenía que probarse el vestido que llevaría para el desfile de la nueva colección de vestidos de novia de Elena, era la noche siguiente.

—Lo olvidé, discúlpame. —Cerró los ojos y se reprochó haber olvidado algo que era importante para su hermana.

—No pasa nada, te he escogido un elegante mono negro, en palabra de honor con escote corazón.

—Me encantará, como todo lo que diseñas.

Con los años, Elena también se había lanzado al diseño de vestidos elegantes para invitadas. Juntos con los vestidos de novias, su negocio cada día tenía más éxito.

En cada desfile de presentación de los diseños de novia, había acostumbrado a sus seguidores que ella, Eva y Virginia lucían tres vestidos exclusivos de su próxima colección de ropa de invitadas a fiestas y eventos.

—Te lo haré llegar mañana a la oficina.

—Perfecto. Nos vemos a las ocho. —Era la hora del desfile, no lo había olvidado, y luego había un cóctel para los invitados y prensa.

—¿Irás sola? —preguntó con cierto deje. Eva supo que pese a no haberle contado nada de cómo estaban las cosas con Víctor, por falta de tiempo, Elena ya lo sabía—. Por saber si te adjunto otra invitación.

—Que sean dos —resolvió sin pensarlo.

—Me alegro mucho —contestó Elena—. No me hacen falta más explicaciones, el tono de tu voz me dice que eres feliz —argumentó.

—Ya te contaré todo.

—Virginia me puso al tanto, pero será un placer conocer los detalles por ti.

—Te quiero, gracias por comprenderme.

—Estoy feliz por ti. Hasta mañana.

—Besos a mis sobrinas.

Cuando Eva colgó con su hermana ya no tenía a Víctor a su lado, había salido a la gran terraza de la casa.

Lo encontró sentado en el escalón que llevaba hasta el jacuzzi, que estaba tapado ya que estaban a finales de otoño.

—¿Qué haces aquí? Hace frío. —Eva se frotó los brazos.

Fue hasta él y Víctor la envolvió junto a su cuerpo.

—Estaba observando que tu terraza es más grande que la mía, y pensaba en algunos cambios. —Eva lo miró de forma interrogativa, con el ceño fruncido—. ¿Qué quería tu hermana? —la distrajo, no pensaba revelar por ahora sus futuros planes.

—Recordarme el desfile de mañana. ¿Te gustaría acompañarme? —preguntó mientras le recorría el rostro con un dedo, perdida en él y todo lo que le provocaba tenerlo así de cerca y su intensa mirada dedicada en exclusiva a ella.

—Por supuesto que lo haré —afirmó con orgullo—. Me encantará que todos nos vean como pareja y al día siguiente la prensa tenga de qué hablar —bromeó besándole el cuello y aspirando su aroma—. Quiero que todo el mundo sepa que Eva Quiroga es mía, y yo tuyo. Contigo siempre quiero mucho más.

—Tú siempre deseas más —comentó con una sonrisa, recordando todo lo sucedido entre ambos desde que se habían reencontrado.

—Quiero que seas mi mujer, no solo en cuerpo y alma, también ante la ley —reveló serio, escrutando con ávidos ojos la reacción de Eva, que lo miró con los suyos muy abiertos y el corazón bombeándole con fuerza contra el pecho—. Siempre te dejé muy claro que iba en serio. Lo quiero todo contigo. Eres la mujer de mi vida, jamás tuve algo tan claro. —Víctor le acarició la mejilla y con el gesto la hizo aterrizar sobre la tierra—. Tranquila, aún no te estoy proponiendo matrimonio —comentó con una amplia sonrisa—. Cuando llegue el momento, lo

sabrás —le guiñó un ojo y la besó.

Capítulo 20

En el refugio de su hogar, abrazados en el sofá frente a la chimenea, Martín y Elena descansaban después de acostar a sus gemelas. Eran unos padres muy entregados y se obligaban, con frecuencia, a jugar con ellas, ayudarlas con las tareas del colegio, bañarlas y cenar con ambas. El tiempo pasaba muy deprisa y Carolina y Eva eran la prueba de ello. Tenían cinco años y sus padres recordaban su nacimiento como si hubiese sido ayer.

Martín acariciaba el abultado vientre de su mujer, ya estaba de cinco meses y el miedo a un parto como el anterior lo tenía aterrorizado.

—Es muy inquieto, creo que le va a gustar jugar al fútbol —comentó Elena con una sonrisa mientras ambos sentían al bebé moverse.

—Me encanta verte embarazada, y a mi hijo dentro de ti. —Posó sus labios sobre los de ella y la besó.

—A mí me encanta tenerte así. Aquí, relajados, todo para mí, señor Quiroga. —Paseó sus manos por su incipiente barba y se perdió en los ojos de su marido.

Cada día estaban más enamorados y tras los años continuaban descubriéndose. Amaban la familia que habían formado.

—Pronto no habrá tanta paz, cuando él llegue —Le acarició de nuevo la barriga—, volverán las noches sin dormir —lo dijo con orgullo. Nunca había valorado demasiado las horas de sueño, y desde que era padre las valoraba menos. Prefería disfrutar de sus hijas.

—Por lo menos ahora no vienen dos —comentó recordando el caos en el que se convirtieron sus vidas con la llegada de las gemelas. Martín apenas tuvo tiempo de hacerse a la idea. Cuando se enteró de que iba a ser padre de dos niñas a Elena le faltaba muy poco para dar a luz.

—¿Dos mini Martín? —Ya habían llegado al acuerdo de que el bebé se llamaría como su padre. Elena frunció el ceño y sonrió.

—Dejemos el próximo embarazo doble para Eva y Víctor —comentó de pasada, pero a su mujer no le pasó desapercibido.

—¿Qué sabes tú que no me hayas contado? —inquirió seria, con tono de reproche.

—No sé nada con certeza, pero como bien sabes soy un gran observador. Esta mañana Víctor vino a mi despacho a firmar unos documentos, luego lo vi entrar en el despacho de Eva, se encerraron en él, y después, cuando me crucé con ella por los pasillos mostraba cierta aura de felicidad en su rostro —comentó con delicadeza.

—¿Aura de felicidad? —preguntó Elena sin entender a qué se refería su marido en concreto.

—Sí, Elena, estaba radiante —afirmó exasperado—. Olvidas que Eva es tu gemela, y tenía la misma cara que tú cuando yo te hago el amor y te dejo satisfecha, flotando en una nube.

Elena soltó un grito y se llevó las manos a la boca.

—¡Serás prepotente! —lo reprendió con una sonrisa en los labios, incapaz de enfadarse con él. Martín la abrazó y la besó.

—¿Quieres que te lo demuestre? —le retó con descaro mientras bajaba por su cuello, en

dirección a sus pechos, dejando un reguero de besos húmedos por su delicada piel.

Virginia se encontraba sola en casa, les había enviado un mensaje a Elena y otro a Eva y ninguna le había contestado. Supuso que estarían en compañía de sus amores. En la soledad de la noche era cuando más echaba de menos una pareja. Sentirse amada, cuidada y protegida entre los brazos de Miguel era su gran sueño desde que lo conoció, pero aquello no había ocurrido nunca y ya casi había perdido las esperanzas. Iba a cargar el último cartucho para intentarlo una vez más con aquel hombre, y si no conseguía nada, se daría por vencida, sobre todo por su orgullo.

Acababa de decidir poner en marcha el plan que le propuso días atrás su gran amigo Manuel, lo acababan de destinar a Madrid, cuando le contó lo que le pasaba con el hombre que tenía metido en el corazón a fuego desde que lo conoció.

Virginia estaba decidida a darle celos a Miguel con Manuel, este último era gay, pero nadie lo podría sospechar. Era guapo, alto, serio, nada amanerado y juez. El perfil perfecto para poner a prueba a Miguel, que no conocía al hombre ni sabía de su amistad desde hacía años con Virginia.

Aquella mañana, Víctor estaba reunido con Javier en su despacho. Lo había citado muy temprano. Ya tenía casi listas las dos demandas que pensaba interponer, una a Alexia, la viuda de su padre, y otra a Félix, el marido de su madre. Ambos eran unas sanguijuelas que solo querían el dinero de su familia y no lo iba a permitir. Tenía pensado enviarlos unos años a la sombra. Con todo lo que había reunido y pensaba probar, no tendrían escapatoria. Con respecto a Félix estaba seguro de que lo atraparían muy pronto. La policía lo buscaba y le habían chivado que lo tenían localizado.

Javier era un buen abogado penalista y Víctor le confió todo lo que pensaba hacer. Necesitaba que su amigo le confirmase si se dejaba algún cabo suelto tras leer los bocetos de demandas que le enseñaba. Las últimas semanas en su vida habían sido un caos y sentía que no hacía nada al cien por cien.

—Vaya con tu padrastro y tu madrastra —murmuró Javier tras leer todos los documentos.

—¿Cómo lo ves todo? —preguntó con interés cuando su amigo terminó de repasar la documentación.

—Vas a ganar —sentenció.

—Gracias.

—Si puedo ayudarte en algo más... ¿Quieres que las presente yo? —se ofreció para ir al juzgado a interponer las demandas.

—No. Lo haré yo mismo, muy pronto. Esta noche las repasaré de nuevo cuando vuelva de un desfile de moda al que tengo que asistir con Eva.

—¿Y qué pintas tú en algo como eso? —Se interesó Javier, sorprendido.

—Es el desfile de la nueva colección de su hermana y no podemos faltar.

—¿Tú y Eva...? —preguntó asombrado.

Hasta donde Javier sabía, Víctor y ella no tenían relación alguna y él estaba en los viñedos con Dana.

El día anterior Víctor solo le dijo que había decidido no volver a los viñedos, Dana estaba ayudando a su madre con los asuntos de la contabilidad y él tenía temas importantes en el bufete.

—Estamos juntos —anunció rebosante de felicidad. Apartó los documentos que tenían delante

y unió ambas manos sobre la mesa.

—¿Y Dana lo sabe? —preguntó su amigo, sorprendido.

—No he hablado con ella del tema, pero no le debo explicaciones de mi vida. No tengo nada con ella. Solo será la madre de mi hijo, y por error.

—¿Y Eva? ¿comprende la situación?

—Vamos poco a poco —prefirió no entrar en detalles.

De repente, la puerta del despacho se abrió y Alexia entró echa una furia. Cerró de un sonoro portazo y encaró a Víctor sin importarle la presencia de Javier.

—Dame una explicación a esto —bramó, le tiró en la mesa un dossier y esperó una respuesta con las manos en la cintura y actitud desafiante.

Lejos de acobardar a Víctor o enfurecerlo, este se tomó su tiempo. Se reclinó sobre el asiento y la observó, disfrutando del espectáculo.

—Creo que sabes leer —se burló de ella.

—¡No puedes desautorizarme! —le recriminó con un sonoro grito.

—Yo creo que sí. Mi padre era una marioneta en tus manos, yo no. Soy el socio mayoritario y no me gusta que representes a este bufete en los acuerdos que firmamos con las grandes empresas. De ahora en adelante lo haremos Javier o yo —le informó para gran sorpresa de ella.

—No sabes nada de esas empresas ni cómo mejorar los acuerdos, vas a llevar al bufete a la ruina —le echó en cara, furiosa.

—Javier me pondrá al tanto. —Lo miró y su amigo asintió en silencio.

—Has bloqueado mi acceso a las cuentas del bufete —le recriminó.

—Sí.

—Yo también soy socia, te demandaré —lo amenazó.

—Adelante —la animó con una sonrisa y le hizo un gesto para que abandonase su despacho.

—¿Podemos hablar esto a solas? —Miró a Javier echándolo de allí. El hombre se levantó en silencio y se marchó. Víctor solo le dedicó un asentimiento de cabeza—. ¡No lo soporto! —bramó una vez a solas—. Tú padre lo tenía en una alta estima, pero a mí nunca me cayó bien.

—Es bueno en su trabajo, y no es como tú —añadió—. Quizás esas sean razones suficientes para que no lo puedas ni ver. La solución es fácil, márchate. No tienes necesidad de trabajar. Te sobra el dinero.

—No me voy a ir —le advirtió desafiante—. Somos enemigos y que gane el mejor, suerte —le deseó mientras se marchaba tras dar un sonoro portazo.

Eva, Elena y Virginia almorzaban algo rápido juntas en el despacho de Elena. Estaba de los nervios con el desfile de aquella tarde y ambas habían ido para tranquilizarla y ayudarle en los últimos preparativos. Pidieron algo de comer ligero y se quedaron charlando y descansando tras una ajetreada mañana.

—Esto de que tu marido sea nuestro jefe y nos dé el día libre para ayudarte es la bomba —manifestó Virginia mientras se metía en la boca un poco de ensalada de arroz.

—Martín daría la vida por mi hermana, solo hay que ver cómo la mira —comentó Eva, sonriente.

—Si de miradas vamos a hablar... La de Víctor no se queda atrás. —Elena le guiñó un ojo a su hermana, le sonrió y esperó una respuesta.

—¿Eres feliz, Eva? —preguntó de forma intencionada Virginia.

—Mucho —reveló con el rostro cargado de felicidad—. Víctor es más de lo que siempre soñé. Cuando estoy a su lado y siento cómo me mira, creo que me transporto a otro mundo donde solo somos él y yo.

—Conozco la sensación —comentó Elena.

—Yo no —dijo Virginia un poco molesta—, pero no pasa nada. Podéis regodearos ante mí. Algún día aparecerá el hombre que me haga sentir como vosotras.

—¿Qué tal estáis en estos momentos? —indagó Elena. Deseaba saber cómo estaba la relación de su gemela y Víctor.

Eva les contó todo, pero obvió la parte más oscura en la vida de Víctor, no se sentía con derecho para contar algo tan personal sobre él.

—¿Aún no le has revelado el falso embarazo de Dana? —preguntó en tono de reproche Virginia.

—¡¿Qué?! —Elena la miró con los ojos casi desencajados.

—No, no se lo he dicho aún —afirmó Eva con remilgo ante las miradas de reproches de sus hermanas.

—¿Y a qué se debe? —preguntó Elena sin entenderlo.

—Estamos tan bien que no he tenido tiempo —se excusó—. En estos días que llevamos juntos nos hemos dedicado a recuperar el tiempo perdido, amándonos, y lo cierto es que hemos tenido pocas conversaciones importantes, aparte de la de anoche cuando Víctor me dejó claro que quiere que sea su mujer.

—¡Oh, te ha pedido matrimonio! —exclamó Virginia tocando las palmas.

—No. Me dejó clara su intención, pero no me lo pidió formalmente —aclaró sonriente.

—Cada día me caer mejor Víctor —manifestó Elena con alegría.

—Y a mí —afirmó Virginia.

Antes de ir a su casa para vestirse y acudir al desfile, Eva se pasó por casa de sus abuelos. Ellos también asistirían, y no deseaba que se enterasen allí de que tenía una relación formal con Víctor Ferrer. Le pareció mejor ir a decírselo en persona y que no se encontrasen con la sorpresa y ambos de la mano.

Cuando Eva le hizo saber a su abuelo que Víctor era nieto de Anselmo Garza tomó la noticia con más alegría. Conocer a la familia del hombre que pretendía a su nieta era un punto a favor.

Dana estaba de los nervios, Víctor llevaba tres días sin cogerle el teléfono. Tan solo sabía por su madre que había decidido quedarse unos días en Madrid para solucionar ciertos problemas con el bufete. Estaba indignada porque no le había preguntado cómo estaba ni le había dado las gracias por las horas que le dedicaba a la contabilidad de la empresa de su familia. Sin embargo, lo que la tenía desquiciada era la información que acababa de recibir. Víctor Ferrer iba a acudir con Eva a la presentación del desfile de modas de la hermana de esta, y ello significaría una declaración pública de su relación. Nunca en su vida se había sentido tan humillada como en esos momentos. Juró que Víctor lo iba a pagar muy caro.

Eva esperaba a Víctor en el salón de su casa, él había llegado apurado de tiempo y estaba en la ducha.

Cuando apareció ante ella casi se le cortó la respiración. Estaba impecable, con un traje de chaqueta negro, camisa blanca y corbata estrecha negra. Sus ojos grises brillaban más que nunca, cada vez que la miraba de aquella forma tan intensa Eva sentía que las rodillas le temblaban.

Con una enorme sonrisa, recorriéndole con la mirada el cuerpo, se acercó a ella. Le dio un casto beso en los labios y le acarició la mejilla.

—Estás preciosa —la elogió—. Ya sueño con quitarte lo que llevas puesto y tenerte toda para mí.

—Tú también estás muy guapo. —Recorrió las solapas de su chaqueta con las manos y le dio un beso, aspirando su aroma.

—No me entretengas o llegaremos tarde —le advirtió tomándola de la mano y encaminándose hacia la salida. Si iba a aquel desfile era por ella, lo que más necesitaba era meterse en la cama con la mujer que amaba y olvidarse del mundo hasta el día siguiente.

Cuando Eva y Víctor llegaron, de la mano, el desfile estaba a punto de comenzar. Las luces estaban casi apagadas y los asistentes sentados. Bajo la atenta mirada de casi todos los presentes, se dirigieron hasta sus lugares reservados en primera fila. Allí se encontraban Martín y sus hijas, Virginia, los padres de esta y los abuelos de Eva. No hubo ocasión para presentarles a Víctor, lo haría al finalizar el desfile.

La nueva colección de Elena Galván cobró vida y Eva descubrió, para su gran sorpresa, que la había llamado “Eva&Elena”. Eran vestidos de novias de ensueños, casi mágicos, que hacían presagiar una boda perfecta.

Durante todo el desfile Víctor no le soltó la mano, con cada caricia y apretón que le daba le decía que un día ella llevaría un vestido como aquellos para convertirse en su mujer.

Al finalizar el desfile, todos los vestidos de novia y un avance de los vestidos de fiestas, Elena hizo subir a sus hermanas al escenario, para agradecerle su apoyo y manifestar que ambas eran su constante inspiración en aquella colección.

La ocasión de presentar a Víctor Ferrer a sus abuelos surgió tras el desfile, en el cóctel que se daba después para todos los invitados.

—Me gusta que seas el nieto de un gran amigo. Hace tiempo que no veo a tu abuelo, muchacho —dijo Sebastián a Víctor. Lo escrutaba con ojos ávidos y el leve asentimiento de cabeza que hizo le gustó a Eva. Tenía la aprobación de su abuelo.

—Ya no viene por Madrid. Los viñedos son toda su vida. Pero puede ir un día a visitarlo, seguro que le encantará.

—Me gusta la idea, llevo años para ir a conocer las tierras de tu familia y aún no tuve la ocasión.

—Abuelo, ¿os lleváis ya a las niñas? —Elena se acercó con sus hijas de la mano. Aquella noche la iban a pasar con sus bisabuelos y estaban impacientes por marcharse ya. El ambiente de los mayores les aburría.

Begoña tomó de la mano a las gemelas y se despidió de Víctor.

—Cuida de mi nieta, muchacho. Hazla feliz, se lo merece —le recomendó Sebastián antes de marcharse.

—Tiene usted mi palabra. La amo más que a mi vida —respondió con el corazón en la mano.

Mientras, Eva se despedía de su abuela y sus sobrinas, las tres le daban la enhorabuena por el novio tan guapo que tenía.

—Víctor es maravilloso, abuela. He tenido mucha suerte de encontrarlo.

—Solo hay que ver como ese hombre te mira para saber que te ama y eres lo principal en su vida. Te mereces a alguien como él.

Cuando sus abuelos se marcharon, Víctor abrazó a Eva, pegando su espalda contra su amplio pecho.

—Prueba superada, creo que he aprobado —le susurró al oído con una enorme sonrisa.

Le había gustado conocer a toda la familia de Eva, ello lo hizo sentir más cerca de la mujer que amaba.

—Y con nota. Mi abuela me dijo que tus ojos revelan cuanto me amas. Te los has ganado a todos.

—Me alegro, pero la única que me interesa eres tú.

Eva se revolvió entre sus brazos, lo miró y lo besó. No le importó estar rodeados de mucha gente, hizo lo que sentía y llevaba toda la noche anhelando besarlo como se merecía.

—¡No puedo creer esto! —gritó Dana, sobresaltando a Eva y Víctor, inmersos en un beso y ajenos a ella—. Llevo tres días sin noticias de ti, no te has dignado a llamarme desde que te marchaste y me dejaste sola en los viñedos con tu familia —le reprochó enfurecida.

Eva desconocía aquella información, y por la cara de Víctor supo que era cierta. Lo miró desconcertada y decepcionada preguntándose porque ella estaba en la casa de la familia de Víctor.

Capítulo 21

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó Víctor entre dientes, tomándola del brazo y reprimiendo el impulso de zarandearla con fuerza.

Cuando reparó en el rostro de Eva, Víctor no supo qué hacer. Tenía que haberle contado que Dana se presentó por sorpresa en los viñedos y estaba en casa de su familia. Debía haberle aclarado que no tenía nada con ella más allá de ser la madre de su hijo.

—Creo que es obvio, he venido a buscar al padre de mi bebé.

De repente, se vieron rodeados por Elena, Martín, Miguel, Virginia y los padres de Virginia.

Virginia y Elena se situaron al lado de Eva, Dana estaba muy nerviosa, como descolocada. Gritaba y hacía gestos exagerados con las manos.

—Te recuerdo que es lo único que nos une. Te presentaste en las tierras de mi familia por voluntad propia y convenciste a mi madre de quedarte allí unos días, sabes que yo no estaba de acuerdo —le recordó de forma intencionada, de paso Eva escuchaba como sucedió todo.

—¿Estás con esta mujer? —preguntó ofendida Dana, haciendo caso omiso a sus palabras.

—Sí. Eva y yo somos pareja. —Fue hasta ella y la tomó por la cintura.

Eva observaba a Dana mientras una gran ira se desataba en su interior. Se decía a sí misma que aquel no era el momento de contarle a Víctor la verdad. Miraba a Elena y Virginia y sentía que ellas la animaban a hacerlo, pero estaba segura de que ello provocaría un escándalo y no deseaba aguarle el broche final de una gran noche a su hermana.

Cuando Dana se vio perdida, que todos a su alrededor la miraban y la invitaban a marcharse, decidió representar su mejor papel hasta ahora. De repente, se llevó una mano al vientre, se dobló sobre sí misma, y comenzó a quejarse.

—¡El bebé, Víctor! —gritó—. No me encuentro bien.

Víctor y Miguel acudieron hasta ella de inmediato, el resto de personas alrededor no se movieron, se miraban atónitos. El padre de Virginia venía de camino con dos guardas de seguridad, pensaba echar a aquella mujer de allí.

—Soy médico, ¿dónde te duele? —Miguel se interesó en ella, pero Dana lo rechazó.

—Víctor, llévame a casa. Necesito reposo, descansar —ordenó con tono estridente.

—Vamos a un hospital. —Víctor la tomó por la cintura, intentó que se incorporase un poco y anduviese con él hasta la salida.

Le dirigió a Eva una mirada en silencio de disculpa y sintió como si le clavasen un puñal en el corazón. En parte era como si la estuviese traicionando y elegía a Dana, pero no podía hacer otra cosa. Estaba seguro de que Eva entendería la situación. No podía dejar a la madre de su hijo desamparada.

De repente, Eva dio un par de pasos, tomó a Víctor del brazo e impidió que continuase caminando.

—Ni se te ocurra caer en el juego de esta mujer —le advirtió seria y decidida.

Eva no lo miraba a él, tenía los ojos clavados en Dana. La taladraba con ellos al mismo tiempo

que le decía que lo sabía todo. Observó como la mujer tragó con dificultad, sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

—¿Qué ocurre, Eva? —preguntó Víctor desconcertado, nunca la había visto así. Echaba fuego por los ojos, la mirada de odio que le dirigía a Dana daba miedo.

—Miguel, ven por favor —ordenó Eva, altiva, ignorando a Víctor—. Esta mujer dice que está embarazada. Por favor, llévala a tu hospital. Él es el director —le informó a Dana con una sonrisa fingida—. Que la revisen bien y luego le comunicas que lo más probable es que el dolor que siente en el vientre sean gases, porque no existe ningún embarazo real.

—¿Qué dices, Eva?! —Víctor se acercó hasta ella y le tomó del brazo, sin creer lo que escuchaba.

—¡Estás loca! —gritó Dana a la defensiva—. Y celosa —apostilló de forma hiriente.

—No está embarazada. Te mintió —le reveló Eva con valentía y la mirada clavada en Dana.

—Esta mujer solo quiere separarnos. No la creas —le rogó Dana tirando de su otro brazo. Necesitaba irse de allí con él.

—Eva no tiene necesidad de separarnos, ella ya me tiene. —Escrutó a Dana con una mirada furiosa mientras esperaba una explicación por parte de Eva, a la que taladraba con la mirada de forma inconsciente.

Lo que Eva acababa de decir era muy grave, la conocía bien, no era la clase de persona que jugaba con esas cosas.

—¿La vas a creer a ella, que la conoces tan solo desde hace unos meses o a mí, que llevamos juntos años? —le reprochó—. Esta mujer es una mentirosa.

—Eva, explícate. ¿Por qué afirmas que Dana no está embarazada y me engañó? —preguntó serio, exigiéndole una explicación.

—Víctor, por favor, créeme —le rogó. No podía desvelar frente a ella cómo tenía aquella información. Miraba a Virginia y la veía decidida a soltarlo todo, pero la reprendió con una mirada—. Te lo explicaré todo en casa, te ruego que confíes en mí, mi amor.

—Dana, dime la verdad, ¿estás embarazada? —exigió saber, encarándola.

—Sí. Espero un hijo tuyo y no me siento bien. Necesito irme de aquí. Si algo malo le pasa al bebé tú tendrás la culpa.

Víctor estaba entre la espada y la pared.

—Víctor... —le rogó Eva—. No la creas, ¿has visto algún informe o alguna ecografía? Aparte de su palabra, ¿hay alguna prueba médica que lo acredite? —intentó hacerlo entrar en razón y ponerlo de su parte. Que confiase un poco en ella.

Él negó con un gesto. Se pasó las manos por la cabeza y se revolvió el pelo. Se estaba volviendo loco. Eva podía ver la desesperación en su mirada.

—Ha llegado la hora de elegir, ¿ella o tu hijo? —preguntó Dana, fingiendo de nuevo dolor. Miguel estaba al lado de ella y la tenía tomada por el brazo. No sabía qué pensar de todo aquello.

—Yo te llevaré al hospital —intentó que caminase con él.

—Víctor, ¿no vienes? —le exigió con una mano en el vientre y mirada desafiante.

Con valentía, y a sabiendas de que podía terminar con todo, Eva le ofreció su mano a Víctor en señal de que se la tomase y se quedase a su lado. Era consciente de que lo estaba haciendo elegir, pero debía hacerlo. Poner en aquella tesitura.

Él la miró, reticente a tomarla de inmediato, dudaba. Estaba entre la espada y la pared, nunca se había encontrado en una encrucijada tan grande. De pronto, se le vino a la mente un consejo que le dio su abuelo hacía mucho tiempo; *“cuando no sepas qué decisión tomar, escucha a tu corazón”*. La razón le decía que no podía dejar a Dana sola sin saber si era cierto que no estaba

embarazada y porqué le había mentido según Eva, y su corazón le decía que creyese a Eva sin dudar de ella.

Tras varios minutos de una intensa agonía interior, miró a las dos mujeres que esperaban su decisión, y le tomó con fuerza la mano a Eva, sin dudar.

Ella se abrazó a él y Víctor la sintió temblar contra su cuerpo. Le dio un beso en el cabello y le susurró al oído:

—Siempre serás lo más importante en mi vida. Te amo. Y te creo.

Eva lo miró con ganas de llorar.

Dana, furiosa, echó a caminar hacia la salida bajo la atenta mirada de todos. Tan solo Miguel fue tras ella, pero en el aparcamiento se negó a que la acompañase.

—Te lo explicaré todo en casa —le dijo Eva en una especie de ruego, entrelazando sus dedos con los de él.

Víctor solo asintió, incapaz de decir nada más. Hizo un gran esfuerzo y esperó aquella explicación que tanto ansiaba.

Un silencio se hizo entre todos los presentes. Los padres de Virginia habían desaparecido, Martín abrazaba a su mujer y Miguel volvió de nuevo con ellos, y con un gesto de las manos les informó de que Dana se había marchado sola.

Eva y Víctor se dirigieron a la salida, para ellos la noche había llegado a su fin y tenían una larga conversación por delante.

Una vez en casa, el trayecto en el coche lo hicieron en silencio, se pusieron cómodos en el sofá y se enfrentaron a la realidad.

Ambos habían ocultado información y había llegado la hora de poner las cartas al descubierto.

—Eva, explícamelo todo —le rogó con paciencia. Se sentía como si un tren hubiese pasado por encima de él.

Ella se levantó, bajo la atenta mirada de Víctor, abrió un cajón y sacó un sobre blanco pequeño.

—Toma, será mejor que lo compruebes por ti mismo. —Le extendió el documento y él lo cogió entre sus manos. Eva había imprimido las fotografías del informe médico que Virginia le envió al móvil.

Víctor lo leyó de inmediato.

Eva, sentada a su lado, esperaba una reacción.

Los ojos de Víctor se abrieron mucho, el rostro se le quedó pálido y la miró desconcertado.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó con un hilo de voz.

—Yo... —titubeó—. Será mejor no mezclar a nadie más en esto.

—Eva, no me vengas con esas —la apremió serio—. Ahora no. Necesito la verdad más que nunca.

Consciente de la confianza que le pedía y de la importancia del tema, nerviosa, retorciéndose las manos, asintió.

—Virginia acudió al hospital y vio a Dana por casualidad, luego se quedó sola en el despacho de Miguel, el ordenador estaba encendido y buscó la historia clínica de ella. Ese es el resultado. Acudió al hospital hace una semana para retirarse un DIU —le indicó la fecha que se reflejaba en el informe—. No está embarazada ni nunca lo ha estado, como puedes comprobar en su historia clínica.

Víctor expulsó aire con dificultad, sentía que lo tenían aprisionado por dentro.

—¿Desde cuándo conoces esta información? —preguntó pensativo, se sentía abrumado, incapaz de encajar porqué Dana se había presentado en España con un embarazo inventado.

—Desde hace una semana —contestó con sinceridad, a sabiendas de que esto provocaría en él un ataque de furia.

—¿Una semana?! —bramó, poniéndose en pie y paseándose por el salón como un león enjaulado—. ¿Y estos días que llevamos juntos? ¿Cómo no me has dicho nada? —le reprochó con gritos.

—Se me olvidó —respondió con el corazón acelerado, nunca lo había visto tan furioso.

—¿Cómo se te pudo olvidar algo tan sumamente importante? —le volvió a gritar, sin entender su forma de actuar—. Debiste decírmelo en cuanto te enteraste.

—Lo siento —se disculpó apenada, con lágrimas en los ojos y la cabeza gacha, incapaz de mantenerle la mirada por más tiempo—. Cuando me enteré no supe cómo manejar la información. Tú no estabas aquí y sabía que tenías problemas en los viñedos de tu familia. Tras pensarlo mucho decidí esperar a que regresases y contártelo en persona. Cuando eso ocurrió todo entre nosotros fue tan intenso, tan fuerte y tan bonito al mismo tiempo, que una parte de mí solo deseó vivirlo y no empañarlo con nada. Había imaginado en tantas ocasiones estar cómo hemos estado estos días que me dejé llevar por un sueño. Ahora sé que no actué bien. Debí habértelo comunicado antes. Lo siento —se disculpó de nuevo, retorciéndose las manos mientras varias lágrimas rodaban por sus mejillas.

Víctor sintió que se le partía el corazón al verla así. Todo su enfado de esfumó de repente, fue junto a ella, la tomó por los brazos, la obligó a levantarse y la abrazó con fuerza.

Desesperada, se refugió contra su pecho. Víctor le alzó la barbilla, hizo que lo mirase con aquellos ojos rojos llenos de lágrimas negras debido al rímel y la pintura del rostro.

—No vuelvas a ocultarme nunca nada más —le rogó con dulzura y paciencia—. Confía siempre en mí. Estaré ahí para apoyarte y ayudarte en todo, mi amor.

La besó y Eva se dejó llevar por aquel delicioso beso, era lo que más necesitaba en aquellos momentos. Sentirlo cerca y de su lado.

Se sentaron de nuevo en el sofá, Víctor le limpió los restos de lágrimas y la tomó de las manos para tranquilizarla. No le gustaba verla así.

—Tú tampoco me dijiste que Dana estaba en los viñedos de tu familia. —Eva no lo dijo en forma de reproche, sino como un recordatorio.

—Se presentó allí sin avisar. Puso al tanto a mi madre y a mi abuelo de su embarazo, pero la situación conmigo nunca cambió. Siempre le dejé claro que ya no me interesaba nada con ella como mujer.

Eva respiró con tranquilidad y se abrazó a él. Le rodeó la cintura con las manos y cerró los ojos junto a su pecho mientras Víctor le mesaba con mimo el cabello.

—¿Todo perdonado? —Alzó la barbilla y lo miró con ojos suplicantes.

—¿De verdad estamos discutiendo por esto cuando en realidad debemos de estar celebrándolo? —Le mostró una sonrisa radiante y ella le correspondió—. Te amo, Eva.

—Y yo más que nunca. Que me tomases la mano y creyeses en mí en el momento más difícil de tu vida significó mucho para mí —reveló mientras recordaba los instantes de agonía que vivió hasta que Víctor decidió creerla frente a Dana.

—Habló mi corazón, no te lo voy a negar. Me dejé guiar por él.

—Buena elección —manifestó sonriente, besándolo de nuevo.

—¿Sientes que ese hijo no exista? Quizás ya te hiciste ilusiones con él —comentó con miedo.

—Yo solo deseo tener hijos contigo. Tras la noticia del falso embarazo de Dana solo puedo sentirme liberado y feliz. Lo único que deseo es estar unido a una sola mujer el resto de mi vida, y esa eres tú, como esposa, madre y compañera.

La besó y ambos sintieron que en ese momento comenzaba su verdadera andadura como pareja consolidada, sin obstáculos en el camino.

Tras el altercado en el desfile de Elena, Miguel llevó a Virginia a casa. Durante el trayecto, este ató cabos, había observado cómo Eva tuvo que acallar a Virginia cuando iba a decir algo referente al falso embarazo de Dana.

—Dime que la información que tiene Eva y tu compartes —afirmó sin tapujos—, no la sacaste de mi ordenador el día que te dejé sola en mi despacho.

Tras salir Dana, Miguel accedió, desde el móvil, con sus claves al historial de la mujer en el hospital. Desde hacía dos años trabajaba en la clínica privada más importante de la capital, si Dana había acudido a un médico durante su estancia estaba seguro de que lo haría en su clínica, aquella mujer derrochaba glamour por todas partes y no iba a permitirse menos.

Cuando descubrió la verdad se remontó al día que dejó a Virginia sola en su despacho. Cuando volvió a usar el ordenador comprobó que ella había lo había utilizado, pero no alcanzaba a saber para qué. Pensó que fue para su propio historial médico con respecto a la mano lastimada, y lo dejó pasar.

—Lo siento, no pude evitarlo —afirmó sin tapujos ni remordimiento alguno.

Miguel dio un brusco frenazo y se apartó a un lado de la calzada.

—¿Pero tú sabes lo que has hecho? —bramó furioso—. Eso es información confidencial —le gritó fuera de sí.

—No hace falta que me lo expliques —manifestó con tranquilidad y la mirada al frente—. Lo siento, si tengo que responder por mis actos lo haré, pero mi hermana será feliz y esa mujer ya tiene su merecido.

—Eres una inconsciente. —La miraba y no la reconocía.

—Lo siento, supongo que dejarás de hablarme y no me permitirás entrar más en tú despacho, me lo merezco —dijo resignada.

Miguel puso el coche en movimiento de nuevo, no esperaba aquella reacción tan calmada de Virginia.

—Lo dejaré pasar por esta vez —resonó su voz al cabo de unos minutos, cuando ya casi había llegado a la puerta del edificio donde Virginia vivía—. ¿Me invitas a una copa? Creo que me la debes.

Ella le sonrió y asintió.

Tras un par de copas, mientras comentaban más relajados el numerito que montó Dana hacía unas horas, Miguel y Virginia se sentían muy a gusto.

—¿Quién era el hombre ese que se marchó con tus padres y no te quitó ojo en todo el desfile? —le preguntó con curiosidad.

—Manuel, un amigo que han trasladado a Madrid hace poco, es juez.

—¿Y cómo de amigos sois? —se interesó.

—¿A qué viene esa pregunta? —le rebatió.

—Simple curiosidad —comentó mientras se esforzaba por aparentar indiferencia—. Te mereces a un buen tío. —Le recorrió la mejilla con los dedos y Virginia cerró los ojos. Su contacto la alteraba.

—Y tú no lo eres —comentó con añoranza.

—Ya hemos tenido esta conversación otras veces, no soy un hombre para ti. Más de diez años mayor que tú, divorciado y que tiene claro que no desea una familia ni hijos.

Se acercó peligrosamente a sus labios, respiró su aroma y se permitió darle un breve pico.

—No me hagas esto Miguel —susurró presa del deseo que había despertado con su sola cercanía.

Consciente de que la situación podía irsele de las manos, Miguel se levantó y puso distancia. Se habían besado en ocasiones anteriores, un día estuvieron a punto de acostarse, pero lo paró. Virginia era una mujer importante para él, no deseaba tratarla como a las demás que pasaban por su cama, pero al mismo tiempo era consciente de que no quería una relación estable con nadie por muy difícil que le resultase, cada vez más, estar lejos de ella.

Eva y Víctor amanecieron abrazados en la cama, desnudos, después de una intensa noche de amor.

—Debo de ir a hablar con Dana. Necesito enfrentarla y me cuente porqué el invento de un embarazo para recuperarme cuando en los meses que llevaba en España nunca me había llamado ni había intentado recuperar lo nuestro —murmuró con Eva entre sus brazos. Necesitaba cerrar para siempre aquel capítulo de su vida—. ¿Lo puedes entender? —preguntó al cabo de varios segundos, ante su silencio.

Eva se revolvió entre sus brazos, apoyó ambas manos en su pecho y lo miró.

—Sí —afirmó calmada y con una mirada transparente. Confiaba en él.

Víctor le dio un beso en los labios, y se levantó hacia la ducha. Eva no lo siguió, sentía que no podía con su cuerpo. No pensaba ir a trabajar, previamente ya se había tomado aquel día libre.

Cuando Víctor salió del baño, completamente vestido, se acercó a ella mientras se colocaba el reloj en la muñeca. Eva reparó en él, adormilada, boca abajo en la cama, con la espalda desnuda. Él fijó los ojos en la cicatriz de su espalda, la que tantas veces ya había acariciado y besado. Le dio un beso en ella, la arropó un poco más y le recorrió la mejilla con los dedos.

—Vuelvo enseguida —le susurró en voz baja, cerca del oído—. Duerme un poco.

Eva solo asintió, sumida en un profundo cansancio.

Dana tardó en abrir la puerta de la habitación del hotel donde aún se alojaba. Víctor llamaba con fuerza y vociferaba su nombre sin importarle los demás huéspedes. Algunas puertas de las habitaciones cercanas se abrieron para ver qué pasaba en el pasillo.

—No quiero verte, Víctor. Anoche ya elegiste —vociferó cuando lo tuvo enfrente. Él la hizo a un lado y entró decidido—. Nunca sabrás nada más de tu hijo. Mañana mismo regreso a Nueva York.

—Deja ya de fingir, Dana. No existe ningún hijo. Y si continúas con la farsa, vamos en este momento a un médico para que te haga una ecografía y pueda ver cómo está mi supuesto hijo —bramó casi fuera de sí. Odiaba las mentiras.

—No voy a ir a ningún lado. Dudas de mí que me conoces bien y crees a una mujer que acabas de conocer —le reprochó, furiosa.

—¿Por qué haces todo esto? Lo nuestro estaba terminado antes de yo regresar a España, estábamos juntos por pura rutina —le reprochó dolido—. Ambos teníamos en casa lo que necesitábamos y nos convenía para no perder tiempo buscándolo fuera —le espetó con dureza, pero eran conscientes de que era la realidad—. ¿Por qué este invento? —preguntó desconcertado—. No te faltan hombres con dinero alrededor.

—Porque te amo, lo supe cuando te fuiste. Pensé que volverías, que no soportarías estar en España por mucho tiempo, pero cuando me di cuenta de que no sería así y de que no me extrañabas, decidí regresar a buscarte. Cuando llegué te encontré en los brazos de otra mujer, y no

lo esperaba.

—Lo que has hecho es muy bajo. —La miró con asco.

—Deseaba recuperarte. —Estaba desesperada. Saberse descubierta la descolocó por completo desde la noche anterior.

—Me conoces bien, Dana. Las presiones no van conmigo. Ni las mentiras.

Ella lo miró desafiante, altiva. En su interior se sabía derrotada, pero era tan orgullosa que era incapaz de demostrarlo.

—¿Sabe tu vecinita que fuiste un puto adicto a la cocaína? —escupió las palabras con la intención de dañarlo. Le sonrió de forma malévola.

—Deja en paz a Eva. —Se acercó, perdiendo la paciencia, la tomó con fuerza del brazo y le advirtió—: Ni se te ocurra acercarte a ella. Márchate a Nueva York y dedícate a llevar lo que mejor sabes hacer, la vida de los demás, porque tú no tienes. Y no te vuelvas a interponer en mi camino porque lo lamentarás —le advirtió echando fuego por los ojos.

Víctor lamentó haber confiado en el pasado en Dana y haberle contado su problema con las drogas, pero lo consideró necesario ya que en el mundo que se movían en Nueva York, las importantes fiestas a las que los invitaban sus clientes, la droga siempre estaba presente.

Luego, se marchó sin decirle nada, la miró de arriba abajo con desprecio y cerró la puerta con un sonoro golpe.

Dana se quedó furiosa, había perdido y no atinaba a saber dónde había estado la brecha de su elaborado plan.

Capítulo 22

Cuando Víctor regresó a casa encontró a Eva profundamente dormida en la cama, se deshizo de la ropa y se metió dentro con ella. Al sentirlo, se despertó.

—Abrazame fuerte, te necesito —le rogó él.

—Estoy aquí. —Eva sintió que temblaba. Supuso que la conversación con Dana no debía haber sido fácil, pero no hizo preguntas.

Víctor suspiró, le acarició el cabello y no dijo nada más, tenerla acurrucada a su lado era cuanto necesitaba.

—¿Te apetecería pasar el fin de semana en los viñedos? —le propuso tras un largo silencio—. Nos marchamos el viernes a mediodía y vemos a mi familia y a Daniela. Quiero contarles que Dana no estaba embarazada y presentarles oficialmente a mi novia. —La besó y Eva sintió que volvía a ser el Víctor de siempre, no el niño asustado que la abrazaba hacía unos minutos.

—Tu novia... —pronunció pensativa y sonriente—. Me gusta cómo suena.

—Mi novia, mi futura mujer, la futura madre de mis hijos... —enumeró sonriente—. Todo suena maravilloso.

—Sí. Todo suena a felicidad. —Se revolvió entre sus brazos y lo besó.

—Mi madre, mi abuelo y Daniela se van a llevar una gran alegría, iremos sin avisar, para que sea una sorpresa.

—Me encanta la idea. Tengo muchas ganas de volverlos a ver, sobre todo a Daniela. Esa pequeña me robó el corazón.

Dos días después Víctor y Eva aparecieron en los viñedos para la gran sorpresa de Gloria, Anselmo y la pequeña Daniela, que cuando vio a Eva corrió hasta sus brazos muy emocionada.

—Hijo, qué gran sorpresa ¿por qué no avisaste de que venías? —preguntó feliz de tenerlo de nuevo a su lado. Miró a Eva un poco extrañada y rezó al mismo tiempo porque Dana ya no estuviera en los viñedos. Miró de nuevo a su hijo pidiéndole una explicación, no entendía nada. Dana iba a tener un hijo suyo y él iba y venía como si nada con Eva.

—Queríamos que fuese una sorpresa —anunció mientras cogía a su sobrina en brazos y rodeaba la cintura de Eva con el otro—. Tenemos dos noticias importantes que daros.

Se encaminaron hacia el interior de la casa, donde los esperaba Anselmo. Como era habitual en él, se encontraba sentado en su sillón, delante de la chimenea encendida, con su perro fiel tumbado a los pies.

—Mira quiénes acaban de llegar —resonó la voz de Gloria nada más entrar en la casa, para llamar la atención de su padre que estaba adormilado.

—Víctor, Eva, qué alegría veros juntos —comentó Anselmo poniéndose de pie con algo de dificultad. A su edad las piernas se le quedaban dormidas cuando pasaba demasiado tiempo

sentado. Y ya llevaba tres horas allí, desde que terminó de almorzar.

Los besó a los dos y los miró con curiosidad. Gloria los invitó a tomar asiento.

Daniela le extendió los brazos a Eva para que la sentase en su regazo, continuaba sin hablar, pero con los gestos que le manifestaba a su familia se hacía de entender a la perfección.

—Como ya le he dicho a mi madre —comenzó a hablar Víctor—, tenemos dos noticias que daros. Creo que debo empezar por la que es menos importante para mí: Dana no está embarazada. Todo ha sido una gran mentira para que volviese con ella.

—¿Cómo?! —preguntaron a la vez Gloria y Anselmo, con los ojos muy abiertos.

—Es una larga historia que no me gustaría repetir —añadió Víctor—. Todo está aclarado y yo feliz. —Le tomó una mano a Eva y la llevó hasta sus labios, donde depositó un breve beso mientras la miraba sonriente—. Os presento formalmente a la mujer de mi vida —anunció de golpe—, la amo. Pronto la convertiré en mi esposa —confesó con orgullo, mientras la miraba con ojos de enamorado.

Eva sonreía, aferrada a Daniela, mientras pasaba un momento incómodo.

—¿Cómo me alegro, hijo! Ella sí es la mujer indicada para ti —manifestó Anselmo. Fue hasta Eva y le dio un beso en el cabello.

—Oh, Eva, es maravilloso. Tú y Víctor... —Gloria también los felicitó y se alegró por la nueva noticia.

—Este viejo quiere ver a tus hijos correr por este salón, así que espero no me hagáis esperar mucho —manifestó Anselmo, feliz—. Será todo un orgullo ser bisabuelo a la misma vez que mi gran amigo Sebastián. ¡Qué cosas tiene el destino! Esta unión hay que celebrarla. Gloria, trae vino para brindar ahora mismo.

Gloria fue por una botella y llenó cuatro copas. Todos, sonrientes y felices, brindaron por un futuro lleno de felicidad.

—Eva, puedes invitar a tu familia para que vengan a pasar un fin de semana completo, así nos conocemos todos. En la casa hay sitio de sobra —la animó Gloria.

Eva asintió. Le gustó la proposición.

—Claro, qué buena idea. Hace mucho que no veo a tu abuelo, muchacha. Me encantará recibirlos a todos.

—Se lo propondremos. Martín y Elena tienen dos hijas de cinco años, seguro que a Daniela le encantará conocerlas y jugar con ellas —comentó Víctor.

Eva sonreía al mismo tiempo que admiraba la gran familia que iban a crear. Nunca había imaginado sentirse tan dichosa como en aquellos momentos. Un futuro junto a Víctor era más de lo que jamás llegó a imaginar.

El hombre que amaba fue hasta ella, le dio un beso en la mejilla y la sacó de sus pensamientos.

—¿Feliz? —preguntó mientras la miraba con atención, trataba de leer qué pasaba por su mente en aquellos momentos.

—Mucho. —Le devolvió un breve beso en los labios y luego se los acarició, perdida en ellos.

Pasaron la tarde en familia, delante de la chimenea, junto al calor de un verdadero hogar. Eva jugó a las muñecas con Daniela en la alfombra mientras Gloria ponía al tanto a su hijo de los últimos balances que hizo en la contabilidad de los viñedos con Dana. Ya estaba todo al día, tenían toda la documentación y las cifras exactas que Félix les había robado.

Al caer la noche, tras la cena, Eva y Víctor decidieron retirarse a descansar. Llevaban un día agotador, habían trabajado aquella mañana y tras el almuerzo pusieron rumbo a los viñedos, las horas de carretera comenzaban a hacer mella.

Cuando la pareja desapareció, de la mano, bajo la atenta mirada de Anselmo y Gloria, Daniela

dormía desde hacía un par de horas. La madre de Víctor suspiró aliviada.

—Se ven felices. Nunca había visto ese brillo tan especial en la mirada de mi hijo.

—Me gusta verlo así de enamorado. Ella siempre lo guiará por el buen camino —comentó sumido en sus recuerdos.

Su hija lo miró a la espera de una explicación más extensa de aquel comentario, pero Anselmo tenía la táctica de cuando no quería hablar de algo cerraba los ojos y simulaba dormir.

Tras terminar de subir las escaleras, Víctor llevó a Eva hasta su habitación. No la soltó de la mano. Cuando ella vio que abría la puerta y que tenía la intención de que durmiesen juntos protestó.

—Víctor... ¿qué van a pensar tu madre y tu abuelo?

—Me da igual lo que se les pase por la cabeza. Ya saben que eres la mujer que amo, vendremos a esta casa muchas más veces y no voy a dormir separado de ti por un formalismo estúpido y anticuado.

—Pero... es la segunda vez que me ven —argumentó.

—Que se acostumbren. —La acalló con un beso. Entraron en la estancia y cerró la puerta con llave. A Eva no le pasó desapercibida la acción y lo miró de forma interrogante, con una ceja alzada—. No voy a arriesgarme a que Daniela venga a buscarte y te encuentre —murmuró mientras le besaba el cuello, perdido en ella.

—No hemos deshecho ni las maletas. —Eva apreció que ambas estaban en los pies de la cama.

—No te hará falta el pijama, te lo puedo asegurar —musitó él antes de inclinarse sobre ella y apoderarse de sus labios. Con delicadeza, los separó con suaves besos y se adentró en su boca con firmeza. Nunca se cansaría de explorarla.

Sin pensar más en la situación, Eva se entregó a aquellos besos que la enloquecían y le hacían perder la razón. Se dijo que se había vuelto completamente loca por hacer el amor con él la primera vez que visitaba la casa de su suegra, pero era una marioneta en las increíbles manos del hombre que amaba.

Al día siguiente, Víctor llevó a Eva a recorrer la finca a caballo muy temprano. Le gustaba madrugar y le costó arrancarla de la cama con el frío que hacía a finales de noviembre, pero pensaba demostrarle que el madrugón bien merecía la pena.

A Eva no le apasionaban demasiado los caballos, pero Víctor le escogió una yegua muy mansa, llamada Cian, con la que se sintió muy segura. Por otro lado, él no se separó de ella en todo el recorrido por las tierras. Cabalgaron hasta los límites de los viñedos y luego le enseñó las bodegas mientras le explicaba el proceso de elaboración y embotellado.

Cuando regresaron a la casa era casi mediodía, la pequeña Daniela los esperaba junto con su abuela, ambas sentadas en un sofá en el porche. Con el sol sobre ellas, Víctor y Eva contemplaron una estampa maravillosa. Gloria era una abuela entregada, jugaba a todo lo que le pedía su nieta. Había llegado de recoger flores y tenía un pequeño ramo sobre la mesa para que la niña se lo regalase a Eva.

Nada más que Daniela vio a Eva y sus tíos dirigirse a la casa desde los establos, cogió las flores y salió corriendo dirección a ambos. Emocionada, Gloria contemplaba la escena al mismo tiempo que miraba al cielo y suplicaba porque aquella pequeña volviese a pronunciar alguna palabra pronto y escuchase el dulce timbre de su vocecita.

Daniela le extendió el ramo de flores a Eva y ella lo tomó emocionada. Besó a la niña y la tomó en sus brazos.

—Vas a conseguir que me ponga celoso —murmuró su tío al besarla y cogerla de los brazos de

Eva.

—Creo que le recuerda a su madre. Contigo se comporta de una forma especial a todos nosotros —admitió Gloria. Había ido tras su nieta—. La comida está lista —anunció cambiando de tema.

Daniela comenzó a tocar las palmas, si algo tenía era que comía muy bien. Por ese hecho no se tenían que preocupar.

—Mamá, primero vamos a darnos un baño —dijo Víctor—. En menos de media hora estaremos listos en el salón. Daniela, ayuda a la abuela a poner la mesa. —Le entregó a su sobrina a su madre cuando llegaron a los pies de las escaleras del porche de la casa y tomó a Eva de la mano.

Cuando Eva tomó conciencia de que tiraba de ella lo siguió tras hacerle un gesto de despedida a Daniela con la mano.

—¿Tú no te cansas de avergonzarme delante de tu madre? —le reprendió de camino a la habitación—. ¿No tienes suficiente con que durmamos juntos que le anuncias que nos vamos a la ducha también? Podías haber subido tú y luego hacerlo yo.

Víctor no tomó en cuenta sus comentarios, se limitó a abrazarla, aspirar el olor a tierra que impregnaba su cuerpo y besarla mientras abría la puerta de la habitación.

—No pienso perderme el placer de ducharme contigo —murmuró sobre sus labios mientras comenzaba a sacarle el chaleco por la cabeza, ya en el baño.

—Cuando bajemos, tú madre y tu abuelo sabrán lo que hemos hecho. —Podía leer en los ojos de Víctor el deseo—. Tú eres un descarado al que todo le da igual, pero yo no —murmuró en tono mandón.

—Te acostumbrarás. —Le sonrió, se deshizo de los calzoncillos y los pantalones y la metió en la ducha con él de un tirón. Pegó su espalda contra los azulejos aún fríos y, apoderándose de su boca con ansias, le advirtió—: Tendrá que ser algo rápido.

A Eva no le dio tiempo de replicar. La alzó y la penetró de golpe, transportándola a otro mundo y dejándola sin capacidad para decir nada más, solo sentir.

Tras un orgasmo demoledor, terminaron en el suelo de la ducha, saciados y sin poder sostener sus cuerpos por más tiempo en pie. Víctor tiró de la mano de Eva y comenzó a enjabonarla con mimo. Ella, recostada sobre su pecho, flotando aún en una nube, se dejó hacer.

—Cuando llegemos a Madrid te voy a hacer el amor de una forma tan lenta que creerás que es una completa tortura. Ah, y te dejaré gritar todo lo que desees —añadió al recordar que la noche anterior y hacía un rato tuvo que acallar sus gritos con besos y la mano—, no creo que a tu vecino le moleste. —Le guiñó un ojo y continuó con la tarea.

Sentir las manos de Víctor masajeándole el cuero cabelludo con mimo, la hizo estremecerse. Nunca lo había imaginado tan entregado.

El fin de semana en los viñedos pasó muy rápido. Eva y Víctor volvieron a Madrid, donde los esperaban un montón de trabajo. Prometieron a la familia de Víctor volver pronto, junto con la familia de Eva y pasar unos días todos reunidos.

Víctor trasladó todas sus pertenencias a casa de Eva, ella estaba más que encantada con tenerlo en allí para siempre y dormir con él. Durante el día, apenas se veían, pero las noches eran de ambos. Por muy cansado y difícil que les resultase una jornada laboral, sabían que terminaría con un final feliz.

Aquella tarde Eva llegó pronto a casa, pese a no saber cocinar y odiarlo, decidió sorprender a Víctor con una cena casera hecha por ella y se puso manos a la obra bajo las instrucciones de su abuela desde el teléfono.

A las diez, Eva recibió un mensaje de Víctor en su móvil.

*Llegaré tarde. Es algo importante lo que me retiene alejado de ti. Luego te lo contaré.
Un beso, te quiero.
Espero encontrarte despierta y me alegres este difícil día que llevo.*

Cuando Víctor llegó era casi la una de la madrugada. Eva lo esperaba dormida en el sofá del salón, envuelta en una manta, con la televisión de fondo. No lo escuchó entrar. Él le pagó la tele, fue hasta ella, se sentó a su lado y la admiró allí dormida como un ángel. Le acarició la mejilla y ella se removió, entreabrió los ojos y lo vio a su lado. Lo recibió con una sonrisa. Llevó su mano hasta la de él y lo miró preocupada, se veía realmente agotado.

—¿Estás bien? —preguntó incorporándose de golpe. Paseó ambas manos por el rostro de Víctor.

—Deberías estar en la cama —murmuró con los ojos cerrados, agotado.

—Te esperaba. Es muy tarde. ¿Qué ha sucedido? —Llevó la mano derecha hasta su entrecejo y lo acarició con los dedos. Lo tenía en tensión.

—Siento que no puedo con el pellejo. Necesito un baño, relajarme.

—Vamos.

De inmediato, Eva se puso en pie y tiró de él. Lo llevó hasta la bañera y comenzó a llenarla mientras lo desvestía en silencio.

—Hoy han detenido a Félix —anunció—. He tenido que ir a comisaría y todo el jaleo de acusaciones y demás. Le van a caer unos cuantos de años a la sombra —murmuró.

—Me alegro de que lo hayan encontrado. —Eva estaba más centrada en él que en lo que le contaba, le preocupaba el estado de Víctor.

Lo desnudó y lo metió en el agua caliente con espuma que le había preparado. Él se dejó hacer. Una vez dentro, cerró los ojos y recostó la cabeza contra el borde de la bañera.

—Llevaba una buena cantidad de dinero con él, al menos mi madre no lo ha perdido todo —le reveló.

Eva cogió la esponja, mientras lo escuchaba hablar, le echó gel de baño y comenzó a enjabonarlo.

—Supongo que no ha sido fácil.

—Llevaba más de diez años casado con mi madre. Yo no conviví mucho con él porque llegó cuando yo me marché a estudiar fuera, pero lo consideraba de mi familia.

—¿Cómo se encuentra Gloria? —se atrevió a preguntar mientras le mojaba el pelo.

—Se hace la fuerte para que mi abuelo, Daniela y yo no suframos, pero sé que esto no lo esperaba. Me siento impotente de no poder hacer nada más por ella que enviar a ese cabrón a la cárcel.

—Haces mucho más, la ayudas, estás a su lado, la apoyas. Eres un buen hijo.

—Hoy creo que no soy bueno en nada.

—No digas eso. —Le dio un beso en la boca, necesitaba reanimarlo.

Víctor suspiró. Eva lo conocía bien y sabía lo que necesitaba para sacarlo del letargo que lo azotaba.

—Entra aquí conmigo —le rogó con los ojos entornados.

—No. Vamos a la cama —le ordenó ella. Le tendió una mano y lo esperó con una toalla en la otra.

Lo envolvió como a un niño pequeño, lo secó, Víctor se dejó hacer, y luego se encaminó

desnudo hacia la cama y se metió en ella.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Eva desde los pies de la cama, enfundada en su bata de estar por casa y en zapatillas.

—En estos momentos, solo a ti —anunció con una enorme sonrisa y un brillo especial en la mirada.

Eva le sonrió y con delicadeza, dejó caer la bata por sus hombros. Víctor descubrió que no tenía nada más debajo.

Sentado en la cama, le tendió la mano para que se reuniese con él.

Ella no tardó en tomársela y sentarse a horcajadas encima suya. Le pasó las manos por la cabeza y se la masajeó.

—Víctor... la última vez que te vi así... —Estaba muy preocupada.

—Estoy bien. Ha sido un día terrible, pero tenerte así lo compensa todo. —Acarició su cuerpo desnudo y la besó—. No tienes de qué preocuparte. —Eva le dedicó una sonrisa forzada, pero él supo interpretarla a la perfección. En esta ocasión fue Víctor quién pasó los dedos por su entrecejo e intentó aliviarle la tensión—. Mi única tentación eres tú. Si necesito algo para relajarme y sentirme bien es esto —La pegó más a su cuerpo—, tu piel contra mi piel, sintiendo que somos uno mismo. Gracias por preocuparte por mí.

—Te amo —murmuró antes de besarlo—. Eres mi principal razón para vivir.

Sus cuerpos se fundieron y se quedaron derrotados hasta la mañana siguiente, abrazados y saciados.

Cuando Eva despertó Víctor ya no estaba en la cama, encontró una nota en la mesita de noche.

Hoy también tengo un día complicado. No te desperté al marcharme porque dormías plácidamente, pero sí me despedí de ti con un beso. Nos vemos esta tarde, no iré a comer para llegar antes a casa. Te amo.

Con una sonrisa en sus labios, le encantaba despertar con una nota así, cogió el teléfono y llamó a sus hermanas para desayunar juntas.

Elena y Virginia estuvieron en su casa en una hora. No le apetecía desayunar en la cafetería cercana al trabajo, allí iban demasiados conocidos y no quería interrupciones. Tenía que poner a sus hermanas al tanto del fin de semana que había pasado en los viñedos con la familia de Víctor, que todo con él iba sobre ruedas y transmitirle a Elena la invitación del abuelo de Víctor para que pasasen un fin de semana todos juntos.

Capítulo 23

Al final de la mañana, Eva llamó a Víctor y cuando escuchó su voz agotada, le dijo que se encontraba en su despacho, inmerso en mucho trabajo y pensaba comer algo rápido allí, decidió hacerle una visita para aligerar su día. Lo notó un poco agobiado y le preocupaba que la situación por la que pasaba con el marido de su madre lo desestabilizase.

Eva nunca había estado en el bufete de Ferrer Abogado, pero sabía dónde se encontraba. Nada más llegar, con la primera persona que se encontró fue con Alexia. Ambas mujeres se conocían de varios eventos en los que había coincidido, siempre fue Alexia la que se acercó a saludarla, le interesaban las buenas relaciones con ella ya que unos de los principales ingresos del bufete provenían del Grupo Quiroga.

—¡Qué sorpresa verte por aquí! —Desde el desfile de la nueva colección de Elena era público para toda la alta sociedad de la capital que Eva Quiroga y Víctor Ferrer eran pareja—. ¿Vienes a ver a Víctor? —preguntó con amabilidad, como si se llevase bien con su hijastro, mientras le daba dos besos—. Está reunido con Javier, pero deben de estar por terminar —comentó mientras miraba la hora—. Llevan bastante tiempo ahí metidos.

—No te preocupes, Alexia. No tengo prisa. Espero aquí a Víctor —le indicó los sillones de la sala de espera del lugar, sin ánimo de darle más conversación. Estaba al tanto de todo lo que aquella mujer había hecho antes y después de la muerte de su marido, Víctor se lo había contado en el camino de vuelta a Madrid con detalles.

Alexia se marchó, llevaba un abrigo y un maletín en la mano, y Eva se quedó sola en la sala. No hizo falta que le indicase a la recepcionista quién era ni a qué había venido, escuchó la breve conversación con Alexia y cuando esta se marchó le dedicó una tímida sonrisa.

Tras veinte minutos de espera, la puerta del despacho se abrió y Javier salió. Eva se puso en pie de inmediato, lo saludó y cuando se aseguró de que Víctor se encontraba a solas entró. La puerta no estaba cerrada del todo. Se tomó la libertad de pasar sin llamar. Víctor, concentrado en unos documentos que tenía sobre la mesa, los firmaba, no se dio cuenta de su presencia.

—Señor Ferrer, qué sexi lo encuentro detrás de esa mesa con su aire de abogado. —Lo miró al detalle, al mismo tiempo que catalogaba al lugar de soberbio. Un despacho donde el color caoba predominaba. Detrás de aquel inmenso escritorio parecía alguien diferente.

Víctor levantó la vista nada más escuchar su voz, la miró con una sonrisa y se recostó en el asiento, admirándola mientras se dirigía a él con paso lento y estudiado.

Como si estuviese en su casa, Eva soltó el bolso y el abrigo sobre una de las sillas que estaban delante de la mesa, luego se dirigió a él. La recibió en sus brazos, la sentó en su regazo y la besó. Aquello era un auténtico regalo después de la estresante mañana que llevaba.

—Soy todo tuyo —murmuró sobre sus labios, mientras le acariciaba la cintura.

—He venido a invitarte a almorzar. —Sin moverse de la posición en la que estaba, le entrelazó las manos detrás de la nuca y esperó una respuesta.

—Tengo una reunión en una hora. —Miró el reloj y vio que eran las tres de la tarde.

—Vaya... —comentó algo decepcionada, pero no se pensaba dar por vencida—. En ese caso, tendremos que comer algo rápido, aquí en la oficina —propuso con una sonrisa, demostrándole que estaba con él en aquellos difíciles momentos.

—Puedo decirle a Mirta que baje por algo.

—Deja a tu secretaria trabajar, ya voy yo —zanjó resuelta. Saltó de sus rodillas y se pudo en pie—. ¿Qué te gusta? —preguntó mientras recogía el bolso y el abrigo.

—Me gustas tú —contestó con un brillo especial en la mirada que le dejó claro qué deseaba. Eva se encaminó de inmediato a la puerta antes de caer en la tentación.

—Te sorprenderé. —Le hizo un guiño.

—Eva —llamó su atención antes de que abriese la puerta—. Te prometo que te compensaré. No creas que no soy consciente de que te debo buenos momentos fuera de los que pasamos en la cama todas las noches. Tenemos pendiente pasear como una pareja enamorada, de la mano y sin problemas en los que pensar, tener una cita romántica de verdad, viajar... todo lo que hacen dos personas que recién empiezan una relación. Hemos comenzado por el tejado, viviendo juntos, pero no nos faltarán los recuerdos de un noviazgo, te lo prometo.

Eva lo miró con ganas de ir hasta él y comérselo a besos, y no se resistió. En dos grandes zancadas estuvo a su lado y lo besó apasionadamente, incapaz de dominarse al efecto que sus palabras le habían provocado.

A duras penas, se separó de él y se marchó por la comida.

Víctor terminó de leer dos contratos más y los firmó mientras Eva se ausentó.

Cuando volvió con dos bolsas en las manos, encontró a la secretaria de Víctor en su despacho, la puerta estaba abierta y en cuanto él la vio en la puerta esperando a que la chica saliese la llamó.

—Eva, por favor, pasa. —Entró y dejó la comida sobre la mesa.

—Mirta, la señorita Quiroga es mi novia. Puede entrar en mi despacho sin permiso y sin anunciarse siempre que me visite.

—Sí, señor —asintió dirigiéndole una mirada a Eva, le sonreía con amabilidad.

—Con respecto a las llamadas lo mismo. Las de ella siempre tendrán prioridad. No importa la reunión en la que esté, tienes permiso para interrumpirme si se trata de ella.

Mirta asintió de nuevo, se llevó una carpeta que Víctor le extendió y se marchó tras cerrar la puerta.

—Hamburguesas y patatas fritas —anunció Eva, sonriente, mientras descubría la comida.

—Me encantan. —La miró con ojos hambrientos mientras se hacía con su comida.

—Lo suponía —afirmó Eva mientras tomaba asiento frente a él.

—Está deliciosa —comentó Víctor mientras comía la gran hamburguesa con queso—. Me gusta esta clase de intimidad. Nunca he compartido una comida así en mi despacho.

—Yo tampoco —confirmó sonriente.

—Me gusta crear esta clase recuerdos, porque comida en buenos restaurantes nos sobrarán. —Era una promesa en toda regla.

Tras finalizar la comida, Víctor le pidió a su secretaria dos cafés. Era una costumbre a la que no podía faltar, el café al terminar de almorzar.

—¿Qué tal va el asunto de Félix? —se atrevió a preguntar Eva mientras esperaban a Mirta.

—Está casi zanjado. Permanece detenido, en breve será trasladado a prisión, solicité que no tuviese derecho a fianza y lo han concedido, de todas formas, ya no tiene dinero. En unas semanas lo juzgaran y le caerá una buena condena —explicó con detalles—. Descubrí que había robado a los viñedos casi dos millones de euros en estos años. No fue muy listo en ocultar el desfalco, el muy ingenuo pensó que nunca íbamos a encontrar las facturas falsas.

Eva lo miró asombrada, nunca pensó que fuese tanto dinero.

—¿Has conseguido recuperar toda esa cantidad? —preguntó preocupada.

—Cuando lo detuvieron llevaba casi 50.000 euros encima, el resto lo tiene en cuentas de paraísos fiscales y otras en España a su nombre. Tranquila, los recuperaré.

Eva suspiró un poco más aliviada.

Mirta les trajo el café y se marchó en silencio. Era una chica joven y hacía poco que trabajaba en el bufete, el señor Ferrer le imponía un poco.

—Bueno, yo me marcho. —Eva miró el reloj y apreció que faltaban unos minutos para la hora de la reunión de Víctor.

—No puedes irte aún. Me falta el postre. —Eva leyó sus intenciones en la intensa mirada que le dirigía. Se levantó y fue hasta ella con paso lento, pero seguro.

La tomó de ambas manos y tiró de ella hasta tenerla a la misma altura. Se lanzó a su boca y fundió sus labios con los de ella. La tomó por la cintura y la pegó tanto a su cuerpo que Eva pudo sentir cómo crecía su deseo. Se estremeció, paró el beso y lo miró con ojos reprobadores.

—No. —Afirmó sonriente y juguetona.

—Sí —anunció convencido de ello, con un movimiento de la cabeza, mientras se apoderaba de su boca y de su cuerpo.

De repente, la puerta se abrió sin que llamasen con anterioridad.

Eva se separó de Víctor de inmediato ante la interrupción.

—Lo siento. Joder... no sabía... Mirta no estaba... No pensé que Eva se encontrase aquí —se disculpó Javier, muy apurado.

—Yo ya me iba. No pasa nada. —Nerviosa, cogió sus pertenencias—. Te veo a la noche —murmuró cuando le dio un breve beso en los labios, de despedida.

—Acabas de interrumpir mi postre —comentó Víctor algo malhumorado a Javier. Tenía confianza con él como para decirle aquello.

—Lo siento —se disculpó de nuevo—. Ya tengo todo lo que me pediste. —Traía varias carpetas consigo.

Víctor le sonrió y aquella información mejoró su humor. Le había pedido las cuentas bancarias de su padre en los últimos años y sus inversiones personales, con ello podría demostrar todo el dinero que faltaba a fecha de su muerte.

—Gracias. —Tomó la documentación en sus manos y comenzó a revisarla con ansia. No veía la hora de enviar a Alexia junto con Félix, ambos se lo merecían por tratar de apoderarse de lo que no les pertenecía—. Ya la tengo —murmuró sintiéndose vencedor mientras sus ojos veían lo que siempre imaginó.

Javier solo asintió, pensando que se avecinaban tiempos complicados cuando todo aquello estallase en la cara de Alexia.

Para gran sorpresa de Eva, el viernes a mediodía Víctor se presentó en su despacho sin avisar. Le sorprendió verlo vestido con vaqueros, deportes y una cazadora. Hasta donde ella recordaba aquella mañana había salido de casa, como siempre, vestido de forma impecable con un traje de chaqueta oscuro.

—Vengo dispuesto a secuestrarla, señorita Quiroga —anunció ante su cara desconcertada.

—¿Dónde vamos? —preguntó mientras se acercaba a él para recibirlo como se merecía.

—Es una sorpresa. Solo le diré que aquí acaba su jornada laboral. Nos vamos de puente. —

Abrazado a ella la miraba sonriente y misterioso.

—Me dejo llevar, pero yo no voy muy acorde contigo. —Lo miró y luego hizo que él reparase en su vestido de ejecutiva y sus zapatos de tacón.

—No te preocupes por eso. En el coche tienes tu equipaje —reveló.

—¿Equipaje? —preguntó sorprendida.

Víctor solo asintió mientras disfrutaba del momento. La tenía tomada de la cintura y se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Tiró de su mano y, con prisa, la sacó del despacho. Debían poner rumbo al destino desconocido para ella lo antes posible.

—¿No me vas a dar una pista? —preguntó Eva cuando Víctor puso el coche en marcha.

—No te hagas demasiadas ilusiones. No vamos a estar solos, pero sé que te gustará —le informó para contentarla. Le extendió una mano y ella se la estrechó. Confiaba en él.

Tras dos horas en la carretera, Eva adivinó cuál sería el misterioso destino. Aquel puente, de principios de diciembre, volvían a los viñedos de la familia de Víctor. No le pareció mal, le gustaba el lugar y pasar tiempo con la pequeña Daniela, a la que le había tomado mucho cariño.

Ninguno de los dos dijo nada, Víctor le sonreía pensando que no se esperaba la sorpresa que le tenía preparada al llegar, mientras que ella se sentía segura y confiada.

Cuando el coche enfiló el camino de grandes setos que llevaba hasta la casa, Eva divisó en el porche de esta a mucha gente. Conforme el vehículo avanzaba, Víctor redujo la velocidad, trataba de retrasar el momento mientras Eva se preguntaba de quiénes se trataba. Finalmente, sonrió y lo miró sin creerlo. Víctor solo asintió.

—¡Oh, es maravilloso! Es mucho más de que jamás hubiese pensado, ¿pero cómo...?

Con la mirada fija en Elena, Martín, sus sobrinas gemelas, sus abuelos y la familia de Víctor, Eva estaba a punto de llorar de la alegría, no se lo esperaba.

—Creo que todos necesitábamos pasar tiempo juntos. Los llamé anoche y lo organizamos a modo de sorpresa para ti —explicó mientras apagaba el motor del coche.

—Es fantástico —dijo emocionada.

Las gemelas Carolina y Eva, de la mano con Daniela, echaron a correr en dirección a sus tíos. Bajo la atenta mirada de los demás, se quedaron en el porche, las recibieron en sus brazos.

La pequeña Daniela estaba un poco descolocada, miraba a Elena y no veía del todo a Eva en ella, con el embarazo había engordado y la cara le había cambiado un poco con respecto a la de Eva, pero con las pequeñas gemelas estaba alucinada, las miraba a una y a otra sin entender que hubiese dos iguales, pero pronto se adaptó a la situación. Ambas niñas le ofrecieron su mano y Daniela se las tomó con confianza.

A Gloria le dio un vuelco el corazón cuando vio a su nieta jugar e interactuar, aunque fuese en silencio, con otras dos niñas. Desde que había llegado a vivir con su abuela no se había relacionado con otros niños, y ahí fue donde Gloria pensó que había cometido un gran error. Decidió remediar aquella situación a la mayor brevedad.

—¡Víctor y Anselmo han tenido una maravillosa idea, Eva! —exclamó Sebastián alzando la voz, sentado junto a su gran amigo con una copa de buen vino en las manos.

—Os veo a todos muy bien —comentó mientras se acercaba a ellos con la pequeña Daniela en brazos.

Begoña se levantó para recibirla junto con Gloria y Elena. Las tres se fundieron en abrazos y besos, encantadas de pasar aquellos días juntas en los viñedos Garza.

—¿Feliz, hermana? —preguntó Elena abrazando a Eva.

—Mucho —afirmó emocionada.

—¿Cómo habéis conseguido todo esto? —preguntó asombrada al verlos a todos allí tan relajados con atuendos muy cómodos, típicos del campo.

—Martín me llamó a media mañana y me lo propuso, recogimos a las niñas del colegio antes y los abuelos ya sabes, ellos siempre están libres —comentó resuelta.

—Lo pasaremos en grande —auguró Anselmo cuando Eva fue hasta él para saludarlo.

—Hija, me encanta tu futuro marido, porque habrá boda, ¿no? —resonó la voz de Sebastián. Era muy conservador.

—Por supuesto —afirmó Víctor al ver los ojos del abuelo de Eva clavados en él, acudió al lado de ella y la tomó por la cintura—. Ya os avisaremos. —Les guiñó un ojo a todos y sonrieron.

—Un brindis por la pareja —ofreció Martín.

Tras el almuerzo en familia, del que disfrutaron especialmente Gloria y Anselmo, hacía mucho tiempo que no reunían en casa a tanta gente, Elena y Martín se retiraron a descansar. Anselmo y Sebastián salieron al jardín junto con Gloria y Begoña, y las niñas, estas querían jugar al aire libre y no había nada que sus bisabuelos no hiciesen por ellas.

Eva y Víctor decidieron pasear un poco, solos, llegaron hasta los establos para ella ver a Cian. Pese a que no le gustaban los caballos, desde que lo había montado sentía ganas de volver a hacerlo.

Cuando se aseguró de que estaban lo bastante lejos de los ojos de todos los que estaban en el jardín, en la parte trasera de la casa, desde donde se divisaba perfectamente el establo, la dirección que ambos tomaron cogidos de la mano en un despiste de las niñas, Víctor abrazó a Eva y la besó como deseaba hacerlo desde hacía horas.

La inmensa cara de felicidad que mostró cuando encontró a su familia en los viñedos aún le daba un vuelco al corazón de Víctor cuando lo recordaba. Así la deseaba siempre, feliz y sonriente a su lado, y que todo ello lo provocase él.

—Por fin solos —murmuró besándole el cuello y rodeándole la cintura con las manos.

Eva recostó la espalda contra su fuerte pecho y se dejó guiar, continuaban caminando, adentrándose en el establo. El personal que cuidaba de los caballos estaba en las horas de descanso del mediodía, por eso en el lugar solo estaban los animales.

—¿Te he dicho que me encanta tenerte así, toda para mí? Tus besos me renuevan y me dan vida. —Comenzó a introducir las manos por debajo del jersey de ella, llegó hasta sus pechos y se los masajeó con destreza deshaciéndose del sujetador con habilidad.

—Víctor... —lo reprendió al mismo tiempo que le paraba las manos—. No te emociones —le advirtió tratando de recomponerse a las sensaciones que sus manos producían en su piel desnuda—. Puede venir alguien —le advirtió.

—Es la hora de la siesta, todos descansan. —Continuó con la tarea, incluso, fue más allá, comenzó a desabrocharle el pantalón vaquero.

—Mis abuelos, tu madre y tu abuelo están a pocos metros, y las niñas.

—Están mayores como para caminar después de todo lo que hemos comido, y las niñas estaban muy entretenidas pescando en el estanque.

Gloria tenía un estanque con peces, no era muy grande, pero le gustaba cuidarlo. Las gemelas tuvieron la gran idea de pescar, algo que le gustó a Daniela y las quiso imitar. Anselmo les dio unas redes y las tres pequeñajas se encontraban de lo más entretenidas tratando de capturar a un pez.

Eva se revolvió en los brazos de Víctor y sin saber en qué momento la había dejado medio desnuda, lo reprendió con la mirada antes de besarla.

Con manos expertas, Víctor las introdujo dentro de sus braguitas y consiguió que Eva lo tomase

con fuerza por la camiseta y lo mirase de forma suplicante.

—No podré aguantar mucho más si continúas tocándome así —lo advirtió presa del deseo, sintiendo con evidencia el de él contra su vientre.

Sin pensar más, se dejó llevar. Le sacó con prisa la camiseta y comenzó a desabrocharle el cinturón.

—Nunca lo he hecho en este lugar —murmuró Víctor sobre sus labios mientras dejaba que Eva le bajase los pantalones—. Siempre tuve esta fantasía.

Eva lo miró extrañada, casi sin creerlo, pero le bastó ver el fuego que desprendían sus ojos grises para saber que no le mentía.

—Dios, como nos pille alguien. —Fueron las últimas palabras de Eva antes de entregarse a aquella locura.

Sus gemidos se comenzaron a entremezclar con los sonidos de los caballos, cada cual en su cuadra. Ellos estaban en una que estaba vacía y limpia, hacía tiempo que no se utilizaba para los animales.

Víctor la tomó en brazos, Eva le rodeó la cintura con las piernas y él la penetró sin esperar más. Sentía que iba a explotar si no lo acogía su calor. Estar dentro de Eva era lo mejor que le había pasado en la vida, se tomó unos segundos para llenar sus pulmones de aire y se entregó por completo, le urgía liberarse.

—Me haces perder la capacidad de pensar —resonó la voz de Eva, exhausta contra su cuello, por el que resbalaban gotas de sudor. Con el corazón acelerado, e incapaz de pronunciar ninguna palabra tras el demoledor orgasmo, Víctor la abrazó más fuerte—. Ha sido maravilloso. Nunca antes había sentido la adrenalina en mi cuerpo como hoy. Si llega a venir alguien...

De repente, Eva agudizó el oído, escuchó unas vocecitas de fondo y se separó del cuerpo desnudo de Víctor con rapidez.

Capítulo 24

Víctor siguió a Eva y ambos observaron a las gemelas y a Daniela, las tres niñas se adentraban en el establo de la mano.

—Vamos a ver los caballitos —decía Carolina a la sobrina de Víctor.

—Están durmiendo la siesta, por eso no se escucha nada —comentó la pequeña Eva a Daniela.

Con prisas, sin decir una sola palabra, Eva reprendía a Víctor con la mirada, comenzaron a vestirse. Ella fue más rápida y salió antes al encuentro de las pequeñas.

—Señoritas. —Las interceptó antes de que pasasen por el lado donde se encontraba Víctor medio desnudo—. ¿Qué hacen por aquí solas? —las reprendió sonriente, con ambas manos sobre la cintura.

Daniela hizo un gesto con el dedo y señaló la cabeza de un caballo que asomaba por la puerta de la cuadra.

Eva la cogió en brazos mientras miraba a sus sobrinas a la espera de una explicación.

—Hemos venido a ver los caballitos, la abuela de Daniela nos dio permiso. Dijo que tú y el tío Víctor estaríais aquí —reveló Carolina, la más resuelta de las gemelas.

Con paso decidido, Víctor hizo aparición ante ellas. Le sonrió a las cuatro y cogió a las gemelas en brazos, resignado.

—Vamos a ver los caballos —pronunció con decisión mientras se acercaba a los animales.

—¿Cuál es tu favorito, tía? —preguntó Carolina, era muy curiosa.

—Cian. Es una yegua muy mansa.

—¿Queréis que os monte en ella? —preguntó Víctor.

Eva puso los ojos en blanco, lo imaginó como padre y se sintió orgullosa de él.

Elena y Martín descansaban en una gran cama, en la confortable habitación que le habían asignado. En los brazos de su marido y con las vistas de los campos de fondo, Elena se sentía de maravilla.

—Esto es espectacular —comentó relajada—. Me transmite paz y serenidad, justo lo que necesitaba después de todo el estrés de presentar la nueva colección y llevarla a la venta en tienda.

—A mí me gusta más estar así contigo, solos, y con la certeza de que las niñas no nos interrumpirán de un momento a otro. —Le masajeó el vientre abultado y le besó el cuello.

Recostada contra su pecho, Elena se sentía en la mismísima gloria.

—No cantes victoria, nunca sabemos cuándo nos van a abrir la puerta e interrumpir —comentó Elena con una sonrisa, recordando todas las veces que aquello había sucedido desde que eran padres de dos traviesas e inquietas niñas de cinco años.

—Hoy no vendrán. Tienen muchas novedades alrededor para entretenerse, además no conocen bien la casa y tardarían en encontrarnos —se regodeó Martín, feliz en aquel instante de intimidad con su mujer.

—Tienes razón. —Elena se revolvió entre sus brazos, lo miró a los ojos y le repasó el ceño fruncido con un dedo. Lo conocía bien y sabía que había algo que le quería preguntar—. ¿Qué sucede?

—Me preguntaba si la razón por la que no ha venido Virginia a pasar el fin de semana sea porque tiene una relación, como se rumorea.

—¿Y dónde se dice eso? —preguntó Elena desconcertada. Ella no sabía nada.

Martín no era dado a los cotilleos, por ello le sorprendió su comentario. Cuando se lo había manifestado en voz alta era porque conocía bien de lo que hablaba.

—Me lo dijo Miguel. Al parecer Virginia y el amigo ese que acudió con ella al desfile, Manuel...

Elena soltó una enorme carcajada y Martín la miró desconcertado.

—Manuel es un amigo desde hace años, lo han destinado a Madrid hace poco y Virginia lo está ayudando porque no conoce la ciudad ni a nadie aquí. Además, es gay.

—Pues Miguel no tiene ese último dato, te lo aseguro —comentó sonriente.

—Creo que Virginia trata de darle celos con él, pero no le digas nada. Miguel se lo merece. Mi hermana lleva años detrás de él y no le hace ni caso, pese a que se le nota que no le es indiferente.

—Miguel juró no volver a casarse ni a compartir su vida con otra mujer, y sabe que Virginia no es cualquiera. No quiere una aventura ni jugar con ella, la respeta.

Martín conocía bien a su amigo y, tras los años, desde que conocía a Virginia, le había advertido en más de una ocasión que la respetara porque de lo contrario olvidaría que eran amigos desde el instituto.

—Me gustaría verlos algún día como a Eva y Víctor —comentó ilusionada—. Tú también juraste no volver a casarte y mira, lo hicimos dos veces —le recordó—. Somos muy felices y tenemos una familia maravillosa, no pierdo las esperanzas de que Miguel siente la cabeza algún día con mi hermana.

—Conozco a Miguel, y si no ha dado el paso en cinco años...

—Él se lo pierde.

—Claro que sí. —Abrazó a su mujer y la besó con pasión—. Soy otro hombre desde que te conocí, mejor, y más feliz. Te amo, Elena. Me encanta nuestra vida. Jamás imaginé tener algo así.

Después de dos días en los viñedos, habían aprovechado el puente de principios de diciembre para tener más días libres todos, lo estaban pasando de lujo. Aquella tarde, tras la merienda en el gran salón de la casa al calor de la chimenea, llegó un mensajero con dos paquetes iguales, algo que sorprendió a Gloria, que fue la encargada de recogerlo.

Cuando llegó al salón, se dirigió a Eva y le entregó uno. Los paquetes, que venían envueltos como un regalo, traían una indicación para quién era cada uno.

Eva recibió la caja cuadrada entre sus manos y miró a Víctor sonriente, debía ser de él. Entusiasmada por descubrir qué sorpresa le había preparado, lo abrió bajo la atenta mirada de todos.

Gloria la imitó, pensando que se trataba de un juego de su hijo.

Dentro encontraron un papel en el que estaba escrito:

¿Quieres descubrir quién es Víctor Ferrer realmente?

Eva lo apartó con una sonrisa y tomó entre sus manos un sobre cerrado que había en el fondo de la caja. Dejó esta sobre la mesa y se dispuso a leerlo. Gloria hizo lo mismo, ambas cajas eran

iguales y contenían lo mismo.

Con curiosidad, Víctor se acercó e inspeccionó los paquetes, serio, pero Eva y su madre estaban demasiado ocupadas como para reparar en su expresión.

De repente, la expresión de Eva, que comenzó a leer la carta antes que Gloria, se ensombreció. Víctor le arrebató la nota, decidido a ver qué estaba pasando.

Gloria comenzó a temblar y a llorar de forma desconsolada. Elena y Martín tuvieron que ir hasta ella y ayudarle a tomar asiento.

Begoña, con rapidez, y sin saber qué ocurría, tomó a las tres niñas y les propuso ver una película en su habitación. Aceptaron de inmediato y salieron del salón. Hasta entonces, nadie habló. Todos eran silencios y miradas cargadas de reproches en dirección a Víctor.

Sebastián y Martín tenían la carta de Gloria en sus manos y la estaban leyendo, mientras que Elena y Anselmo se preocupaban por el estado de nerviosismo de Gloria.

Furioso, Víctor le arrebató el papel de las manos a Martín y comprobó que era igual al de Eva y contenía la misma información. Reconoció la letra de la persona que lo enviaba al instante: Dana.

Cerró los ojos y aspiró profundamente, tratando de calmarse porque tenía ganas de matar a alguien.

La carta que ya todos sabían su contenido decía;

¿Conoces el oscuro el pasado de Víctor? Yo te lo cuento con gusto, estuvo enganchado a la cocaína, tanto que pasó dos largos años en un centro de desintoxicación.

Personas como él nunca se rehabilitan del todo. Si bien ya no es un puto adicto como antes, sí consume cuando las cosas a su alrededor se ponen feas o en cualquier que otra fiesta. He presenciado varias con él en el que nos hemos puesto una raya. Víctor fue el responsable de la primera que me metí, me dijo lo bien que lo íbamos a pasar.

*Que seáis una familia feliz, pero consciente de quién tenéis a vuestro lado para siempre.
Dana Taylor.*

Víctor arrugó el papel entre sus manos con todas sus fuerzas, maldiciéndola. Nunca imaginó que pudiese ser tan dañina ni hacer algo tan rastrero.

—Dime que esto no es verdad, Víctor —exigió Gloria ante el silencio que reinaba en la sala.

Anselmo leía la carta de Eva, tras hacerlo, no mostró sorpresa alguna. Dejó la nota sobre la mesa y se paseó tranquilo delante de todos.

—Nada permanece oculto toda la vida, Víctor. Tarde o temprano sale a la luz y hay que hacerle frente —resonó la voz de Anselmo, resignado.

Miradas de asombro se dirigieron hacia la figura del hombre, que les daba la espalda. Tenía la vista clavada en el exterior mientras miraba por la ventana.

—Abuelo, no me ayudas con tu actitud —bramó Víctor.

Gloria lloraba sin parar, no atinaba a entender qué pasaba allí que ella desconocía.

—Dime que esto no es verdad —rogó rota de dolor a su hijo.

Víctor miró a Eva, que estaba seria y distante. Supo que el contenido de aquella carta le había hecho dudar de él.

—¿Tú te metes esa mierda? —interrumpió Sebastián, lo acusaba con el semblante serio y la mirada vidriosa.

Martín, al lado de su padre, en silencio, también esperaba una explicación.

Elena, pese a estar al lado de Gloria, miraba a su hermana y algo le decía que Eva no era ajena

del todo a lo que allí sucedía.

—Abuelo, podrías ayudarme, ¿no? —le reprochó cuando vio que no lo apoyaba como esperaba.

—Es tu vida, hijo. Te corresponde dar las explicaciones pertinentes. Yo solo hice lo que debía en su momento. Una cosa sí te digo, como hayas vuelto a eso, no me importará volver a molerte a palos y que pases otras dos semanas en un hospital.

—Como hayas metido a mi nieta en esto... Eva —Sebastián exigió una respuesta de su nieta.

Ella solo alzó la mano y le hizo un gesto para que dejase hablar a Víctor. Eva también necesitaba escucharlo.

Gloria se llevaba las manos a la cabeza y murmuraba:

—Papá, tú lo sabías... ¿Hace cuántos años? —ató cabos y lo miró con los ojos muy abiertos —. ¿Cuándo me dijiste que Víctor se cayó del caballo y estuvo hospitalizado?

Anselmo solo asintió, apoyado en su bastón fue hasta ella y le mesó el pelo, consolándola.

Exasperado por la situación y de que no lo dejaran explicarse, Víctor bufó y se colocó en el centro del salón.

—Mi contacto con la cocaína comenzó a los diecisiete años, estuve dos años muy enganchado hasta que mi abuelo me descubrió. Fue aquí, en un fin de semana que me quedé con él y Almudena. Me dio tal paliza cuando me encontró colocado y con restos de cocaína en mi habitación que cada vez que la recuerdo me estremezco, pero me lo merecía. Me envió al hospital y me dijo que aquello no era nada comparado con lo que la droga podía hacer conmigo. Me ofreció internarme en un centro sin que nadie más lo supiese y tras varias charlas con los médicos, decidí salir de aquello. Mi abuelo me salvó y se lo agradeceré toda la vida. De haber continuado por el camino que llevaba ahora mismo estaría muerto. —Al escuchar aquello a Eva se le puso el vello de punta —. Nunca más he vuelto a probarla, os lo juro a todos. —Miró a Eva y le rogó que lo creyese—. Es cierto que me la han ofrecido en las fiestas en las que acudía en Nueva York con Dana, pero siempre lo rechacé. Desconozco si ella se metía algo de vez en cuando.

Tras el relato, todo el salón quedó en silencio. Miraban a Víctor sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

—¿Por qué nunca me lo contaste? —preguntó acongojada Gloria. Tenía el rostro lleno de lágrimas—. ¿Tu padre lo sabía?

—No, solo el abuelo. Es una parte de mi pasado que no me gusta compartir. Creo que salta a la vista que soy un tío sano y debo admitir aquí frente a todos, sin miedos ni tapujos, que es gracias a Eva. Hace poco estuve a punto de caer.

Todos lo miraron con los ojos muy abiertos, menos Eva, que solo sentía ganas de llorar y taparse la cabeza. Víctor le cedió la palabra, en silencio, le indicaba que fuese ella quién terminase de contar todo.

Sin poder soportar por más tiempo aquella situación, Eva salió corriendo hacia su habitación. Por alguna extraña razón necesitaba llorar y estar sola, no bajo la mirada escrutadora de todos ellos.

Víctor no fue tras ella, prefirió dejarlo todo zanjado allí y luego hablar con tranquilidad con la mujer de su vida.

—Vi a Eva besarse en la calle con un exnovio —comenzó a explicar—, sentir que la había perdido y el tema del embarazo de Dana, que hasta ese momento ignoraba que era falso, todo me superó. Necesitaba una vía de escape y acudí a la cocaína por primera vez en muchos años desde que me rehabilité, pero Eva llegó a tiempo de que no me metiese aquella primera raya. Le conté todo para que se alejase de mí, pero la gran mujer que es hizo todo lo contrario, no me abandonó,

me ayudó y estamos más unidos que nunca. La amo. Deseo una familia con ella y ni se me pasa por la mente volver a consumir drogas.

Sentía que les debía aquella explicación. A todos los consideraba su familia y necesitaba que confiaran en él.

Sebastián dio un paso al frente para acercarse a Víctor, le extendió la mano, él se la tomó y luego lo abrazó. Martín imitó a su padre, le palmeó la espalda con fuerza a Víctor y le susurro:

—Eres grande, tío.

Elena le dirigió una cálida mirada de apoyo y comprensión mientras Víctor se dirigía hacia su madre, sentada en el sofá, incapaz de levantarse porque le temblaban las piernas demasiado. Él se colocó en cuclillas delante de ella.

—Ya todo pasó, mamá. Soy un hombre sano y feliz. No hay nada que lamentar.

Gloria se abrazó a él y su hijo la besó y consoló.

Luego, se levantó y fue hasta su abuelo.

—Gracias por todo, viejo. Te debo esta vida. —Le dio un abrazo y Anselmo le correspondió—. Y ahora, debo subir en busca de la mujer que amo, creo que me necesita.

Los demás asintieron y Víctor se retiró.

Cuando entró en la habitación, encontró a Eva llorando en la cama. Con la espalda apoyada contra el cabecero mientras se rodeaba las piernas flexionadas con las manos y lloraba. Víctor acudió hasta ella, le acarició la mejilla y le limpió el resto de lágrimas del bello rostro.

—Te juro que desde que salí del centro de desintoxicación nunca más he probado ninguna droga.

Eva se abrazó a él, necesitaba sentirlo cerca.

—Te creo —sollozó sobre su pecho sin poder evitar que más lágrimas inundasen sus ojos azules.

—Dana ha querido dañar a las dos personas que más quiero, siento una tremenda rabia por dentro —confesó mirándola a los ojos.

—Pretendía que se rompiera la confianza que te tengo al contarme tu oscuro pasado.

—Pero le ha salido el tiro por la culata, tú ya lo sabías. No le dediquemos más tiempo a lo que Dana ha pretendido. —La abrazó de nuevo y le masajé la espalda. Eva estaba muy tensa.

—Si ha pensado que esa carta iba a separarnos... —Se acercó y lo besó—. Nada más alejado de la realidad. —Tiró de él y se colocó encima—. Señor Ferrer, voy a demostrarle cuánto lo amo y confío en usted. —Lo besó de nuevo y comenzó a desnudarlo—. Ninguna carta va a romper esto que siento. Lo que Dana ha tratado de desestabilizar solo se ha hecho más fuerte —le dejó claro entregándose por completo.

Al cabo de un par de horas, pasaron el resto de la tarde solos, metidos en la cama, Víctor y Eva bajaron a cenar y reencontrarse con la familia. Todos los recibieron muy bien, hicieron como si el episodio de la llegada de aquella carta no hubiese pasado y continuaron disfrutando del resto del puente como la gran familia que había formado.

Capítulo 25

Nada más incorporarse al trabajo tras la escapada familiar, Eva tenía algo en mente. Vengarse de Dana, y qué mejor forma que demostrarle que su envío no había causado estrago alguno.

Llamó a un par de fotógrafos que conocía bien y les informó de dónde iba a cenar aquella noche y con quién. Víctor aún no sabía nada, pero estaba segura de que le encantaría compartir con ella una velada romántica.

Decidió enviarle un mensaje al hombre de su vida, en el que le decía:

Señor Ferrer, no haga planes para esta noche. Le invito a cenar fuera. Ya he reservado y no admito un no por respuesta. Nos merecemos una cita romántica. Nos vemos en casa. Un beso.

El sonido del mensaje interrumpió a Víctor en una importante reunión, pero reconoció que era de Eva y lo miró. Sonrió al leerlo y le respondió de inmediato, nada era más importante que la mujer que amaba.

Acepto. Soy consciente de que te debo muchas cosas, entre ellas citas románticas, pero también te prometo que llegarán junto con otras vivencias que nos quedan por experimentar como pareja. Un beso.

La ilusión por lo que estaba por llegar junto a Víctor creció en el interior de Eva. Deseaba con todas sus fuerzas pasar el resto de su vida con él, compartirlo todo juntos y formar una bonita familia. Por ahora tan solo vivían bajo el mismo techo, no hablaron del futuro, todo era muy incierto, pero ella se sentía feliz.

Cuando Víctor salió del vestidor y encontró a Eva completamente arreglada, el corazón se le paralizó. Con un vestido blanco, el pelo suelto y maquillada para la ocasión, parecía un ángel. Fue hasta ella, la tomó con firmeza por la cintura y la besó, sin poder resistirse.

—Estás espectacular.

—Nuestra primera cita romántica como pareja —anunció Eva con las manos entrelazadas en su cuello.

—Porqué será que estoy deseando volver a casa y quitarte este vestido —murmuró besándole el cuello con suaves y lentos besos.

—Eso tendrá que esperar, señor Ferrer —lo reprendió sonriente alejándose de él para coger el abrigo negro y la cartera.

Víctor la miró completamente preparada y advirtió que los zapatos de tacón, negros, que llevaba eran mucho más altos que todos los que había usado hasta el momento.

—¿Vas bien? —Sabía que en ocasiones le dolía la espalda y la cadera, no quería que se esforzase por impresionarlo.

—Mejor que nunca. Saber que voy de tu mano me da confianza. Desde unos tacones todo se ve diferente. —Le guiñó un ojo, sonriente y lo tomó del brazo, dispuesta a salir.

Eva había reservado en el mejor restaurante de la ciudad. Cuando llegaron, juntos y de la mano en todo momento, todas las personas que ya estaban sentadas cenando se volvieron para admirarlos y centrar su atención en ellos.

—Esta noche tu mirada tiene un magnetismo especial. Te ves radiante y feliz —reveló Víctor cuando ya habían tomado asiento.

—Todo eso lo provocas tú.

Brindaron por ellos, por la vida y, sobre todo, por un futuro juntos y felices.

Cuando llegaron los postres, con ellos venía un sobre rojo que el camarero le entregó a Eva. Lo tomó con un poco de reticencia, recordando la última nota que llegó a los viñedos.

—Es mío, ábrelo —la animó él con una sonrisa cuando advirtió su miedo.

Más relajada, y sonriente, Eva descubrió qué había dentro. Eran dos pasajes de avión, en primera, para ir a Roma. Fijó la vista en las fechas, eran de ida y vuelta y se asombró cuando descubrió que pasarían una semana allí.

—Esto... ¿Milán? —preguntó asombrada, con ambos billetes en la mano.

Víctor asintió mientras la admiraba, le encantaba sorprenderla.

—Sé lo que en estos momentos se te pasa por la cabeza, mujer responsable; no podemos irnos mañana, tengo trabajo. Pero sí, no vamos. Ya he hablado con Martín y está todo controlado. Tienes una semana de vacaciones —anunció con una sonrisa espléndida—. Tengo que arreglar algunos asuntos en Italia, relacionados con la herencia de mi padre, y pensé que podíamos aprovechar para hacer nuestra primera escapada juntos.

—Oh, es maravilloso. Me encanta la idea. —Se levantó, lo abrazó y le dio un beso, sin importarle que todas las miradas del restaurante se desviasen hacia ellos en esos momentos.

Cuando salieron del restaurante, unos fotógrafos los esperaban en la puerta, hacía mucho frío, Eva sintió pena de ellos y decidió darles un buen material, no las simples fotos pactadas de ella y Víctor de la mano como una pareja enamorada.

Antes de entrar en el coche, lo tomó por la nuca con decisión y le dio un beso en condiciones que lo dejó jadeante.

—¿Quieres que ahora nos tomemos unas copas con tus amigos y me calientas de esta forma antes de entrar en el coche? —preguntó sonriente con la mirada clavada en los fotógrafos, trataba de descubrir qué se proponía Eva.

Durante la cena, ella le había comentado que era el cumpleaños de una compañera de trabajo y le gustaría pasarse un rato, Virginia y algunos amigos más estarían allí.

—Hace frío —dijo de forma inocente.

Víctor la abrazó y le susurró en el oído.

—Cuéntamelo.

—Los he llamado yo, en principio solo debían hacer unas fotos de nosotros juntos a la llegada, pero han esperado aquí hasta ahora y creo que se merecen algo más. —Víctor la miró esperando más explicaciones—. Quiero que estas fotos lleguen a manos de Dana, que compruebe que su acto de maldad no tuvo repercusión ninguna, todo lo contrario.

Emocionado, la abrazó y la besó de nuevo, sintiéndose muy orgulloso de ella.

—Cómo me gusta esta Eva traviesa, desconocida para mí hasta el momento —reveló una vez dentro del coche, donde la besó de nuevo.

Eva frenó el beso.

—No te emociones, vamos a la discoteca *Beverly* —le ordenó con una mirada lujuriosa—. Me

apetece bailar contigo. —Estaba dispuesta recuperar todos los instantes que no habían vivido como una pareja de su edad.

—No soy un buen bailarín —le advirtió de soslayo mientras arrancaba el coche—. Se me da mejor otro tipo de baile; en la intimidad, en la cama y especialmente contigo —le reveló con una mirada provocadora, mientras esperaban en un semáforo en rojo.

—Doy fe de que es un experto consagrado en ese ámbito. —Eva lo miró mordiéndose el labio.

Cuando llegaron a la discoteca, se dirigieron a un reservado. Víctor no conocía a nadie, solo a Virginia y Miguel de las casi treinta personas que debían estar allí. No estuvieron demasiado tiempo, Eva felicitó a su compañera, se tomaron un par de copas, bailaron un poco y antes de la una de la madrugada se marcharon a casa.

Eva y Víctor volaban en dirección a Roma. Habían salido del aeropuerto de Madrid a las siete de la tarde. Descansaban en sus asientos de primera clase de la ajetreada mañana que habían tenido, haciendo las maletas y dejándolo todo organizado hasta la vuelta.

Víctor le tomó la mano a Eva entre las suyas y se la llevó a los labios. Depositó un breve beso en ella y observó cómo se movía de lado para mirarlo con los ojos entreabiertos, iba medio adormilada. La noche anterior, cuando llegaron a casa, no la dejó pegar ojo.

—¿Sabes qué es una de las primeras cosas que quiero hacer en cuanto lleguemos a Venecia? —preguntó con tomo misterioso, sacándola del estado somnoliento en el que se encontraba.

Aterrizarían en Milán y pasarían la noche allí, verían la ciudad al día siguiente y pondrían rumbo a Venecia, donde estarían un par de días, luego se dirigirían a La Toscana y finalmente terminarían en Roma.

—Sorpréndeme —lo alentó, expectante.

—Pasear tomados de la mano por la Plaza de San Marcos, ¿decepcionada? —preguntó con una ceja alzada. Eva no esperaba aquella respuesta y lo leyó en su rostro.

—No —negó con un gesto—. ¿Por qué ese lugar exacto? —se interesó.

—Porque cuando tuve que viajar a Italia para encontrar al hombre que compró la casa de mi padre en La Toscana, él se encontraba en Venecia y ahí tuvimos el encuentro, luego fui a pasear por la Plaza de San Marcos y te llamé, anhelaba que estuvieses a mi lado. Yo siempre supe que eras la mujer de mi vida —le recordó, muy seguro de ello.

—Te amo. —Se aproximó a él y le dio un breve beso en los labios, quedándose con ganas de mucho más, pero no era el lugar—. Has devuelto la ilusión por completo a mi vida. Te empeñaste en conseguir mi amor y aquí me tienes, rendida ante ti. Admiro que no te dices por vencido.

—Eso jamás, era demasiado valioso lo que estaba en juego, tú.

—Gracias por este viaje. —Le acarició el mentón, perdida en sus ojos.

—Es el primero de muchos. De mucho más —rectificó—. Lo quiero todo contigo.

Dana había vuelto a Nueva York hacía varios días, pero no había perdido la pista de lo que sucedía entre Víctor y Eva. Tenía una confidente que le contaba todo lo relacionado con ellos.

Maldijo que el plan del embarazo no hubiese salido bien, tal y como lo planeó con Alexia, todo estaba calculado para que él regresase a Estados Unidos de nuevo, dejase de hurgar en las cosas de su madrastra y de paso, Dana, llevarse la cuantiosa cantidad de 300.000€ si lo conseguía. Pero

no salió bien.

Por amor propio y venganza, Dana decidió enviar aquella carta a los viñedos cuando Alexia la informó de que toda la familia estaba reunida, pero ni así consiguió separar a Víctor y Eva. Acababa de ver las fotos que le envió Alexia, de una revista, donde la pareja salía junta de un restaurante la noche anterior, más enamorados que nunca.

Ambas maldijeron que sus planes no hubiesen salido bien. Dana decidió retirarse, Alexia era una mujer ambiciosa, sin límites, y en sus términos estaba no cometer un delito para alcanzar sus objetivos. Cuando Alexia le propuso el siguiente paso para sacar a Víctor de su vida, Dana decidió no seguirla. Víctor era un hombre impresionante en todos los sentidos, bueno en la cama, pero nada que no pudiese conseguir en otro. No estaba enamorada de él y consideraba que podía perder más que ganar si el siguiente plan de la viuda del padre de Víctor salía mal, por ello prefirió retirarse y continuar con su vida antes de verse metida de lleno en un lodo del que no pudiese salir.

En cuanto llegaron a Venecia y dejaron las maletas en el hotel, Víctor insistió en ir a pasear por la Plaza de San Marcos con Eva, no le importó que estuviese oscureciendo. No podía esperar más.

Sonriente, ilusionado y feliz, así caminaba Víctor con Eva de la mano, con la cabeza alta y el pecho lleno de orgullo porque aquella mujer solo tuviese ojos para él. De repente, cuando ni él mismo lo esperaba, había planeado aquel momento tanto desde que días atrás compró el maravilloso anillo que llevaba en el bolsillo, se puso de rodillas, delante de ella y sacó la impresionante joya del bolsillo interno del abrigo. El rostro de Víctor reflejaba una inmensa felicidad.

Eva se quedó paralizada, como si todo lo que sucedía a su alrededor fuese a cámara lenta. Las personas del lugar los miraban con atención, los señalaban, pero ellos eran ajenos a todo.

—¿Aceptas convertirte en mi mujer, la persona que me guíe y me ilumine durante el resto de mis días? —Con el corazón a punto de salirse del pecho, no esperaba aquella declaración, y lágrimas que empezaron a brotar de sus ojos azules, de las cuales no era consciente, Eva asintió emocionada.

Víctor le colocó el anillo bajo su atenta mirada.

—Sí, sí, sí quiero —dijo al fin, abrazándose a él y llenándole la cara de besos, eufórica.

Víctor la cogió en brazos y comenzó a dar vueltas con ella, llenándola de más besos y sintiéndose el hombre más feliz de la tierra.

Con la Plaza de San Marcos de fondo, anocheciendo, las luces encendidas y miles de miradas en ellos, a las que eran ajenos, Víctor y Eva se mostraban como una pareja feliz y enamorada a la que todos envidiaban. Los admiraban con sonrisas, como si fuesen los protagonistas de una película. Y así se sentía Eva, como si estuviese viviendo un cuento de hadas.

La etapa final del viaje llegó cuando aterrizaron en Roma. Víctor solo estuvo reunido un día, el cual Eva aprovechó para salir de compras y realizar las propias de la época de Navidad, estaba a la vuelta de la esquina y aún no tenía nada.

El día del cumpleaños de Eva era el último que pasarían en la ciudad, Víctor lo había organizado todo para llegar a Madrid a media tarde y que ambas hermanas gemelas pudiesen soplar las velas juntas en una fiesta sorpresa que él y Martín habían organizado con anterioridad.

El día que Eva cumplía treinta y un años, cuando despertó, en la gran cama y la maravillosa suite que tenían en el mejor hotel de Roma, Víctor no estaba a su lado. En su lugar encontró un

camino de pétalos de rosas rojas que la animaban a seguirlo.

Con curiosidad, Eva se levantó, cubrió su cuerpo desnudo con una bata de seda blanca que tenía en un sillón cercano, y, descalza, siguió el camino marcado que la llevaba hasta el salón. La chimenea estaba encendida, y se quedó completamente sorprendida cuando encontró un montón de ramos de rosas rojas, había globos y un cartel de cumpleaños feliz.

—Hay treinta y un ramos, no te esfuerces en contarlos —resonó la voz de Víctor, estaba al lado de la ventana, en un rincón, y Eva no lo había visto. Emocionada, comenzó a retorcerse las manos mientras él se encaminaba hacia ella con una sonrisa tan espectacular como su torso desnudo—. Feliz cumpleaños, mi amor. —La tomó entre sus brazos y la besó—. El primero de muchos —anunció entregado a ella.

—Gracias, mi amor. Todo esto es maravilloso. Sin duda es mi mejor despertar y el cumpleaños más especial —le agradeció con ambas manos sobre sus mejillas, emocionada y feliz.

—Ahora, ven. —Tiró de su mano hasta que llegaron al gran sofá que tenían al lado. Sobre la mesa había una caja—. Es hora de tu regalo. —Eva miró el gran lazo rojo que envolvía la caja sin saber qué podría ser—. Ábrelo —la instó.

La abrió con manos temblorosas y dentro encontró una tarjeta que decía:

Por toda una vida juntos.

Debajo había una carpeta azul, Eva la extrajo sin saber de qué se podría tratar. Observó unos planos que apenas entendió. Miró a Víctor para que se lo explicase mejor.

—Tú estás muy bien y cómoda en tu recién estrenado ático y a mí me gusta mucho la zona y el edificio. He pensado en unir nuestras casas y hacer una sola, más grande, con visión de futuro. Un verdadero hogar para cuando tengamos hijos. ¿Qué te parece? Ahí están todas las posibilidades de unir las, escoge la que más te guste y empezamos las obras cuanto antes.

Eva se lanzó a sus brazos, lo llenó de besos y se lo agradeció. Le encantó la idea. Nunca se hubiese imaginado un regalo tan perfecto.

La caja aún no estaba vacía, Eva observó otra tarjeta, la sacó y la leyó.

Ya sabes que lo quiero todo contigo, ¿me darías un hijo, o dos, más adelante?

Con lágrimas en los ojos, Eva asintió. Ella también deseaba ser madre.

—¿Quieres gemelos? —preguntó esbozando una carcajada.

—Contigo, todo. Nada me da miedo. —La besó—. Aún te falta un regalo por descubrir —la animó por el último.

Eva miró la caja, metió la mano y sacó un gran sobre tamaño folio, era abultado. Lo abrió y vio fotografías de una maravillosa casa en el campo, rodeada de naturaleza.

—¿Y esto? —preguntó asombrada.

—Una casa en la sierra de Madrid, cerca, pero quiero que sea nuestro refugio, donde nadie nos moleste ni encuentre. Es tuya. La he comprado.

—Víctor... Todo esto... ¿no es demasiado?

—Puedo permitírmelo. Sé que no hemos hablado del tema económico, pero tengo bastante dinero. He sabido invertir bien.

—Eres un gran hombre. —Lo besó y lo abrazó—. Me siento la mujer más afortunada del mundo por tenerte en mi vida y contar con tu amor incondicional.

—Aún queda una sorpresa —anunció, Eva lo miró sorprendida. La caja estaba vacía—.

Salimos hoy para Madrid, no mañana. Vamos a celebrar tu cumpleaños en familia.

Eva se arrojó a sus brazos y lo besó. Estaba segura de que iba a ser el mejor diecinueve de diciembre de toda su vida hasta el momento.

Capítulo 26

Eva y Elena celebraron su treinta y un cumpleaños felices, rodeada de toda su familia y de los hombres que ocupaban sus corazones. La casa de Sebastián se convirtió en el centro de la reunión, donde las gemelas recibieron un montón de regalos y cariño de todos sus familiares.

Las Navidades pasaron y fueron las mejores que recordaba Víctor. La familia de Eva insistió en que su abuelo, su madre y su sobrina viajaran a Madrid y las pasaran con ellos. Aceptaron, se quedaron en el nuevo chalet que Víctor había alquilado en una urbanización privada en las afueras de Madrid mientras las obras para la unión de su casa y la de Eva se realizaban.

Tras las fechas navideñas, la familia de Víctor volvió a los viñedos. Daniela se veía más alegre, le había sentado muy bien el cambio de estar dos semanas relacionándose con más gente y niños.

Una noche, Eva le comentó a Víctor la incertidumbre que agobiaba a Gloria con su nieta, continuaba sin hablar y después del verano tendría que escolarizarla en un colegio.

—Víctor, no sé cómo decirte esto, pero es algo que me ronda en la cabeza desde hace días.

—Suéltalo, mi amor.

—Verás... Le aconsejé a tu madre que matriculase a Daniela en el mismo colegio al que van mis sobrinas, pero se ve en el inconveniente de trasladarse a Madrid junto con tu abuelo, que no quiere, y desatender los viñedos. He pensado que, si a tu madre no le importa, ni a ti, la niña podría vivir con nosotros. Quizás sea bueno para que avance. Yo adoro a tu sobrina, no me importaría que viviese con nosotros.

—Gracias por ser tan generosa. —La abrazó emocionado. Él había valorado la cuestión, pero llevaba tan poco tiempo con Eva que no se atrevía a plantárselo—. Daniela no es una niña fácil, pero sé que le pondrás empeño y con nosotros estará muy bien. Se lo diré a mi madre.

Eva asintió más tranquila, se acababa de quitar un peso de encima. Desde hacía noches ese tema no la dejaba dormir, pero no quería meterse en un asunto tan familiar como decidir el futuro de aquella niña, sin embargo, le parecía justo que su abuela tuviese un abanico de posibilidades.

Cuando Víctor se lo propuso a su madre, Gloria aceptó tras meditarlo mucho durante unos días, pero sabía que era lo mejor para Daniela. Llegaron al acuerdo de que viviría con Víctor y Eva a partir de que comenzase el colegio en septiembre, las vacaciones las pasaría con su abuela y los fines de semana. De ese modo, todos esperaban que Daniela volviese a hablar y ser una niña normal.

La demanda que Víctor interpuso en contra de su madrastra a finales de año fue admitida a trámite,

había suficientes indicios de que Alexia había falsificado la firma de su marido, había alterado documentación y había rebasado los límites de la ley.

Aquella mañana Víctor estaba muy contento, dos de las medidas cautelares que había solicitado fueron concedidas. A partir de ese día Alexia no tendría acceso a las cuentas del bufete, como socia de un 5% tenía derecho hasta el momento, y sus cuentas bancarias personales también habían sido congeladas hasta que se celebrase el juicio y un juez estimase si era inocente o culpable de todo lo que Víctor Ferrer la acusaba formalmente. Por otro lado, tampoco podía poner a la venta los bienes que Víctor hacía mención en la demanda, los que tiempo atrás pertenecieron en algún momento, o compartió titularidad, con Rodrigo Ferrer.

Alexia se veía atada de pies y manos, no tenía liquidez. Contaba con propiedades que no podía vender y un futuro muy complicado. Ella sabía cómo había actuado y también contaba con que Víctor estaba decidido a hundirla, y tenía buenas pruebas. Había podido acceder a la demanda desde que la presentó y sabía de todos los ases que su hijastro tenía bajo la manga, por ello decidió que era la hora de poner en marcha el plan b.

Daniela se quedaría en casa de sus tíos unos días. Gloria le había pedido a su hijo y a su nuera si podían cuidar a la pequeña mientras ella acompañaba a su padre en unas pruebas rutinarias anuales en el hospital.

Por supuesto, Víctor y Eva accedieron encantados. Eva se tomó tres días de vacaciones para estar dedicada por completo a la niña.

Una tarde soleada de finales del mes de febrero, Elena y sus gemelas, junto con Eva y Daniela fueron al parque, era viernes y habían quedado con Martín y Víctor que las recogiesen ahí al finalizar de trabajar, luego irían todos juntos a merendar y al cine.

Durante los días que la pequeña había pasado con sus tíos, se había portado muy bien, se adaptó a la casa de ellos y se veía contenta y feliz. La única pega que tenía Víctor era que Daniela se empeñaba en dormir con Eva, y tener a la mujer de su vida alejado de su cama ya no entraba en sus planes nunca más.

Por lo demás, le encantaba ver a Eva en el papel de madre. Era estupenda, cariñosa, atenta y protectora. Tener a Daniela con ellos esos días sirvió para que Víctor se animase a que pronto tuviesen un hijo.

Eva y Elena estaban sentadas en un banco del parque al sol, veían como las niñas se tiraban de los toboganes y se montaban en los columpios. Daniela sonreía y corría tras las gemelas que cuidaban de ella como una hermana menor.

A Elena solo le faltaban dos semanas para dar a luz, le comentaba a su hermana que cada día se sentía más pesada. Tenía gana de tener a su bebé ya en brazos.

Las pequeñas Eva y Carolina acudieron corriendo junto a su madre para coger las botellas de agua y beber. Cuando lo hicieron Eva les preguntó, alarmada, por la pequeña Daniela. No venía con sus sobrinas. De inmediato, se puso en pie y trató de divisarla entre todos los niños que había en el parque en ese momento, pero no la vio.

Intranquila, salió corriendo. Comenzó a gritar el nombre de Daniela, a buscar entre los niños y madres, pero la pequeña no estaba al alcance de su vista.

—¿Y Daniela, niñas? ¿Dónde la habéis dejado? —Elena, preocupada, interrogó a sus hijas.

Necesitaba saber el lugar exacto. Tomó a sus hijas de la mano, recogió el bolso de ella y el de su hermana, Eva lo había dejado allí cuando salió despavorida en busca de Daniela.

—Estaba ahí —indicó Carolina con el dedo, al pequeño tobogán—. No quiso venir a beber agua.

—Mamá, movía la cabeza y no quería andar. Carolina y yo teníamos sed —explicó la pequeña Eva, de la mano de su madre.

Elena llegó hasta su hermana, Eva tenía el rostro desencajado.

—No está, Elena. No la veo —atemorizada no dejaba de mirar hacia todos lados.

—Tranquilízate, no debe estar muy lejos. Estaba ahí con mis hijas, no la hemos perdido de vista ni dos segundos.

—Pues han bastado para que desaparezca delante de nuestras narices —se reprochó a sí misma, sintiéndose culpable. Solo había consultado el móvil un par de segundos.

Elena comenzó a preguntarle a las demás madres del parque si habían visto a una niña con los rasgos de Daniela.

Tras diez minutos de intensa búsqueda y la pequeña no aparecer por las cercanías del parque, algunas madres se habían unido para encontrarla, Elena decidió llamar a su padre. Carlos la había criado desde pequeña y lo consideraba como tal, había sido agente secreto del gobierno como su verdadero padre y sabría qué hacer ante la situación que tenían.

Carlos se puso en marcha de inmediato. Llamó a varios policías que conocía y les dio la dirección donde se había perdido la niña.

Eva estaba como loca, no atinaba ni a llamar a Víctor.

Elena llamó a su marido y le informó de la difícil situación por la que pasaban. Martín trató de tranquilizarla y le dijo que él se encargaba de poner a Víctor al tanto de todo.

Nada más colgar con su mujer, Martín llamó a su suegro.

—¿Hay algo de lo que debemos preocuparnos? —preguntó rememorando cinco años atrás, cuando las vidas de Eva y Elena corrieron peligro a causa de amenazas pasadas contra su verdadero padre, Andrés.

—Ese asunto quedó enterrado, pero estoy en ello. Debemos cerciorarnos de que todo sigue igual.

Martín solo le contó a Víctor que no encontraban a la pequeña Daniela en el parque, al parecer la niña se había despistado y no daban con ella.

Ambos hombres se presentaron allí de inmediato, ni se molestaron en aparcar los coches, los dejaron en medio de la carretera y fueron hacia el lugar donde se divisaba un gran barullo. La policía ya había llegado y Carlos tenía a sus nietas de la mano mientras Elena trataba de tranquilizar a Eva. Un ataque de nervios se había apoderado de ella.

Carlos ya le había entregado una foto de Daniela a la policía, de las muchas que Eva tenía en el móvil, ella no atinaba ni a teclear en la pantalla. Las manos le temblaban como no recordaba que nunca lo hubiesen hecho.

Le informaron a la policía de que la niña no hablaba, tenía dos años y medio y no estaba acostumbrada a relacionarse con mucha gente.

Ya había pasado más de cuarenta y cinco minutos y no había ni rastro de Daniela. La policía estaba comenzando a revisar las cámaras de seguridad, de esa forma sabrían en qué momento exacto desapareció y hacia donde se dirigió.

Cuando Víctor llegó, con el rostro desencajado, incapaz de asimilar la situación, se dirigió a Eva y le preguntó nada más verla:

—¿Cómo fue? ¿Cómo se perdió? —No lo formuló con tono de pregunta amable, fue una exigencia en tono de reproche.

Eva alzó la mirada al rostro de Víctor, incapaz de levantarse del banco donde estaba sentada

porque las piernas le temblaban demasiado, y descubrió un semblante duro. Fue como una bofetada el hecho de que no se acercase para abrazarla y consolarla. No se le dijo, pero en su mirada pudo leer que la consideraba culpable de la desaparición de Daniela.

Carlos y Martín convencieron a Elena para que se marchase a casa con las gemelas. Su hermana le pidió a Eva que se fuese con ella y las niñas, pero se negó.

Víctor comenzó a hablar con la policía y a inspeccionar la zona como un loco. Gritaba el nombre de su sobrina desgarrándose la garganta. Cada vez que Eva lo escucha se le partía el corazón.

Martín y Carlos no la dejaban sola, estaban a su lado y la tenían tomada de la mano. Le habían dado un tranquilizante y la obligaban a beber agua.

De repente, el policía encargado del caso se dirigió hacia Carlos con una carpeta en las manos. Era evidente que traía noticias.

Víctor acudió hasta ellos y esperó a que el hombre hablase.

—Hemos revisado las cámaras de seguridad, por favor, vengan conmigo a la furgoneta y se las mostraré.

—¿No nos puede adelantar nada? —ladró Víctor, de malos modos.

—Se han llevado a la niña —confirmó—. En las imágenes se ve como una mujer se acerca a ella con un perro, logra captar su atención y se la lleva sin la pequeña mostrar reticencia.

—¿Una mujer? ¿quién? Quiero verle la cara —rugió Víctor.

—Lleva un pañuelo en la cabeza y unas enormes gafas de sol, no hemos podido ver su rostro —anunció el policía ante las exigencias de Víctor.

Eva se llevó las manos a la cabeza y solo sabía repetir; “No es posible”.

Víctor se encaminó con el policía para ver la grabación, Martín y Carlos ayudaron a caminar a Eva. Era fundamental que ella viese las imágenes por si reconocía a la mujer como alguien que ya estuviese en el parque antes o como la madre de otro niño.

Cuando vieron las imágenes en las que aparecía Daniela y la desconocida con el perro se acercó a ella, Eva no pudo parar de llorar. Miraba toda la escena como si ella no hubiese estado a escasos metros y no hubiese dejado de vigilarla.

Martín sintió como si un puñal le atravesase el pecho, sus hijas estaban con Daniela, podría habérselas llevado también aquella mujer que no lograron reconocer ninguno.

—Carlos —llamó su atención el policía al mando—. Esto no tiene nada que ver con el caso de Eva y Elena años atrás, aquello quedó cerrado. Creemos que se trata de un secuestro. Señor Ferrer —se dirigió a Víctor—, le aconsejo que se marchen a casa. Se pondrán en contacto con usted o con alguien de la familia para pedir un rescate —anunció para sorpresa de todos.

Víctor lo miró con cara de asesinarlo. Martín tuvo que tomarlo del brazo para que no perdiese los papeles. Mientras, Carlos consolaba a Eva, la tenía abrazada.

—Mis hombres se quedarán en el parque interrogando a todos los que estuvieron aquí por si logran darnos alguna pista. Ahora el caso está en nuestras manos —le comunicó el policía al mando.

Víctor lo miró mientras se revolvía el pelo, intranquilo. Su sobrina se había vuelto un “caso” y él se sentía impotente de no poder hacer nada, solo esperar.

Finalmente, Víctor accedió. Junto con Eva, Martín y Carlos se encaminaron al chalet donde vivían desde hacía un par de meses. La policía también los acompañó. Tenían que montar un operativo y escuchas en los teléfonos para cuando recibiesen la primera llamada.

Con el salón de su hogar invadido de personas a las que no conocía, solo llevaban un letrero en la espalda que los identificaban como policías, Víctor llamó a su madre y la puso al tanto de la

situación. Martín se ofreció a ir por ella y Anselmo y traerlos junto a Víctor y Eva.

—No puede ser, un secuestro... ¿por qué? —lamentó Víctor en voz alta.

Estaba sentado en el amplio sofá de su casa con Eva, aún no le había dirigido una palabra amable o de consuelo, mucho menos un abrazo o un beso. Ella lo miraba y no lo conocía. Sentía escalofríos y solo tenía ganas de llorar hasta morir.

—Por dinero y venganza, es el móvil, siempre —dijo Carlos, un poco más alejado de ambos.

—No tengo enemigos —ladró Víctor.

—¿Estás seguro? —lo desafió Carlos—. Estuviste metido en el mundo de las drogas, igual ahora que has vuelto... si le debías algo a alguien... —lo encaró de frente.

Víctor se levantó y fue hasta él en actitud desafiante.

—Me sobraba el dinero en aquellos entonces y me sobra ahora —casi escupió entre dientes—. Sin embargo, me pareció escuchar que el caso de Eva y Elena quedó cerrado hace años. Teníais miedo de que fuese algo relacionado con eso, ¿qué es? —exigió con curiosidad.

Eva nunca le había contado nada, solo le habló del brutal atropello y las consecuencias médicas posteriores, siempre se centraron en su trauma y cicatrices, nunca hablaron de quién produjo el accidente ni con qué fin. Ni el por qué estuvo separada de su hermana tantos años. Eva y Víctor habían pasado por tanto que aquellos aspectos casi fueron olvidados.

Carlos miró a Eva asombrado, a estas alturas del partido creía que Víctor Ferrer conocía todos los secretos de la familia de Eva. Como el hombre decidido y con don de palabra que siempre había sido, abordó el tema.

—¿Sabe que tú y tu hermana os conocisteis hace apenas cinco años? —preguntó con tranquilidad a Eva. Ella asintió. Debía averiguar en qué punto comenzar su relato. No estaban para perder el tiempo—. Bien, entonces, supongo, que lo que te falta por saber es que ambas estuvieron amenazadas de muerte por algún tiempo. Eran el blanco de una venganza contra su verdadero padre muerto, Andrés Verdoy.

Víctor miró a Eva con decepción y reproche en la mirada. El dolor que ella vio en sus ojos grises, tristes y apagados, le llegó al corazón como si le clavasen un puñal.

—Hace cinco años que todo eso terminó. El hombre que me atropelló está muerto. Carlos lo mató cuando iba a matar a Elena, pero se interpuso Martín y se llevó la bala en su pecho —le explicó a Víctor, nerviosa, retorciéndose las manos mientras se acercaba a él con paso lento.

Nuevamente Víctor la miró con los ojos desencajados, preguntándose qué era todo aquello. Hablaban de balas y amenazas de muerte como si fuese el pronóstico del tiempo.

—¿Por qué nunca me contaste todo esto? —le reprochó con los dientes apretados y un leve tic en la mandíbula—. ¿No lo creíste suficientemente importante? —le reprochó con dureza.

—Porque todo había pasado. Formaba parte de un doloroso pasado que me horroriza recordar —gritó desesperada.

Eva se brotó los brazos con sus manos. Tenía el cuerpo cortado desde que Daniela había desaparecido.

—Mi sobrina ha sido secuestrada por una venganza a ti y tu familia —afirmó con desprecio—. Y nunca me avisaste del peligro.

—No había tal peligro —gritó Eva de nuevo—. De haberlo visto, mi abuelo, Carlos y Martín nos hubiesen puesto seguridad privada, como hace años.

Víctor se tapó los ojos y no quiso escuchar más. Cada vez era peor.

Carlos permanecía en silencio. Estaba seguro de que el secuestro de Daniela no tenía nada que ver con la venganza hacia Andrés Verdoy, pero, aun así, había avisado a antiguos compañeros para que hiciesen una investigación más detallada. Si Elena y Eva volvían a estar en peligro él

debía arreglarlo todo para ponerlas a salvo.

Mientras Eva y Víctor continuaron echándose cosas en cara, Carlos se alejó un poco de ellos para leer una documentación que le habían enviado al correo electrónico. Lo leyó en el móvil y de inmediato llamó a Martín, sabía que su yerno estaría a la espera de saber si su mujer estaba de nuevo en peligro, o sus hijas.

Carlos salió al jardín de la casa, dejó pasar a un par de policías con varios equipos para cuando se produjese alguna llamada a la familia de la niña.

—Martín, el caso de Elena y Eva continúa cerrado, no tenemos de qué preocuparnos. Al parecer Víctor Ferrer sí tiene una enemiga, su madrastra. Hace cuatro meses que le tiene puesto un detective privado que lo sigue a todos lados y la informa de cada paso que da. La policía está trabajando sobre ello. Por lo demás, Víctor está limpio. Ni deudas ni enemigos.

Martín se quedó más tranquilo. El chófer de Sebastián conducía, su padre iba en la parte trasera del coche con Anselmo y Gloria, y él de copiloto. Los acompañaban hasta la casa de Víctor y Eva.

—Bien, en menos de tres horas estaremos por ahí —anunció.

Cuando Carlos entró de nuevo en la casa, Eva ya no estaba en el salón. Víctor se movía por él como un león enjaulado.

—Ruego que el teléfono suene de un momento a otro, eso significará que Daniela está con ellos y solo será cuestión de dinero. Pero si no llaman... Dios, me voy a volver loco —comentó Víctor abrumado.

—Tranquilo, la calma en estos casos es esencial. —Carlos le tocó el brazo y le indicó con la mirada que estaba ahí con él—. ¿Y Eva? —se atrevió a preguntar.

—Ha subido a ponerse cómoda.

Carlos asintió, fue a la cocina y sirvió dos cafés, uno para él y otro para Víctor. Haría la espera más llevadera.

Cuando Gloria llegó, se abrazó a su hijo rogándole que le dijese que no estaban pasando por aquello. Su nieta no podía estar desaparecida.

A Anselmo lo puso al tanto de todo Carlos.

Cuando Eva bajó al salón ya encontró a la madre y al abuelo de Víctor allí. Descalza, con unos calcetines gordos, unas mallas y un amplio jersey en el que apretaba con fuerza los puños de las mangas con los dedos, se le encogió el corazón. No sabía cómo explicarle a aquella abuela que ella había sido la causante de que su nieta estuviese desaparecida, ni sabía cuál sería la reacción de la mujer al verla.

Capítulo 27

Con lágrimas en los ojos, que manaban sin que Eva lo pudiese evitar, entró en el salón de la casa que compartía con Víctor desde hacía un par de meses. La madre de Víctor, nada más que la vio aparecer, se levantó del lugar que ocupaba junto a su hijo en el sofá y fue hasta ella. La abrazó y la consoló, unidas por el mismo dolor que compartían.

—No te sientas culpable, Eva. Sé que cuidabas de mi nieta como si fuese tu hija. Esas personas os tenían vigilados y aprovecharon un instante. —Las tiernas palabras de Gloria, junto con su apoyo y su gran abrazo la reconfortaron. Era lo que necesitaba, lo que le había faltado de su pareja.

Anselmo también fue junto a Eva y la abrazó. El dolor que vio en la mujer le partió el corazón. Víctor contemplaba la escena impasible. Solo podía pensar en su pequeña sobrina y qué suerte habría corrido.

—Lo siento mucho. —Eva sentía que les debía una disculpa—. No sé cómo pasó. Hubiese preferido morirme antes de que ocurriese esto.

—No digas eso, hay que tener esperanzas.

Eva no contaba con que Gloria estuviese tan entera, nunca imaginó que su suegra la consolase a ella y no al revés. Por lo menos tenía el apoyo de alguien en la familia de Víctor, cada vez que lo miraba lo sentía muy lejos de ella, como si fuese un completo extraño, frío y distante.

Una hora después se produjo la tan deseada llamada, en el teléfono de Víctor sonó un número oculto y él lo atendió de inmediato.

—La niña está con nosotros. Queremos un rescate. En la próxima llamada le diremos la cantidad que debe preparar para el cambio —anunció una voz distorsionada.

—Quiero una prueba de que Daniela está bien —exigió Víctor.

—La tendrá.

La comunicación se cortó. Víctor suspiró y el cuerpo le encajó un poco, solo era cuestión de dinero. El miedo a que su sobrina apareciese muerta en alguna zanja le reconcomía por dentro.

Tras la llamada, Carlos se ausentó de la casa. Los policías que se encontraban allí continuaron con su trabajo. Eva, Víctor, Gloria y Anselmo estaban en el salón, intranquilos y a la espera de la siguiente comunicación de los secuestradores.

En menos de diez minutos el salón de la casa se llenó de nuevos policías, entre ellos llegó un nuevo agente que parecía estar al mando. Tenía una edad avanzada y parecía experto, se movía con seguridad y daba órdenes muy concretas.

—Señorita Quiroga, soy el inspector Adánez. Por favor, quiero hablar con usted. Estaba presente cuando la niña desapareció y fue la que la buscó en los primeros minutos por el parque. —Eva se levantó del sillón que ocupaba y fue hasta él. Víctor la acompañó, pero no recibió muestras de apoyo alguna, se quedó a su lado sin más—. ¿Ha vuelto a tener amenazas en su vida? ¿Cree que el secuestro de la pequeña puede ir contra usted? —Eva lo miró con los ojos muy abiertos, los desvió hacia Víctor y lo observó con los brazos cruzados a la altura del pecho, a la

espera de una respuesta.

—Eva, responde —la apremió Víctor con una mirada acusadora.

—¡No! —dijo alto y claro con un grito ahogado. Sentía que no la creían—. ¿Crees que si me hubiesen amenazado no lo habría puesto en conocimiento del padre de Virginia? —le reprochó a su pareja en modo de pregunta—. Por favor, hable con Carlos Galván, él lo pondrá al tanto de todo lo sucedido en el pasado —le indicó al policía, desesperada.

—¿Y quién es ese señor y qué pinta aquí? —preguntó crispado.

—Ese soy yo Adánez —resonó la voz de Carlos tras la espalda del hombre—. Cuánto tiempo —lo saludó con un gesto de la cabeza.

El inspector se quedó blanco, no lo esperaba, pero era evidente que se conocían.

—¿Tú? —preguntó asombrado.

—Sí, yo. Con algunos años más, oficialmente muerto y con otro nombre, Carlos Galván —le extendió la mano a modo de saludo—. Eva es la hermana gemela de Elena, la hija que crie de Andrés Verdoy. —Nada más pronunciar aquel nombre Adánez comenzó a atar cabos.

Ambos se habían conocido bien en el pasado. Adánez se enamoró de Rosa en una operación policial que tuvieron que realizar juntos, pero ella nunca le hizo caso.

Víctor miraba la escena sin entender nada. Desconocía que Carlos estuviese muerto oficialmente para todos los que lo conocieron como agente secreto del gobierno y que ese no fuese su verdadero nombre. Se llevó las manos a la cabeza y sintió que todo lo que lo rodeaba era una auténtica locura.

—¡Joder! —manifestó Adánez, descolocado.

—¿Qué coño es todo esto? —exigió Víctor—. ¿Qué mierda hay en vuestras vidas que mi sobrina se ha visto implicada?

—Antes de fijarte en la de los demás, mira en la tuya propia —anunció Carlos, muy seguro de lo que decía. Sintió lástima de Eva que no paraba de apartar las lágrimas de su rostro en silencio—. Daniela ha sido secuestrada por venganza hacia ti, su tío. Alexia Dantés es la principal sospechosa, pese a tener una coartada perfecta. ¿Algo que nos quieras contar, Víctor? —Se permitió mirarlo de frente y hacerlo sufrir tanto como él lo hizo con Eva.

Cuando escuchó el nombre de su madrastra tuvo que tomar asiento. Las piernas le flaquearon y una rabia incontrolada hacia Alexia se apoderó de él. Sintió ganas de matarla.

Seguidamente otros dos hombres entraron en el salón y se posicionaron al lado de Carlos a la misma vez que saludaron a Adánez. Este, al ver a Martínez y Tirado, comprendió que la información vertida por Carlos era veraz.

—Con la demanda que he presentado en contra de esa mujer sus días de libertad están contados si un juez falla en contra de ella, pero nunca imaginé que pudiese hacer algo así —lamentó—. Pero... si tiene una coartada perfecta, ¿por qué sospecháis de ella? —preguntó confuso.

—Porque te puso un detective privado hace meses y controla todos tus movimientos. Le has bloqueado las cuentas bancarias y no tiene dinero. Pedir un cuantioso rescate por la niña y largarse del país es lo más lógico que haya planeado.

Víctor dio un golpe contra la mesa, furioso.

—¿Cuál es la cantidad exacta por la que jugamos? —preguntó Adánez, desconocía el contenido de la demanda de Víctor.

—Unos cinco millones de euros, entre propiedades y dinero en el banco.

—¡Vaya! Una cantidad asombrosa —exclamó Adánez.

—¿Ella es la mujer camuflada que se llevó a Daniela? —preguntó Víctor con interés.

—No lo sabemos, un importante dentista afirma que estuvo dos horas en su consulta. Coinciden

con las horas en las que la niña desapareció. Por ahora tiene coartada, creemos que tiene un cómplice.

El teléfono de Víctor comenzó a sonar de nuevo. Era una llamada entrante, con número privado.

Carlos y los demás policías asintieron, Víctor se preparó para hablar y escuchar las instrucciones de los secuestradores.

—Reúne seis millones de euros en una bolsa negra de gimnasio, mañana se te indicará dónde dejarla y dónde verás de nuevo a la niña. —No hubo más indicaciones a través de la voz distorsionada. La comunicación se cortó.

—¡Joder! —maldijo Víctor mientras se revolvía el pelo y se paseaba por el salón como un loco—. No tengo esa cantidad de dinero de un día para otro. —Miró a su madre y a Carlos, con la mirada encendida. Estaba atado de pies y manos.

—No te preocupes, se lo pediré a mi abuelo —resonó la voz de Eva.

No se molestó en levantarse del sofá en el que estaba sentada. Miraba a Víctor en actitud resignada y distante mientras comenzaba a teclear en el móvil.

Carlos se acercó a ella y se lo quitó.

—Yo hablaré con él. ¿Qué cantidad de dinero necesitas exactamente? —preguntó Carlos a Víctor.

—No lo sé con certeza, pero más de dos millones no dispongo de un día para otro.

Carlos asintió y se marchó con todas las personas que estaban en el salón, tan solo se quedaron la familia: Víctor, Eva, Gloria y Anselmo.

Cuando ya se marchaban, Adánez no se podía ir sin resolver una duda que lo reconcomía por dentro.

—¿Ella también está viva? —preguntó con miedo, refiriéndose a Rosa.

—Sí —afirmó Carlos—. Es mi mujer y tenemos dos hijas —le informó con orgullo.

—Me alegro de que superase la enfermedad. —Rosa tuvo cáncer de pecho tiempo atrás, cuando decidieron darla por muerta en su profesión y crearle otra identidad se aprovecharon de ello y lo pusieron como excusa—. Dale recuerdos de mi parte.

De madrugada, Eva se despertó y Víctor aún no había subido a descansar. Su lado de la cama estaba intacto. Decidió levantarse e ir en su busca.

Gloria dormía en la habitación que tenían para Daniela en el chalet de Víctor y Eva, y Anselmo se quedó en la de invitados de la planta de abajo. Sobre las dos de la madrugada todos decidieron ir a dormir un poco y relajar el cuerpo.

Nada más que Eva salió de la habitación, vio luz al fondo del pasillo, en el despacho de Víctor. La puerta estaba entreabierta y lo encontró detrás del escritorio, con una copa en la mano y la cabeza apoyada sobre la mesa. Se acercó hasta él con sigilo y le tocó el pelo, él se revolvió y fijó la mirada en ella.

—Deberías darte una ducha e ir a la cama a descansar —le aconsejó—. Mañana será un día difícil donde tendremos que estar despejados.

Víctor no dijo nada, ella se tomó la libertad de apartarle el vaso, cogerle la mano entre la suya y tirar de él. Estaba decidida a que se tomase unas horas de descanso. Había soportado mucha presión en las últimas horas, más de las que estaba dispuesto a soportar y eso la hacía sufrir sin poder remediarlo. Se compadecía de él en vez de guardarle rencor por la frialdad con la que la

había tratado desde que desapareció la niña.

Eva se dirigió con Víctor hasta el baño de su habitación, le abrió el grifo de agua caliente de la ducha mientras que él se desnudaba. Sin mediar palabra, se adentró bajo el agua mientras ella buscaba una toalla para él.

No se fue del baño pese a sentirse una extraña, él era su pareja, estaba acostumbrada a verlo desnudo, sin embargo, todo se le hacía tan raro que logró sentirse como una intrusa que invadía la intimidad de aquel hombre.

Sumida en sus pensamientos, delante del espejo, no se percató de que Víctor había salido de la ducha envuelto en una toalla de cintura para abajo y estaba detrás de ella, con el pelo y el pecho mojado.

Eva fijó la mirada en la suya a través del espejo y en silencio, se volvió, cogió otra toalla y le secó el pelo y el pecho.

—Gracias —murmuró Víctor con un leve hilo de voz, como si le costase un gran esfuerzo pronunciar las palabras.

—Métete en la cama, descansa un poco —le aconsejó Eva.

Él solo asintió, la tomó de la mano y tiró de ella. En silencio, llegaron hasta la cama. Con agilidad Víctor se deshizo de la toalla, se quedó desnudo y comenzó a meterse en la cama.

—Ven conmigo —suplicó a Eva, con la mano extendida hacia ella. Se había quedado sin saber qué hacer.

Aquel Víctor tan poco comunicativo le resultaba un completo extraño.

—Quizás estés más cómodo... —susurró sin moverse.

—Tenerte a mi lado es mi paz y mi descanso, ven —suplicó de nuevo.

No se lo pensó, acudió a su lado. Se metió en la cama y Víctor la abrazó. Lo sintió temblar como un niño pequeño. Lo acunó, le dio un beso en la frente y le brindó todo su amor y protección.

A la mañana siguiente Alexia recibió en su casa la visita de la policía, Adánez y dos agentes más se presentaron con la excusa de hacerle un interrogatorio rutinario. Ella trabajaba con Víctor y necesitaban saber con quién se codeaba el abogado para poder delimitar los posibles enemigos que tenía. Se lo plantearon de tal forma que no sospechó que dudaban de ella, todo lo contrario, se sintió de gran ayuda al decirles que siempre existía un cliente insatisfecho o que Víctor se codeaba con gente poco recomendable. Les mostró unas fotos de su hijastro comprando droga.

Alexia era muy lista y lo tenía todo calculado, sabía que a aquellas alturas la policía ya tendría conocimientos de que había investigado a Víctor, por ello fue más rápida y les dijo que lo mandó a seguir porque se preocupaba de él y sus hábitos con las drogas.

Tras marcharse los tres hombres, Alexia le hizo una llamada a su amante y cómplice. Él tenía a la niña en el piso que tenían alquilado desde hacía un par de años como nidito de amor.

—Pondremos la primera entrega del dinero esta tarde a las cuatro, en la taquilla del gimnasio al que va Víctor —anunció a su amante—. Los vamos a descolocar cuando les exijamos que hagan en dos pagos el dinero que les pedimos. ¿Está todo acordado con el personal de mantenimiento del gimnasio?

—Sí.

El cómplice de Alexia le había pagado una buena cantidad de dinero al hombre encargado de limpiar los vestuarios. Con una llave maestra abriría la taquilla indicada y metería la bolsa con todo el dinero en el contenedor de basura y luego se encargarían de sacarlo de ahí de camino que llevaban la basura al vertedero. La policía no podría predecir esa jugada quedando otros millones por entregar.

La siguiente entrega los descolocaría aún más, Alexia sonreía al creerse superior en inteligencia a todos ellos.

Cuando Víctor despertó Eva no se encontraba a su lado en la cama. Se removió con pereza a lo largo de todo el colchón y se vistió.

Encontró a Eva, su madre y su abuelo desayunando en la cocina. Apenas eran las ocho de la mañana. EL chalet volvía a estar lleno de personas de la policía.

Víctor se sirvió un café y se marchó al salón con la taza en la mano. El silencio reinaba en todo momento, no había mucho que hablar, o sí, solo que nadie se atrevía a decir la primera palabra en voz alta. Todos llevaban el dolor y los remordimientos por dentro sin saber cómo exteriorizarlos.

Sobre las diez de la mañana sonó el teléfono de Víctor, eran los secuestradores:

—La entrega del dinero se producirá en el gimnasio que usted habitúa, a las seis de la tarde. Deje en la taquilla número 234 una bolsa negra con tres millones de euros repartidos en billetes de 50, 100, 200 y 500 euros. La siguiente entrega será mañana junto con la niña.

—¿Cómo? —se sorprendió Víctor. No esperaba aquella jugada, ni la policía.

—En cinco minutos le enviaré un vídeo de su sobrina junto al periódico de hoy, podrá comprobar que se encuentra en perfecto estado. Mañana recibirá nuevas indicaciones. —Cortaron la comunicación de inmediato.

—¡Joder! —maldijo Víctor en un sonoro grito. Tenía ganas de estrellar el puño contra algo.

—Tranquilízate —le pidió Carlos, que sacaba de una bolsa el dinero que le había entregado Sebastián hacía una hora. Lo contaba y preparaba como que le habían pedido—. Hay que cumplir con sus condiciones. La vida de la niña está en juego —le recordó para hacerlo entrar en razón.

No era momento para berrinches, había que tener la mente fría y actuar con la cabeza, no dejarse llevar por los impulsos.

Adánez se acercó a Víctor, por su actitud dedujo que le iba a decir algo.

—He ido a hablar con Alexia Dantés, lejos de poder acusarla de algo, me entregó unas fotografías de usted comprando cocaína —le reprochó serio.

—Eso fue un error. No me voy molestar en explicárselo porque mi familia está al tanto de que no consumí esa mierda. Que Carlos le informe de todo —le dijo cansado, se dio media vuelta, arrastrando los pies, y se alejó un poco. Daba la conversación por finalizada.

Seguidamente, al móvil de Víctor llegó un vídeo. Era de Daniela jugando en una gran alfombra, rodeada de juguetes, en una habitación muy soleada. Al lado de la niña estaba colocad, a conciencia, el periódico de ese día para que pudiesen constatar que la pequeña estaba en perfectas condiciones.

Tras ello, Víctor se marchó del salón, subió las escaleras y se dirigió a su despacho. Necesitaba estar solo.

Eva lo observó todo, pero no fue tras él. Se quedó al lado de Gloria y Anselmo. Se sentía más arropada con ellos que con el hombre que amaba.

A la hora indicada Víctor realizó la entrega. No vio nada raro en el gimnasio, se volvió a casa y varios policías camuflados se quedaron pendientes de quién acudía a retirar la bolsa del dinero de la taquilla, pero el gimnasio cerró a las once de la noche y nadie la sacó. Todo resultaba muy raro.

Aquella noche Eva fue de nuevo en busca de Víctor. Desde que llegó de entregar el dinero se encerró en el despacho y no quiso hablar con nadie. Solo deseaba que las horas pasasen y que Daniela regresase a su lado.

—¿No vas a venir a la cama? Te hará bien descansar. Hasta mañana no tendremos más noticias —le dijo Eva desde la puerta, sin atreverse a pasar.

—Ahora en un rato voy —anunció con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y los ojos levemente cerrados.

—Víctor... ninguno estamos bien, pero tú... Me preocupas, mi amor —consiguió decir.

—Cuando Daniela aparezca estaré bien —pronunció de forma seca y cortante.

—Te espero en la cama. —Sin más conversación, Eva se dio media vuelta y se marchó.

Víctor la dejó ir. En su interior tenía grandes dos batallas, primero necesitaba vencer la de Daniela para enfrentarse a la de Eva.

A la mañana siguiente, un poco antes de las doce, cuando todos comenzaban a desesperarse por no tener noticias de la próxima entrega de dinero y de la niña, un mensajero entregó un paquete que contenía una carta para Víctor. La abrió en presencia de su familia y de la policía.

Una niña llamada Daniela espera a su familia en el parque de El Retiro. Acudan de inmediato, no vaya a ser que la pierdan de nuevo.

Capítulo 28

Descolocados, no esperaban aquello, sin pensarlo, todos corrieron hacia el lugar. No se pararon a pensar que pudiese ser una trampa o mentira, necesitaban encontrar a Daniela y se aferraron a aquel mensaje con todas sus ganas.

Llegaron al parque de El Retiro, se distribuyeron por las diferentes puertas y comenzaron a buscar a la niña.

Carlos avisó a Martín, que nada más enterarse puso rumbo al lugar junto con Sebastián, Virginia y Miguel. Begoña se fue a casa con Elena y las gemelas.

Tras veinte minutos buscando desesperados a Daniela, entre la gente, los niños, era domingo, hacía buen tiempo y había mucho movimiento. No resultaría fácil encontrar a una niña de dos años y medio sola.

De repente, Eva la vio. Estaba debajo de un árbol, sentada sobre una manta con varios juguetes alrededor. Una mujer vestida con ropa de deporte, se notaba que venía de correr, estaba parada frente a ella observándola.

Eva echó a correr hacia Daniela con todas sus fuerzas, dejó atrás a Gloria que no le pudo seguir el paso.

—¡Daniela! —gritó Eva, sin poder evitarlo, cuando estuvo a escasos metros de la niña.

La pequeña alzó la mirada y le sonrió.

El corazón de Eva le dio un vuelto. Era ella, y estaba sana y salva. Corrió hasta abrazarla y examinarla. Estaba intacta.

La mujer que miraba a la niña, allí sentada sola sin ningún adulto alrededor, continuó en la misma posición.

—¿Es su hija? Me llamó la atención verla aquí sola en dos vueltas que di y me paré —le dijo preocupada.

—Es mi sobrina —afirmó Eva con Daniela entre sus brazos.

De repente, un pelotón de gente se agolpó alrededor de Eva y Daniela, la mujer se asustó cuando vio a varios policías.

Gloria lloraba, fue la primera en coger a su nieta en brazos, luego lo hizo Víctor, emocionado.

Miguel llegó a los pocos minutos, se acercó a la niña y comenzó a examinarla como médico, bajo la atenta mirada de su tío y su abuelo, que no se movían de su lado.

—Está bien, no tiene golpes ni señales de que la hayan tenido atada o amordazada. Parece que ha comido bien y está bien cuidada.

Una primera impresión de un médico los dejó a todos más relajados mientras la policía y Carlos hacían su trabajo. Interrogaban a las personas del parque por si alguien llegó a ver quién dejó a la niña allí. Ya habían pedido las cámaras de seguridad, pero estaban seguros de que se habrían cuidado de ellas, al igual que cuando se produjo el secuestro.

Víctor comenzó a hablar con la policía y Carlos. Eva, Gloria y Virginia se sentaron en un banco con la niña. Daniela pedía estar en los brazos de Eva.

De repente, Javier Quintana apareció con ropa deportiva y todo sudado, saludó a su amigo y se interesó por el caso de la niña. Estaba al tanto del secuestro ya que Víctor había delegado todos los asuntos del bufete en su amigo desde que Daniela desapareció.

—Está sana y salva —le informó Víctor, aliviado. Ambos hombres se dieron un abrazo, sin importar que Javier estuviese bañado en sudor.

—No sabes cómo me alegro, amigo. —Le palmeó con fuerza el brazo y miró hacia la niña.

Se acercó al banco todo estaban las mujeres sentadas y las saludó, le tomó una mano a la pequeña y esta le sonrió. Javier se despidió de ellas y volvió junto con Víctor, Martín, Anselmo, Carlos y Sebastián, por su podía ayudar en algo. Se mostró solícito.

Eva observó que la pequeña Daniela, en sus brazos, solo quería estar con ella, seguía la figura de Javier con la mirada, como si lo conociese. Sabía que Víctor había llevado a su sobrina en una ocasión pasada al bufete, pero no como para que Daniela lo mirase de aquella forma, como si le resultase demasiado familiar.

La pequeña se recostó sobre el pecho de Eva y ella apoyó su mejilla contra su cabecita, mientras la suya propia no paraba de dar vueltas.

De repente, Daniela estiró la mano y un dedo, señaló en la dirección en la que se encontraban los hombres, Víctor y Javier eran los únicos que les daban la espalda.

—¿Quieres ir con el tío Víctor? —preguntó Eva a la niña, que negó con la cabeza y continuó señalando con el dedo con insistencia.

—No te entiendo, ¿quieres agua? —Volvió a negar con un gesto de la cabeza y la miró esperanzada en que la comprendiese.

Eva la acunó de nuevo contra su pecho, debía estar cansada, pero lejos de ello, Daniela se bajó de sus brazos y tiró de su mano, haciendo que se levantase.

Eva la cogió en brazos de nuevo y comenzó a caminar con la niña en dirección hacia Víctor, bajo la atenta mirada de Gloria, que, en cierto modo, se sentía apenada por el hecho de que su nieta deseara más a Eva que a ella en aquellos momentos.

Daniela iba agarrada fuerte al cuello de Eva. De repente, esta se paralizó cuando escuchó:

—Jugar a los indios —le susurró en el oído dos veces seguidas.

Escuchar aquellas palabras y su voccecita por primera vez paralizó a Eva. Se detuvo y la miró a los ojos, necesitaba comprobar que lo que había oído era real.

—¿Quieres jugar? ¿Con quién? —preguntó nerviosa. La niña asintió y señaló la espalda de Javier.

Eva pensó que al igual que ella le recordaba a su madre, al ver al Javier, le habría recordado a su padre, no le dio mayor importancia. Pero no dio un paso más para acercarse, continuaba como paralizada, a la espera de escucharla de nuevo.

—Me lo pasé muy bien. Jugué a los indios con él —reveló la niña al ver que no llegaban a su objetivo.

El rostro de Eva se quedó pálido. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para que Daniela no se le cayese de los brazos.

—¿Cuándo has jugado tú a los indios? —Entre escuchar su voz y lo que la niña le estaba revelando, sentía que se mareaba y que le faltaba el aliento.

—Ayer y hoy con él. Otra vez. —Pidió removiéndose entre sus brazos para que su tía se moviese.

Eva tenía demasiada información y no sabía cómo ordenarla en su cabeza. Se tomó unos instantes y lo vio claro.

En un arranque, llevó a Daniela junto a su abuela. La dejó en sus brazos sin darle explicaciones

y fue con paso decidido hasta Javier.

De malas formas, zarandeándolo para la gran sorpresa de todos los que estaba allí le gritó:

—¿Por qué dice la niña que ha jugado contigo a los indios ayer y hoy? ¿Me lo puedes explicar? —chilló perdiendo los nervios.

Javier se quedó blanco como la cal cuando la escuchó, sin saber cómo reaccionar titubeó. Carlos que lo observaba de frente, su experiencia le dijo que aquel hombre ocultaba algo.

—¿Daniela ha hablado? —preguntó Víctor, sorprendido.

—Me ha dicho que quiere jugar de nuevo a los indios con él. Por dios, no lo conoce —afirmó fuera de sí—. ¿Cómo dice eso? —exigió saber con ojos desencajados.

—¿Lo estás acusando de algo? —preguntó Víctor, como ofendido.

Eva lo miró casi sin reconocerlo.

Carlos asintió mientras miraba a Adánez y este tomó la palabra:

—Señor Quintana, ¿sería tan amable de acompañarnos? Necesitamos que nos cuente dónde ha estado estos días y con quién.

—¿Cómo? —preguntó descolocado—. Es una niña, ¿le vais a hacer caso de lo que dice? —inquirió con nerviosismo.

De repente, Víctor apareció con su sobrina en brazos.

—Cariño, ¿tú has jugado con el amigo del tío a los indios? —preguntó de frente, decidido.

El rostro de Javier cantó la verdad antes de la niña responder.

Carlos supo con certeza que aquel hombre estaba implicado en el secuestro.

—Sí. Nos disfrazamos. Otra vez —pidió animada y sonriente.

Víctor soltó a la niña en el suelo y se fue directo hacia Javier, con la mirada encendida y los puños apretados.

—Hijo de puta —murmuró entre dientes tras estrellar su puño contra la mandíbula del que hasta ahora consideraba su amigo.

Eva cogió a la niña y la sacó de escena.

Entre Carlos y Martín consiguieron parar a Víctor.

La policía esposó a Javier y se lo llevaron para interrogarlo y comprobar el testimonio de la pequeña.

En el parque ya no había mucho más que hacer, cada cual se encaminó a casa. Víctor, Daniela, Gloria y Anselmo se fueron juntos, Eva prefirió marcharse con su hermana. Pensaba dejarle unas horas a solas en familia con la niña, iría a casa después.

Tras un registro en casa de Javier Quintana, comprobaron que la pequeña había pasado allí los dos días que estuvo secuestrada. Encontraron pelo de Daniela, ropa y juguetes propios de una niña de su edad. Con posterioridad, la policía descubrió que Javier Quintana era el amante de Alexia desde hacía más de tres años. En el registro de la casa encontraron varios vídeos eróticos de la pareja.

Cuando toda esta información llegó al conocimiento de Víctor se sintió con ganas de matar a Javier. Lo consideraba su amigo y confidente mientras que le clavaba un puñal en la espalda.

Sin embargo, cuando Javier llegó a comisaría y fue interrogado no delató a Alexia en el secuestro de la niña. Por el momento, le era leal.

Lo único que afirmó, ante las pruebas evidentes, fue que secuestró a la niña por dinero. Con respecto a los vídeos encontrados junto con Alexia y si eran cómplices y amantes no dijo nada.

Víctor dejó en casa a su familia y acudió a la comisaría. Deseaba saber lo que había declarado Javier. Sabía que Carlos estaría allí y lo tendría fácil.

El secuestro de Daniela saltó a los medios de comunicación, Dana, desde Estados Unidos, comprobó que la maldad de Alexia no tenía límites. No lo habían dicho, pero ella presagiaba que la mano de aquella mujer estaba tras la desaparición de la niña.

En un acto de bondad, llamó a Víctor y le dijo que tuviese mucho cuidado con su madrastra. Ella fue quién le pagó una buena cantidad de dinero para que se presentase en España con la mentira de un embarazo y él volviese a Nueva York junto con la supuesta madre de su hijo. Dana también le reveló que le había prometido más dinero si colaboraba con ella en este último plan, pero Dana no llegó tan lejos. Le gustaba el dinero, pero tenía ciertos límites que no pensaba sobrepasar.

Víctor agradeció no tener a Alexia cerca, porque la hubiese matado con sus propias manos.

Finalmente, cuando la policía le hizo comprender a Javier que él solo soportaría todos los cargos del secuestro mientras Alexia se iba a marchar con los tres millones de euros y no la iba a ver nunca más, terminó por confesarlo todo. La había llamado para que se presentase como su abogada y ella no lo hizo, mandó a otra persona.

La detención de Alexia se produjo cuando ya estaba sentada en un lugar de primera clase en un avión con destino a Paraguay. La policía recuperó el dinero, la mujer fue llevada al calabozo para declarar y posteriormente ponerla a disposición judicial. Tanto ella como Javier iban a pasar unos años tras las rejas.

Eva pasó en casa de Virginia toda la tarde, necesitaba desahogarse con todo lo que había sufrido en aquellos días y lo que llevaba por dentro. Lloró junto a su hermana hasta que se quedó vacía.

Se quedó dormida en el sofá y cuando despertó se dio cuenta de que había anochecido. Le pesaba todo el cuerpo y no se sentía nada bien. Algo extraño le rondaba.

—Víctor me ha llamado, interesándose por ti. Le dije que estabas dormida —anunció Virginia cuando Eva despertó y se incorporó.

No la había dejado sola, veló su sueño mientras leía un libro con el calor de la chimenea de fondo.

—Creo que voy a quedarme a dormir, ¿puedo? —preguntó restregándose los ojos con las manos.

—¿Has escuchado lo que te he dicho? —preguntó Virginia alarmada.

Eva asintió, se echó un vaso de agua de la botella que estaba en la mesa y la miró.

—Necesito que estemos un tiempo alejados —murmuró.

—¡¿Qué?! ¡No me vengas con tonterías! Es normal que todo esto del secuestro os haya afectado, a ambos —puntualizó—. No permitas que se abra una brecha entre vosotros. Sois una pareja que derrocha amor, envidiable.

—Hoy necesito estar alejada de él. No me creyó cuando acusé a Javier, me miró como si estuviese loca, y durante todo el tiempo que ha durado el secuestro se ha comportado de una forma muy fría conmigo. He sentido siempre que me culpaba de lo sucedido por estar al cuidado de la niña y dejar que ocurriese.

Virginia asintió. La situación entre ambos era complicada, pero nada que no se pudiese salvar si lo hablaban con detenimiento y se daban algo de tiempo.

Eva consultó el móvil y comprobó que tenía varios mensajes de Víctor. Le contestó de forma

escueta que iba a pasar la noche en casa de Virginia y que hablarían al día siguiente.

No obtuvo respuesta alguno de Víctor, vio leyó los mensajes, pero no le contestó de inmediato.

Varias horas después, casi a media noche, el teléfono de Eva sonó. Era un mensaje de Víctor:

Te necesito a mi lado, eres mi fuerza y mi apoyo, aunque me haya comportado como un imbécil estos días. Te pido perdón. Te amo, Eva. Nada ha cambiado. Te esperaré toda la vida.

Una sonrisa iluminó el rostro de ella tras leer estas palabras que le devolvieron vida. Dispuesta a olvidar todo, fue a llamarlo, pero un terrible dolor en el vientre hizo que se doblase por la mitad y diese un grito tan grande que hizo que Virginia se presentase en su habitación de inmediato.

Eva comprobó que estaba sangrando. Alarmada, Virginia llamó a una ambulancia y a Miguel. En menos de media hora Eva estuvo atendida en el hospital.

Antes de entrar en quirófano le informaron de que se trataba de un aborto, no pudieron hacer nada por salvar el feto. Le hicieron un legrado y le aconsejaron que descansase en los próximos días.

Eva desconocía que estaba embarazada.

Cuando la trasladaron a una habitación, entre Miguel y Virginia la pusieron al tanto de la situación, apenas estaba de cinco semanas.

—Has estado sometida a mucha presión en los últimos días, Eva —le indicó Miguel—. Todo ha salido bien. Podrás ser madre en cuanto lo desees, no tienes de qué preocuparte. Siento que este embarazo no haya llegado a buen término.

Con lágrimas en los ojos, Eva llevó la mano hasta su vientre, ya vacío. Lamentó no haber sido consciente de que un hijo de ella y Víctor cobraba vida ahí hasta hacía poco.

Miguel se retiró y Virginia abrazó a su hermana. Eva lloraba sin consuelo.

Virginia comprendió que tendría que pasar su propio duelo y la acompañó y apoyó en todo momento.

Eva se negó por completo a que informasen a Víctor. Él ya tenía suficientes problemas como para cargar con uno más, con el que, al fin y al cabo, no podría hacer nada, solo lamentarse como ya lo hacía ella.

A la mañana siguiente, Eva decidió volver a casa de Virginia y les pidió a ella y a Miguel, los únicos por el momento al tanto de la situación, que no le dijese nada al resto de la familia. Decidió no contar a nadie más por lo que había pasado. Ambos respetaron su decisión. Elena estaba a punto de dar a luz y lo que su hermana menos deseaba era darle un disgusto, y el resto de la familia no se merecían más malas noticias ni que sufriesen por ella, ya nada se podía hacer.

Al no tener noticias de Eva desde que le envió el último mensaje la noche anterior, Víctor la llamó muy temprano a la mañana siguiente.

Eva no le cogió el teléfono hasta que estuvo instalada de nuevo en casa de Virginia. Miguel le había ordenado unos días de reposo.

—Hola, Víctor —resonó su voz, apagada, cuando le cogió el teléfono en la cuarta llamada que le realizaba aquella mañana.

—¿Ocurre algo? —le notó la voz rara.

—No, es solo que me acabo de despertar —mintió. Mientras escuchaba su voz recordaba al hijo que acababan de perder y no podía evitar que las lágrimas saltasen de sus ojos.

—¿Por qué no has venido? —preguntó de forma paciente, pese a estar desesperado.

—Víctor... —No sabía cómo decirle aquello—. Necesito unos días para mí, a solas. Pensar. Voy a marcharme a Aracena —le comunicó.

—¿Qué? —No esperaba aquello.

—Me voy con Virginia. Volveré en unos días.

Virginia, que la escuchaba, la miró con los ojos muy abiertos. Desconocía aquella información, y, al mismo tiempo, se estaba quedando helada con la decisión que Eva le comunicaba a Víctor.

—No te entiendo, Eva. ¿Qué te pasa? —preguntó Víctor, perdiendo los nervios—. ¿Por qué esto ahora? —inquirió desesperado.

—Necesito pasar por esto sola. Todo lo del secuestro me ha dejado muy tocada —argumentó.

—Mi vida, ven a mi lado, juntos lo superaremos —le rogó.

—Volveré en unos días. Te quiero. Déjame el espacio que necesito, por favor.

Le colgó y pagó el móvil. Eva lloraba sin consuelo.

Virginia la abrazó en silencio. Lo que menos necesitaba en aquellos momentos eran sus reproches.

A la mañana siguiente, Virginia se marchó con Eva unos días a Aracena, a ella también le vendría bien desconectar y de paso acompañar a su hermana, no pensaba dejarla sola en tan difíciles momentos.

En los cuatro días que estuvieron alejadas de Madrid, Eva no le contestó a ningún mensaje a Víctor ni le cogió las llamadas. Tenía muy claro que lo que debían decirse y aclarar lo tenían que hacer de frente, y ya estaba preparada para ello. Los días en la sierra la habían renovado y devuelto las energías y ganas de vivir.

Cuando estaban de vuelta a Madrid, Virginia conducía, recibieron una llamada desesperada de Martín, les informaba que Elena se acababa de poner de parto.

Capítulo 29

—¡Martín! —le llamó la atención Elena con un sonoro grito—. ¿Quieres tranquilizarte?

Estaba frenético, de un lado para otro, nervioso como nunca antes lo había visto. Nada más decirle su mujer que estaba de parto fue a avisar a sus hijas, llamó a las hermanas de Elena, a sus padres y a sus abuelos.

Las gemelas gritaban y bailaban en medio del salón.

—Ya viene el hermanito —canturreaban a la vez Eva y Carolina.

—¿Podemos ir contigo, mami? —preguntó Eva.

—No, cariño. Cuando nazca vais y nos visitáis.

—Dora —gritó Martín, la mujer buscaba la bolsa de Elena del bebé para el hospital, él no atinaba con nada—. Ocupate de las niñas, nos vamos antes de que nazca en el camino.

—Por favor, tranquilízate —le rogó Elena de nuevo. Le quitó la bolsa de las manos y abrió la puerta mientras Martín buscaba las llaves del coche—. Solo estoy de parto. Faltan unas horas para que el bebé nazca. Esta vez todo irá bien.

Se aferró a su mano y se la besó antes de arrancar el coche.

—Prométemelo. Te juro que si algo va mal me muero de un infarto.

—Esta vez todo irá sobre ruedas, lo presiento. Conduce con cuidado —le recomendó cuando vio que iba como si se tratase de una urgencia.

Cuando llegaron a la puerta principal del hospital Martín comenzó a dar órdenes para que atendiesen a su mujer de inmediato. Elena agradeció que Miguel apareciese al instante y se hiciese cargo de todo.

Eva y Virginia llegaron al hospital cuando Elena aún no había dado a luz, la visitaron en la sala de monitores y una hora después tuvo un bebé precioso y sano, sin complicaciones. El pequeño Martín pesó tres kilos doscientos y tenía los ojos azules como sus padres.

El parto fue fácil y Elena se encontraba en una habitación recibiendo visitas a las pocas horas de tener a su bebé.

Martín era un hombre relajado y feliz, con su hijo en brazos logró que Elena se emocionase.

—Por fin el varón, mi vida.

Hacía años que deseaba tener un hijo y no daba a este por el último, deseaba una familia numerosa, mínimo otro hijo más, para que estuviesen en igualdad de condiciones.

—Te amo.

Martín besó a su mujer con orgullo. Elena le había brindado una gran felicidad y una familia con la que jamás llegó a soñar.

Elena recibió el alta médica dos días después. Aquella mañana las gemelas tenía un teatro en el colegio, en el que actuaban e iban los padres a la función. Martín acudió junto con Begoña y

Sebastián. Eva y Virginia se encargarían de recoger a Elena en el hospital y luego comerían todos juntos en casa, en familia, celebrando la llegada del nuevo miembro. Carlos y Rosa, unos abuelos felices, preparaban la comida para el recibimiento.

Mientras, Víctor ponía en orden su vida. Su madre y su abuelo regresaron a los viñedos junto con la pequeña Daniela. Lo único que le agradecía Víctor a Javier Quintana, se demostró que él fue quien cuidó de la niña los días del secuestro, era que la hubiese tratado bien y no tuviese secuela alguna de los momentos que pasó lejos de su familia. Además, milagrosamente, Daniela ya hablaba de nuevo, el mutismo en el que vivió desde que murieron sus padres desapareció por completo.

Aquella mañana, Víctor se había enterado de que Elena había dado a luz. Cansado de no recibir noticias de Eva y de haberle concedido unos días como le pidió, decidió presentarse en el hospital para visitar a Elena y de paso ver a Eva. Estaba seguro de que no iba a dejar sola a su hermana en esos momentos.

Cuando Víctor entró en la habitación de Elena encontró la puerta abierta. Pasó sin llamar ya que la vio sentada con su bebé en brazos, lo acurrucaba y le susurraba al oído. La imagen lo enterneció. Esperanzado, imaginó una igual con Eva y un hijo de ambos pronto.

—Enhorabuena, Elena —la felicitó yendo hacia ella. Le acarició una manita al bebé y luego le dio un beso en la mejilla a ella—. Me han dicho que todo fue muy bien. Es un niño precioso.

—Sí, es maravilloso. —Posó los labios en su cabecita y le dio un beso, bajo la atenta mirada de Víctor, que la encontró un poco extraña.

—¿Dónde está Eva? —le preguntó desesperado, directo al grano. Se sentó en los pies de la cama y la miró suplicándole una respuesta—. Llevo casi una semana sin verla. Te juro que me estoy volviendo loco —confesó—. Tu hermana es mi vida entera, si no la tengo a mi lado siento que me falta algo. La amo con locura y no aguanto ni un día más sin verla ni saber de ella. Sé que durante el secuestro de mi sobrina no me porté con ella como esperaba, fui un auténtico capullo, pero ese es el Víctor hermético y distante que ella desconoce. Cuando algo se escapa del alcance de mi control me bloqueo y solo estoy conmigo mismo, sé que debí brindarle mi apoyo en esos duros momentos, sé que necesitaba mis abrazos, mis besos, pero estaba paralizado de miedo. Ni siquiera me atrevía a decirle que yo los necesitaba más que ella. Nunca me había sentido tan impotente —le explicó. Hacía días que necesitaba decirle todo aquello a alguien.

Con los ojos llorosos, la mujer que sostenía el bebé en brazos lo miró a punto de estallar en un mar de lágrimas, incapaz de decirle nada.

—¿Me vas a ayudar con tu hermana? —le suplicó.

Ella solo fue capaz de asentir, todo lo que le había revelado con anterioridad le produjo un nudo en la garganta que la dejó sin capacidad de hablar.

De repente, la puerta entreabierta se abrió del todo y entró alguien cargado de globos y una cesta, no le veían la cara en un principio.

—Eva, mira todo lo que me han regalado para el bebé las enfermeras de la planta. Son maravillosas.

Elena entró, y hasta que llegó a la cama no se dio cuenta de que Víctor estaba ahí, frente a su hermana que sostenía a su sobrino en brazos.

Víctor miró a Elena y luego hacia Eva, la mujer sentada con la que había estado hablado todo el tiempo. Le dirigió una mirada cargada de reproche, se compuso ante la impresión, fue hasta Elena y le dio la enhorabuena por el bebé tan bonito que había tenido. No le dijo que acababa de confundir a Eva con ella.

—Tú y yo ya hablaremos —le susurró a Eva mientras Elena colocaba bien todos los regalos que le habían entregado.

—Creo que no nos va a caber todo en el coche. Igual Virginia se puede ir con Miguel, total vamos todos al mismo sitio. ¿Te apuntas, Víctor? —preguntó de forma resuelta.

—¿A dónde vais? —se interesó con curiosidad.

—A comer a mi casa, estaremos toda la familia. Para darle la bienvenida al bebé.

—Claro, me encantará ir. Eva se viene conmigo, no hay problema. Podemos llevar todos estos regalos con nosotros —resolvió con don de mando.

Eva continuaba sentada en el sillón con su sobrino en brazos, incapaz de mirar a Víctor a los ojos ni de decir nada.

Virginia y Miguel llegaron a la habitación, se sorprendieron al ver a Víctor y Eva juntos, y lo hicieron más cuando se marcharon en el mismo coche, pero ninguno se atrevió a decir nada.

El primer momento a solas entre Víctor y Eva se produjo en el vehículo, mientras bajaron en el ascensor de la clínica lo hicieron acompañados. Él tenía tantas ganas de explotar que sentía que se atragantaba.

—No me mires así. No fue mi intención hacerte creer que era Elena, tú lo diste por hecho —comenzó a hablar primero Eva.

—No me sacaste del error —le reprochó con la mirada al frente. Centrado en el tráfico—. Disfrutabas de la situación.

—Ni lo pienses. —Suspiró agobiada—. Nunca lo he pasado tan mal —reveló—. No te esperaba. Me impresionó mucho verte. No podía ni hablar tras las palabras que dijiste, me emocionaron —reveló.

Ante aquella confesión, escuchaba la voz de una Eva rota, se ablandó un poco.

—Hablaremos con calma cuando lleguemos a nuestra casa, porque hoy, tras la comida en casa de tu hermana, vendrás conmigo, aunque te tenga que llevar maniatada —sentenció de forma contundente.

Eva no replicó, solo esbozó media sonrisa.

En casa de Elena y Martín apenas estuvieron dos horas, nada más que terminaron de almorzar Víctor apremió a Eva para que se marchasen. Ya habían cumplido con la reunión familiar y ahora la necesitaba en exclusiva para él.

Al montarse de nuevo en el ascensor, esta vez lo hicieron sin las bolsas, regalos y globos que llevaban en las manos cuando subieron con anterioridad, sintieron que era el primer momento de intimidad que tenían. Víctor se moría por besarla, fundirla contra su pecho y sentir su calor, la había extrañado como nunca pensó en todos los días que estuvo lejos de él. Si algo había aprendido era que no iba a permitir que él y Eva estuviesen nunca más separados.

A escasos metros de ella, sintiendo su respiración, alterada como la de él, no pudo resistirse a tomarla entre sus brazos con brusquedad y apoderarse de su boca sin piedad.

Eva le respondió y se entregó al instante, también estaba hambrienta de él. Se besaron como locos mientras el ascensor descendía.

Al llegar a la planta baja, no se dieron cuenta de que las puertas se abrieron, la pasión los consumía y tenía los sentidos nublados.

De repente, escucharon un leve carraspeo, de incomodidad, y se separaron de inmediato. Se encontraron con un matrimonio mayor, se apoyaban en bastones y los miraban con los ojos casi desencajados.

Con determinación y la cabeza al frente, Víctor tomó a Eva de la mano, tiró de ella y salieron del ascensor sin pudor alguno.

—Buenas tardes, que tengan un buen día, señores. —murmuró Víctor al pasar por su lado.

Eva se tapó la boca, una carcajada amenazaba con romper.

—Creo que sus caras perplejas se deben a que me han confundido con mi hermana.

Ya en el coche, Víctor y Eva estallaron en risas.

—Tendrás que llamar a Elena, tenéis liado a todo vuestro alrededor —se quejó con una enorme sonrisa. Besar a Eva le había devuelto la vida—. Pero estoy seguro de que soy la persona que más veces os ha confundido —confesó con humor.

Eva asintió risueña.

Cuando llegaron al chalet en el que vivían, el que Víctor alquiló hasta que la obra de la unificación de sus pisos estuviese lista, pese a tener mucho de lo que hablar, los sentimientos mandaban. Nada más abrir la puerta y adentrarse en la casa comenzaron a besarse y fueron directos a la habitación. Eva necesitaba más que nunca sentirse amada y querida. Estaba segura de que los brazos y los besos de Víctor le devolverían la confianza y las fuerzas que había perdido en sí misma desde que abortó, pero al mismo tiempo era consciente de que tenían que hablar y contarle todo lo sucedido, él tenía derecho a saber que había perdido un hijo.

—Víctor... —Interpuso las manos en su pecho y se alejó un poco de él haciendo un gran esfuerzo—. Ambos deseamos esto, pero antes debo de decirte algo —anunció seria.

—¿No puede esperar? —La atrajo hacia él de nuevo e intentó besarla, pero Eva se alejó de su lado y esto lo preocupó—. ¿Qué ocurre, mi amor? —preguntó con el ceño fruncido. Fue hasta ella y le alzó la barbilla. Necesitaba verle los ojos.

—Hay algo importante que debes de saber. La verdadera razón por la que me alejé de ti en estos días y necesité estar sola.

—Me estás preocupando, Eva —reveló mientras la llevaba hasta el lateral de la cama y tomaban asiento allí.

Víctor le cogió las manos y notó que estaba nerviosa.

—He pasado los peores días de mi vida, incluso peores a los que recordaba cinco años atrás cuando me atropellaron y lo que sufrí con las operaciones posteriores.

—Lo sé, la desaparición de Daniela nos ha dejado tocado a todos —comentó al tratar de comprenderla.

—Fueron dos días de infierno en los que sufrí como nunca. Tampoco ayudó no sentirte a mi lado, la distancia y la coraza que te pusiste en dolieron mucho —le reprochó a sabiendas de que él ya era consciente de ello. Se lo había admitido cuando la creyó Elena en el hospital, pero necesitaba que lo hablasen, sacar todo lo que llevaba por dentro antes de entregarse a él en cuerpo y alma.

—Te pido perdón. No sabes lo que me arrepiento de ello. Yo también he sufrido al sentirte lejos de mí todos estos días. Ha servido para comprender cómo debiste sentirte tú durante los días del secuestro de mi sobrina.

—No lo hice por venganza —le dejó claro—. Necesitaba alejarme para superar cierto dolor —reveló.

—¿Qué pasa, Eva? —preguntó al comprender que había algo más.

—Cuando apareció Daniela y me fui con Virginia a su casa, cuando me pusiste el mensaje en el que me decías que me amabas y me pedías perdón, iba a responderte y volver a tu lado, pero algo me lo impidió. —Víctor frunció el entrecejo, preocupado—. Apareció una hemorragia —reveló emocionada, con un nudo en la garganta y un medio sollozo—. Estaba embarazada, no lo sabía, apenas eran cinco semanas. No se pudo hacer nada, aborté. —Él se quedó paralizado, no esperaba aquella noticia—. Me hicieron un legrado y me recomendaron reposo por unos días —le hizo

saber muy emocionada.

—Dios, Eva. —La abrazó de inmediato, con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué no me llamaste de inmediato? —preguntó con dulzura, en ningún momento fue un reproche. Se hacía una idea de lo que debía haber pasado ella sola y se le partía el corazón.

—Ya tenías demasiados problemas encima. No quise agobiarte con uno más que no tenía remedio.

La volvió a abrazar y enterró el rostro en su cuello, siendo consciente de la gran generosidad de ella.

—¿Estás bien? —preguntó de repente, deshaciéndose del abrazo y examinándola con la mirada de arriba abajo, muy preocupado.

Eva solo asintió. Lloraba y tenía un nudo en la garganta que no la dejaban hablar.

—Podremos tener más hijos —confesó cuando se armó de valor.

—Eso es lo de menos, mi amor. Solo me importas tú. Que estés bien —confesó con miedo, abrazándola y acunándola entre sus brazos.

—¿Has estado hospitalizada estos días? —se interesó con gran dolor.

—No, solo fue aquella noche. Cuando me dieron el alta me fui con Virginia a Aracena. Los días allí me han servido para pensar y tener clara muchas cosas en mi vida.

—¿A qué conclusión has llegado? —preguntó con miedo.

Eva esbozó una media sonrisa antes de responderle.

—Que no pudo estar lejos de ti. Te amo demasiado. Eres mi vida entera, Víctor Ferrer.

Él encajó el cuerpo, unas lágrimas comenzaron a rodar por su rostro y la abrazó con fuerza.

—Perdóname por no haber estado ahí cuando más me necesitabas. Siento que de alguna manera te he fallado, pero te juro que te compensaré.

Eva le acarició el pelo y la mejilla, luego lo besó.

—Tenía que contártelo, era tu hijo. Además, siento que para superarlo ambos debíamos pasar por este duelo.

—Debiste hacerlo mucho antes. —La miró con ternura y le acarició el rostro con mimo.

—No lo buscamos e ignorábamos su existencia, pero era parte de nosotros y sé que hubiésemos recibido la noticia con alegría.

—¿Qué causó el aborto? —se interesó.

—Los médicos me dijeron que en muchas ocasiones se produce sin una causa que lo justifique, estaba de muy poco tiempo. Quizás influyó los nervios y la situación por la que pasé debido al secuestro de Daniela, pero eso nunca lo sabremos.

—Solo nos queda superarlo y pensar que vendrán más. —La abrazó y la besó animándola—. Ya sabes que lo quiero todo contigo. Una casa llena de niños —aventuró.

Necesitaba curar todas sus heridas con besos y dulces caricias. Amarla despacio, degustando cada rincón de su cuerpo al mismo tiempo que la hacía sentirse querida.

—Eh... —Eva le tomó las manos entre las suyas e interrumpió el beso— Lo veo muy lanzado, señor Ferrer —bromeó. Los besos del hombre que amaba tenían el don de curarla con rapidez—. El médico me recomendó no tener relaciones sexuales en varias semanas.

Víctor la miró con los ojos muy abiertos, sintiéndose culpable de no haberle preguntado aquello.

Cuando Eva vio su cara, rompió en carcajadas y Víctor supo que se estaba burlando de él.

—¿Te parece gracioso jugar con algo así? Llevo casi una semana sin hacerte el amor y siento que voy a explotar —confesó presionando su cuerpo contra el colchón. Tener todo el peso de Víctor encima le resultó una delicia—. ¿Podemos...? —preguntó con delicadez, pidiéndole

permiso antes de continuar.

—Sí, y lo deseo más que nunca. —Tiró de él y lo besó con ansia.

Capítulo 30

Víctor le hizo el amor a Eva tan lentamente, con tanta pasión y devoción que casi la hizo llorar. Las emociones que consiguió despertar en ella la llevaron a vivir la noche de amor más increíble de su vida.

No fue una reconciliación planeada, pero a partir de ahí sabían que nunca nada ni nadie los iba a separar más. Se amaban más allá de lo racional y estaban dispuestos a darle rienda suelta a ese amor en todo su esplendor. Hasta el momento lo habían vivido compaginando un montón de problemas alrededor, pero Víctor estaba decidido a acabar con eso. Él y Eva se merecían un tiempo juntos, solos.

—Solo le pido a la vida esto todos los días —murmuró Víctor al amanecer—, despertar contigo, desnudos y en la cama.

—Es adictivo, ¿verdad? —preguntó ella—. Cada vez te necesito más a mi lado, tus brazos a mi alrededor, tus besos... Te amo, Víctor.

—Quiero que tengamos un hijo. —Se colocó encima de ella y la miró a los ojos—. Ya —apremió—, no quiero esperar más —especificó.

—¿Estás seguro? —le preguntó perdida en sus ojos y emocionada al mismo tiempo.

—Nunca he estado más seguro.

—La doctora me dijo que después de un legrado es más fácil quedarse embarazada —comentó acariciándole la pierna con la suya.

—Yo creo que debemos ponernos manos a la obra —le susurró en el oído.

Eva soltó una carcajada cuando le mordió el lóbulo de la oreja y se pusieron a la tarea.

Al mediodía los sacó de la cama la insistencia del móvil de Víctor, no paraba de sonar.

—Hijo, ¿dónde te metes? —preguntó Gloria, preocupada. No sabía nada de él desde el día anterior y lo había llamado varias veces.

Víctor estuvo a punto de decirle que se metía bajo las sábanas de la mujer que amaba, pero no le pareció muy educado.

—He estado liado, mamá. Tenía entre manos un encargo importante y debía poner todo mi esmero. —Eva lo reprendió con la mirada. Comían juntos en la cocina de su casa y Víctor tenía puesto el manos libres—. ¿Todo está bien?

—Sí. Es solo que Daniela no deja de pedir que quiere ver a Eva. No sé si en este momento estás con ella. Os vi un poco distanciados la última vez —argumentó con prudencia.

—Pasamos por nuestro mejor momento, mamá. Tanto así que estamos pensando hacerte abuela muy pronto —confesó sin vergüenza alguna. Eva lo reprendió por decirle aquello a Gloria, era evidente que ambas estaban pasando un mal trago mientras que Víctor se divertía—. Mañana iremos a haceros una visita —anunció.

Eva lo miró con sorpresa, se acababa de enterar, pero le encantó el plan. Estaba de baja laboral desde que pasó lo del secuestro y pensaba aprovechar todo el descanso que el médico le recomendó.

Cuando Daniela vio a Eva, fue corriendo hacia ella y la abrazó. Eva la tomó en brazos y se emocionó al escuchar de nuevo la vocecita de la pequeña.

Víctor planeó pasar unos días en los viñedos con su familia mientras acababa de perfilar lo que tenía en mente. Quería a Eva solo para él y lejos de todos.

Aquella noche Eva habló con Gloria y entre ambas quedaron que a partir de septiembre Daniela se incorporaría al colegio al que acudían de las hijas de Elena y Martín, por lo que la pequeña iría a vivir con sus tíos los días entre semana. Los fines de semanas y vacaciones Gloria se comprometió a tenerla ella. Le agradeció a Eva lo fácil que se lo estaba poniendo y todo lo que hacía por su nieta.

Daniela admiraba a Eva, la quería muchísimo y le encantaba compartir tiempo y juegos con ella.

La primera noche que Víctor y Eva pasaron en los viñedos, cuando estaban por meterse en la cama, olvidaron cerrar la puerta por dentro y la niña se presentó en la habitación de ambos.

—Quiero dormir contigo —dijo Daniela, con el dedo señalaba a Eva, sentada en la cama en pijama.

—Eso no va a poder ser, pequeña —terció Víctor antes de que la bondad de Eva saltase—. La tía tiene que dormir con el tío, y tú en tu cama —le explicó de forma paciente—. Yo te acompañaré hasta que te duermas, vamos. —La cogió en brazos y miró a la mujer que amaba, que lo reprendía con la mirada.

Víctor salió de la habitación y cuando volvió había pasado más de una hora. Eva lo esperaba en la cama despierta.

—Por fin —anunció al tumbarse junto a ella—. Pensé que no se quedaba dormida, pero estaba dispuesto a quedarme varias horas a su lado. Tiene que aprender que las noches en la cama en tu compañía son exclusividad de su tío. No pienso renunciar a esto nunca más. —La besó y se acomodó junto a ella.

Eva lo abrazó sintiéndose amada y feliz.

—Estás muy misterioso esta noche, ¿qué tienes en mente? —Lo miró intrigada. Lo conocía bien y aquella mirada gris, con el brillo tan especial que le transmitía tramaba algo.

—Es una sorpresa. —Se levantó, fue a su chaqueta, cogió un sobre y se lo entregó.

Eva lo abrió y descubrió que era un folleto con información sobre Los Cabos, en Baja California, un lugar maravilloso al que siempre deseó ir, pero aún no había podido cumplirlo. Lo miró extrañada de que él supiese de aquello, nunca se lo había revelado.

—Yo siempre... —comenzó a decir eufórica.

—Lo sé. Le pedí consejo a Elena para comprarte algo con qué sorprenderte, y me recomendó este viaje. He de confesar que fue idea suya, pero yo lo haré realidad. Nos vamos pasado mañana.

Eva se arrojó a sus brazos y le llenó todo el rostro de besos, emocionada. Pasar unos días a solas con Víctor y alejada de todo era justo lo que necesitaba.

Los siete días que pasaron juntos y a solas, en la más estricta intimidad, a Víctor y Eva se les pasaron volando. Disfrutar del sol, la playa, de su amor y no pensar en nada más que ellos, sin teléfonos ni problemas ajenos, les devolvió vida.

Aquellos días les sirvieron para enamorarse más, para valorar lo afortunados que eran de contar con el amor del otro y de haberse encontrado en la vida.

Desde que planeó aquel viaje Víctor tenía una idea en mente, y la pensaba cumplir la última noche que iban a pasar allí. Deseaba casarse con Eva en la intimidad, no podía esperar más tiempo para hacerla su mujer.

Cuando Eva salió de la ducha, se encontró un vestido blanco sobre la cama, era largo, de gasa, en tirantes, nada muy formal, pero sí un vestido especial. Sobre él había una nota que había dejado Víctor en la cual le indicaba que se lo pusiese y que la esperaba en el jardín del hotel, cerca de la piscina.

Intrigada, Eva se lo colocó, se arregló el pelo y la cara y bajó a su encuentro. Cuando llegó vio un arco de flores cerca de la piscina, velas y pétalos alrededor. Se encaminó por un sendero marcado por antorchas encendidas a los lados hasta que llegó bajo el arco donde la esperaba el hombre de su vida, perfectamente vestido con un traje de chaqueta negro y camisa blanca. Estaba guapísimo.

Un señor desconocido estaba con él y sostenía una carpeta negra. Cuando Eva llegó hasta Víctor, él la tomó de la mano, la besó con brevedad en los labios y le susurró:

—Bienvenida a nuestra boda.

Le entregó un pequeño ramo de flores y le sonrió.

Eva lo miró sin saber qué decir. Él notó el temblor de todo su cuerpo, la abrazó y le hizo una señal de asentimiento al señor que estaba ante ellos. Este comenzó a leer unas palabras tan mágicas y bonitas que hicieron llorar a Eva. Fueron escritas por Víctor, pero él se veía incapaz de reproducirlas sin emocionarse.

Finalmente les pregunto:

—¿Queréis estar unidos por siempre? —Ambos asintieron y pronunciaron el sí más orgulloso de todas sus vidas.

Víctor miró hacia la luna llena que los iluminaba aquella noche y agradeció que fuese testigo de aquella unión.

—Ya eres mi mujer —susurró atrayéndola hacia él para besarla con pasión.

—Soy tuya desde que clavaste tu mirada en mí por primera vez.

—Te amo, Eva.

Tres meses después.

Eva se probada el vestido de boda que le había diseñado su hermana para su boda en España, por la iglesia. En tres meses la familia tendría una gran celebración por todo lo alto.

Escogieron la fecha de la ceremonia para después de que hubiese terminado la obra en casa de Víctor y Eva, deseaban comenzar su vida de marido y mujer, en familia, junto con Daniela y los hijos que viniesen, en el hogar que con tanto amor habían diseñado.

Cuando Virginia llegó, Eva ya tenía el vestido colocado. Elena estaba agachada recogiéndole el bajo para ajustarlo a su medida.

—Estás preciosa —manifestó Virginia con los ojos llorosos cuando la vio.

—Sí. Este vestido es perfecto para ti.

Eva se admiraba en el espejo, aquella mañana estaba muy callada y pensativa.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Elena.

Con un suspiro, Eva se alejó de ambas y se sentó en un puf redondo que estaba en el gran probador. Sus hermanas la notaron algo agobiada.

—He tomado una difícil decisión —anunció seria, tanto que consiguió alarmar a sus hermanas—. No voy a casarme.

—¿Qué?! —preguntaron Elena y Virginia a la misma vez, estaban blancas como la leche. No esperaban aquello.

—No puedo hacerlo. Voy a hacer las cosas bien —sentenció decidida.

—¿Qué sucede? —preguntó Elena con un leve hilo de voz.

—Estoy embarazada —reveló con una enorme sonrisa—. Víctor y yo hemos acordado retrasar la boda hasta que nazcan los bebés. No me voy a casar con un barrigón. Me hace ilusión que mis hijos asistan a la boda y estén presentes en nuestros recuerdos y fotografías, quiero que me lleven los anillos.

Virginia y Elena se abrazaron a ella, emocionadas, felices y con lágrimas en los ojos.

—Un momento, ¿has dicho hijos? —preguntó Elena.

—Sí, estoy embarazada de gemelos. Ayer nos los confirmaron. Víctor y yo estamos felices, pero al ser dos bebés hemos decidido retrasar la boda.

—Oh, que alegría. —Virginia se abrazó a ella llorando.

—Creo que es la decisión más acertada —le aconsejó Elena—. Debes estar centrada en el embarazo y no con los nervios y preparativos de una boda.

—Sí. Soy tan feliz que quiero vivir ambas experiencias cada una en su momento adecuado.

Las tres se abrazaron dichosas y sonrientes.

Epílogo

Meses después.

Aquella tarde, Eva y Víctor celebraron el primer cumpleaños de sus gemelos, Andrés y Sebastián, dos niños que se parecían demasiado a su padre. Cuando Eva los miraba a los ojos no podía evitar ver los de su marido.

El último año y medio había sido el más intenso de toda su vida, y a la misma vez el más feliz. Esta segura de que volvería a repetir cada minuto desde que conoció a Víctor Ferrer, el hombre que le había devuelto las ganas de volver a creer en la vida, en el amor y le curó todas sus cicatrices y miedos.

Tras una intensa tarde, Eva y Víctor acostaron a los gemelos y a Daniela, la niña vivía con ellos y era muy feliz. Desde que Andrés y Sebastián habían comenzado a decir papá y mamá ella llamaba a sus tíos así también. Eva y Víctor la adoraban, era muy buena, se había vuelto una charlatana y en el colegio le iba genial. Algunos fines de semana cuando su abuela venía a recogerla no se quería ir. Adoraba a sus hermanitos, como ella los llamaba.

Abrazados, felices y sonrientes, Eva y Víctor se dirigieron hacia el salón, orgullosos de la familia que habían formado y cómo sus vidas cambiaron de forma radical, pero ahora era mejor que antes.

Él sirvió dos copas de vino y le entregó una a su mujer.

—Por la familia que tenemos, por nuestros hijos. —Chocó la copa contra la de ella y bebieron—. El día de hoy ha sido... Disfrutar del primer cumpleaños de mis hijos... Nunca pensé que ser padre me hiciera sentir así de bien —confesó.

Eva recordó un momento en el cumpleaños de sus hijos, cuando Víctor y Martín jugaban al fútbol con ellos. Apenas daban los primeros pasos, pero Víctor tomaba a cada uno de la mano y ellos disfrutaban con su primo y su tío.

Ambas hermanas, Eva y Elena, orgullosas, los admiraban ya que nunca imaginaron a sus maridos en aquellas facetas de padres entregados, en la que sus hijos los dominaban con toda la facilidad del mundo.

—¿Te confieso algo? —preguntó con tono misterioso y actitud coqueta—. Te amo aún más desde que eres padre y presencio cada día cómo amas a nuestros hijos, a los tres —puntualizó, No tenía diferencias con la pequeña Daniela. Se acercó a él y lo besó con pasión.

—He deseado besarte así durante toda la tarde, pero rodeados de tantos niños no era muy apropiado —murmuró sobre sus labios y volvió a profundizar el beso.

El sonido del teléfono hizo de interrumpiesen el momento. Víctor estaba encendido, pero Eva lo paró. Sabía que aquella llamada era de Virginia. Se había marchado a Nueva York por unos meses como corresponsal de la cadena, desde la Gran Manzana informaba de las noticias del país, y no había podido asistir al primer cumpleaños de sus sobrinos.

Eva atendió la llamada y le contó a su hermana qué tal había ido la fiesta de cumpleaños y todo lo que le había gustado a Andrés y Sebastián los regalos de su tía.

Víctor se echó otra copa de vino y se dedicó a acariciar el cuerpo de su mujer, ella intentaba

pararle las manos, pero le resultaba imposible.

Cuando colgó con Virginia, tomó en brazos a su mujer y la llevó hasta la cama. Deseaba hacerle el amor y adorarla durante toda la noche.

Eva se despertó, desnuda y saciada, entre los brazos de su marido, tenía sed. Con cuidado se levantó, se colocó una bata de seda verde y fue hasta la cocina.

Con un vaso de agua en las manos, se dirigió hacia el salón y paseó una mano por el gran piano blanco que estaba allí, le encantaba tocar. Cuando sus hijos eran unos bebés conseguía dormirlos y calmarlos con las notas que tocaba. Se sentó delante del piano, paseó los dedos por las teclas y rememoró desde que ellos llegaron a su vida y la cambiaron por completo. Las manos cobraron vida solas, comenzó a tocar una melodía que había creado para ellos, pese a continuar con su cargo de vicepresidenta en el Grupo Quiroga, nunca dejaría de ser fiel a los estudios que realizó en el pasado, la música siempre estaría muy presente en su vida, se decía a sí misma que Víctor y sus hijos eran la melodía más maravillosa que jamás había escuchado, sus risas le daban un vuelco al corazón.

Inmersa en estos pensamientos, no se dio cuenta de que su marido estaba detrás de ella hasta que le colocó ambas manos sobre los hombros y se los masajeó.

—¿No puede dormir, señora Ferrer?

Se dio la vuelta y lo miró a los ojos, en la penumbra del salón le vio un brillo tan especial en la mirada que se le aceleró el corazón. Víctor tan solo llevaba unos pantalones de pijama, su torso desnudo tan cerca, su olor y su imponente presencia le nubló todos los sentidos.

—No, soy tan feliz que la emoción no me deja conciliar el sueño. Plasmar toda esa dicha en esta melodía que comenzaba a tocar me relaja.

—A mí me relajas tú, tu desnudez, tus besos, tu cuerpo rodeando el mío. —Comenzó a abrirle la bata con expertas manos. La tomó de la mano y la puso en pie.

Eva pensaba que la iba a llevar de nuevo a la habitación, pero, para su sorpresa, la colocó encima del piano y le abrió la bata, dejándola desnuda. Asaltó su boca mientras que recorría su cuerpo con caricias atrevidas.

—Víctor... —protestó sobre sus labios—. Los niños... Ya no estamos solos, puede venir alguno —consiguió decir, pero él no cesaba en el empeño. Desde que Daniela había venido a vivir con ellos echaba de menos asaltar a la mujer de su vida en cualquier parte de la casa y hacerle el amor sin reservas.

—Después de la tarde de hoy están rendidos. No se van a despertar, aunque se caiga el mundo.

Llevó su boca hasta los pechos de su mujer y la hizo gemir, rindiéndose al deseo y dejándose llevar por todo lo que le provocaba siempre su marido.

—Te amo, Eva. Me has brindado todo lo que nunca llegué a imaginar que tendría ni viviría —confesó con los ojos clavados en ella, dispuesto para enterrarse en su cuerpo.

—Tú me hiciste volver a creer, gracias. No puedo ser más feliz ni sentirme más amada.

Lo recibió en su interior y se entregó al placer de hacer el amor con su marido sobre un piano en la que la melodía eran sus gemidos de pasión, entrega y felicidad.

FIN

Si deseas conocer la historia de Virginia y Miguel, próximamente...

En verano de 2020, **VOLVER A SENTIR.**

Agradecimientos

Volver a creer sale a la venta cuando miles de personas no podemos salir de casa debido a la pandemia del COVID-19 que asola medio mundo. Parece algo paradójico, pero no he querido retrasar la salida de mi sexta novela.

Desde hace meses os había anunciado que estaría disponible en marzo de 2020 y he apostado porque vea la luz en estos tiempos difíciles y podáis conocer la historia de Víctor y Eva. Espero que ellos contribuyan a llevar la situación un poco mejor.

Gracias a ti, lector, siempre, por haber elegido esta novela entre todas que hay en el mercado. Espero que la hayas disfrutado. Me encantará conocer tu opinión, ya sea a través de la plataforma donde la has adquirido o mediante mis redes sociales.

Gracias a todas las personas que me apoyáis y os enamoráis con mis historias. Reconforta mucho saber que estáis ahí.

Cuidaos mucho.

Nos vemos pronto.

Elizabeth Bermúdez.

Otros libros de la autora

